This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5864.2.7

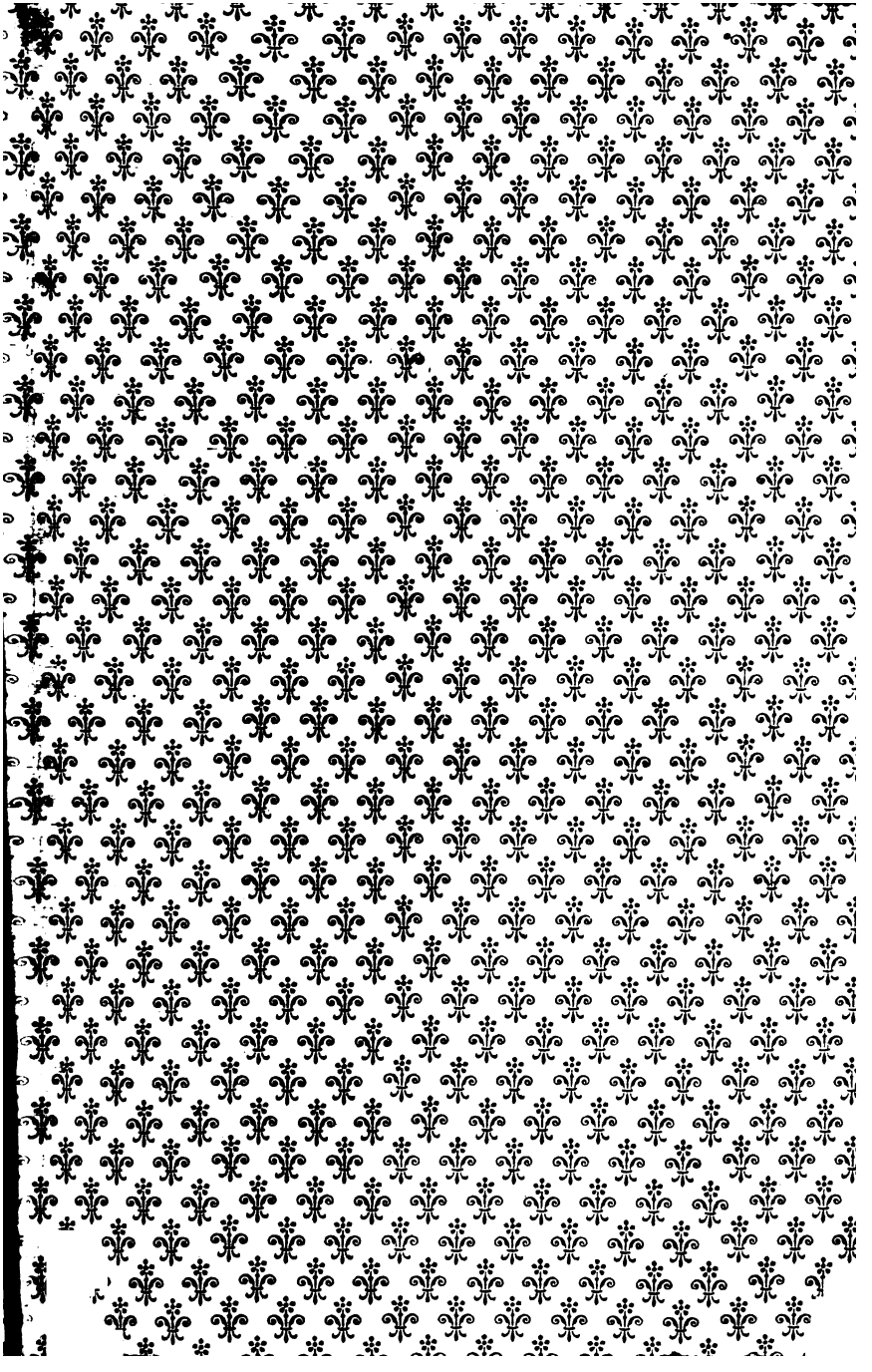
Harvard College Library.

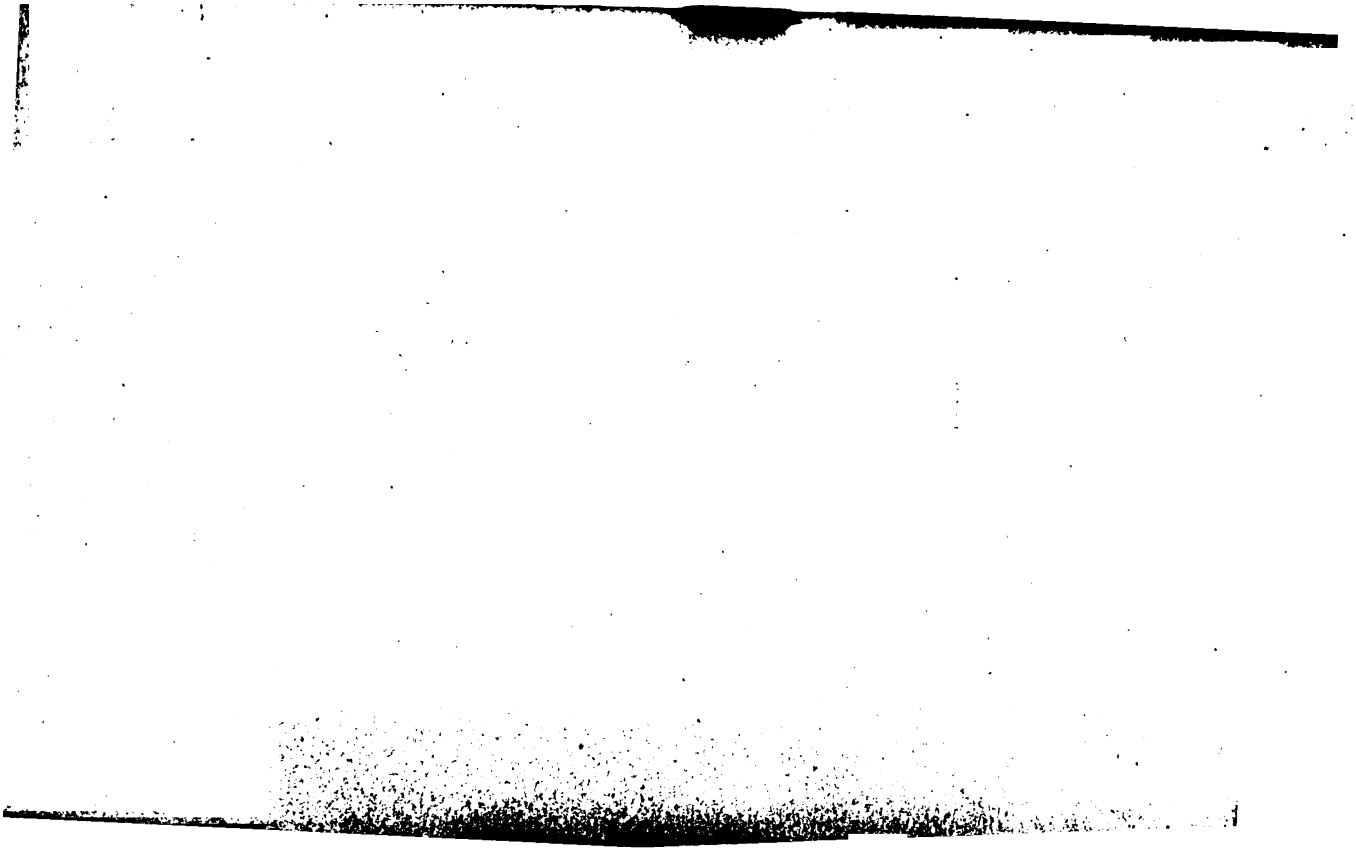
FROM THE

SALES FUND.

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. This will requires the income to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

Received 6 Oct. 1902.





LA ESPUMA

NOVELAS DEL MISMO AUTOR

Pesetas.

El Señorito Octavio (nueva edición), un tomo..... 4

Marta y María (nueva edición), un tomo..... 4

Traducida al inglés por Mr. Nathan Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

Traducida al ruso por Mr. Pawlosky: publicada en el *Diario de San Petersburgo*.

Traducida á la lengua bohemia por O. S. Vetti.—Un tomo.—Praga.

Traducida al sueco por A. Hillman.—Un tomo.—Stockolmo.

El Idilio de un enfermo (nueva edición), un tomo... 4

Traducida al francés por Mr. Albert Savine: publicada en *Les Heures du Salon et de l'Atelier*.

Traducida á la lengua bohemia por Mr. A. Pikhart.—Un tomo.—Praga.

Aguas fuertes, un tomo 3

Traducidas y publicadas la mayor parte de estas novelitas por *La Independencia Belga, El Diario de Ginebra, El Correo de Hannover, Hlas Národa, Lumir* y otros periodicos y revistas.

José. Agotada. (En prensa la nueva edición), un tomo..... 4

Edición española con prefacio y notas en inglés para el estudio del castellano en Inglaterra y Estados Unidos, por el profesor Mr. Davidson.—Un tomo.—New-York.—London.

Traducida al francés por Mlle. Sara Oquendo y publicada en la *Revue de la Mode*.—París.

Traducida al alemán y publicada en *Interhaltungs-Beilage*.

Traducida al holandés por Mr. Hora Adema y publicada en *Het Nieuws van den Dag*. - Amsterdam.

Traducida al sueco por A. Hillman.—Un tomo.—Stockolmo.

Riverita (nueva edición), un tomo..... 4

Traducida al francés por Mr. Julien Lugol y publicada en la *Revue Internationale*.

Maximina (nueva edición). un tomo..... 4

Traducida al inglés por Mr. Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

El Cuarto Poder, dos tomos..... 6

Traducida al holandés por Mr. Hora Adema.—Un tomo.—Amsterdam.

Traducida al inglés por Miss Rachel Challice.—Un tomo.—New-York.—Nueva edición inglesa.—*Grant and Richards*.—Londres.

La Hermana San Sulpicio (nueva edición), un tomo.. 4

Traducida al francés por Mme. Huc y publicada en *Le Matin*.—París.

Traducida al inglés por Mr. Haskell Dole.—Un tomo.—New-York.

Traducida al holandés y publicada en *El Correo de Rotterdam*.

Traducida al sueco por Mr. A. Hillman.—Un tomo.—Stockolmo.

La Espuma (nueva edición), un tomo..... 4

Traducida al inglés por Clara Bell.—Un tomo.—London.

La Fe. un tomo..... 4

Traducida al inglés por Miss I. Hapgood.—Un tomo.—New-York.

El Maestrante, un tomo..... 4

Traducida al francés por Mr. J. Gaure, con un estudio preliminar de Mr. Bordes.—Un tomo.—París.

Traducida al inglés por Miss Challice.—Un tomo.—London.

El Origen del Pensamiento, un tomo..... 4

Traducida al inglés por I. Hapgood: publicada en *The Cosmopolitan*, con ilustraciones de Cabrinety.

Traducida al francés por Mr. Max Delime: publicada en la *Revue Britannique*.

Los Majos de Cádiz, un tomo..... 4

La Alegría del Capitán Ribot, un tomo..... 4

Traducida al inglés por Miss Minna C. Smith.—Un tomo.—New-York.

Traducida al holandés por el Dr. A. Fokker.—Un tomo.—Amsterdam.

LOS PEDIDOS Á D. VICTORIANO SUÁREZ, PRECIADOS, 48, MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

D. ARMANDO PALACIO VALDÉS

TOMO VII

LA ESPUMA

MADRID
Librería de Victoriano Suárez,
PRECIADOS, NÚMERO 48
1902

Span 5864.2.7

OCT 1902

Salem Press
(71)

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

MADRID.—Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado.

I

Presentación de la farándula.

las tres de la tarde el sol enfilaba todavía sus rayos por la calle de Serrano bañándola casi toda de viva y rojiza luz, que hería la vista de los que bajaban por la acera de la izquierda más poblada de casas. Mas como el frío era intenso, los transeuntes no se apresuraban á pasar á la acera contraria en busca de los espacios sombreados: preferían recibir de lleno en el rostro los dardos solares, que al fin, si molestaban, también calentaban. Á paso lento y menudo, con el manguito de rica piel de nutria puesto delante de los ojos á guisa de pantalla, bajaba á tal hora y por tal calle una señora elegantemente vestida. Tras sí dejaba una estela perfumada que los tenderos plantados á la puerta de sus comercios aspiraban extasiados, siguiendo con la vista el foco de donde partían tan gratos efluvios. Porque la calle de Serrano, con ser la más grande y hermosa de Madrid, tiene un carácter marcadamente provincial: poco tráfago; tiendas

sin lujo y destinadas en su mayoría á la venta de los artículos de primera necesidad; los niños jugando delante de las casas; las porteras sentadas formando corrillos, departiendo en voz alta con los mancebos de las carnicerías, pescaderías y ultramarinos. Así que, no era fácil que la gentilísima dama pasara inadvertida como en las calles del centro. Las miradas de los que cruzaban como de los que se estaban quietos posábanse con complacencia en ella. Se hacían comentarios sobre los primores de su traje por las comadres, y se decían chistes espantosos por los nauseabundos mancebos, que hacían prorrumpir en rugidos de gozo bárbaro á sus compañeros. Uno de los más salvajes y pringosos vertió en su oído, al cruzar, una de esas brutalidades que enrojecería súbito el cutis terso de una *miss* inglesa y le haría llamar al *policeman* y hasta quizá pedir una indemnización. Pero nuestra valiente española, curada de melindres, no pestañeó siquiera: con el mismo paso menudo y vacilante de quien pisa pocas veces el polvo de la calle, continuó su carrera triunfal. Porque lo era á no dudarlo. Nadie podía mirarla sin sentirse poseído de admiración, más aún que por su lujoso arreo, por la belleza severa de su rostro y la gallardía de la figura. Llegaría bien á los treinta y cinco años. El tipo de su rostro extremadamente original. La tez morena bronceada; los ojos azules; los cabellos de un rubio ceniciento. Pocas veces se ve tan extraña mezcla de razas opuestas en un semblante. Si á alguna se inclinaba era á la italiana, donde tal que otra, suele aparecer esta clase de figuras que semejan *ladies* inglesas cocidas por el sol de Nápoles. En ciertos cuadros de Rafael hay algunas que pueden dar idea de la de nuestra dama.

La expresión predominante de su rostro en aquel momento era la de un orgulloso desdén. Á esto contribuía

quizá la luz del sol, que le obligaba á fruncir su frente tersa y delicada. Hay que confesarlo; en aquel rostro no había dulzura. Debajo de sus líneas correctas y firmes se adivinaba un espíritu altivo, sin ternura. Aquellos ojos azules no eran los serenos y límpidos que sirven de complemento adorable á ciertas fisonomías virginales que pueden admirarse alguna vez en nuestro país y más á menudo en el norte de Europa. Estaban hechos, sin duda, para expresar un tropel de vivas y violentas pasiones. Quizá alguna vez tocara su turno al amor ardiente y apasionado, pero nunca al humilde y mudo que se resigna á morir ignorado. Llevaba en la cabeza un sombrero apuntado, de color rojo, con pequeño y claro velo, rojo también, que le llegaba solamente á los labios. Los reflejos de este velo contribuían á dar al rostro el matiz extraño que impresionaba á los que á su lado cruzaban. Vestía rico abrigo de pieles, con traje de seda del color del sombrero, cubierta la falda por otra de tul ó granadina, que era por entonces la última moda.

Llevaba, como hemos dicho, el manguito levantado á la altura de los ojos: éstos posados en el suelo, como quien nada tiene que ver ni partir con lo que á su alrededor acaece. Por eso, hasta llegar á la calle de Jorge Juan, no advirtió la presencia de un joven que desde la acera contraria y caminando á la par con ella la miraba con más admiración aún que curiosidad. Al llegar aquí, sin saber por qué, levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de su admirador. Un movimiento bien perceptible de disgusto siguió á tal encuentro. La frente de la dama se frunció con más severidad y se acentuó la altiva expresión de sus ojos. Apretó un poco el paso: y al llegar á la calle del Conde de Aranda se detuvo y miró hacia atrás, con objeto sin duda de ver si llegaba un tranvía. El mancebo no se atrevió á hacer lo mismo:

siguió su camino, no sin dirigirla vivas y codiciosas ojeadas, á las que la gentil señora no se dignó corresponder. Llegó al fin el coche, montó en él dejando ver, al hacerlo, un primoroso pie calzado con botina de tafilete, y fué á sentarse en el rincón del fondo. Como si se contemplase segura y libre de miradas indiscretas, sus ojos se fueron serenando poco á poco y se posaron con indiferencia en las pocas personas que en el carruaje había; mas no desapareció del todo la sombra de preocupación esparcida por su rostro, ni el gesto de desdén que hacía imponente su hermosura.

El juvenil admirador no había renunciado á perderla de vista. Siguió, cierto, por la calle de Recoletos abajo; mas en cuanto vió cruzar el tranvía se agarró bonitamente á él y subió sin ser notado. Y procurando que la dama no advirtiese su presencia, ocultándose detrás de otra persona que había de pie en la plataforma, se puso con disimulo á contemplarla con un entusiasmo que haría sonreir á cualquiera. Porque era grande la diferencia de edad que había entre ambos. Nuestro muchacho aparentaba unos diez y ocho años. Su rostro imberbe, fresco y sonrosado como el de una damisela; el cabello rubio; los ojos azules, suaves y tristes. Aunque vestido con americana y hongo, por su traje revelaba ser una persona distinguida. Iba de riguroso luto, lo cual realzaba notablemente la blancura de su tez. Por esa influencia magnética que los ojos poseen y que todos han podido comprobar, nuestra dama no tardó mucho tiempo en volver los suyos hacia el sitio donde el joven vibraba rayos de admiración apasionada. Tornó á nublarse su rostro; volvió á advertirse en sus labios un movimiento de impaciencia, como si el pobre chico la injuriase con su adoración. Y ya desde entonces empezó claramente á dar señales de hallarse mo-

lesta en el coche, moviendo la hermosa cabeza ora á un lado, ora á otro, con visibles deseos de apearse. Mas no lo hizo hasta llegar á San José, frente á cuya iglesia hizo parar y bajó, pasando por delante de su perseguidor con una expresión de fiero desdén capaz de anonadarle.

Ó muy temerario era ó muy poca vergüenza debía de tener éste cuando saltó á la calle en pos de ella y comenzó á seguirla por la del Caballero de Gracia, caminando por la acera contraria para mejor disfrutar de la figura que tanto le apasionaba. La dama seguía lentamente su marcha haciendo volver la cabeza á cuantos hombres cruzaban á su lado. Era su paso el de una diosa que se digna bajar por un momento del trono de nubes para recrear y fascinar á los mortales, que al mirarla se embebían y daban fuertes tropezones.

—¡Madre mía del Amparo, qué mujer! —exclamó en voz alta un cadete agarrándose á su compañero como si fuese á desmayarse del susto.

La hermosa no pudo reprimir una levísima sonrisa, á cuya luz se pudo percibir mejor la peregrina belleza de que estaba dotada. En carruaje descubierto bajaban dos caballeros que le dirigieron un saludo reverente, al cual respondió ella con una imperceptible inclinación de cabeza. Al llegar á la esquina, en la misma red de San Luis, se detuvo vacilante, miró á todas partes, y percibiendo otra vez al rubio mancebo le volvió la espalda con ostensible desprecio y comenzó á descender con más prisa por la calle de la Montera, donde su presencia causó entre los transeuntes la misma emoción. Tres ó cuatro veces se detuvo delante de los escaparates, aunque se advertía que más que por curiosidad se paraba por el estado nervioso en que la persecución tenaz del jovencito la había puesto. Cerca de la Puerta

del Sol, sin duda para huirla, resolvióse á entrar en la joyería de Marabini. Sentóse con negligencia en una silla, levantó un poquito el velo del sombrero y se puso á examinar con distracción las joyas recién llegadas que el dependiente de la tienda fué exhibiendo. Era lo peor que pudo hacer para librarse de las miradas de su adolescente adorador. Porque éste, con toda comodidad, sobre seguro, se las enfilaba por los cristales del escaparate con una insistencia que la encolerizaba cada vez más.

La verdad es que aquella tiendecita primorosamente adornada, donde brillaban por todas partes los metales y las piedras preciosas, era digno aposento para la bella; el estuche que mejor convenía á joya tan delicada. Así debió de pensarlo el joven rubio, á juzgar por el éxtasis apasionado de sus ojos y la inmovilidad marmórea de su figura. Al fin la dama, no pudiendo vencer la irritación que esto la producía, alzóse bruscamente de la silla, y despidiéndose con una frase seca del dependiente, que le guardaba extraordinarias consideraciones, salió del comercio y llegó hasta la Puerta del Sol á toda prisa. Aquí se detuvo; luego dió algunos pasos hacia un coche de punto, como si fuese á entrar en él; pero de pronto cambió de rumbo, y con paso firme se dirigió hacia la calle Mayor, escoltada siempre y no de lejos por el joven. Al llegar á la mitad de ella próximamente, entró en una casa de suntuosa apariencia, no sin lanzar antes una rápida y furibunda mirada á su perseguidor, que la recibió con entera y rara serenidad.

El portero, que estaba plantado en el umbral atusándose gravemente sus largas patillas, despojóse vivamente de la gorra, le hizo una profunda reverencia y corrió á abrir la puerta de cristales que daba acceso á

la escalera, apretando en seguida el botón de un timbre eléctrico. Subió lentamente la escalera alfombrada, y al llegar al principal la puerta estaba ya abierta y un criado con librea al pie de ella esperando.

La casa pertenecía al Excmo. Sr. D. Julián Calderón, jefe de la casa de banca *Calderón y Hermanos*, el cual ocupaba todo el principal de ella, sirviéndose por escalera distinta de los demás pisos, que tenía alquilados. Este Calderón era hijo de otro Calderón muy conocido en el comercio de Madrid, negociante al por mayor en pieles curtidas, que con ellas había hecho una buena fortuna y que en los últimos años de su vida la había acrecentado, dedicándose, á la par que al comercio, al giro y descuento de letras. Fallecido él, su hijo Julián continuó su obra sin apartarse un punto, manejando con el suyo el haber de sus dos hermanas casadas, la una con un médico, la otra con un propietario de la Mancha. Á su vez estaba casado, bastantes años hacía, con la hija de un rico comerciante de Zaragoza, llamado D. Tomás Osorio, padre también del conocido banquero madrileño del mismo nombre, que tenía su hotel con honores de palacio en el barrio de Salamanca, calle de D. Ramón de la Cruz. La hermosa dama que acaba de entrar en la casa es la esposa de este banquero, y hermana política, por lo tanto, de la señora de Calderón.

Pasó por delante del criado sin aguardar á que éste la anunciase, avanzó resueltamente como quien tiene derecho á ello, atravesó tres ó cuatro grandes estancias lujosamente decoradas, y alzando ella misma la rica cortina de raso con franja bordada, entró en una habitación más reducida donde se hallaban congregadas varias personas. En el sillón más próximo á la chimenea estaba arrellanada la señora de la casa, mujer de unos cua-

renta años, gruesa, facciones correctas, ojos negros, grandes y hermosos, pero sin luz, la tez blanca, los cabellos de un castaño claro excesivamente finos. Al lado de ella, en una butaquita, estaba otra señora, que formaba contraste con ella; morena, delgada, menuda, de extraordinaria movilidad, lo mismo en sus ojillos penetrantes que en toda su figura. Era la marquesa de Alcudia, de la primer nobleza de España. Las tres jóvenes que sentadas en sillas seguían la fila, eran sus hijas, muy semejantes á ella en el tipo físico, si bien no la imitaban en la movilidad: rígidas y silenciosas, los ojos bajos, con modestia y compostura tan afectadas, que pronto se echaba de ver el régimen severo á que las tenía sometidas su viva y nerviosa mamá. Con una de ellas hablaba de vez en cuando en voz baja la hija de los señores de Calderón, niña de catorce ó quince años, carirredonda, de ojos pequeños, nariz arremolachada y algunos costurones en el cuello, pregoneros de un temperamento escrofuloso. Esta niña gastaba aún los cabellos trenzados, con un lacito en la punta de la trenza, lo mismo que la última de las de Alcudia, con quien sostenía tímida é intermitente conversación. Ésta, y sus hermanas, llevaban en la cabeza sendos y caprichosos sombreros, mientras Esperancita (que así nombraban á la hija de los amos) andaba con su cabecita redonda al descubierto. El traje una *matinée* azul, demasiadamente corta para sus años. Los señores de Calderón sólo tenían esta hija y un niño de dos años. Frente á la señora, reclinado en una butaca igual, estaba el general Patiño, conde de Morillejo. Hállase entre los cincuenta y sesenta, pero conserva en sus ojos el fuego de la juventud; sus cabellos grises están esmeradamente peinados; los largos bigotes á lo Víctor Manuel, la perilla apuntada, la nariz aguileña le dan un aspecto sim-

pático y gallardo. Es el tipo perfecto del veterano aristócrata. Á su lado, en otra butaca, estaba Calderón, hombre de unos cincuenta años, grueso, de cara redonda y sonrosada, adornada por cortas patillas grises; los ojos redondos, vagos y mortecinos. Cerca de él una señora anciana, que era la madre de la esposa de Calderón, aunque mucho se diferenciaba de ella en el rostro y la figura: delgada al punto de no tener más que la piel sobre los huesos, morena, ojos hundidos y penetrantes, revelando en todos los rasgos de su fisonomía inteligencia y decisión. Hablando con ella está Pinedo, el inquilino del cuarto tercero. Aunque su bigote no tiene canas, se adivina fácilmente que está teñido: su rostro es el de un hombre que anda cerca de los sesenta: fisonomía bonachona, ojos saltones que se mueven con viveza, como los que poseen un temperamento observador. Viste con elegancia y manifiesta extraordinaria pulcritud en toda su persona.

Al ver en la puerta á nuestra bellísima dama, la tertulia se conmovió. Todos se alzan del asiento, excepto la señora de Calderón, en cuyo rostro parado se dibujó una vaga sonrisa de placer.

—¡Ah, Clementina! ¡Qué milagro el verte por aquí, mujer!

La dama se adelantó sonriente, y mientras besaba á las señoras y daba la mano á los caballeros, respondía á la cariñosa reprensión de su cuñada.

—¡Anda! Aplícate la venda, hija, tú que no pareces por mi casa más que por semestres.

—Yo tengo hijos, querida.

—¡Miren ustedes qué disculpa! Yo también los tengo.

—En Chamartín.

—Bueno; el tener hijos no te priva de ir al Real y al paseo.

Clementina se sentó entre su cuñada y la marquesa de Alcudia. Los demás volvieron á ocupar sus asientos.

—¡Ay, hija!—exclamó aquélla respondiendo á la última frase.—¡Si vieras qué catarrazo he pillado la otra noche en el teatro! El tonto de Ramoncito Maldonado es el que ha tenido la culpa. Con tanto saludo y tanta ceremonia, no acababa de cerrar la puerta del palco. Aquel aire colado se me metió en los huesos.

—Ha tenido fortuna ese aire—manifestó con sonrisa galante el general Patiño.

Todos sonrieron menos la interesada, que le miró con sorpresa abriendo mucho los ojos.

—¿Cómo fortuna?

Fué necesario que el general le diese la galantería mascada: sólo entonces la pagó con una sonrisa.

—¿No es verdad que ha estado muy bien Gayarre?—dijo Clementina.

—¡Admirable! como siempre—respondió su cuñada.

—Yo le encuentro falto de maneras—expresó el general.

—¡Oh, no, general!... Permítame usted...

Y se empeñó una discusión sobre si el famoso tenor poseía ó no poseía el arte escénico, si era ó no elegante en su vestir. Las señoras se pusieron de su parte. Los caballeros le fueron adversos.

Del tenor pasaron á la tiple.

—Es toda una hermosa mujer—dijo el general con la seguridad y el acento convencido de un inteligente.

—¡Oh!—exclamó Calderón.

—Pues yo encuentro á la Tosti bastante ordinaria, ¿no le parece á usted, Clementina?

Ésta corroboró la especie.

—No diga usted eso, marquesa; el que una mujer sea alta y gruesa no indica que sea ordinaria, si tiene arro-

gancia en el porte y distinción en las maneras—se apresuró á decir el general, echando al mismo tiempo una miradita á la señora de Calderón.

—Ni yo sostengo eso, general; no tome usted el rábano por las hojas—manifestó la marquesa con extraordinaria viveza, atacando después con brío y un poquillo irritada la gracia y buen talle de la tiple.

Generalizóse la disputa, y sucedió lo contrario que en la anterior. Los caballeros se mostraron benévolos con la cantante mientras las señoras le fueron hostiles. Pinedo la resumió, diciendo en tono grave y solemne, donde se notaba, sin embargo, la socarronería:

—En la mujer, las buenas formas son más esenciales que en el hombre.

Clementina y el general cambiaron una sonrisa y una mirada significativas. La marquesa miró al pulcro caballero con dureza y después se volvió rápidamente hacia sus hijas, que seguían con los ojos bajos, en la misma actitud rígida y silenciosa de siempre. Pinedo permaneció grave é indiferente, como si hubiese dicho la cosa más natural del mundo.

—Pues yo, amigo Pinedo, creo que los hombres deben tener también buenas formas—manifestó la pánfila señora de Calderón.

Al decir esto se oyó un resuello débil, como de risa reprimida con trabajo. Era la última niña de la marquesa de Alcudia, á quien su mamá dirigió una mirada pulverizante. La fisonomía de la niña volvió instantáneamente á su primitiva expresión tímida y modesta.

—Es una opinión...—respondió Pinedo, inclinándose respetuosamente.

Este Pinedo, que ocupaba uno de los cuartos terceros de la misma casa propiedad de Calderón, desempeñaba un empleo de bastante importancia en la Adminis-

tración pública. Los vaivenes de la política no lograban arrancarle de él. Tenía amigos en todos los partidos, sin que se hubiese jamás decidido por ninguno. Hacía la vida del hombre de mundo; entraba en las casas más aristocráticas de la corte; trataba familiarmente á la mayoría de los personajes de la banca y la política; era socio antiguo del *Club de los Salvajes*, donde se placía en bromear todas las noches con los jóvenes aristócratas que allí se reunían. quienes le trataban con harta confianza que no pocas veces degeneraba en grosería. Era hombre afable, inteligente, muy corrido y experto en el trato de los hombres; tolerante con toda clase de vanidades por el mismo desprecio que sentía hacia ellas. No obstante, con la apariencia de hombre cortés é inofensivo, guardaba en el fondo de su alma un fondo satírico que le servia para vengarse lindamente, con alguna frase incisiva y oportuna, de las demasías de sus amiguitos los sietemesinos del *Club*. Éstos le profesaban una mezcla de afecto, desprecio y miedo. Nadie conocía su procedencia, aunque se daba por seguro que había nacido en humilde cuna. Unos le hacían hijo de un carnicero de Sevilla, otros le declaraban granuja de la playa de Málaga en su juventud. Lo que se sabía de positivo, era que hacía ya muchos años había aparecido en Madrid como parásito de un título andaluz, el cual, después de haber disipado su fortuna, se saltó los sesos. En la compañía de éste, nuestro Pinedo adquirió gran número de relaciones útiles, llegó á conocer y tratar á toda la gente que hacía viso, entre la cual era popular. Tenía el buen tacto de echarse á un lado cuando tropezaba con un hombre inflado y soberbio, dejándole paso. No excitaba los celos de nadie y esto es medio seguro de no ser aborrecido. Al mismo tiempo su ingenio, su carácter socarrón, que procuraba mantener siempre dentro de

ciertos límites, despertaba á menudo la alegría en las tertulias; bastaba para darle en ellas cierta significación, que de otro modo no hubiera disfrutado.

No tenía más familia que una hija de diez y ocho años llamada Pilar. Su mujer, á quien nadie conoció, había muerto muchos años hacía. Su sueldo era de cuarenta mil reales, y con él vivían económicamente padre é hija, en el tercero que Calderón les dejaba por veintidós duros al mes. Los gastos mayores de Pinedo eran de representación. Como frecuentaba una sociedad muy superior á la que, dada su posición, le correspondía, era preciso vestir con elegancia y asistir á los teatros. Comprendiendo la necesidad absoluta de seguir cultivando sus relaciones, que eran las pilastras en que su empleo se sustentaba, imponíase tales dispendios sin vacilar, ahorrándolo en otras partidas del presupuesto doméstico. Vivía, pues, en situación permanente de equilibrio. El empleo le permitía frecuentar la sociedad de los prepotentes, mientras éstos le ayudaban inconscientemente á mantenerse en el empleo. Ningún ministro se atrevía á dejar cesante á un hombre con quien iba á tropezar en todas las tertulias y saraos de la corte. Luego Pinedo tenía el honor de hablar alguna vez con las personas reales: ciertas frases suyas corrían por los salones y se celebraban más quizá de lo que merecían, por lo mismo que en los salones suele haber poco ingenio: tiraba bastante bien con carabina y con pistola y era inteligentísimo y poseía una copiosa biblioteca tocante al arte culinario. Los más altos personajes se sentían lisonjeados cuando oían decir que Pinedo elogiaba á su cocinero.

—¿Cuándo has estado en el colegio, Pacita?—le preguntó en voz baja Esperanza á la menor de la marquesa de Alcudia.

—Pues el viernes; ¿no sabes que mamá nos lleva todos los viernes á confesar? ¿Y tú?

—Yo hace lo menos tres semanas que no he estado. Mamá y yo nos confesamos cada mes.

—¿Y se conforma con eso el padre Ortega?

—Á mí no me dice nada... No sé si á mamá...

—No le dirá, no: ya sabe muy bien dónde pone el pie. ¿Has visto á las de Mariani?

—Sí; hace pocos días, en el Retiro.

—¿No sabes que María se ha echado un novio?

—No me ha dicho nada.

—Sí, de caballería... hijo del brigadier Arcos... ¡Un tío más desgalichado! Feo no es; pero le tiemblan las piernas cuando anda como si saliese del hospital... Ya ves, como la mamá es querida del brigadier... todo queda en casa.

—Y tú, ¿sigues con tu primo?

—No te lo puedo decir. El lunes se marchó enfadado y no ha vuelto por casa. Mi primo no es lo que parece; no es una mosquita muerta, sino un pillo muy largo, que si le dan el pie se toma la mano... ¡Anda! pues si no anduviese yo con ojo, no sé adónde hubiera parado con la marcha que llevaba... ¿Sabes que estaba empeñado en que le regalase mis ligas?

—¡Jesús!—exclamó la niña de Calderón riendo.

—Lo que oyes, hija... Por supuesto que yo le puse de sucio y de gorrino que no había por dónde cogerle... Se marchó muy amoscado, pero ya volverá.

—Tu primo monta muy bien. Le he visto ayer á caballo.

—Lo único que sabe hacer. Las letras le estorban. Se ha examinado ya seis veces de Derecho romano y siempre ha salido suspenso.

—¡Qué importa!—exclamó la niña de Calderón con

un desprecio que hubiera estremecido á Heinecio en su tumba. Y añadió en seguida:

—¿Esos sombreros os los ha hecho Mme. Clement?

—No, los ha encargado mamá á París por la señora de Carvajal, que ha llegado el sábado.

—Son muy bonitos.

—Más que los que hace Mme. Clement ya son.

Y se enfrascaron por breves momentos en una plática de moda.

La niña de Calderón, que era bastante fea, poseía, no obstante, cierto atractivo que provenía acaso de sus cortos años, acaso también de una boca de labios gruesos y frescos y dientes iguales y blancos, donde la sensualidad había dejado su sello. La última de Alcudia era una chicuela de temperamento enfermizo, que no tenía más que huesos y ojos.

—Oye—le dijo Esperanza cuando se hubieron cansado de hablar de sombreros,—¿sabes que el último día que he estado en el colegio les llevé el retrato de mi hermanito?... Verás qué paso más gracioso. Lo han retratado desnudo, y como tiene aquello descubierto, la hermana María de la Saleta no quería enseñarlo á las niñas. Las chicas comenzaron á gritar: «¡queremos verlo! ¡queremos verlo!» ¿Sabes lo que hizo entonces? Pues lo fué enseñando con la mano puesta encima, dejando sólo ver el pecho y la cabeza.

—¡Chica, qué gracia tiene eso!—exclamó Pacita soltando la carcajada.

Esperanza la secundó, riendo ambas de tan buena gana que concluyeron por llamar la atención de la tertulia, sobre todo de la marquesa, que volvió á dirigir á su hija una mirada severísima.

Entraba en aquel momento una señora que representaba cuarenta años; el rostro, hermoso aún, pintado,

con señales impresas más que de los años, de una vida agitada y galante.

—Aquí está Pepa Frías—dijo sonriendo Mariana, la esposa de Calderón.

—Eso es; aquí está Pepa Frías—respondió con afectado mal humor la misma.—Una mujer que no tiene pizca de vergüenza al poner los pies en esta casa.

Los tertulios rieron.

—¿Tú te crees por lo visto que soy de la Inclusa? ¿que no tengo casa? Pues sí que la tengo, Salesas, 60, principal... Es decir, la tiene el casero... Pero le pago, lo que no harán seguramente todos tus inquilinos. Perdone usted, Pinedo; no le había visto... Y también tengo mis sábados... y no hay tanto calor como aquí ¡uf! y doy chocolate y te, y conversación y todo... lo mismo que aquí.

Mientras decía esto, iba saludando á los circunstantes con semblante furioso. Pero como todos sabían á qué atenerse, reían.

Era una mujer metida en carnes, los cabellos artificialmente rubios, los ojos un poco saltones, pero hermosos, la boca fresca y sensual; una mujer agradable, en suma, que había tenido y que seguía teniendo, á pesar de sus años, muchos apasionados.

—Lo que no hay—añadió acercándose á la señora de Calderón y dándole dos sonoros besos en las mejillas—es una mujer tan ingrataza y tan insignificante como tú... Por supuesto, que yo no vengo ya á verte á ti, sino á mi señor D. Julián, que alguna vez que otra sube á darme las buenas tardes y á decirme cómo anda la cotización... Y á propósito de cotización, Clementina, díle á tu marido que suspenda aquello hasta que le avise... Mejor dicho, no le digas nada: yo pasaré esta noche por tu casa.

—¡Pero hija, qué líos traes siempre con el papel y la Bolsa y las acciones!—exclamó Mariana.

—Pues los mismos que tú traerías si no tuvieses un marido tan activo que se encarga de calentarse la cabeza para que tú la tengas fresca y descansada...

—Vaya, Pepa, no me eche usted piropos, que voy á ponerme colorado—dijo Calderón.

—No digo más que la verdad. ¡Si creerán que es plato de gusto estar pensando en si baja ó si sube el papel, escribir cartas y endosos y andar camino del Banco!

—Imagino yo, Pepa—manifestó el general con sonrisa galante,—que por más que diga, usted tiene afición á los negocios.

—¿Imagina usted? ¡Qué raro!

—No tengo tanta imaginación como usted, pero alguna sí—respondió el general un poco molestado por la risa que la frase de Pepa había producido.

Esta Pepa era una mujer que gozaba fama de chistosa en sociedad, aunque realmente su gracia se confundía á menudo con la desvergüenza. Hablar siempre con rostro enojado, llamar á las cosas por su nombre, por crudo que fuese, decir una fresca al lucero del alba; tales eran las cualidades que habían logrado darle popularidad en los salones. Había quedado viuda bastante joven, con dos hijos, un varón que había seguido la carrera de marino y que á la sazón estaba navegando, y una hija á quien había casado hacía un año. Su marido había sido comerciante, y en los últimos años jugaba en la Bolsa con fortuna. En esta temporada, Pepa contrajo la misma pasión. Una vez viuda siguió alimentándola. La prudencia, ó por mejor decir la timidez que caracteriza á las mujeres en los negocios, la habían librado de la ruina, que suele ser, tarde ó temprano, in-

evitable para los apasionados al juego. Algo se había mermado su fortuna, pero aún disfrutaba de un envidiable bienestar.

—Pepa, el asunto marcha admirablemente—dijo Pinedo.—De Zaragoza han pedido un volcán y en la Coruña ha resuelto el Ayuntamiento establecer dos, al oriente y al poniente de la ciudad.

—Me alegro, me alegro muchísimo. ¿De manera que no suelto las acciones?

—Nunca; el sindicato tiene seguridad de que antes de un mes subirán á trescientos.

Los pocos que estaban en la broma rieron. Los demás fijaron en ellos sus ojos con curiosidad.

—¿Qué es eso de los volcanes, Pinedo?—preguntó la esposa de Calderón.

—Señora, se ha formado una sociedad para establecer volcanes en las poblaciones.

—¡Ah! ¿Y para qué sirven esos volcanes?

—Para la calefacción, y además como objeto de adorno.

Todos comprendieron ya la burla menos la linfática señora, que siguió preguntando con interés los pormenores del negocio. Los tertulios reían, hasta que Calderón, entre risueño y enojado, exclamó:

—¡Pero mujer, no seas tan cándida! ¿No ves que es una guasa que se traen Pepa y Pinedo?

Estos protestaron afectando gran formalidad, pero la primera dijo al oído del segundo:

—Si será pánfila esta Mariana, que hace ya tres meses que el general Cruzalcobas le está haciendo el amor y aún no se ha enterado.

Así llamaba Pepa al general Patiño, y no sin fundamento. Á pesar de su apuesta figura un tanto averiada, y de su continente marcial, Patiño era un veterano fal-

sificado. Sus grados habían sido ganados sin derramar una gota de sangre. Primero como ayo instructor del arte militar de una persona real; miembro después de algunas comisiones científicas, y empleado últimamente en el ministerio de la Guerra, cultivando la amistad de todos los personajes políticos; diputado varias veces; senador por fin y ministro del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, no había estado en el campo de batalla sino persiguiendo á un general revolucionario, y eso con firme propósito de no alcanzarle nunca. Como había viajado un poco y se jactaba de haber visto todos los adelantos del arte de la guerra, pasaba por militar instruído. Estaba suscrito á dos ó tres revistas científicas; citaba en las tertulias, cuando se tocaba á su profesión, algunos nombres alemanes; para discutir empleaba un tono enfático y sacaba voz de gola que imponía respeto á los oyentes. Pero la verdad es que las revistas se quedaban siempre por abrir sobre la mesa de noche, y los nombres alemanes, aunque bien pronunciados, no eran más que sonidos en su boca. Preciábase de militar á la moderna por esto y por vestir siempre de paisano. Amaba las artes, sobre todo la música: abonado constante al teatro Real y á los cuartetos del Conservatorio. Amaba también las flores y las mujeres, muy especialmente á la mujer del prójimo. Era catador insaciable de la fruta del cercado ajeno. Su vida se deslizaba modesta y feliz, regando las gardenias de su jardincito de la calle de Ferraz y seduciendo á las esposas de los amigos. Hacía esto último por vocación, como se deben hacer las cosas, y ponía en ello todo el empeño y concentraba todas las fuerzas de su lúcida inteligencia, lo cual es de absoluta necesidad para hacer algo grande y provechoso en el mundo. Sus conocimientos estratégicos, que no había tenido ocasión

de aplicar en el campo de batalla, servíanle admirablemente para entrar á saco en el corazón de las bellas damas de la corte. Bloqueaba primero la plaza con miradas lánguidas, acudiendo á los teatros, al paseo, á las iglesias que ellas frecuentaban. En todas partes el sombrero flamante y reluciente de Patiño se agitaba en el aire declarando la ardiente y respetuosa pasión de su dueño. Estrechaba después el cerco intimando en la casa, trayendo confites á los niños, comprándoles juguetes y libros de estampas, llevándoles alguna vez á almorzar. Se hacía querer de los criados con regalos oportunos Venía después el asalto; la carta ó la declaración verbal. Aquí desplegaba nuestro general una osadía y un arrojo singulares que contrastaban notablemente con la prudencia y habilidad del cerco. Esta complejidad de aptitudes ha caracterizado siempre á los grandes capitanes, Alejandro, César, Hernán Cortés, Napoleón.

Los años no conseguían ni calmar su pasión por las altas empresas ni mermar sus extraordinarias facultades. Ó por mejor decir, lo que perdía en vigor ganábalo en arte, con lo que se restablecía el equilibrio en aquel privilegiado temperamento. Mas la fortuna, según ha tenido á bien comunicar á varios filósofos, se niega á ayudar á los viejos. El insigne capitán había experimentado en los últimos tiempos algunos descalabros que no podían atribuirse á falta de previsión ó valor, sino á la versatilidad de la suerte. Dos jóvenes casadas le habían dado calabazas consecutivamente. Como sucede á todos los hombres de verdadero genio en quien los reveses no producen desmayos femeniles, antes sirven para concentrar y vigorizar las fuerzas de su espíritu, Patiño no lloró como Augusto sobre sus legiones. Pero meditó, y meditó largamente. Y su meditación

fué de fecundos resultados. Un nuevo plan estratégico, asombroso como todos los suyos, surgió del torbellino de sus pensamientos elevados. Dándose cuenta perfecta del estado y cantidad de sus fuerzas de ataque y calculando con admirable precisión el grado de resistencia que podían ofrecerle sus dulces enemigos, comprendió que no debía atacar las plazas nuevas, cuyas fortificaciones son siempre más recias, sino aquellas que por su antigüedad empezasen ya á desmoronarse. Tal viva penetración del arte y tal destreza en la ejecución como el general poseía, anunciaban desde luego la victoria. Y, en efecto, á consecuencia del nuevo y acertado plan de ataque, comenzaron á rendirse una en pos de otra, á sus armas, no pocas bellezas de las mejor sazonadas y maduras de la capital. Y en los brazos de estas Venus de plateados cabellos siguió recogiendo el merecido premio á su prudencia y bravura.

Como el cartaginés Aníbal, Patiño sabía variar en cada ocasión de táctica, según la condición y temperamento del enemigo. Con ciertas plazas convenía el rigor, desplegar aparato de fuerza. En otras era necesario entrar solapadamente sin hacer ruido. Á una dama le gustaba el aspecto marcial y varonil del conquistador; se deleitaba escuchando las memorables jornadas de Garrovillas y Jarandilla, cuando iba persiguiendo á los sublevados. Á otra le placía oirle disertar en estilo correcto, con su hermosa voz de gola, acerca de los problemas políticos y militares. Á otra, en fin, le extasiaba oirle interpretar alguna famosa melodía de Mozart ó Schuman en el violoncelo. Porque nuestro héroe tocaba el violoncelo con rara perfección; y fuerza es confesar que este delicadísimo instrumento le ayudó poderosamente en las más de sus famosas conquistas. Arrastraba las notas de un modo irresistible, indicando bien cla-

ramente que, á pesar de su arrojado y belicoso temperamento, poseía un corazón sensible á las dulzuras del amor. Y por si este arrastre oportunísimo de las notas no lo decía con toda claridad, corroborábalo un alzar de pupilas y meterlas en el cogote, dejando descubierto sólo el blanco de los ojos, cuando llegaba al punto álgido ó patético de la melodía, que realmente era para impresionar á cualquier belleza por áspera que fuese.

La maliciosa insinuación de Pepa Frías tenía fundamento. El bravo general hacía ya algún tiempo «que estaba poniendo los puntos» á la señora de Calderón, aunque ésta no daba señales de advertirlo. Jamás en sus muchas y brillantes campañas se le había presentado un caso semejante. Disparar contra una plaza durante algunos meses cañonazos y más cañonazos, meter dentro de ella granadas como cabezas y permanecer tan sosegada, durmiendo á pierna suelta como si le echasen bolitas de papel. Cuando el general le soltaba algún requiebro á quemarropa, Mariana sonreía bondadosamente.

—Cállese usted, pícaro. ¡Buen pez debió usted de haber sido en sus buenos tiempos!

Patiño se mordía los labios de coraje. ¡Los buenos tiempos! ¡El, que pensaba que nunca los había tenido mejores! Pero con su inmenso talento diplomático sabía disimular y sonreía también como el conejo.

—¿Cuándo te han comprado esa pulsera?—preguntó Pacita á Esperanza, reparando en una caprichosa y elegante que ésta traía.

—Me la ha regalado el general hace unos días.

—¡Ah! ¿El general, por lo visto, te hace muchos regalos?—dijo la de Alcudia con leve expresión irónica que su amiga no entendió.

—Sí; es muy bueno. Siempre nos trae regalos. Á mi hermanito le ha comprado una medalla preciosa.

—¿Y á tu mamá no le hace regalos?

—También.

—¿Y qué dice tu papá?

—¿Mi papá?—exclamó la niña levantando los ojos con sorpresa,—¿qué ha de decir?

Pacita, sin contestar, llamó la atención de una de sus hermanas.

—Mercedes, mira qué pulsera tan bonita le ha regalado el general á Esperanza.

La segunda de Alcudia perdió su rigidez por un momento, y tomando el brazo de Esperanza la examinó con curiosidad.

—Es muy bonita. ¿Te la ha regalado el general?—preguntó cambiando al mismo tiempo con su hermana una mirada maliciosa.

—Aquí está Ramoncito—dijo Esperanza volviendo los ojos á la puerta.

—¡Ah! Ramoncito Maldonado.

Un joven delgado, huesudo, pálido, de patillas negras que tocaban en la nariz, como las gastaba entonces el rey, y á su imitación muchos jóvenes aristócratas, entró sonriente y comenzó á saludar con desembarazo á todos, apretándoles la mano con leve sacudida y acercándola al pecho, del modo extravagante que se estilaba hace algunos años entre los pisaverdes madrileños. En cuanto él entró esparcióse por la habitación un perfume penetrante.

—¡Jesús, qué peste!—exclamo por la bajo Pepa Frías después de darle la mano.—¡Qué afeminado es este Ramoncito!

—¡Hola, barbián!—dijo el joven tomando de la barba

con gran familiaridad á Pinedo.—¿Qué te has hecho ayer? Pepe Castro ha preguntado por ti...

—¿Ha preguntado por mí Pepe Castro? ¡Tanto honor me confunde!

Causaba cierta sorpresa ver á Maldonado tutear á un hombre ya entrado en años y de venerable aspecto. Todos los mozalbetes del *Club de los Salvajes* hacían lo mismo, sin que Pinedo se diese por ofendido.

—Ahí tienes á Mariana—siguió éste—que acaba de hablar perrerías de tí, y con razón.

—¿Pues?

—No haga usted caso, Ramoncito—exclamó la señora de Calderón asustada.

—Y Pepa también.

—¿Usted, Pepa? preguntó el mancebo queriendo mostrar desembarazo, pero inquieto en realidad, porque la de Frías era con razón temida.

—Yo, sí. Vamos á cuentas, Ramoncito, ¿qué se propone usted echando sobre sí tanto perfume? ¿Es que pretende usted seducirnos á todas por el órgano del olfato?

—Por cualquier órgano me agradaría seducir á usted, Pepa.

La tertulia celebró la respuesta. Se oyó una espontánea carcajada. Pacita la había soltado. Su mamá se mordió los labios de ira y encargó á la hija que tenía más cerca que hiciese presente á la otra, para que á su vez lo comunicase á la menor, que era una desvergonzada y que en llegando á casa se verían las caras.

—¡Hombre, bien! choque usted—exclamó la de Frías, dando la mano á Ramoncito.—Es la única frase regular que le he oído en mi vida. Generalmente no dice usted más que tonterías.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

—Ya hemos leido la pregunta que usted hizo en el Ayuntamiento, Ramoncito— dijo la señora de Calderón, mostrándose amable para desvirtuar la acusación de Pinedo.

—¡Ps! cuatro palabrejas.

—Por ahí se empieza, joven —manifestó Calderón con acento protector.

—No; no se empieza por ahí—dijo gravemente Pinedo.—Se empieza por *rumores.* Luego vienen las *interrupciones... (¡Es inexacto! ¡Pruébelo su señoría! La culpa es de los amigos de su señoría.)* En seguida llegan los ruegos y las preguntas. Después la explicación de un voto particular ó la defensa de una proposición incidental. Por último, la intervención en los grandes debates económicos... Pues bien, Ramón se encuentra ya en la tercer categoria, en la de los ruegos.

—Gracias, Pinedito, gracias—respondió el joven algo amoscado.—Pues ya que he llegado á esa categoria, *te ruego* que no seas tan guasón.

—¡Hombre, tampoco está mal eso!—exclamó Pepa Frías con asombro.—Ramoncito, va usted echando ingenio.

El joven concejal fué á sentarse entre la niña de la casa y la menor de Alcudia, que se apartaron de mala gana para dejarle introducir su silla. Este Maldonado, muchacho de buena familia, no enteramente desprovisto de bienes de fortuna y elegido recientemente concejal por la Inclusa, dirigía desde hace algún tiempo sus obsequios á la niña de Calderón. Era un matrimonio bastante proporcionado, al decir de los amigos. Esperanza sería más rica que Ramoncito, porque la hacienda de D. Julián era sólida y considerable; pero aquél, que tampoco estaba en la calle, tenía ya comenzada con

buenos auspicios su carrera política. Los padres de la chica ni se oponían ni alentaban sus pretensiones. Con el aplomo y la superioridad que da el dinero, Calderón apenas fijaba la atención en quién requería de amores á su hija, abrigando la seguridad de que no le faltarían buenos partidos cuándo quisiera casarla. Y en efecto, cinco ó seis pollastres de lo más elegante y perfilado de la sociedad madrileña zumbaban en los paseos, en las tertulias y en el teatro Real alrededor de la rica heredera, como zánganos en torno de una colmena. Ramoncito tenía varios rivales, algunos de consideración. No era lo peor esto, sino que la niña, tan apagada de genio, tan tímida y silenciosa ordinariamente, sólo con él era atrevida y desenfadada, autorizándose bromitas más ó menos inocentes, respuestas y gestos bruscos que mostraban bien claro que no le tomaba en serio. Por eso le decía á menudo Pepe Castro, su amigo y confidente, que se hiciese valer un poco más; que no se manifestase tan rendido ni ansioso; que á las mujeres hay que tratarlas con un poco de desdén.

Este Pepe Castro no sólo era el amigo y el confidente de Maldonado, pero también su modelo en todos los actos de la vida social y privada. Los juicios que pronunciaba acerca de las personas, los caballos, la política (de esto hablaba pocas veces), las camisas y los bastones eran axiomas incontrovertibles para el joven concejal. Imitábale en el vestir, en el andar, en el reir. Si el otro compraba una jaca española cruzada, ya estaba Ramoncito vendiendo la suya inglesa para adquirir otra parecida; si le daba por saludar militarmente llevándose la mano abierta á la sien, á los pocos días Ramoncito saludaba á todo el mundo como un recluta; si tomaba una chula por querida, no tardaba mucho nuestro joven en pasear por los barrios bajos en busca

de otra. Pepe Castro se peinaba echando el pelo hacia adelante, para ocultar cierta prematura calva. Ramoncito, que tenía un pelo hermoso, se peinaba también hacia adelante. Hasta la calva hubiera imitado con gusto por parecerle más *chic*. Pues bien, á pesar de tan devota imitación no había podido obedecerle en lo tocante á sus incipientes amores. Y esto porque, aunque parezca raro, Ramoncito había llegado á interesarse de verdad por la niña. El amor pocas veces es un sentimiento simple. Á menudo contribuyen á formarle y darle vida otras pasiones, como la vanidad, la avaricia, la lujuria, la ambición. Así formado apenas se distingue del verdadero amor: inspira el mismo vigilante cuidado y causa las mismas zozobras y penas. Ramoncito se creía sinceramente enamorado de Esperancita, y acaso tuviera razón para ello, pues la apetecía, pensaba en ella á todas horas, buscaba con afán los medios de agradarla y aborrecía de muerte á sus rivales. Por más que se esforzaba en seguir los consejos del admirado Pepe Castro, procurando ocultar su inclinación ó al menos la vehemencia con que la sentía, no lo lograba. Había empezado por cálculo á festejarla, con el dominio sobre sí de un hombre que tiene libre el corazón: había llegado pronto, gracias á la resistencia desdeñosa de la chica, á preocuparse vivamente, á sentirse aturdido y fascinado en su presencia. Luego la competencia de otros pollos le encendía la sangre y los deseos de hacerse pronto dueño de la mano de la niña. En obsequio á la verdad, hay que decir que se había olvidado «casi» de los millones de Calderón, que amaba ya á la hija «casi» desinteresadamente.

—¿Conque ha hablado usted en el Ayuntamiento, Ramón?—le preguntó Pacita.—¿Y qué ha dicho usted?

—Nada, cuatro palabras sobre el servicio de alcanta-

rillas —respondió con afectado aire de modestia el joven.

—¿Pueden ir las señoras al Ayuntamiento?

—¿Por qué no?

—Pues yo quisiera mucho oirle hablar un día... Y Esperancita tiene más deseos que yo, de seguro.

—¡No, no!... Yo no—se apresuró á decir la niña.

—Vamos, chica, no lo disimules. ¿No has de tener ganas de oir hablar á tu novio?

Esperanza se puso como una amapola y exclamó precipitadamente:

—Yo no tengo novio, ni quiero tenerlo.

Ramoncito también se puso colorado.

—¡Pero qué cosas tan horribles tienes, Paz!—siguió aturdida y confusa.—No vuelvas á hablar así porque me marcho de tu lado.

—Perdona, hija—dijo la maliciosa niña, que se gozaba en el aturdimiento de su amiga y del concejal.—Yo creía... Hay muchos que lo dicen... Entonces, si no es Ramón será Federico...

Maldonado frunció el entrecejo.

—Ni Federico ni nadie... ¡Déjame en paz!... Mira, aquí está el padre Ortega; levántate..

II

Más personajes.

Un clérigo alto, de rostro pálido y redondo, joven aún, con ojos azules y mirada vaga de miope, apareció en la puerta. Todos se levantaron. La marquesa de Alcudia avanzó rápidamente y fué á besarle la mano. Detrás de ella hicieron lo mismo sus hijas, Mariana y las demás señoras de la tertulia.

—Buenas tardes, padre.—Buenos ojos le vean, padre.—Siéntese aquí, padre.—No, ahí no, padre; véngase cerca del fuego.

El sexo masculino le fué dando la mano con afectuoso respeto. La voz del sacerdote, al preguntar ó responder en los saludos, era suave, casi de falsete, como si en la pieza contigua hubiese un enfermo: su sonrisa era triste, protectora, insinuante. Parecía que le habían arrancado á su celda y á sus libros con gran trabajo, que entraba allí con repugnancia, sólo por hacer algún bien con el contacto de su sabia y virtuosísima persona

á aquellos buenos señores de Calderón, de quienes era director espiritual. Sus hábitos y sotana eran finos y elegantes: los zapatos de charol con hebilla de plata; las medias de seda.

Le dieron la enhorabuena calurosamente por una oración que había pronunciado el día anterior en el oratorio del Caballero de Gracia. Él se contentó con sonreir y murmurar dulcemente:

—Dénsela á ustedes, señoras, si han sacado algún fruto.

El padre Ortega no era un clérigo vulgar, al menos en la opinión de la sociedad elegante de la corte, donde tenía mucho partido. Sin pecar de entremetido frecuentaba las casas de las personas distinguidas. No le gustaba hacer ruido ni llamar la atención de las tertulias sobre sí. No daba ni admitía bromas, ni tenía el temperamento abierto y jaranero que suele caracterizar á los sacerdotes que gustan del trato social. Si era intrigante, debía de serlo de un modo distinto de lo que suele verse en el mundo. Discreto y afable, humilde, grave y silencioso cuando se hallaba en sociedad, procurando borrar y confundir su personalidad entre las demás, adquiría relieve cuando subía á la cátedra del Espíritu Santo, lo que hacía á menudo. Allí se expresaba con desenfado y verbosidad sorprendentes. No lograba conmover al auditorio ni lo pretendia, pero demostraba un talento claro y una ilustración poco común en su clase. Porque era de los poquísimos sacerdotes que estaban al tanto de la ciencia moderna, ó al menos semejaba estarlo. En vez de las pláticas morales que se usan y de las huecas y disparatadas declamaciones de sus colegas contra la ciencia y la razón, los sermones de nuestro escolapio trascendían fuertemente á lecturas modernísimas: en todos ellos procuraba demostrar directa ó indirecta-

mente que no existe incompatibilidad entre los adelantos de la ciencia y el dogma. Hablaba de la evolución, del transformismo, de la lucha por la existencia, citaba á Hegel alguna vez, traía á cuento la teoría de Malthus sobre la población, el antagonismo del trabajo y el capital. De todo procuraba sacar partido en defensa de la doctrina católica. Para rechazar los nuevos ataques era necesario emplear nuevas armas. Hasta se confesaba, en principio, partidario de las teorías de Darwin, cosa que tenía sorprendidos é inquietos á algunos de sus timoratos amigos y penitentes, pero esto mismo contribuía á infundirles más respeto y admiración. Cuando hablaba para las señoras solamente, prescindia de toda erudición que pudiera parecerles enfadosa; adoptaba un lenguaje mundano. Les hablaba de sus tertulias, de sus saraos, de sus trajes y caprichos, como quien los conoce perfectamente; sacaba comparaciones y argumentos de la vida de sociedad, y esto encantaba á las damas y las postraba á sus pies. Era el confesor de muchas de las principales familias de la capital. En este ministerio demostraba una prudencia y un tacto exquisitos. Á cada persona la trataba según sus antecedentes, posición y temperamento. Cuando tropezaba con una devota escrupulosa, viva y ardiente como la marquesa de Alcudia, el buen escolapio apretaba de firme las clavijas, se mostraba exigente, tiránico, entraba en los últimos pormenores de la vida doméstica y los reglamentaba. En casa de Alcudia no se daba un paso sin su anuencia. Y en estos sitios, como si se gozase en mostrar su poder, adoptaba un continente grave y severo que en otras partes no se le conocía. Cuando daba con alguna familia despreocupada, con poca afición á la iglesia, ensanchaba la manga, se hacía benigno y tolerante, procurando nada más que guardasen las for-

mas y no diesen mal ejemplo á los otros. Hacia cuanto le era posible por afianzar esa alianza dichosa establecida de poco tiempo á esta parte entre la religión y el «buen tono» en nuestro país. Cada día sacaba una moda que á ello contribuyese, traducidas unas del francés, otras nacidas en su propio cerebro. En la capilla ú oratorio de alguna familia ilustre reunía ciertos días del año por la tarde á las damas conocidas. Eran unas agradabilísimas *matinées*, donde se oraba, tocaba el órgano expresivo la más hábil pianista, decía el padre una plática familiar, departía después amigablemente con las señoras acerca de asuntos religiosos, se confesaba la que quería, y por último, pasaban al comedor, donde se tomaba te, cambiando de conversación. Cuando fallecía alguna persona de estas familias, el padre Ortega se hacía poner en las papeletas de defunción como director espiritual, rogando que la encomendasen á Dios. Luego repartía entre todos los amigos unos papelitos impresos ó memorias con oraciones, donde se pedía al Supremo Hacedor con palabras encarecidas y melosas que por tal ó cual mérito que resplandeció en su sagrada pasión perdonase al conde de T*** ó á la baronesa de M*** el pecado de soberbia ó de avaricia, etc. Generalmente no era aquel en que más había sobresalido el difunto, lo cual hacía el padre con buen acuerdo para evitar el escándalo y una pena á la familia. También se encargaba de gestionar la adquisición del mayor número posible de indulgencias, la bendición papal *in articulo mortis*, las preces de algún convento de monjas, etc. Siendo su amigo y penitente se podía tener la seguridad de no ir al otro mundo desprovisto de buenas recomendaciones. Lo que no sabemos es el caso que Dios hacía de ellas, si escribía encima de las memorias con lápiz azul, como los ministros, «hágase», ó

si preguntaba al padre Ortega, como la señora del cuento: «¿Y á usted quién le presenta?»

Cuando hubo cambiado algunas palabras corteses con casi todos los tertulios, haciendo á cada cual la reverencia que dada su posición le correspondía, la marquesa de Alcudia le tomó por su cuenta, y llevándole á uno de los ángulos del salón y sentados en dos butaquitas, comenzó á hablarle en voz baja como si se estuviese confesando. El clérigo, con el codo apoyado en el brazo del sillón, cogiendo con la mano su barba rasurada, los ojos bajos en actitud humilde, la escuchaba. De vez en cuando profería también alguna palabra en voz de falsete, que la marquesa escuchaba con profundo respeto y sumisión, lo cual no impedía que al instante volviese á la carga gesticulando con viveza, aunque sin alzar la voz.

Había entrado poco después que el padre un joven gordo, muy gordo, rubio, con patillitas que le llegaban poco más abajo de la oreja, mucha carne en los ojos y fresco y sonrosado color en las mejillas. La ropa le estallaba. Su voz era levemente ronca y la emitía con fatiga. Al entrar nublóse la descolorida faz de Ramoncito Maldonado. El recién llegado era hijo de los condes de Casa-Ramírez y uno de los pretendientes á la mano de la primogénita de Calderón. Jacobo Ramirez ó Cobo Ramírez, como se le llamaba en sociedad, pasaba por chistoso por el mismo motivo que Pepa Frías, aunque con menos razón. Caracterizábale una libertad grosera en el hablar, un desprecio cínico hacia las personas, aun las más respetables, y una ignorancia que rayaba en lo inverosímil. Sus chistes eran de lo más burdo y soez que es posible tolerar entre personas decentes. Alguna vez daba en el clavo, esto es, tenía alguna ocurrencia feliz; mas, por regla general,

sus chuscadas eran pura y lisamente desvergüenzas.

La tertulia, no obstante, se regocijó con su entrada. Una sonrisa feliz se esparció por todos los rostros, menos el de Ramoncito.

—Oiga usted, Calderón,—entró diciendo, sin saludar.—¿Cómo se arregla usted para tener siempre criados tan guapos?... Á uno de ellos, el de la entrada, con la poca luz que había y la voz de mezzo-soprano que me gasta, le he confundido con una muchacha.

—¡Hombre, no!—exclamó riendo el banquero.

—¡Hombre, sí! Á mí no me importa nada que usted traiga todos los Romeos que guste... ¿Viene por aquí su amigo Pinazo?

Los que entendieron adónde iba á parar, que eran casi todos, soltaron la carcajada.

—¡No viene! ¡no viene!—dijo Calderón casi ahogado por la risa.

—¿De qué se ríen?—preguntó Pacita por lo bajo á Esperanza.

—No sé—respondió ésta con acento de sinceridad, encogiéndose de hombros.

—De seguro Cobo ha dicho una barbaridad. Se lo preguntaré después á Julia que no dejará de haberla cogido.

Volvieron ambas la vista hacia la mayor de Alcudia y la vieron inmóvil, rígida, con los ojos bajos como siempre. En el ángulo de sus labios, sin embargo, vagaba una leve sonrisa maliciosa que mostraba que no sin razón la hermanita fiaba en sus profundos conocimientos.

—Hola, Ramoncillo—dijo acercándose á Maldonado y dándole una palmada en la mejilla con familiaridad. —Siempre tan guapote y tan seductor.

Estas palabras fueron dichas en tono entre afectuoso é irónico, que le sentó muy mal al joven.

—No tanto como tú..., pero en fin, vamos tirando—respondió Ramoncito.

—No, no, tú eres más guapo... Y si no que lo digan estas niñas... Un poco flacucho estás, sobre todo desde hace una temporada, pero ya doblarás en cuanto se te pase eso.

—No tiene que pasarme nada... Ya sé que nunca podré ser de tantas libras como tú—replicó más picado.

—Pues tienes más hierbas.

—Allá nos vamos, chico; no vengas echándotelas de *fanciullo*, porque es muy cursi, sobre todo delante de estas niñas.

—¡Pero hombre, que siempre han de estar ustedes riñendo!—exclamó Pepa Frías.—Acaben ustedes pronto por batirse, ya que los dos no caben en el mundo.

—Donde no caben los dos—le dijo por lo bajo Pinedo—es en casa de Calderón.

—Nada de eso—manifestó Cobo en tono ligero y alegre—Los amigos más reñidos son los mejores amigos. ¿Verdad, barbián?

Al mismo tiempo tomó la cabeza de Ramoncito con ambas manos y se la sacudió cariñosamente. Éste le rechazó de mal humor.

—Quita, quita, no seas sobón.

Cobo y Maldonado eran íntimos amigos. Se conocían desde la infancia. Habían estado juntos en el colegio de San Antón. Luego en la sociedad siguieron manteniendo relaciones estrechas, principalmente en el *Club de los Salvajes*, adonde ambos acudían asiduamente. Como ambos ejercían la misma profesión, la de pasear á pie, en coche y á caballo; como ambos frecuentaban las mismas casas y se encontraban todos los días en todas partes, la confianza era ilimitada. Siempre había habido entre ellos, sin embargo, una graciosa hostilidad, pues

Cobo despreciaba á Ramoncito, y éste, que lo adivinaba, manteníase constantemente en guardia. Esta hostilidad no excluía el afecto. Se decían mil insolencias, disputaban horas enteras; pero en seguida salían juntos en coche como si no hubiera pasado nada, y se citaban para la hora del teatro. Maldonado tomaba las cosas de Cobo en serio. Éste se gozaba en llevarle la contraria en cuanto decía, hasta que conseguía irritarlo, ponerlo fuera de sí. Mas el afecto desapareció en cuanto ambos pusieron los ojos en la chica de Calderón. No quedó más que la hostilidad. Sus relaciones parecía que eran las mismas; reuníanse en el club diariamente, paseaban á menudo juntos, iban á cazar al Pardo como antes. En el fondo, sin embargo, se aborrecían ya cordialmente. Por detrás decían perrerías el uno del otro; Cobo con más gracia, por supuesto, que Ramoncito, porque le tenía, fundada ó infundadamente, un desprecio verdadero.

—Vamos, les pasa á ustedes lo que á mi hija y su marido...—dijo la de Frías.

—¡No tanto! ¡no tanto, Pepa!—interrumpió Ramírez afectando susto.

—¡Pero qué sin vergüenza es usted, hombre!—exclamó aquélla tratando de contener la risa, que no cuadraba á su mal humor característico.—Se parecen ustedes en que siempre están regañando y haciendo las paces.

Y se puso á describir con bastante gracia la vida matrimonial de su hija. Lo mismo ella que el marido eran un par de chiquillos mimosos, insoportables. Sobre si no la había pasado el plato á tiempo ó no la había echado agua en la copa, sobre los botones de la camisa, ó si no cepillaron la ropa, ó tenía la ensalada demasiado aceite, armaban caramillos monstruosos. Los dos eran igualmente susceptibles y quisquillosos. Á veces se pasaban

seis ú ocho días sin hablarse. Para entenderse en los menesteres de la vida se escribían cartitas y en ellas se trataban de usted.- «Asunción me ha pasado un recado diciéndome que vendrá á las ocho para llevarme al teatro. ¿Tiene usted inconveniente en que vaya?» --escribía ella dejándole la carta sobre la mesa del despacho.—«Puede usted ir adonde guste»—respondía él por el mismo procedimiento.—«¿Qué platos quiere usted para mañana? ¿Le gusta á usted la lengua en escarlata?» —«Demasiado sabe usted que no como lengua. Hágame el favor de decir á la cocinera que traiga algún pescado, pero no boquerones como el otro día, y que no fría tanto las tortillas.» Ninguno de los dos quería humillarse al otro. Así que, esta tirantez se prolongaba ridículamente, hasta que ella, Pepa, los agarraba por las orejas, les decía cuatro frescas y les obligaba á darse la mano. Luego, en las reconciliaciones, eran extremosos.

—¿Sabe usted, Pepa, que no quisiera estar yo allí en el momento de la reconciliación?—dijo Cobo haciendo alarde nuevamente de su malignidad brutal.

—Tampoco yo, hijo –respondió, dando un suspiro de resignación que hizo reir.—Pero ¡qué quiere usted! Soy suegra, que es lo último que se puede ser en este mundo, y tengo esa penitencia y otras muchas que usted no sabe.

—Me las figuro.

—No se las puede usted figurar.

—Pues, querida, á mí me gustaría muchísimo ver á mis hijos reconciliados. No hay cosa más fea que un matrimonio reñido—dijo la bendita de Mariana con su palabra lenta, arrastrada, de mujer linfática.

—También á mí... pero después que pasa la reconciliación—respondió Pepa, cambiando miradas risueñas con Cobo Ramírez y Pinedo.

—¡De qué buena gana me reconciliaría yo con usted, Mariana, del mismo modo que esos chicos!—dijo en voz muy baja el almibarado general Patiño, aprovechando el momento en que la esposa de Calderón se inclinó para hurgar el fuego con un hierro niquelado. Al mismo tiempo, como tratase de quitárselo para que ella no se molestase, sus dedos se rozaron, y aun puede decirse, sin faltar á la verdad, que los del general oprimieron suave y rápidamente los de la dama.

—¡Reconciliarse!—dijo ésta en voz natural.—Para eso es necesario antes estar enfadados y, á Dios gracias, nosotros no lo estamos.

El viejo tenorio no se atrevió á replicar. Rió forzadamente, dirigiendo una mirada inquieta á Calderón. Si insistía, aquella pánfila era capaz de repetir en voz alta la atrevida frase que acababa de decirle.

—Por supuesto—siguió Pepa—que yo me meto lo menos posible en sus reyertas. Ni voy apenas por su casa. ¡Uf! ¡Me crispa el hacer el papel de suegra!

—Pues yo, Pepa, quisiera que fuese usted mi suegra—dijo Cobo, mirándola á los ojos codiciosamente.

—Bueno, se lo diré á mi hija, para que se lo agradezca.

—¡No, si no es por su hija!... Es porque... me gustaría que usted se metiese en mis cosas.

—¡Bah, bah! déjese usted de músicas—replicó la de Frías medio enojada.

Un amago de sonrisa que plegaba sus labios pregonaba, no obstante, que la frase la había lisonjeado.

Ramoncito volvió á sacar la conversación del teatro Real, la liebre que sale y se corre en todas las tertulias distinguidas de la corte. La ópera, para los abonados, no es un pasatiempo, sino una institución. No es el amor de la música, sin embargo, lo que engendra esta

constante preocupación, sino el no tener otra cosa mejor en qué ocuparse. Para Ramoncito Maldonado, para la esposa de Calderón y para otros muchos, los seres humanos se dividen en dos grandes especies: los abonados al teatro Real y los no abonados. Los primeros son los únicos que expresan realmente de un modo perfecto la esencia de la humanidad. Gayarre y la Tosti fueron puestos otra vez á discusión. Los que habían llegado últimamente dieron su opinión, tanto sobre el mérito como sobre la disposición física de los dos cantantes.

Ramoncito se puso á contar en voz baja á Esperanza y á Paz que la noche anterior había sido presentado á la Tosti en su *camerino*. «Una mujer muy amable, muy fina. Le había recibido con una gracia y una amabilidad sorprendentes. Ya había oído hablar mucho de él, de Ramoncito, y tenía deseos vivos de conocerle personalmente. Cuando supo que era concejal, quedó asombrada por lo joven que había llegado á ese puesto. ¡Ya ven ustedes qué tontería! Por lo visto, en otros países se acostumbra á elegir sólo á los viejos. De cerca era aún mejor que de lejos. Un cutis que parece raso; una dentadura preciosa: luego una arrogante figura; el pecho levantado y ¡unos brazos!...»

La vanidad hacía á Ramoncito no sólo torpe, porque es regla bien sabida que cuando se galantea á una mujer no debe alabarse con demasiado calor á otra, sino un tantico atrevido dirigiéndose á niñas. Estas se miraban sonrientes, brillándoles los ojos con fuego malicioso y burlón que el joven concejal no observaba.

—Y diga usted, Ramón, ¿no se ha declarado usted á ella?—le preguntó Pacita.

—Todavía no—respondió haciéndose cargo ya de la intención burlona de la pregunta.

—Pero se declarará.

—Tampoco. Estoy ya enamorado de otra mujer.

Al mismo tiempo dirigió una miradita lánguida á Esperanza. Esta se puso repentinamente seria.

—¿De veras? Cuente usted... cuente usted.

—Es un secreto.

—Bien, pero nosotras lo guardaremos... ¿Verdad Esperanza que tú no dirás nada?

Y la escuálida chiquilla miraba maliciosamente á su amiga gozándose en su mal humor y en la inquietud de Ramoncito.

—Yo no tengo gana de saber nada.

—Ya lo oye usted, Ramón. Esperanza no tiene gana de oir hablar de sus novias. Yo bien sé por qué es, pero no lo digo...

—¡Qué tonta eres, chica!—exclamó aquélla con verdadero enojo.

El joven concejal quedó lisonjeado por tal advertencia que venía de una amiga íntima. Creyó, sin embargo, que debía cambiar la conversación á fin de no echar á perder su pretensión, pues veía á Esperanza seria y ceñuda.

—Pues no crean ustedes que es tan difícil declararse á la Tosti y que ella responda que sí... Y si no, ahí tienen ustedes á Pepe Castro, que puede dar fe de lo que digo.

—Es que Pepe Castro no es usted—manifestó la niña de Calderón con marcada displicencia.

Maldonado cayó de la región celeste donde se mecía. Aquella frase punzante dicha en tono despreciativo le llegó al alma. Porque cabalmente la superioridad de Pepe Castro era una de las pocas verdades que se imponían á su espíritu de modo incontrastable. Pudiera ofrecer reparos á la de Homero, pero á la de Pepito, no. La seguridad de no poder llegar jamás, por mucho que

le imitase, al grado excelso de elegancia, despreocupación, valor desdeñoso y hastío de todo lo creado, que caracterizaba á su admirado amigo, le humillaba, le hacía desgraciado. Esperanza había puesto el dedo en la llaga que minaba su preciosa existencia. No pudo contestar; tal fué su emoción.

Clementina estaba triste, inquieta. Desde que había entrado en casa de su cuñada, buscaba pretexto para irse. Pero no lo hallaba. Era forzoso resignarse á dejar transcurrir un rato. Los minutos le parecían siglos. Había charlado unos momentos con la marquesa de Alcudia, mas ésta la había dejado en cuanto entró el padre Ortega. Su cuñada estaba secuestrada por el general Patiño, que le explicaba minuciosamente el modo de criar á los ruiseñores en jaula. Las dos chicas de Alcudia que tenía al lado parecían de cera, rígidas, tiesas, contestando por monosílabos á las pocas preguntas que las dirigió. Una sorda irritación se iba apoderando poco á poco de ella. Dado su temperamento, no se hubieran pasado muchos minutos en echar á rodar todos los miramientos y largarse bruscamente. Mas al oír el nombre de Pepe Castro levantó la cabeza vivamente y se puso á escuchar con ávida atención. La reticencia de Ramoncito la puso súbito pálida. Se repuso no obstante en seguida, y, entrando en la conversación con amable sonrisa, dijo:

—Vaya, vaya, Ramón; no sea usted mala lengua... ¡Pobres mujeres en boca de ustedes!

—No se habla mal sino de la que lo merece, Clementina—respondió éste animado por el cable que impensadamente recibía.

—De todas hablan ustedes. Me parece que su amiguito Pepe Castro no es de los que se muerden la lengua para echar por el suelo una honra.

—Clementina, hasta ahora no le he cogido tras de ninguna mentira. Todo Madrid sabe que es hombre de mucha suerte con las mujeres.

—¡No sé por qué!—replicó con un mohín de desdén la dama.

—Yo no soy inteligente en la hermosura de los hombres—manifestó el joven riendo su frase,—pero todos dicen que Pepito es guapo.

—¡Ps!... Será según el gusto de cada cual... y que me dispense Pacita, que es su pariente. Yo formo parte de esos *todos* y no lo digo.

—La verdad es—apuntó Esperancita tímidamente—que Pepito no pasa por feo... Luego, es muy elegante y distinguido, ¿verdad tú?

Y se dirigió á Pacita, poniéndose al mismo tiempo levemente colorada.

Clementina le dirigió una mirada penetrante que concluyó de ruborizarla.

—¿De qué se habla?—preguntó Cobo Ramírez acercándose al corro.

Casi nunca se sentaba en las tertulias. Le placía andar de grupo en grupo, resollando como un buey, soltando alguna frase atrevida en cada uno. La faz de Ramoncito se nubló al aproximarse su rival. Éste no dejó de notarlo y le dirigió una mirada burlona.

—Vamos, Ramoncillo, di; ¿cómo te arreglas para tener tan animadas á las damas? Me acaba de decir Pepa que vas echando ingenio.

—No, hombre; ¿cómo voy á echarlo si lo tienes tú todo?—profirió con irritación el concejal.

—Vaya, chico, si es que te azaras porque yo me acerco, me voy.

Una sonrisa irónica, amarga y triunfal al mismo tiempo, dilató el rostro anguloso de Ramoncito. Había cogi-

do á su enemigo en la trampa. Ha de saberse que pocos días antes averiguó casualmente, por medio de un académico de la lengua, que no se decía *azararse*, sino *azorarse*.

—Querido Cobo—dijo echándose hacia atrás con la silla y mirándole con fijeza burlona.—Antes de hablar entre personas ilustradas, creo que debieras aprender el castellano... Digo... me parece...

—¿Pues?—preguntó el otro sorprendido.

—No se dice azarar, sino *azorar*, queridísimo Cobo. Te lo participo para tu satisfacción y efectos consiguientes.

La actitud de Ramoncito al pronunciar estas palabras era tan arrogante, su sonrisa tan impertinente, que Cobo, desconcertado por un momento, preguntó con furia:

—¿Y por qué se dice azorar y no azarar?

—¡Porque sí!... ¡Porque lo digo yo!... ¡Eso!...—respondió el otro sin dejar de sonreir cada vez con mayor ironía y echando una mirada de triunfo á Esperanza.

Se entabló una disputa animada, violenta, entre ambos. Cobo se mantuvo en sus trece sosteniendo con brío que no habia tal *azorar*, que á nadie se lo habia oído en su vida y eso que estaba harto de hablar con personas ilustradas. El joven y perfumado concejal le respondía brevemente sin abandonar la sonrisilla impertinente, seguro de su triunfo. Cuanto más furioso se ponia Cobo, más se gozaba en humillarle delante de la niña por quien ambos suspiraban.

Pero la decoración cambió cuando Cobo irritadísimo, viéndose perdido, llamó en su auxilio al general Patiño.

—Vamos á ver, general, usted que es una de las eminencias del ejército, ¿cree que está bien dicho azorarse?

El general, lisonjeado por aquella oportuna dedada de miel, manifestó dirigiéndose á Maldonado en tono paternal:

—No, Ramoncito, no: está usted en un error. Jamás se ha dicho en España azorar.

El concejal dió un brinco en la silla. Abandonando súbito toda ironía, echando llamas por los ojos, se puso á gritar que no sabían lo que se decían, que parecía mentira que personas ilustradas, etc., etc... Que estaba seguro de hallarse en lo cierto y que inmediatamente se buscase un diccionario.

—El caso es, Ramoncito—dijo D. Julián rascándose la cabeza,—que el que había en casa hace ya tiempo que ha desaparecido. No sé quién se lo ha llevado... Pero á mí me parece también, como al general, que se dice azarar...

Aquel nuevo golpe afectó profundamente á Maldonado, que, pálido ya, tembloroso, lanzó con voz turbada un último grito de angustia.

—¡Azorar viene de *azor*, señores!

—¡Qué azor ni qué coliflor, hombre de Dios!—exclamó Cobo soltando una insolente carcajada.—Confiesa que has metido la patita y dí que no lo volverás á hacer.

El despecho, la ira del joven concejal no tuvieron límites. Todavía luchó algunos momentos con palabras y ademanes descompuestos. Pero como se contestase á sus enérgicas protestas con risitas y sarcasmos, concluyó por adoptar una actitud digna y despreciativa, mascullando palabras cargadas de hiel, los labios trémulos, la mirada torva. De vez en cuando dejaba escapar por la nariz un leve bufido de indignación. Cobo estuvo implacable: aprovechó todas las ocasiones que se ofrecieron para dirigirle indirectamente una pullita

envenenada que causaba el regocijo de las niñas y hacía sonreir discretamente á las personas graves. Nadie en el mundo padeció más hambre y sed de justicia que Ramoncito en aquella ocasión.

La llegada de un nuevo personaje puso fin ó suspendió por lo menos su tormento. Anunció el criado al señor duque de Requena. La entrada de éste produjo en la tertulia un movimiento que indicaba bien claramente su importancia. Calderón salió á recibirle dándole las dos manos con efusión. Los hombres se levantaron apresuradamente y se apartaron de los asientos para salir á su encuentro sonrientes, expresando en su actitud la veneración que les inspiraba. Las damas volvieron también sus rostros hacia él con curiosidad y respeto, y Pepa Frías se levantó para saludarle. Hasta el padre Ortega abandonó á su marquesa y se adelantó inclinado, sumiso, dirigiéndole un saludo almibarado, sonriéndole con sus ojos claros al través de los fuertes cristales de miope que gastaba. Por algunos instantes apenas se oyó en la estancia más que «querido duque», «señor duque». «¡Oh, duque!»

El objeto de tanta atención y acatamiento era un hombre bajo, gordo, la faz amoratada, los ojos saltones y oblicuos, el cabello blanco, y el bigote entrecano, duro y erizado como las púas de un puerco-espín. Los labios gruesos y sinuosos y manchados por el zumo del cigarro puro que traía apagado y mordía paseándolo de un ángulo á otro de la boca sin cesar. Podría tener unos sesenta años, más bien más que menos. Venía envuelto en un magnífico gabán de pieles que no había querido quitarse á la entrada por hallarse acatarrado. Mas al poner los pies en el saloncito de Calderón, sintióse malamente impresionado por el calor que allí hacía. Sin contestar apenas á los saludos y sonri-

sas que á porfía le dirigían, murmuró en tono brutal, con la voz gruesa y ronca á la vez que caracteriza á los hombres de cuello corto:

—¡Puf! ¡Esto echa bombas...!

Y lo acompañó de una interjección valenciana que principia por f. Al mismo tiempo hizo ademán de despojarse del abrigo. Veinte manos cayeron sobre él para ayudarle y esto retrasó un poco la operación.

Representóse en la tertulia de Calderón la escena de los israelitas en el desierto que más se ha repetido en el mundo, la adoración del becerro de oro. El recién llegado era nada menos que D. Antonio Salabert, duque de Requena, el célebre Salabert rico entre los ricos de España, uno de los colosos de la banca y el más afamado, sin disputa, por el número y la importancia de sus negocios. Había nacido en Valencia. Nadie conocía á su familia. Decían unos que había sido granuja del mercadal, otros que empezó de lacayo de un banquero y luego fué cobrador de letras y zurupeto, otros que había sido soldado de Cabrera en la primera guerra civil, y que el origen de su fortuna estuvo en una maleta llena de onzas de oro que robó á un viajero. Algunos llegaban hasta á afiliarle en una de las célebres partidas de bandoleros que infestaron á España poco después de la guerra. Pero él explicaba del modo más sencillo y gráfico la procedencia de su fortuna, que no bajaba de cien millones de pesetas. Cuando se enfadaba con los empleados de su casa, lo cual sucedía á menudo, y notaba que se ofendían con sus palabrotas injuriosas, solía decirles gritando como un energúmeno:

—¿Sabéis, f...., cómo he llegado yo á tener dinero?... Pues recibiendo muchas patadas en el trasero. Sólo á fuerza de puntapiés se logra subir arriba. ¿Estamos?

Hay que confesar que este dato adolece de ser un

poco vago; pero la perfecta autenticidad de que se halla revestido, le da un valor inapreciable. Tomándolo como base de la investigación, acaso se pueda llegar á definir el carácter y á historiar la vida y las empresas del opulento banquero.

—Hola, chiquita—dijo avanzando hacia Clementina y tomándole la barba como se hace con los niños.—¿Estás aquí? No he visto tu coche abajo.

—He salido á pie, papá.

— Es un milagro. Si quieres, puedes llevarte el mío.

—No; tengo deseos de caminar. Estoy estos días muy pesada.

El duque de Requena había prescindido de todos los presentes y hablaba á su hija con toda la afabilidad de que era susceptible. La veía pocas veces. Clementina era su hija natural, habida allá en Valencia, cuando joven, de una mujer de la ínfima clase social, como él lo era al parecer. Luego se había casado en Madrid, ya en camino de ser rico, con una joven de la clase media, de la cual no tuvo familia. Esta señora, extremadamente delicada de salud desde su matrimonio, había cedido ó, por mejor decir, había ella misma propuesto que la hija de su marido viniese á habitar la misma casa. Clementina se educó, pues, aquí y fué amada de la esposa de su padre como una verdadera hija. Ella la quiso y la respetó también como á una madre. Después que se casó solía visitarla á menudo; pero como su padre estaba siempre muy ocupado, no entraba en sus habitaciones, y desde las de su madre (así la llamaba) se iba á la calle. Sólo en los días de banquete ó recepción, ó cuando casualmente le tropezaba en las casas ó en la calle departía un rato con él.

Después de preguntarle por su marido y por sus hijos, el duque se puso á hablar, sin sentarse, con Calde-

rón y Pepa Frías. Un hombre rudo y campechanote en la apariencia: sonreía pocas veces: cuando lo hacía era de modo tan leve que aún podía dudarse de ello. Acostumbraba á llamar las cosas por su nombre y á dirigirse á las personas sin fórmulas de cortesía, diciéndoles en la cara cosas que pudieran pasar por groserías: no lo eran porque sabía darles un tinte entre rudo y afectuoso que les quitaba el aguijón. No era muy locuaz. Generalmente se mantenía silencioso mordiendo su cigarro y examinando al interlocutor con sus ojos oblicuos, impenetrables. Mostraba al hablar una inocencia falsa y socarrona que no le hacía antipático. Detrás se veía siempre al antiguo granuja del mercadal de Valencia, diestro, burlón, receloso y marrullero.

Pepa Frías le habló de negocios. La viuda era incansable en esta conversación. Quería enterarse de todo, temiendo ser engañada, ávida siempre de ganancias y temblando con terror cómico ante la perspectiva de la baja de sus fondos. Se hacía repetir hasta la saciedad los pormenores. «¿Soltaría las acciones del Banco y compraría *Cubas*? ¿Qué pensaba hacer el Gobierno con el amortizable? Había oído rumores. ¿Se haría en alza la próxima liquidación? ¿No sería mejor liquidar en el momento con treinta céntimos de ganancia que aguardar á fin de mes?»

Para ella las palabras de Salabert eran las del oráculo de Delfos. La fama inmensa del banquero la tenía fascinada. Por desgracia, el duque, como todos los oráculos antiguos y modernos, se expresaba siempre que se le consultaba, de un modo ambiguo. Respondía á menudo con gruñidos que nadie sabía si eran de afirmación, de negación ó de duda. Las frases que de vez en cuando se escapaban de su boca entre el cigarro y los labios húmedos y sucios eran oscuras, cortadas

ininteligibles en muchos casos. Además, todo el mundo sabía que no era posible fiarse de él, que se gozaba en despistar á sus amigos y hacerles caer de bruces en un mal negocio. Sin embargo, Pepa insistía aspirando á arrancar de aquel cerebro luminoso el secreto de la mina: bromeaba tomándole de las solapas de la levita, llamándole viejo, cazurro, zorro, haciendo gala de una desvergüenza que en ella había llegado á ser coquetería. El banquero no daba fuego. Le seguía el humor respondiendo con gruñidos y con tal cual frase escabrosa que hacía reir á Calderón, aunque no tenía muchas ganas de hacerlo viéndole echar sin miramiento alguno tremendos escupitajos en la alfombra. Porque el duque con el picor del tabaco salivaba bastante y no acostumbraba á reparar dónde lo hacía, á no ser en su casa donde cuidaba de ponerse al lado de la escupidera. Calderón estaba inquieto, violento, lo mismo que si se los echase en la cara. Á la tercera vez, no pudiendo contenerse, fué él mismo á buscar la escupidera para ponérsela al lado. Salabert le dirigió una mirada burlona y le hizo un guiño á Pepa. Ya tranquilo Calderón se mostró locuaz y pretendió sustituirse al duque dando consejos á Pepa sobre los fondos. Pero aunque hombre prudente y experto en los negocios, la viuda no se los apreciaba ni aun quería oirlos. Al fin y al cabo, entre él y Salabert existía enorme distancia: el uno era un negociante vulgar, el otro un genio de la banca. Sin embargo, éste asentía con sonidos inarticulados á las indicaciones bursátiles del dueño de la casa. Pepa no se fiaba.

Salabert se apartó un poco del grupo y se dejó caer sobre el brazo de un sillón adoptando una postura grosera, para lo cual sólo él tenía derecho. En vez de ser mal vistos aquellos modales libres y rudos, contribuían

no poco á su prestigio y al respeto idolátrico que en sociedad se le tributaba. Lejos nuevamente de la escupidera volvió á salivar sobre la alfombra con cierto goce malicioso, que á pesar de su máscara indiferente y bonachona se le traslucía en la cara. Calderón tornó igualmente á nublarse y fruncirse hasta que, resolviéndose á saltar por encima de ciertos miramientos sociales, le acercó otra vez la escupidera sin tanto valor como antes, pues lo hizo con el pie. Pepa sentóse en el otro brazo y siguió haciendo carocas al duque. Éste comenzaba á fijar más la atención en ella. Sus miradas frecuentes la envolvían de la cabeza á los pies, notándose que se detenían en el pecho, alto y provocador. Pepa era una mujer fresca, apetitosa. Al cabo de algunos minutos el banquero se inclinó hacia ella con poca delicadeza, y acercando el rostro á su cara, tanto que parecía que se la rozaba con los labios, le dijo en voz baja:

—¿Tiene usted muchas *Osunas*?

—Algunas, sí, señor.

—Véndalas usted á escape.

Pepa le miró á los ojos fijamente, y dándose por advertida calló. Al cabo de unos momentos fué ella quien acercando su rostro al del banquero le preguntó discretamente:

—¿Qué compro?

—Amortizable— respondió el famoso millonario con igual reserva.

Entraban á la sazón un caballero y una dama, ambos jovencitos, menudos, sonrientes, y vivos en sus ademanes.

—Aquí están mis hijos—dijo Pepa.

Era un matrimonio grato de ver. Ambos bien parecidos, de fisonomía abierta y simpática, y tan jóvenes, que realmente parecían dos niños. Fueron saludando

uno por uno á los tertulios. En todos los rostros se advertía el afecto protector que inspiraban.

—Aquí tienes á tu suegra, Emilio. ¡Qué encuentro tan desagradable! ¿verdad?...—dijo Pepa al joven.

—Suegra, no: mamá... mamá— respondió éste apretándole la mano cariñosamente.

—¡Dios te lo pague, hijo!—replicó la viuda dando un suspiro de cómico agradecimiento.

Volvió la tertulia á acomodarse. Los jóvenes casados sentáronse juntos al lado de Mariana. Clementina había dejado aquel sitio y charlaba con Maldonado: el nombre de Pepe Castro sonaba muchas veces en sus labios. Mientras tanto Cobo aprovechaba el tiempo, haciendo reir con sus desvergüenzas á Pacita; pero aunque intentaba que Esperanza acogiese los chistes con igual placer, no lo conseguía. La niña de Calderón, seria, distraída, parecía atender con disimulo á lo que Ramoncito y Clementina hablaban. Pinedo se había levantado y hacía la corte al duque. Y el general, viendo á su ídolo en conversación animada con los jóvenes casados, fatigado de que sus laberínticos requiebros no fuesen comprendidos, ni tampoco sus restregones poéticos, vino á hacer lo mismo. La marquesa y el sacerdote seguían cuchicheando vivamente allá en un rincón, ella cada vez más humilde é insinuante, sentada sobre el borde de la butaca, inclinando su cuerpo para meterle la voz por el oído; él más grave y más rígido por momentos, cerrando á grandes intervalos los ojos como si se hallase en el confesonario.

—¡Qué par de bebés, eh!—exclamó Pepa en voz alta dirigiéndose á Mariana.—¿No es vergüenza que esos mocosos estén casados? ¡Cuánto mejor sería que estuviesen jugando al trompo!

Los chicos sonrieron mirándose con amor.

—Ya jugarán... en los momentos de ocio—manifestó Cobo Ramírez con retintín.

—¡Hombre, ca!—exclamó Pepa, volviéndose furiosa hacia él.—¿Le han dado á usted cuenta ellos de sus juegos?

Aquél y Emilio cambiaron una mirada maliciosa. Irenita, la joven casada, se ruborizó.

—Te están haciendo vieja, Pepa. Acuérdate que eres abuela—respondió la señora del Calderón.

—¡Qué abuela tan rica! —exclamó por lo bajo Cobo, aunque con la intención de que lo oyese la interesada.

Ésta le echó una mirada entre risueña y enojada, demostrando que había oído y lo agradecía en el fondo. Cobo se hizo afectadamente el distraído.

—¿Os ha pasado ya la berrenchina?—siguió la viuda dirigiéndose á sus hijos.—¿Cuánto durarán las paces?... ¡Jesús, qué criaturas tan picoteras!... Mirad, yo no voy á vuestra casa porque cuando os encuentro con morro me apetece tomar la escoba y romperla en las costillas de los dos...

Los tertulios se volvieron hacia los jóvenes esposos sonriendo. Esta vez se pusieron ambos fuertemente colorados. Después, por la seriedad que quedó bien señalada en el rostro de Emilio, se pudo comprender que no le hacían maldita la gracia aquellas salidas harto desenfadadas de su suegra.

El general Patiño, por orden de la bella señora de la casa, puso el dedo en el botón de un timbre eléctrico. Apareció un criado: le hizo el ama una seña: no se pasaron cinco minutos sin que se presentase nuevamente y en pos de él otros dos con sendas bandejas en las manos colmadas de tazas de te, pastas y bizcochos. Momento de agradable expansión en la tertulia. Todos

se ponen en movimiento y brilla en los ojos el placer del animal que va á satisfacer una necesidad orgánica. Esperancita deja apresuradamente á su amiga y á Ramírez y se pone á ayudar con solicitud á su madre en la tarea de servir el te á los tertulios. Ramoncito aprovecha el instante en que la niña le presenta una taza, para decirla en voz baja y alterada «que le sorprende mucho que se complazca en escuchar las patochadas y frases atrevidas de Cobo Ramírez». Esperanza le mira confusa, y al fin dice «que ella no ha oido semejantes patochadas, que Cobo es un chico muy amable y gracioso». Ramoncito protesta con voz débil y lúgubre entonación contra tal especie y persiste en desacreditar á su amigo, hasta que éste, oliendo el torrezno, se acerca á ellos bromeando según costumbre. Con lo cual, á nuestro distinguido concejal se le encapota aún más el rostro y se va retirando poco á poco: no sea que al insolente de Cobo se le ocurra cualquier sandez para hacer reir á su costa.

Llegó el momento de hablar de literatura, como acontece siempre en todas las tertulias nocturnas ó vespertinas de la capital. El general Patiño habló de una obra teatral recién estrenada con felicísimo éxito y le puso sus peros, basados principalmente en algunas escenas subidas de color. Mariana manifestó que de ningún modo iría á verla entonces. Todos convinieron en anatematizar la inmoralidad de que hoy hacen gala los autores. Se dijeron pestes del naturalismo. Cobo Ramírez, que había tomado te y luego unos emparedados y se había comido una cantidad fabulosa de ensaimadas y bizcochos, expuso á la tertulia que recientemente había leído una novela titulada *Le journal d'une dame* (en francés y todo), preciosa, bonitísima, la más espiritual que él hubiera leído nunca. Porque Cobo, en literatura,—¡caso

raro! - estaba por lo espiritual, lo delicado. No le vinieran á él con esas novelotas pesadas donde le cuentan á uno las veces que un albañil se despereza al levartarse de la cama (ó los bizcochos y ensaimadas que se come un chico de buena sociedad), ni le hablaran de partos y otras porquerías semejantes. En las novelas deben ponerse cosas agradables, puesto que se escriben para agradar. Esto decía con notable firmeza, resollando al hablar como un caballo de carrera. Los demás asentían.

La entrada de un caballero ni alto ni bajo, ni delgado ni gordo, alzado de hombros y cogido de cintura, la color baja, la barba négra y tan espesa y recortada que parecía postiza, cortó rápidamente la plática literaria. Nada menos era que el señor ministro de Fomento. Por eso llevaba la cabeza tan erguida que casi daba con el cerebelo en las espaldas, y sus ojos medio cerrados despedían por entre las negras y largas pestañas relámpagos de suficiencia y protección á los presentes. Hasta los veintidós años había tenido la cabeza en su postura natural; pero desde esta época, en que le nombraron vicepresidente de la sección de derecho civil y canónico en la Academia de Jurisprudencia, había comenzado á levantarla lenta y majestuosamente como la luna sobre el mar en el escenario del teatro Real, esto es, á cortos é imperceptibles tironcitos de cordel. Le hicieron diputado provincial; un tironcito. Luego diputado á Cortes; otro tironcito. Después gobernador de provincia; otro tironcito. Más tarde director general de un departamento; otro. Presidente de la Comisión de presupuestos; otro. Ministro; otro. La cuerda estaba agotada. Aunque le hicieran príncipe heredero, Jiménez Arbós ya no podía levantar un milímetro más su gran cabeza.

Su entrada produjo movimiento, pero no tanto como

la del duque de Requena. Éste, cuyo rostro carnoso, sensual, no podía ocultar el desprecio que aquella asamblea le inspiraba, corrió á él sin embargo, y le saludó con rendimiento y servilismo sorprendentes, teniendo en cuenta la rusticidad y grosería con que generalmente se comportaba en el trato social. El ministro comenzó á repartir apretones de manos de un modo tan distraído que ofendía. Únicamente cuando saludó á Pepa Frías dió señales de animación. Ésta le preguntó en voz baja tuteándole:

—¿Cómo vienes de frac?

—Voy á comer á la embajada francesa.

—¿Vas luego á casa?

—Sí.

Este diálogo rapidísimo en voz imperceptible fué observado por el duque, quien acercándose á Pinedo le preguntó con reserva y haciendo una seña expresiva:

—Diga usted, ¿Arbós y Pepa Frías?...

—Hace ya lo menos dos meses.

La mirada que el banquero le echó entonces á la viuda no fué de la calidad de las anteriores. Era ahora más atenta, más respetuosa y profunda, quedándose después un poco pensativo. Calderón se había acercado al ministro y le hablaba con acatamiento. Salabert hizo lo mismo. Pero el personaje no tenía ganas de hablar de negocios ó por ventura le inspiraba miedo el célebre negociante. La prensa hacía reticencias malévolas sobre los negocios de éste con el Gobierno. Por eso, á los pocos momentos, se fué en pos de Pepa Frías y se pusieron á cuchichear en un ángulo de la estancia.

Clementina estaba cada vez más impaciente, con unos deseos atroces de marcharse. Dejaba de hacerlo por el temor de que su padre la acompañase. El ministro se fué á los pocos minutos, repartiendo previamente otros

cuantos apretones de manos con la misma distracción imponente, mirando no á la persona á quien saludaba, sino al techo de la estancia. Entonces el duque se apoderó de Pepa Frías, mostrándose con ella tan galante y expresivo, como si fuese á hacerle una declaración de amor. El general, observándolo, dijo á Pinedo:

—Mire usted al duque, qué animado se ha puesto. De fijo le está haciendo el amor á Pepa.

—No—respondió gravemente el empleado.—Á lo que está haciendo el amor ahora es al negocio de las minas de Riosa.

La viuda anunció al cabo en voz alta que se iba.

—¿Adónde va usted, Pepa, en este momento?—le preguntó el banquero.

—A casa de Lhardy á encargar unas mortadelas.

—La acompaño á usted.

—Vamos; le convidaré á tomar unos pastelitos.

Al duque le hizo mucha gracia el convite.

—¿Vienes, chiquita?—le dijo á su hija.

Clementina aún pensaba quedarse un rato. Pepa, al tiempo de salir del brazo del banquero, dijo en alta voz volviéndose á los presentes:

—Conste que no vamos en coche.

Lo cual les hizo reir.

—Conste—dijo el duque riendo—que esto lo dice por adularme.

—Que se explique eso: no hemos comprendido...—gritó Cobo Ramirez.

Pero ya el duque y Pepa habían desaparecido detrás de la cortina. Clementina aguardó sólo cinco minutos. Cuando presumió que ya no podía tropezar en la escalera á su padre, se levantó, y pretextando un quehacer olvidado, se despidió también.

III

La hija de Salabert.

Bajó con ansia la escalera. Al poner el pie en la calle dejó escapar un suspiro de consuelo. Á paso vivo tomó la del Siete de Julio, entró en la plaza Mayor y luego en la de Atocha. Al llegar aquí vino á su pensamiento la imagen del joven que la había seguido y volvió la cabeza con inquietud. Nada; no había que temer. Ninguno la seguía. En la puerta de una de las primeras casas y mejores de la calle, se detuvo, miró rápida y disimuladamente á entrambos lados y penetró en el portal. Hizo una seña casi imperceptible de interrogación al portero. Éste contestó con otra de afirmación llevándose la mano á la gorra. Lanzóse por la escalera arriba. Subió tan de prisa, sin duda para evitar encuentros importunos, que al llegar al piso segundo le ahogaba la fatiga y se llevó una mano al corazón. Con la otra dió dos golpecitos en una de las puertas. Al instante abrieron silenciosamente: se arrojó dentro con ímpetu, cual si la persiguiesen.

—Más vale tarde que nunca—dijo el joven que había abierto, tornando á cerrar con cuidado.

Era un hombre de veintiocho á treinta años, de estatura más que regular, delgado, rostro fino y correcto, sonrosado en los pómulos, bigote retorcido, perilla apuntada y los cabellos negros y partidos por el medio con una raya cuidadosamente trazada. Guardaba semejanza con esos soldaditos de papel con que juegan los niños; esto es, era de un tipo militar afeminado. También parecía su rostro al que suelen poner los sastres á sus figurines; y era tan antipático y repulsivo como el de ellos. Vestía un batín de terciopelo color perla con muchos y primorosos adornos; traía en los pies zapatillas del mismo género y color con las iniciales bordadas en oro. Advertíase pronto que era uno de esos hombres que cuidan con esmero del aliño de su persona; que retocan su figura con la misma atención y delicadeza con que el escultor cincela una estatua; que al rizarse el bigote y darle cosmético creen estar cumpliendo un sagrado é ineludible deber de conciencia; que agradecen, en fin, al Supremo Hacedor, el haberles otorgado una presencia gallarda y procuran en cuanto les es dado mejorar su obra.

—¡Qué tarde!—volvió á exclamar el apuesto caballero dirigiéndola una mirada fija y triste de reconvención.

La dama le pagó con una graciosa sonrisa, replicando al mismo tiempo con acento burlón:

—Nunca es tarde si la dicha es buena.

Y le tomó la mano y se la apretó suavemente, y le condujo luego sin soltarle al través de los corredores, hasta un gabinete que debía ser el despacho del mismo joven. Era una pieza lujosa y artísticamente decorada; las paredes forradas con cortinas de raso azul oscuro,

prendidas al techo por anillos que corrían por una barra de bronce; sillas y butacas de diversas formas y gustos; una mesa-escritorio de nogal con adornos de hierro forjado; al lado una taquilla con algunos libros, hasta dos docenas aproximadamente. Suspendidos del techo por cordones de seda y adosados á la pared veíanse algunos arneses de caballo, sillas de varias clases, comunes, bastardas y de jineta con sus estribos pendientes, frenos de diferentes épocas y también países, látigos, sudaderos de estambre fino bordados, espuelas de oro y plata; todo riquísimo y nuevo. Las aficiones hípicas del dueño de aquel despacho se delataban igualmente en los pasillos, que desde la puerta de la casa conducían allí; por todas partes monturas colgadas y cuadros representando caballos en libertad ó aparejados. Hasta sobre la mesa de escribir, el tintero, los pisapapeles y la plegadera estaban tallados en forma de herraduras, estribos ó látigos. Al través de un arco con columnas, mal cerrado por un portier hecho de rico tapiz en el que figuraban un joven con casaca y peluca de rodillas delante de una joven con traje Pompadour, veíase un magnífico lecho de caoba con dosel.

Así que llegaron á esta cámara, la dama se dejó caer con negligencia en una butaquita muy linda y volvió á decirle con sonrisa burlona:

—¡Qué! ¿no te alegras de verme?

—Mucho; pero me alegraría de haberte visto primero. Hace hora y media que te estoy esperando.

—¿Y qué? ¿Es gran sacrificio esperar hora y media á la mujer que se adora? ¿Tú no has leído que Leandro pasaba todas las noches el Helesponto á nado para ver á su amada?... No; tú no has leído eso ni nada... Mejor: yo creo que te sentaría mal la ciencia. Los libros disiparían esos colorcitos tan lindos que tienes en las me-

jillas, te privarían de la agilidad y la fuerza con que montas á caballo y guías los coches... Además, yo creo que hay hombres que han nacido para ser guapos, fuertes y divertidos, y uno de ellos eres tú.

—Vamos, por lo que estoy viendo me consideras como un bruto, que no conoce ni la A—respondió triste y amoscado el joven, en pie frente á ella.

—¡No, hombre, no!—exclamó la dama riendo; y apoderándose de una de sus manos la besó en un repentino acceso de ternura.—Eso es insultarme. ¿Te figuras que yo podría querer á un bruto?... Toma — añadió despojándose del sombrero,—pon ese sombrero con cuidado sobre la cama. Ahora ven aquí, so canalla; ya que eres tan susceptible, ¿no consideras que has principiado diciéndome una grosería?... ¡Hora y media!... ¿Y qué?... Acércate; ponte de rodillas; deja que te tire un poco de los pelos.

El joven, en vez de hacerlo, agarró una silla-fumadora y se montó en ella frente á su querida.

—¿Sabes por qué he tardado tanto?... Pues por el dichoso niño, que me ha seguido hoy también.

Al decir esto, se puso repentinamente seria; una arruga bien pronunciada cruzó su linda frente.

—¡Es insufrible!—añadió.—Ya no sé qué hacer. Á todas horas, salga por la mañana ó por la tarde, traigo aquel fantasma detrás de mí. He tenido que refugiarme en casa de Mariana. Luego, una vez allí, no hubo más remedio que aguantar un rato. Vino papá, y porque no saliese conmigo esperé otro poquito á que se fuese... ¡Ahí ves!

—¡Tiene gracia ese chico!—dijo riendo el caballero.

—¡Mucha! ¡Si es muy divertido que le averigüen á una dónde va y lo sepa en seguida todo el mundo, y llegue á oídos de mi marido! ¡Ríete, hombre, ríete!

—¿Por qué no? ¿Á quién se le ocurre más que á ti tomarse un disgusto por tener un admirador tan platónico? ¿Has recibido alguna carta? ¿Te ha dicho alguna palabra al paso?

—Eso es lo que menos importaba. Lo que me excita los nervios es la persecución. Luego es un mocoso capaz por despecho, si averigua mis entradas en esta casa, de escribir un anónimo... Y tú ya sabes la situación especial en que me encuentro respecto á mi marido.

—No es de presumir: los que escriben anónimos no son los enamorados, sino las amigas envidiosas... ¿Quieres que yo me aviste con él y le meta un poco de miedo?

— ¡Eso no se pregunta, hombre!—exclamó la dama con voz irritada.—Mira, Pepe; tú eres hombre de corazón y tienes inteligencia; pero te hace muchísima falta un poco más de refinamiento en el espíritu para que comprendas ciertas cosas. Debieras dedicar menos horas al club y á los caballos y procurar ilustrarte un poco.

—¡Ya pareció aquello!—dijo el joven con despecho, muy molestado por la agria reprensión.

—Pues si quieres que no te diga ciertas cosas, procura callarte otras.

Pepe Castro se encogió de hombros con superior desdén y se alzó de la silla. Dió algunas vueltas distraídamente por la estancia y paró al fin delante de un cuadrito, que descolgó para sacudirle el polvo con el pañuelo. Clementina le miraba en tanto con ojos coléricos. Se puso en pie vivamente, como si la alzara un resorte: luego, refrenando su ímpetu y adquiriendo calma, avanzó lentamente hacia la alcoba, penetró en ella, recogió su sombrero de la cama y comenzó á ponérse-

lo frente al espejillo de una cornucopia, con ademanes lentos, donde se adivinaba, sin embargo, en el levísimo temblor de las manos, la sorda irritación que la embargaba.

—¡Bueno!—exclamó por último en tono distraído é indiferente.—Me voy, chico... ¿Quieres algo para la calle?

El joven dió la vuelta y preguntó con sorpresa:

—¿Ya?

—Ya—repuso la dama con exagerada firmeza.

El joven avanzó hacia ella, le echó suavemente un brazo al cuello, y levantando con la otra mano el velito rojo le dió un beso en la sien.

—¡Que siempre ha de pasar lo mismo! Yo soy el descalabrado y tú te apresuras á ponerte la venda.

—¿Qué estás diciendo ahí?—replicó ella algo confusa.—Me voy porque tengo que hacer una visita antes de comer.

—Vamos, Clementina, aunque quieras no puedes disimular... Debes comprender que no se pueden escuchar con risa los insultos... y tú me estás insultando á cada momento.

—Te digo que no te comprendo. No sé á qué insultos ni á qué disimulos te refieres—replicó la dama con afectación.

Pepe intentó con mimo y dulzura quitarle de nuevo el sombrero. Ella le detuvo con gesto imperioso. Tomóla entonces por la cintura y la condujo hacia el diván. Sentóse, y cogiéndole las manos se las besó repetidas veces con apasionado cariño. Ella siguió en pie sin dejarse ablandar. Tan extremado estuvo, sin embargo, en sus caricias y tan sumiso, que al cabo, arrancando con violencia sus manos de las de él, Clementina dijo medio riendo, medio enojada aún:

—Quita, quita, que ya estoy hastiada de tus lametones de perro de Terranova... ¡Eres un bajo!... Primero que yo me humillase de tal modo me harían rajas.

Volvió á quitarse el sombrero, y fué ella misma á colocarlo sobre la cama.

—Cuando se está tan enamorado como yo—replicó el joven un poco avergonzado,—no puede llamarse nada humillación.

—¿Es de veras eso, chico?—dijo acercándose á él sonriente y tomándole con sus dedos finos sonrosados la barba.—No lo creo... Tú no tienes temperamento de enamorado... Y si no, vamos á probarlo... Si yo te mandase hacer una cosa que pudiera costarte la vida, ó lo que es aún peor, la honra... algunos años de presidio... ¿lo harías?

—¡Ya lo creo!

—¿Sí?... Pues mira, quiero que mates á mi marido.

—¡Qué barbaridad!—exclamó asustado, abriendo los ojos desmesuradamente.

La dama le miró algunos segundos fijamente, con expresión escrutadora, maliciosa. Luego, soltando una sonora carcajada, exclamó:

—¿Lo ves, infeliz, lo ves?... Tú eres un señorito madrileño, un socio del *Club de los Salvajes*... Ni yo, ni mujer ninguna te harían cambiar el frac y el chaleco blanco por el uniforme de presidiario.

—¡Qué ideas tan extrañas!

—Sigue, sigue por donde te arrastra tu naturaleza de sietemesino y no te metas en honduras. Ya comprenderás que te he hablado en broma. Así y todo me has confirmado en lo que ya pensaba.

—Pues si tienes formada esa idea tan pobre de mi cariño, no sé por qué razón me quieres—expresó el joven volviendo á amoscarse.

—¿Por qué te quiero?... Pues por lo que yo hago casi todas mis cosas... por capricho. Un día te he visto en el Retiro revolviendo un caballo admirablemente y me gustaste. Luego, á los dos meses, en Biarritz, te vi en el asalto del casino tirando con un oficial ruso y concluí de encapricharme. Hice que me fueses presentado, procuré agradarte, te agradé en efecto... Y aquí estamos.

Pepe concluyó por sufrir con paciencia aquel tono entre cínico y burlón de su querida. Á fuerza de charlar logró hacerlo desaparecer. Clementina, cuando estaba tranquila, era afectuosa, alegre, pronta á compadecerse y á los rasgos de generosidad; su rostro, tan bello como original, no adquiría nunca dulzura, pero sí una expresión bondadosa y maternal que lo hacía muy simpático. Mas por poco que sus nervios se excitasen ó se viese contrariada en sus pensamientos y deseos, el fondo de altivez, de obstinación y aun crueldad que su alma guardaba, subía á la superficie y agitaba sus ojos azules con relámpagos de feroz sarcasmo ó de cólera.

Pepe Castro, que no era hombre ilustrado ni ingenioso, sabía no obstante entretenerla agradablemente con cuentecillos de salón, murmuraciones casi siempre de las personas por quienes ella sentía marcada antipatía. El recurso era burdo, pero surtía admirable efecto. «La condesa de T***, señora á quien Clementina odiaba de muerte por un desaire que en cierta ocasión le había hecho, andaba necesitada de dinero; se lo pidió al viejo banquero Z*** y éste se lo había otorgado mediante un rédito muy poco apetitoso para la deudora. Los marqueses de L***, á quienes también ella profesaba aversión, cuando no estaban en el poder daban reuniones allá en su finca de la Mancha y ofrecían espléndido *buffet* á sus electores: cuando el marqués era ministro

daban también reuniones, pero suprimían el *buffet*. Julita R***, una jovencita muy linda, que tampoco inspiraba simpatías á la altiva dama, había sido arrojada de casa de los señores de M*** por haberla hallado encerrada en el cuarto del primogénito, un chico de quince años.» Estas y otras noticias del mismo jaez dejábalas caer el gallardo mancebo de sus labios con cierta displicencia cómica que despertaba el buen humor de la bella. Era todo el talento de Pepe Castro en el orden moral. Los demás que poseía referíanse enteramente al físico.

Se habían disipado las nubes que cubrían la frente de Clementina. Mostróse locuaz y risueña. Fué pródiga de caricias con su amante en la hora que con él estuvo. Quedó bien compensado de los alfilerazos que de ella había recibido al principio de la entrevista, gozando de toda la dicha que una mujer hermosa y enamorada puede proporcionar cuando la soledad y la ocasión convidan.

La noche había cerrado ya, tiempo hacía. El joven encendió las dos lámparas de la chimenea sin llamar al criado, que era su único servidor y el único ser viviente asimismo que habitaba con él en aquel cuarto. Pepe Castro era hijo de una ilustre familia de Aragón. Su hermano mayor llevaba un título conocido y tenía una hermana además casada con otro título. Se había educado en Madrid. Á los veinte años quedó huérfano. Vivió con su hermano primogénito una temporada. No tardaron en reñir porque éste, que era económico hasta la avaricia, no podía sufrir con paciencia su despilfarro. Trasladóse entonces á casa de su hermana; pero á los pocos meses, existiendo incompatibilidad de caracteres entre él y su cuñado, chocaron de modo tan violento, que se contaba en el club y en los salones de la

corte que se habían abofeteado y aporreado bravamente. No llegó á efectuarse un duelo entre ambos por la intervención de algunos respetables miembros de la familia. Después de vivir en fonda un poco de tiempo, decidióse á poner casa. Tomó un criado, se hizo traer el almuerzo de un restaurant y comía cuándo en Lhardy, cuándo en casa de alguno de sus muchos amigos. Su cuadra la tenía muy cerca, en la calle de las Urosas, y no estaba mal provista: dos jacas de silla, inglesa y cruzada, un tiro extranjero y otro español, berlina, *charrette*, *milord*, *break*. Era un chorro por donde se escapaba rápidamente su hacienda, aunque no el más copioso. La mayor parte la había dejado sobre el tapete de la mesa de juego del club, y una porción, no insignificante por cierto, entre las uñas de algunas lindísimas chulas transformadas por él de la noche á la mañana en espléndidas y llamativas cortesanas. Esto último lo negaba con arrogancia pensando que su gloria de seductor podía con ello menoscabarse; pero no importa: es exacto como todo lo que aquí se puntualiza.

Quiere decir esto que Pepe Castro se hallaba arruinado á la hora presente. Á pesar de lo cual, seguia viviendo con la misma comodidad y aparato que antes. Su trabajo y sus vueltas le costaba. Empréstitos á su hermano hipotecándole alguna finca trasconejada en las ventas y subastas, pagarés á algunos arrojados usureros sobre la herencia de un tío viejo y enfermo reconociendo tres veces la cantidad recibida, joyas que su hermana le regalaba no pudiendo regalarle dinero, cuentas exorbitantes con el importador de coches y caballos, con el sastre, con el perfumista, con Lhardy, con el conserje del club, con todo el mundo. Parecía imposible que un hombre pudiera vivir tranquilo en tal estado de trampas y enredos. Sin embargo, nuestro gallardo jo-

ven vivía con la misma admirable serenidad de espíritu é idéntica alegría de corazón, y como él otros muchos de sus amigos y consocios según tendremos ocasión de ver, tan arruinados aunque no tan gallardos.

—Te preparo una sorpresa—dijo Clementina concluyendo de ponerse el sombrero y arreglarse el cabello frente al espejo.

El bello *gomoso* olfateó el aire como un perro que recibe vientos y se acercó á la dama.

—Si es agradable, veamos.

—Y si es desagradable lo mismo, groserazo. Todo lo que proceda de mí debe serte agradable.

—Convenido, convenido. Veamos— repuso disimulando mal su afán.

—Bueno, tráeme aquel manguito.

Castro se apresuró á obedecer el mandato. Clementina, cuando le tuvo entre las manos se sentó con afectada calma en el diván, y agitándolo luego en el aire exclamó:

—¿Á que no adivinas lo que contiene este manguito?

Sus ojos resplandecian de alegría y orgullo al mismo tiempo. Los de Castro chispearon de anhelo. Sus mejillas se colorearon y respondió con voz alterada entre dudando y afirmando:

—Quince mil pesetas.

La expresión alegre y triunfal del rostro de la dama se trocó instantáneamente en otra de cólera y despecho.

—¡Quita!, ¡quita allá, puerco!—exclamó furiosa dándole un fuerte golpe en la cara con el lujoso manguito.—No piensas más que en el dinero... No tienes ni pizca de delicadeza.

—¡Yo pensaba!...

También hubo cambio de decoración en la fisonomía de Castro. Se puso más triste que la noche.

—En la guita, sí; ya acabo de decírtelo... Pues no, señor; aquí no viene nada de eso. Sólo hay un alfilerito de corbata que yo ¡tonta de mí! he comprado al pasar, en casa de Marabini, como una prueba de que te tengo siempre en el pensamiento.

—Y yo te lo agradezco en el alma, pichona—manifestó el joven haciendo un esfuerzo supremo sobre sí mismo para vencer el repentino abatimiento y resultando de él una sonrisa forzada y amarga.—¿Por qué te disparas de ese modo?... Dame eso... Bien se conoce que tienes muy mala idea formada de mí.

Clementina se negó á entregar el recuerdo. El joven insistió humildemente. Habia, no obstante, en sus ruegos un tinte de frialdad que dejaba traslucir, para el espíritu penetrante de una mujer, el sordo disgusto y la tristeza que en el fondo del alma sentía.

—Nada, nada; mi pobre alfilerito que estás despreciando horriblemente... (¡se te conoce en la cara!)... irá á la cajita donde guardo los recuerdos de los muertos.

Alzóse del diván; bajó el velo del sombrero. Pepe aún insistía por mostrarse galante y desagraviarla. Al fin, cuando ya estaba cerca de la puerta, volvióse repentinamente y sacó del fondo del manguito una primorosa carterita, que le presentó, mirándole al mismo tiempo fijamente á la cara. Los ojos del joven, después de posarse en la cartera con ávida expresión de gozo, chocaron con los de su amada. Contempláronse unos instantes, ella con expresión maliciosa y triunfante, él con gratitud y gozo reprimidos,

—¡Si siempre lo he dicho yo! ¡Si no hay otra como mi nena para saber querer!... Ven aquí, deja que te dé las gracias, rica mía; deja que te adore de rodillas.

Y la arrastró, embargado por el entusiasmo, hacia el diván, la obligó á sentarse de nuevo y se dejó caer de

rodillas besando con fervor sus manos enguantadas.

—¡Jesús, qué locura!—exclamó la dama un tanto confusa.—¡Vaya una cosa para hacer tales extremos!

—No es por el dinero, nena mía; no es por el dinero; es porque tienes una manera de hacer las cosas original; porque tienes la gracia de Dios; porque eres una barbiana... ¡Toma, toma, retemonisima!

Y le abrazaba las rodillas y se las besaba con calurosos ademanes. No contento, se prosternó aún más y le besó los pies ó por mejor decir, el tafilete de sus zapatos.

—¡Qué bajo eres, Pepe!—exclamaba ella riendo.

—No importa que me llames lo que quieras. Soy tuyo, ¡tuyo hasta la muerte! Te quiero más que á Dios. Quiero á estos piececitos tan ricos y los beso. ¿Lo ves? A ver; que venga alguien á decirme que no debo hacerlo.

Clementina le miraba risueña. No era fácil averiguar si gozaba en realidad ó se divertía simplemente con aquella adoración ó más bien aquel regocijo estrepitoso de perro que se arrastra al sentirse acariciado y lame los pies de su señor.

—No sólo te debo la felicidad, sino también la honra. No sabes lo que he sufrido desde anteayer por la maldita deuda—decía él con voz conmovida.

—¿Volverás á jugar, eh? ¿Volverás á jugar, perdido?—preguntaba ella tirándole de los cabellos, borrando aquella primorosa raya que los partía tan lindamente.

—No... particularmente sobre mi palabra te aseguro...

—Ni sobre tu palabra, ni sobre tu dinero, grandisimo trasto... Me voy, me voy—añadió con un gesto de mimo, levantándose y corriendo á mirar la hora al reloj de la chimenea.—¡Uf, qué tarde!... Adiós, chiquillo.

Y se precipitó á la puerta extendiendo la mano á su amante sin mirarle. Este no pudo besarle más que la punta de los dedos. Corrió á abrir, pero ya ella había echado mano al cerrojo; por cierto que se encolerizó porque resistia á sus débiles tirones.

—Adiós, adiós; hasta el sábado—dijo en voz de falsete.

—Hasta pasado mañana.

—No, no; hasta el sábado.

Bajó la escalera con la misma precipitación con que la había subido, hizo otro gesto imperceptible de despedida al portero y salió á la calle. Siguió á pie hasta la plaza del Angel, y allí detuvo un coche de punto y se metió en él.

Eran más de las seis. Hacía una hora que estaban encendidas las luces de los comercios. Ocultóse cuanto pudo en un rincón y dejó vagar su mirada distraída sin curiosidad por las calles que iba atravesando. Su fisonomía adquirió la expresión altiva, desdeñosa, que la caracterizaba, á la cual se añadía ahora leve matiz de hastío y preocupación. Por su elegancia refinada, por su arrogante porte, y sobre todo por aquella severa majestad de su rostro peregrino, nadie vacilaría en diputar á Clementina por una de las más altas y nobles damas de la corte. No obstante, si lo era de hecho, dado que figuraba en todos los salones aristocráticos, en todas las listas de personas distinguidas que los periódicos publicaban al día siguiente de cualquier sarao, carreras de caballos, ú otra fiesta cualquiera, de derecho distaba mucho de serlo por su origen. No podía ser más humilde. Su padre la había tenido en una inglesa, manceba de un tonelero irlandés que había llegado á Valencia en busca de trabajo. Llamábase Rosa Coote. Era espléndidamente bella y lo hubiera sido más á cuidar

algo del ardorno ó aliño de su persona. La miseria, en que ordinariamente vivía aquel hogar ilícito, la había hecho sucia y andrajosa. El granuja del mercadal de Valencia y la bella inglesa se entendieron á espaldas del tonelero, dueño temporal de las gracias de ésta. Salabert era más joven, más gallardo: el vicio de la borrachera no le tenía dominado como á aquél. Rosa le siguió á su zaquizamí abandonando al primer amante. Á los pocos meses de vivir juntos, Salabert, á quien se presentó ocasión de partir á Cuba como camarero de un vapor, la abandonó á su vez. La inglesa, que llevaba ya en sus entrañas el fruto de aquella pasajera unión, rodó algún tiempo sin protección, sin recursos, por las calles de la ciudad, hasta que entró en relaciones con un carpintero del Grao que la recogió y llegó á hacerla su legítima esposa. Clementina se crió como intrusa en aquel nuevo hogar. Su madre era una mujer violenta, irascible, con ráfagas de ternura que sólo guardaba para sus hijos legítimos. Á ella, por todas las señales, la aborrecía y en ella vengó injustamente el agravio de su padre. ¡Qué terrible infancia la de Clementina! Si en Madrid se supiesen ciertos pormenores, si en rápida visión pudiesen ofrecerse á los ojos de la sociedad elegante algunas escenas por las que aquella altiva y encopetada dama pasó, pocos envidiarían su existencia. ¡Qué torturas, qué refinamientos de crueldad! Á los cuatro ó cinco años ya estaba obligada á ser la vigilante guardadora de otros dos hermanitos. Si en esta vigilancia decaía un punto, el castigo venía inmediatamente; pero no el castigo como quiera, el golpe pasajero, el estirón de orejas; no.-El castigo era meditado con ensañamiento, procurando herir donde más doliera y donde más durase el dolor... Los vecinos habían acudido más de una vez á los lamentos de la infeliz criatura; habían

increpado á la madre desnaturalizada. De ello no resultaba más que alguna reyerta fragorosa en que la feroz irlandesa, chapurrando el valenciano, se despachaba á su gusto contra las comadres del barrio, y con mayor encono después contra la causante de aquel disgusto. A todas horas gritaba que iba á meterla en la Inclusa. Á esto se oponía el carpintero, que se jactaba de ser hombre de bien y compasivo, que alguna vez intervenía en los castigos para aplacarlos, pero que la mayor parte de las veces dejaba á su esposa «que enseñase á su hija», como él decía á los vecinos que le recriminaban. Sus ideas pedagógicas chocaban con sus instintos piadosos, y cuando lograban sobreponerse ¡ay de la desgraciada niña!

Aquella serie de inauditas crueldades terminaron al fin con otra mayor que trajo consigo la intervención de la justicia. La madre desnaturalizada, no sabiendo ya de qué modo atormentar á su hija, la hizo algunas quemaduras en el trasero con una bujía. Una vecina averiguó el hecho casualmente, lo comunicó á otras vecinas, se armó el consiguiente escándalo en el barrio, dieron parte al juez, se instruyó causa, y, probado el delito, la inglesa fué condenada á seis meses de cárcel y la niña recogida en un establecimiento de beneficencia.

Un año después llegó á Valencia Salabert, si no hecho un potentado, con alguna hacienda. Enteráronle de lo ocurrido. Fué á ver á su hija al colegio de niñas pobres. La sacó de allí y la puso en otro de pago, adonde por rara casualidad iba á visitarla. En la población, sin embargo, fué loado su rasgo de generosidad. El sabía hacerlo valer en la conversación ofreciéndose á los ojos de sus conocidos como un ejemplo vivo de amor paternal y contraste notable frente á la perversidad de su antigua querida. Poco más tarde se casó en Madrid

Fué su esposa la hija de un comerciante en camas de hierro y colchones metálicos de la calle Mayor. Era una joven bastante feíta y enfermiza; pero buena, afectuosa y con cincuenta mil duros de dote. Llamábase Carmen. Á los tres ó cuatro años de casados, ésta, viéndose cada vez más delicada de salud, perdió la esperanza de tener familia. Sabiendo que su marido tenía una hija natural en un convento de Valencia, le propuso, con generosidad no muy frecuente, traerla á casa y considerarla como hija de ambos. Salabert aceptó con gusto la proposición. Fué á buscar á Clementina, y desde entonces cambió por entero la suerte de esta infeliz niña.

Tenía entonces catorce años y era ya un portento de hermosura, mezcla dichosa del tipo inglés correcto y delicado y de la belleza severa de la mujer valenciana. Su tez guardaba los reflejos suaves, nacarados de la raza sajona. En su mirada azul y sombría había la misma profundidad y misterio que en los ojos negros de las valencianas. Poco desarrollada aún por virtud de su crudelísima infancia, por la vida sedentaria, después, del convento, en cuanto cambió de clima y de forma de vida adquirió en dos ó tres años la elevada estatura y las majestuosas proporciones con que hoy la vemos. Sus partes morales dejaban bastante más que desear. Era su temperamento irascible, obstinado, desdeñoso y sombrío. Si nació con estos vicios ó fueron el resultado de sus bárbaros martirios, de su tristísima infancia, no es fácil resolverlo. En el convento, donde nadie la trataba mal, no fué bien querida de sus maestras y compañeras por su carácter receloso, por la ausencia de cariño que se notaba en su corazón. Los disgustos de sus compañeras no sólo no la conmovían, sino que despertaban en sus labios una sonrisa cruel, que las dejaba yertas. Luego tenía, de vez en cuando, accesos de fu-

ror que la habían hecho temible y odiosa. En cierta ocasión, á una niña que le había dicho algunas palabras ofensivas le echó las manos al cuello y estuvo muy próxima á asfixiarla. Nunca fué posible después que le pidiese perdón, según exigía la superiora. Prefirió estar recluída un mes, á humillarse.

Los primeros meses que pasó en casa de su padre fueron de prueba para la buena de D.ª Carmen. En vez de una niña alegre y agradecida al inmenso favor que la hacía, se encontró frente á frente de una fierecilla, un ser antipático sin afecto ni sumisión, extravagante y caprichosa hasta un grado sorprendente, cuya risa no brotaba ruidosa sino cuando algún criado se caía ó el lacayo recibía una coz de los caballos. Pero no se desanimó. Con el instinto infalible de los corazones generosos, comprendió que si aquella tierra no daba amor era porque hasta entonces sólo se había sembrado odio. Los afectos dulces residen en todo ser humano, como en todo cuerpo la electricidad: mas para hacerlos vibrar, precisa someterlos á una fuerte corriente de cariño por algún tiempo. Y esto fué lo que hizo D.ª Carmen con su hijastra. Durante seis meses la tuvo envuelta en una atmósfera tibia de afecto, en una rede espesa de atenciones delicadísimas, de testimonios constantes de vivo y afectuoso interés. Al fin, Clementina, que principió por mostrarse desdeñosa y luego indiferente á aquel cariño, que pasaba horas y horas encerrada en su cuarto y sólo iba á las habitaciones de su madrastra cuando la llamaba, que no tenía jamás con ésta una expansión viviendo en absoluta reserva, sucumbió repentinamente; sintió vibrar en su corazón ese algo maravilloso que une á las criaturas humanas como á todos los cuerpos del Universo. Cambió de un modo extraño, violento, como todo lo

que procedía de su temperamento singular. Cayó, cuando menos se pensaba, de hinojos ante D.ª Carmen, dedicándola un respeto tan profundo, un cariño tan apasionado, que la buena señora quedó estupefacta y le costó gran trabajo creer en su sinceridad. En su alma se había operado al fin la revelación de la ternura. Al calor maternal de aquella bondadosa señora, su corazón de hielo se había derretido. La esencia divina del amor penetró donde, hasta entonces, sólo había entrado la esencia de Satanás.

Fué un verdadero milagro. En vez de pasar la vida en su cuarto, no sabía salir del de su madrastra á quien llamaba mamá, con un gozo, con un fuego, con una pronunciación tan decidida, como sólo se observa en los devotos sinceros al dirigirse á la Virgen. Devoción podía llamarse también lo que Clementina sentía por la esposa de su padre. Asombrada de que en el mundo existiese un ser tan dulce, tan tierno, no se hartaba de mirarla como si acabase de bajar del cielo. Quería adivinarla los pensamientos en los ojos, quería adelantarse á sus menores deseos, quería que nadie la sirviese más que ella, quería, en fin, como todo enamorado, la posesión exclusiva del objeto de su amor. Una levísima señal de descontento de D.ª Carmen bastaba para confundirla y sumirla en el más acerbo dolor. Aquella criatura tan altanera, que había llegado á hacerse odiosa á todos, se humillaba con placer intenso, á su madrastra. Era su humillación la del místico que se postra por una necesidad invencible del espíritu. Cuando sentía la mano de la señora acariciándole el rostro, pensaba sentir la de Dios mismo. Apenas se atrevía á rozar con sus labios aquellos dedos flacos y transparentes.

Sólo para su madrastra había cambiado tan radicalmente. Con los demás, incluso con su mismo padre,

seguía mostrando la misma frialdad despreciativa, el mismo carácter obstinado y altivo. Si aparecía alguna vez más dulce y tratable, no había que achacarlo á su voluntad, sino al mandato expreso de D.ª Carmen. En cuanto este mandato cesaba ó se olvidaba, volvía á su primitivo ser malévolo. Los criados la aborrecían por el orgullo insufrible que comenzó á manifestar así que se dió cuenta de su estado de princesa heredera; por no encontrar tampoco en ella ninguna compasión para sus faltas. La que más padeció en su servicio fué la institutriz inglesa que su padre la había traído. Era ya entrada en años, pero tenía gusto en vestirse y aliñarse como una damisela. Esta inocente manía sirvió tantas veces de burla á la niña, que sólo la necesidad le pudo obligar á tolerarlo. ¡Pobre mujer! Todos sus secretos técnicos de tocador fueron entregados sin piedad á la befa de los criados. Sus imperfecciones físicas despertaban, contrahechas por la doncella de la señorita, algazara en la cocina. En cierta solemne ocasión, un día de banquete, Clementina le escondió la dentadura, que tenía sobre el tocador para limpiarla. Cualquiera puede figurarse la desazón que esto produjo á la vieja *miss*. La cual se vengaba cándidamente de ella llamándola *señorita Capricho* y poniéndole por temas, en los ejercicios de inglés y francés, algunas máximas y aforismos que le escociesen, verbigracia: «La soberbia es la lepra del alma. La niña soberbia es una leprosa de quien todos deben apartarse con horror.»—«Quien no respeta á los mayores nunca llegará á ser respetado», etc. Clementina se reía de estos desahogos. Alguna vez llegó su insolencia hasta cambiar la sentencia de la profesora por otra de su invención. Donde decía: «Nada hay tan feo y despreciable como una joven altanera», ponía la discípula: «Nada hay tan ridículo y digno de risa como

una vieja presumida». Alborotábase la *miss*, daba parte á D.ª Carmen, llamaba ésta á su hijastra, la reprendía dulcemente, y al verla triste y acongojada desarrugaba el ceño y la besaba cariñosamente. Y hasta otra. La verdad es que tenía razón *miss* Ana y los demás criados al decir que la señora era quien echaba á perder á la chica. D.ª Carmen, viviendo en una espantosa soledad moral, estaba tan cautivada y agradecida al vivo cariño que á todas horas le demostraba su hijastra, que no tenía ojos para ver sus faltas, y si los tenía carecía de fuerzas para corregirlas.

Á los diez y ocho años era Clementina una de las mujeres más bellas y uno de los mejores partidos de Madrid. El caudal de su padre había crecido como la espuma. Estaba considerado como uno de los banqueros importantes de la villa y no se le conocía otro heredero ni era ya de presumir que lo tuviese. Comenzaron los jóvenes de la aristocracia, de la sangre y el dinero, los socios más eminentes del *Club de los Salvajes*, á festejarla apremiándola con vivas declaraciones. Si iba á una tertulia, un grupo de muchachos la tenía constantemente amurallada; si á la iglesia, otro grupo mayor la esperaba en correcta formación á la salida; si al paseo de la Castellana, apuestos caballeros galopaban en las inmediaciones de su coche sirviéndola de escolta. En el teatro veinte pares de gemelos estaban sin cesar posados sobre ella. El nombre de Clementina Salabert salía en todas las conversaciones de la juventud elegante, se veía impreso en todas las crónicas de salones, sonaba en Madrid como el de una de las más brillantes estrellas del firmamento aristocrático. Tuvo buena porción de amoríos ó noviazgos que no produjeron huella alguna en su corazón. Tomaba y dejaba los novios inconsideradamente, con lo cual adquirió fama de coque-

ta y casquivana. Pero esto no es obstáculo para que una muchacha encuentre adoradores. Al contrario, el amor propio de los hombres les incita á dedicar sus lisonjas á tal clase de mujeres, siempre con la esperanza vanidosa de ser el clavo que fije la rueda de la veleta. Tampoco fué serio inconveniente para ella cierto murmullo grosero y malicioso que se levantó y corrió potodo Madrid con motivo de la amistad original que entabló con un joven y célebre torero. La inocencia y debilidad de D.ª Carmen tuvo buena parte en ello. No sólo consintió esta buena señora que el torero entrase en la casa y se sentase á su mesa, sino también que las acompañase en público en más de una ocasión. Con esto y con brindarle la muerte de algunos toros, la maledicencia, que anda suelta en la capital como en las provincias, tuvo suficiente pretexto para ensañarse ferozmente con la envidiada beldad. Mas como no pudo aportar otra cosa que sospechas atrevidas y vagas conjeturas, y como por otra parte existían dos datos positivos que las contrapesaban sobradamente, á saber, la hermosura y la riqueza excepcionales de la joven, la calumnia no produjo merma en los adoradores: sólo sirvió para que algún desengañado escupiese con más facilidad su bilis.

Clementina ofrecía en sus modales y discursos, en esta edad, y la ofreció siempre después, cierta tendencia al *flamenquismo*, ó sea á las formas desenvueltas, á la serenidad burlona, al desgarro especial de las chulas de Madrid. Semejante tendencia se hallará más ó menos exagerada en toda la alta sociedad madrileña. Es un signo que la caracteriza y la distingue de la de otros países. Hay en esta inclinación que se observa en Madrid, en el alcázar como en la zahurda, algo de bueno: no es todo malo. Por lo pronto significa una protesta

contra esa continua mentira que el refinamiento y la complicación de las fórmulas sociales trae siempre consigo. Es loable la corrección en los modales y la medida en las palabras; pero exageradas producen la frialdad tediosa que nuestros diplomáticos observan en los salones extranjeros.

Clementina exageraba un poco su afición á las palabras y á los gestos flamencos. El gusto le había venido no se sabe cómo, por contagio tal vez de la atmósfera, dado que las señoras de su categoría no suelen alternar mucho tiempo con las chulas. Había tenido una doncellita nacida y criada en Maravillas. Esta fué en sus ratos de expansión quien le proporcionó mayor cantidad de vocablos y modismos. Luego su amistad con el torero que hemos mencionado; las relacionesque mantuvo después con algunos señoritos cultivadores del género; los teatros por horas, donde se copian, no sin gracia, las costumbres de la plebe madrileña; la amistad con Pepa Frías y otras aristocráticas *manolas* fueron iniciándola poco á poco y la introdujeron al cabo en pleno flamenquismo. Fué entusiasta admiradora de los toros. Por milagro dejaba de asistir á una corrida desde su palco, ataviada con la consabida mantilla blanca y los consabidos claveles rojos. Y discutía las suertes, y fulminaba censuras, y tributaba aplausos, y era tenida entre los aficionados por acérrima y fervorosa *lagartijista*. El espectáculo nacional, animado y sangriento, estaba muy conforme con su naturaleza violenta, indómita. Cuando veía á otras señoras taparse los ojos ó hacer otros melindres ante las peripecias de la corrida, reía sardónicamente, como si dudase de la sinceridad de su espanto.

Entre los varios adoradores y solicitantes que su mano tuvo, y que entraban y caían de su gracia alter-

nativa y rápidamente, llegó uno que logró fijar algo más su atención. Llamábase Tomás Osorio. Era un joven de veintiocho á treinta años de edad, rico, exiguo y delicado de figura, de rostro agraciado y genio vivo y resuelto. Supo hacerse valer más que los otros, ó por cálculo ó por verdadera independencia de carácter. Al entrar en amores con ella no se entregó por completo ni abdicó su voluntad. En cuantas reyertas de alguna importancia tuvieron durante sus largas relaciones, pues no duraron menos de dos años, mantuvo con energía su dignidad. Era de temperamento bilioso, soberbio, despreciativo como ella, confiado en su dinero, y poseía un donaire maligno que le daba prestigio entre las damas. Gracias á estas cualidades, Clementina no se cansó de él tan pronto como de los otros. Al cabo de dos años, sin embargo, cuando faltaban sólo algunos días para realizarse el matrimonio, rompieron de un modo sonado y hasta escandaloso. Todo Madrid se enteró. Los comentarios fueron infinitos. De ellos resultaba que quien había tomado la iniciativa para cortar las relaciones había sido el novio. Tales dichos, exactos ó no, llegaron á oídos de Clementina é hirieron su orgullo tan vivamente, que le faltó poco para enfermar de ira.

Pasó un año. Tuvo algún noviazgo de poca importancia. Osorio también galanteó á otras jóvenes. En ambos se conservaba vivo, no obstante, el recuerdo de sus amores. Á ella la agitaba un deseo punzante de venganza. Mientras aquel hombre anduviese en sociedad tan contento como aparentaba, se sentía humillada. En él, á pesar de su disfraz de indiferencia, ardía el fuego del amor ó por lo menos del deseo. Clementina había fascinado sus sentidos, había penetrado en su carne: por más esfuerzos que hacía no podía arrancarla de

sí. Á todas horas soñaba con ella, la veía ante sus ojos cada vez más incitante y apetecible. Cuanto más tiempo pasaba más crecía el fuego que le consumía y más esfuerzo y dolor le costaba adoptar un continente altivo é indiferente al encontrarse con ella en cualquier sarao. Clementina, con la sagacidad bastante común en las mujeres, llegó al cabo á adivinar que su antiguo novio seguía adorándola en secreto y sintió un regocijo maligno. Desde entonces no se vistió, no se adornó más que para él; para aturdirle, para fascinarle, para hacerle beber la amarga copa de los celos.

De esta época data la fama ruidosa que adquirió como mujer elegante. Clementina en este punto era una gran artista. Sabía vestirse de tal modo que las telas, ni por sus vivos colores, ni por su riqueza, atrajesen demasiado la vista en perjuicio de la figura. Comprendiendo que el traje en la mujer no debe ser un uniforme sino adorno, un medio de hacer resaltar las perfecciones con que la naturaleza la hubiese dotado, no obedecía ciegamente á la moda. En cuanto ésta atentase poco ó mucho á la exposición de su belleza, la esquivaba con valor ó la modificaba. Rehuía los colores chillones, la profusión de lazos, los peinados complicados. Consideraba á su cuerpo como una estatua y la vestía como tal. De aquí una cierta tendencia, que constantemente se manifestaba en sus trajes, hacia el ropaje, esto es, hacia la amplitud de los pliegues, hacia la vestidura larga. Su figura gallarda, majestuosa, ganaba mucho de esta manera. Algo la pronunció después de casada, pero no llegó á exagerarla, retenida por su buen gusto. Solía vestirse de blanco. Con esto y con peinar sus cabellos del modo sencillísimo que los tiene la Venus de Milo, semejaba al aparecer en los salones hermosa estatua que llegase de la Grecia. Una cosa hacía muy

digna de censura en el terreno moral, aunque no lo sea en el del arte: descotarse con exageración. Una de las sumas bellezas que poseía era el pecho. Parecía amasado por las Gracias para trastornar á los dioses. No había en Madrid una garganta mejor modelada, ni un seno mejor puesto, más delicado, más atractivo. El deseo vanidoso de mostrarlo, no contenido por la vigilancia saludable de una madre, le hizo incurrir en más de una ocasión en las censuras de la sociedad. Porque la infeliz D.ª Carmen, á más de no hallarse muy al tanto de los usos sociales, era tan débil con los caprichos y fantasías de su hijastra, que los tomaba sin inconveniente por actos razonables, por expresión de su gusto indiscutible y su elegancia. Algún disgusto le proporcionó tal vanidad. En cierta ocasión, al presentarse en noche de baile en casa de Alcudia, la marquesa le dijo al saludarla:

—Muy linda, muy linda, Clementina. Está usted admirablemente vestida... Pero me parece que la han descotado mucho... Venga usted conmigo, ya arreglaremos eso.

Y la llevó á su tocador y con maternal solicitud le puso en el pecho unos céfiros que ocultaron lo que en realidad no debía mostrarse. La joven procuró disimular su vergüenza achacando la falta á la modista. No obstante se sintió tan humillada por aquella lección y por la sonrisa compasiva que la acompañó, que nunca más pudo ver desde entonces á la devota marquesa.

Con este soplar incesante y adecuado, la llama de Osorio tomaba cada vez más incremento. Ya no era poderoso por más tiempo á guardarla en el pecho. Al cabo se confió á su hermana, que era amiga bastante íntima de la joven. Rogóla que tantease el terreno á ver si podía avanzar de nuevo el pie sin peligro de precipi-

tarse. Mariana dió el recado. Clementina escuchólo con mal refrenada alegría y le metió los dedos en la boca hasta que la pánfila señora de Calderón desembuchó lo que tenía dentro y pudo convencerse de que Tomás ardía en amores por ella. Cuando se cercioró bien, respondió con palabras ambiguas y riendo. «Lo pensaría, lo pensaría... Estaba muy agraviada por lo que se había dicho de la ruptura de sus relaciones... Pero en fin, no le quitaba por completo las esperanzas».»

Se puso á meditar con atención sobre el medio de satisfacer las exigencias de su amor propio herido, y al cabo de algunos días formuló á Mariana la siguiente proposición: «Para que consintiese en dar su mano á Tomás, era indispensable que éste la pidiese de rodillas á sus padres delante de los testigos que ella elegiría á su gusto». Á ninguna española de pura raza se le hubiera ocurrido semejante extravagancia. Precisa llevar en las venas sangre británica para concebir un refinamiento tan monstruoso de la soberbia. Cuando Osorio tuvo conocimiento de la resolución de su ex novia, se enfureció atrozmente; declaró con arrogancia que antes que pasar por tal humillación le harían cachos. No se volvió, pues, á hablar del asunto. Siguieron las cosas como antes. Mas como á pesar de sus rabiosos esfuerzos el gusano del apetito le roía cada vez con más crueldad las entrañas, el mísero, al cabo de dos meses, cayó en gran abatimiento. Sintióse desfallecer de amor y de deseo. No tuvo fuerzas para alejarse de Madrid. Volvió á rogar á su hermana que otra vez entablase las negociaciones. Clementina, que estaba bien penetrada ya de que le tenía en su poder, se mostró inflexible. Ó pasar por aquellas singulares horcas caudinas, ó nada.

Y Osorio pasó. ¿Qué había de hacer? Efectuóse la extraña ceremonia una tarde en casa de la novia. Al

llegar á ella Osorio se encontró con unas veinte personas del sexo femenino, que Clementina había elegido entre las conocidas más envidiosas, las que más habían murmurado con motivo de su ruptura. Adoptó la mejor actitud para semejante caso. Grave, solemne, suelto de lengua y ademanes, dejando traslucir un poco de ironía, como si estuviese representando una comedia por satisfacer la fantasía de una enferma. Dijo algunas palabras previamente acerca de la historia de sus relaciones. Reconocióse culpable. Elogió desmesuradamente á Clementina, con tan poca medida, que en ocasiones parecía estar burlando. Se confesó indigno de aspirar á su mano. Por fin manifestó que siendo ella tan digna de ser adorada y tan grande la ventura de poseer su mano, no creía hacer nada de más pidiéndola de rodillas á sus padres. Al propio tiempo dobló una. Doña Carmen vino á levantarle riendo y le abrazó con efusión. Clementina también le dió un apretón de manos, más alegre al ver lo bien y dignamente que salía del paso, que satisfecha en su orgullo. La verdad es que en aquella ocasión sintió hacia él lo que nunca más volvió á sentir, una migaja de amor. Si hubo humillación en semejante escena resultó para ella, por la frescura y el aplomo desdeñoso con que su novio la llevó á término. Pero no importa. La mujer goza más viva y más íntimamente observando la superioridad del hombre que humillándole. Clementina fué feliz aquella tarde.

Pero si Osorio salió bien del paso, no le perdonó jamás la intención de humillarle; porque era tan orgulloso como ella. La pasión frenética que le había inspirado sofocó por algún tiempo todo otro sentimiento. Su luna de miel fué tan pegajosa como breve. El choque entre aquellos dos caracteres, de igual obstinación

y fiereza, era ineludible. Vino pronto y vino con una serie de pequeños desabrimientos que hicieron desaparecer en un instante del corazón de la joven los fugaces destellos de amor que su marido le había inspirado. En él duró más tiempo la pasión. El conocimiento que cada cual tenía del otro los hizo prudentes, rehuyendo un choque formidable que había de ser funesto. Pero vino al fin. Se dijo entre los murmuradores que Osorio, cansado de la indiferencia y los desdenes de su esposa, en una hora fatal de ira y desesperación la había ultrajado con su misma doncella y en el mismo tálamo nupcial Después de esta escena, que no sabemos si se realizó con los pormenores horrendos que algunos contaban, quedó roto el matrimonio para siempre. Osorio, sin derecho ya para intervenir en la conducta de su mujer, se vió obligado á ser mero espectador de ella. Entregóse Clementina sin reserva, sin disimulo, puede decirse también que sin pudor, á todos los galanteos que se le ofrecieron. El, por su parte, para contrarrestar el ridículo, que á causa de ellos pudiera tocarle, dióse con más descaro aún á la disipación. Extrajo mujeres de las últimas clases sociales y las convirtió en señoras, rodeándolas de un lujo deslumbrador. La Felipa, la Socorro y la Nati, cortesanas famosas en la capital, que fueron queridas de muchos personajes, ministros, banqueros y grandes de España, lo habían sido antes de él. Él fué quien, por medio de sus celestinas, las había sacado de la calle de la Paloma, del barrio de Triana en Sevilla ó del Perchel, de Málaga, y había gozado de sus primicias.

Dentro de casa, marido y mujer se hablaban muy poco, lo indispensable solamente. Para evitar la molestia que les produciría sentarse solos á la mesa tenían siempre algún convidado. Fuera se trataban con expan-

siva y natural confianza. Alguna vez Osorio iba á buscar á su esposa á última hora á la reunión ó teatro donde se hallase. Pero esto era valor entendido en el mundo. Todos sabían á qué atenerse respecto á sus relaciones. Ordinariamente, Clementina salía del brazo de su amante. Charlaban largo rato en el *foyer*, á presencia de todos, esperando el coche. Entraba al fin en éste. Antes de partir todavía cambiaban en tono confidencial buena copia de frases entreveradas, de alegres carcajadas. La moral, la moral elegante quedaba á salvo con que el amante no entrase en el mismo coche, aunque fuesen pocos minutos después á juntarse en el dulce retiro de un gabinete particular.

Cuando Clementina llegó á su casa eran las seis y media. Silbó el cochero. Salió de su pabelloncito el portero á abrir la puerta de la verja y luego la del coche. El mismo se encargó de pagar al cochero. La dama, sin decir una palabra, entró en el jardín, que era exiguo pero lindo y bien cuidado. Subió la escalera de mármol, debajo de una gran marquesina que ocupaba más de la mitad de la fachada del *hôtel*. No era éste muy grande, pero sí fabricado con lujo y arte, de piedra blanca de Novelda y ladrillo fino. Osorio lo había hecho construir hacía solamente cuatro ó cinco años. Como los planos fueron largamente meditados y discutidos, ofrecía una adecuada distribución, que lo hacía más cómodo tal vez que el de su suegro, con ser éste tres ó cuatro veces mayor.

Halló á un criado en el recibimiento.

—Estefanía ¿dónde anda?

—Hace ya un buen rato que ha llegado, señora.

Atravesó un magnífico vestíbulo iluminado por dos grandes lámparas con bombas esmeriladas sostenidas por sendas estatuas de bronce, siguió por el corredor y

tomó la escalera que conducía al principal sin tropezarse con nadie. Cerca ya del salón que daba ingreso á su *boudoir*, halló á Fernando, un criadito de catorce años vestido con librea muy cuca y adecuada á sus años.

—¿Estefanía?

—Debe de estar en la cocina.

—Que suba inmediatamente.

Entró en el *boudoir*, y yendo al espejo de cuerpo entero sostenido por dos pies derechos de madera dorada, se despojó del sombrero. Era el gabinete una pieza reducida, vestida toda ella de raso azul con cenefas de cartón-piedra imitando una guirnalda de flores. Sobre la chimenea, vestida también de raso, había dos magníficos candelabros y un reloj, obra de nuestros plateros del siglo pasado. Los enseres de la chimenea eran igualmente de plata. La alfombra blanca con cenefa azul. En medio un confidente forrado de tisú de oro. Butacas, sillas doradas. En el suelo dos grandes almohadones de pluma. En un rincón el espejo; en otro un escritorio de madera taraceada estilo Pompadour; en los otros dos unas columnas forradas de terciopelo azul sosteniendo dos quinqués que esclarecían ahora la estancia. Comunicaba esta pieza por un lado con el tocador de la señora y éste con su dormitorio; por el otro con un saloncito donde solía recibir á sus amigos los martes por la tarde ó jugar al tresillo de noche con los íntimos. En el *boudoir* sólo entraban algunas pocas amigas de confianza que iban á visitarla en horas no señaladas. Aquí era donde celebraba esos coloquios secretos, tan sabrosos para las mujeres, donde su pensamiento se vacía por entero, pasando de lo más escondido y profundo á las frivolidades del día, los pormenores del traje y de la moda.

Pocos segundos después de quitarse el sombrero apareció Estefanía. Era una jovencita pálida con hermosos ojos negros. Vestía, dentro de su condición, con elegancia y primor. Por encima del traje traía un delantal color gris orlado de puntilla blanca.

—¡Ya podías aguardarme, chiquilla! ¿Dónde estabas metida?—dijo con tono de mal humor y distraído á la vez la señora,

—Estaba en la cocina... Habia ido á darle unas puntadas á la falda de Teresa, que se le ha roto en un clavo— repuso con afectada humildad la doncella.

Clementina guardó silencio, absorta sin duda en sus pensamientos. Colocada frente al espejo se dejó despojar del abrigo, contemplándose al propio tiempo con esa curiosidad eterna que las mujeres hermosas sienten por sí mismas.

—¿Has estado en casa de Escolar?— preguntó al cabo distraídamente.

—Sí, señora.

—¿Qué ha dicho?

—Que no tiene ahora una seda tan doble en ese color, pero que si la señora quiere enviará por ella.

—¡Puf! Para ese viaje no necesitamos alforjas... ¿Y en *La Perfección*?

—Sí, señora. Que el sábado enviarán los gorros.

—¿Has preguntado cómo seguía el padre Miguel?

—No he tenido tiempo... ¡Está tan lejos!...

—¿Cómo lejos? ¿Pues no has ido en coche?

—No, señora... Juanito me ha dicho que la yegua estaba desherrada...

—¿Por qué no te ha puesto uno de los caballos normandos?

—No sé... Siempre encuentra alguna disculpa cuando la señora me manda salir en coche.

—Tal me parece... Descuida, hija: ya arreglaré yo eso. ¡Bueno está el señor Juanito, con sus ínfulas de indispensable!

Al echar una mirada á su doncella reflejada en el espejo, creyó observar algo extraño en sus ojos. Se volvió para mejor verlo. En efecto, Estefanía los tenía enrojecidos.

—¡Tú has llorado, chica!

—¿Yo?... No, señora, no.

La manera de negarlo era hipócrita. La señora no tuvo necesidad de insistir mucho para que se lo confesase y aun la causa de su llanto.

—El jefe, señora—comenzó á gimotear,—el jefe.. que las ha tomado de poco tiempo á esta parte conmigo... En cuando digo cualquier cosa, suelta la carcajada ó dice una porquería... Y los demás, claro, los demás, como me tienen ojeriza porque la señora me quiere, y por adular al jefe, se ríen también... Porque le he dicho hoy que se lo diría á la señora, me ha llenado de insolencias y me ha echado de la cocina.

—¡Echado! ¿Y quién es él para echarte?—exclamó con ímpetu el ama.—Vé á llamarle. Es menester que yo caliente las orejas, lo mismo á ese necio que á Juanito. ¡Si nos descuidamos van á mandar en esta casa los criados más que los amos!

—Señora... yo no me atrevo. ¿Quiere que le envíe recado por Fernando?

—Haz lo que quieras, pero llámale.

Se había irritado vivamente al escuchar los sollozos de su doncella. Estefanía era su predilecta, á quien distinguía entre todos los criados y confiaba gran parte de sus secretos. Como todos los déspotas presentes y pasados, estaba dominada sin darse cuenta de ello. El carácter zalamero y adulador de la doncellita había ga-

nado su corazón de tal manera, que con él, sin saberlo ella misma, le había entregado la voluntad. Estefanía era de hecho quien mandaba en la casa, pues que mandaba en la señora. El criado que no entraba en su gracia, podía prepararse á salir en plazo más ó menos corto. Y sucedía lo que puede darse como regla segura en tales casos, que la preferida y amada de la señora era profundamente antipática á la servidumbre. No acaece esto solamente por esa pasión vergonzosa que en mayor ó menor grado reside en todos los seres humanos, la envidia, sino también porque es condición precisa del hipócrita y adulador con el grande, ser al propio tiempo altanero y malévolo con el pequeño.

Llamado por Fernando, á quien Estefanía dió el encargo, no tardó en presentarse en la puerta del gabinete el cocinero, con los atavíos del oficio, esto es, con mandil y gorra blanca; todo blanquísimo. Era un mocetón de treinta años, de rostro fresco y no desagraciado, con largas patillas negras. En el ceño que contraía su frente, en la preocupación que se observaba en sus ojos, comprendíase que ya sabía á qué venía llamado. Clementina se había sentado en el confidente. Estefanía se había retirado á un rincón y puso los ojos en el suelo al entrar el jefe.

—Vamos á ver, Cayetano; acabo de saber que después de tratar con muy poca consideración á esta chica, la ha echado usted de la cocina. Le llamo para decirle que ni yo consiento que ningún criado trate mal á otro, ni usted está facultado para echar á nadie dentro de mi casa.

—Señora... yo no la he tratadu mal... Es ella, la que nus trata mal á todus .. pincha aquí, pincha allá, sin dejarnus en paz—tartamudeó el cocinero con marcado acento gallego.

—Bueno, pues si pincha aquí y pincha allí, ningunu de ustedes está facultadu para desvergonzarse con ella... Se me dice á mí y concluído,—replicó vivamente la señora imitando el acento del jefe.

—Es que...

—Es que, nada. Ya sabe usted lo que le he dicho. Hemos concluído—manifestó el ama con gesto imperioso.

El cocinero, con la cara encendida y todo el cuerpo tembloroso, permaneció unos segundos inmóvil. Después, antes de retirarse, dirigió una larga mirada iracunda á la doncellita, que seguía con los ojos en el suelo con expresión hipócrita donde se traslucia el triunfo del amor propio.

—¡Chismosa!—le vomitó al rostro más que le dijo.

La señora se alzó de su asiento, y rebosando de cólera por tal falta de respeto, le dijo:

—¿Y cómo se atreve usted á insultarla en mi presencia? Márchese usted pronto... ¡Quítese de mi vista!

—Señora, lo que le digu es que ella tiene la culpa...

—Pues si tiene la culpa, mejor... Váyase usted.

—Todus nus iremus de la casa, señora, porque á esa mentecata no hay quien la sufra.

—Usted, por lo pronto, como si ya se hubiese ido. Puede usted buscar otro sitio donde servir, que yo no tolero que ningún criado se me quiera imponer.

El cocinero quedóse otra vez inmóvil y estupefacto ante aquella brusca despedida; pero reponiéndose en seguida giró sobre los talones, diciendo con dignidad:

—Está bien, señora; lo buscaré.

Clementina siguió murmurando después de haberse ido:

—¡Pero qué atrevido es este gallegazo! ¿Habrá mastuerzo? No creo que á nadie más queá mí le toquen semejantes criados...

Apaciguándose de pronto por virtud de otra idea que le acudió, dijo:

—Anda, ven á vestirme, que ya es tarde.

Entró en su tocador seguida de Estefanía. Contra lo que debía presumirse, ésta tenía el semblante grave y nublado. Comenzó á despojarse rápidamente de su traje de calle para ponerse el de media ceremonia con que comía y recibia á sus íntimos por la noche, más claro siempre, con un pequeño descote y los brazos cubiertos. La doncella, á una indicación suya, sacó un traje color fresa exprimida del gran armario de espejo que ocupaba enteramente uno de los lienzos de la pared. Antes de ponérselo le arregló el pelo y le quitó las botinas bronceadas, sustituyéndolas con el zapato adecuado. No había abierto su boca la pálida doncellita hasta entonces, reflejando en el rostro cada vez más tristeza y preocupación. Al fin, hallándose arrodillada á los pies de su ama, levantó los ojos para decirla tímidamente:

—Señora, voy á rogarle una cosa... que no despida á Cayetano.

Clementina la miró con sorpresa:

—¿Esas tenemos?... Conque después que has sido tú la que...

—Es que, señora—articuló Estefanía poniéndose todo lo colorada que permitía su tez,—si ahora le despide, me van los demás á tomar ojeriza.

—¿Y á ti qué te importa?

La doncella insistió con muchas veras y cada vez con palabras más suplicantes y persuasivas. La señora negó poco tiempo. Como el asunto era de poca monta y observaba no sin sorpresa el interés y aun ansiedad que su predilecta tenía en que el cocinero quedase, no tardó en concederlo, ordenándole que ella arreglase el asunto.

Con esto el semblante de la chica se animó al instante, se puso como unas pascuas y comenzó á maniobrar en torno de su ama con extraordinaria presteza.

Dos golpecitos dados en la puerta las sorprendió á ambas.

—¿Quién es?—preguntó la señora.

—¿Te estás vistiendo, Clementina?—se oyó de fuera.

Era la voz de su marido. La sorpresa de la dama no disminuyó por esto. Osorio subía rarísima vez á su cuarto estando ella sola.

—Sí; me estoy vistiendo. ¿Hay gente abajo?

—Los de siempre: Lola, Pascuala y Bonifacio... Es que tengo que hablar contigo. Te espero aquí en el salón.

—Bien; allá voy.

Desde entonces hasta que terminó de arreglarse, Clementina guardó silencio obstinado, expresando en el rostro una preocupación sombría que no pasó inadvertida para su doncella. En sus dedos, al dar los últimos toques á los pliegues de la falda, había un ligero temblor, como el de las niñas que por primera vez se visten para ir á un baile.

Osorio la esperaba, en efecto, en el saloncito de arriba contiguo á su *boudoir*. Estaba sentado negligentemente en una butaca; pero al ver á su esposa se levantó, dejando caer previamente en la escupidera la punta del cigarro que fumaba. Clementina observó que estaba algo más pálido que de costumbre. Era el mismo nombrecillo de facciones correctas y mal color que cuando se casó; pero en los últimos doce años se había gastado bastante su naturaleza. Muchas arrugas en la cara; el cabello gris y la barba también; los ojos menos vivos.

Fué á cerrar la puerta que su mujer dejó abierta, y

acercándose á ésta le dijo con afectada naturalidad:

—El cajero me ha entregado hoy un recibito tuyo de quince mil pesetas... Aquí está.

Sacó la cartera y de ella un papelito satinado y oloroso, que presentó á su esposa. Ésta lo miró un instante con semblante grave, sombrío, sin pestañear, y guardó silencio.

—Hace quince días me entregó otro de nueve mil.. Aquí está.

La misma operación, y el mismo silencio.

—El mes pasado me presentó tres; uno de siete mil, otro de once mil y otro de cuatro mil... Aquí los tengo también.

Osorio agitó el puñado de papeles un instante delante de los ojos de la dama. Viendo que ésta no despegaba los labios, preguntó:

—¿Estás conforme?

—¿Con qué? — dijo secamente.

—Con que son exactas estas partidas.

—Lo serán si están firmados los recibos por mí. Tengo poca memoria, sobre todo en cuestiones de dinero.

—Es una gran felicidad — repuso sonriendo irónicamente Osorio, mientras volvía á guardar en la cartera los papeles. — Yo también he intentado muchas veces prescindir de ella. Desgraciadamente, el cajero se encarga siempre de refrescársela á uno... ¡Bueno! — añadió, viendo que su mujer no replicaba. - Pues no he subido á otra cosa más que á hacerte una pregunta, y es la siguiente: ¿Crees que las cosas pueden seguir de este modo?

—No entiendo.

— Me explicaré. ¿crees que puedes seguir tomando de la caja cada pocos días cantidades tan crecidas como éstas?

Clementina, que estaba pálida cuando entró, se había puesto fuertemente encarnada.

—Mejor lo sabrás tú.

—¿Por qué mejor?... Tú debes de saber adónde llega tu fortuna.

—Bien, pues no lo sé — replicó refrenando con trabajo su despecho.

—Nada más claro. Los seiscientos mil duros que tu padre me ha entregado al casarme, como están en fincas producen, según puedes enterarte de los libros, unos veintidós mil duros. El gasto de la casa, sin contar con el mío particular, suma bien tres veces esa cantidad... Saca ahora, si quieres, la consecuencia.

—Si te pesa que se gaste de tu dinero, puedes vender las casas — dijo Clementina con desdeñosa sequedad, volviendo á ponerse pálida.

—Es que si se vendiesen, mañana sería yo responsable con mi dinero de su importe. ¿No sabes eso?

—Firmaré cualquier papel diciendo que no se te haga cargo de nada.

—No basta, querida, no basta. La ley no me exime nunca de responder de la dote mientras tenga dinero... Además, si tú te lo gastases *alegremente* (recalcó esta palabra), el negocio sería para ti muy bueno, pero para mí deplorable, porque siempre me quedaba en la obligación de... subvenir á tus necesidades.

—¿De mantenerme, verdad? — dijo ella con ironía amarga.

—Quería evitar esa palabra... pero, en efecto, es la más exacta.

Hablaba Osorio en un tonillo impertinente y protector que estaba desgarrando por varios sitios la soberbia de su esposa. Desde las feroces reyertas que habían producido su separación debajo del mismo techo, no

habían tenido una entrevista de tal especie como la presente. Cuando por la convivencia se originaba algún rozamiento, resolvíanlo por una breve y seca explicación de pasada, en que ambos, sin deponer el orgullo, usaban de prudencia por temor del escándalo. Pero ahora el asunto tocaba en lo más vivo á Osorio. Para un banquero, por espléndido que sea, lo más vivo es el dinero. Además su amor propio, aunque otra cosa aparentase, había sufrido mucho en los últimos años. No basta fingir indiferencia y desdén ante los extravíos de una esposa; no basta pagarle en igual moneda paseándole por delante de los ojos las queridas, hacer gala de ellas ante el público. Las armas serán iguales, pero las heridas que la mujer causa son más profundas y más graves que las del hombre. El malestar que la conducta libre de su esposa le causaba no disminuía con el tiempo. El abismo que los separaba era cada vez más profundo. Por eso, la airada venganza cogía esta ocasión por los pelos.

Clementina le miró un instante. Luego, encogiéndose de hombros y haciendo con los labios una leve mueca de desdén, dió la vuelta y se dispuso á salir de la estancia. Osorio avanzó unos pasos colocándose entre ella y la puerta.

—Antes de irte quiero que sepas que el cajero tiene orden de no pagar ningún recibo que no vaya visado por mí.

—Enterada.

—Para tus gastos tendrás una cantidad fija, que ya determinaremos cuál ha de ser. No quiero más sorpresas en la caja.

Clementina, que iba á salir por la puerta de la antesala, retrocedió para hacerlo por la de su *boudoir*. Antes de desparecer, teniendo el portier levantado con una

mano y encarándose con su marido, le dijo con reconcentrada ira:

—Al fin resultas un puerco como tu cuñado; sólo que éste no se las echa como tú de generoso,

Dejó caer el portier y dió un gran portazo.

Osorio hizo un movimiento para arrojarse detrás de ella; pero reponiéndose instantáneamente gritó más que dijo para que le oyese bien:

—¡Es claro! soy un puerco porque no quiero mantener señoritos hambrientos. ¡Que los mantengan las viejas que los utilizan!

Después de proferida esta ferocidad quedó satisfecho al parecer, porque en sus labios se dibujó una sonrisa de triunfo y sarcasmo.

Cinco minutos después ambos esposos estaban en el comedor riendo y bromeando con los tres ó cuatro convidados que tenían.

IV

Cómo alentaba á la virtud el señor duque de Requena.

ver, á ver; explica eso.

— Señor duque, el negocio es clarísimo. Hoy he hablado con Regnault. La mina puede producir, cambiando los hornos, construyendo algunas vías y estableciendo maquinaria á propósito, una mitad más de lo que actualmente rinde. Puede llegar á producir sesenta mil frascos de azogue. El dinero necesario para lograr esto no pasa de ciento á ciento cincuenta mil duros.

—Me parece mucho.

—¿Mucho, para un resultado como ese?

—No; me parecen muchos frascos.

—Pues á mí no me cabe duda de que es verdad lo que dice Regnault. Es un ingeniero inteligente y práctico. Seis años ha estado explotando las de California. Además, el ingeniero inglés que ha ido con él asegura lo mismo.

Los que así hablaban eran el duque de Requena y su secretario, primer dependiente ó como quiera llamarse, pues en la casa no habia apelativo designado para él. Llamábasele simplemente Llera. Era un mozo asturiano, alto, huesudo, de rostro pálido y anguloso, brazos y piernas larguísimos, grandes manos y pies, brusco y desgarbado de ademanes y con unos ojos grandes de mirar franco y sincero donde brillaban la voluntad y la inteligencia. Era un trabajador infatigable, asombroso. No se sabía á qué horas comía ni dormía. Cuando llegaba á las ocho de la mañana al escritorio, ya traía hecha la tarea de cualquier hombre en todo el día. A las doce de la noche aún se le podía ver muchas veces con la pluma en la mano en su despacho. Con ese don especial para conocer á los hombres, que poseen todos los que han de lograr éxito feliz en el mundo, Salabert penetró, al poco tiempo de tenerle por ínfimo escribiente, el carácter y la inteligencia de Llera. Y sin darle gran consideración en apariencia, porque esto no entraba jamás en su proceder, se la dió de hecho acumulando sobre él los trabajos de más importancia. En poco tiempo llegó á ser el hombre de confianza del célebre especulador, el alma de la casa. Su laboriosidad humillaba á todos los demás empleados y de ella se servia Salabert para cargarlos de trabajo en horas excepcionales. Llera, á un mismo tiempo, era su secretario, su mayordomo general, el primer oficial de su oficina, el inspector de las obras que tenía en construcción y el agente de casi todos sus negocios. Por llevar á cabo este trabajo inconcebible, superior á las fuerzas de cuatro hombres medianamente laboriosos, le daba seis mil pesetas al año. El dependiente se creía bien retribuído, considerábase feliz pensando que hacía seis años nada más, ganaba mil quinientas. Todos los días, antes de dar su

paseo matinal y emprender sus visitas de negocios, daba el duque una vuelta por el despacho de Llera, se enteraba de los asuntos y conversaba con él un rato largo ó corto según las circunstancias

El duque tenía las oficinas en los altos de su palacio del paseo de Luchana, soberbio edificio levantado en medio de un jardín que, por lo amplio, merecía el nombre de parque. En el verano, los árboles, tupidos de follaje, apenas dejaban ver la blanca crestería de la azotea. En el invierno, las muchas coníferas y arbustos de hoja permanente que allí crecían, le daban todavía aspecto muy grato. Era el centro de reunión de todos los pájaros del distrito del Hospicio. Tenía acceso por una gran escalinata de mármol. Además del piso bajo donde se hallaban los salones de recibir y el comedor poseía otros dos. Parte del último era lo que ocupaban las oficinas, que no eran muy considerables. Á Salabert le bastaba para la dirección de sus negocios con una docena de empleados expertos. El lujo desplegado en la casa era sorprendente: el mobiliario valía no pocos millones. Chocaba con la avaricia, que todo el mundo atribuía á su dueño. Ésta y otras contradicciones parecidas se irán resolviendo según vayamos penetrando en su carácter, uno de los más curiosos y más dignos de fijar la atención del lector. Las cocinas estaban en los sótanos, que eran espaciosos y bien dispuestos. El comedor, que ocupaba la parte trasera del piso bajo, tenía por complemento un invernadero de excepcionales dimensiones, donde crecían gran número de arbustos y flores exóticas y donde el agua que manaba profusamente formaba estanquecillos y cascadas muy gratos de ver; todo imitando, en lo posible, á la naturaleza. Las cuadras estaban en edificio aparte al extremo del jardín, lo mismo que la habitación de algunos criados, no todos.

El duque, repantigado en el único sillón que había en el despacho de Llera, mientras éste se mantenía frente á él de pie dando vueltas en la mano á unas grandes tijeras de cortar papel, paseó tres ó cuatro veces de un ángulo á otro de la boca el negro y mojado cigarro, sin contestar á las últimas palabras de su secretario. Al fin gruñó más que dijo:

—¡Hum! El ministro está cada día más terco.

—¡Qué importa! ¿No sabe usted el secreto de hacerle ceder?... Telegrafíe usted á Liverpool y antes de quince días el frasco de azogue baja desde sesenta á cuarenta duros.

El duque de Requena había formado por iniciativa y consejo de Llera, hacía cuatro años, una sociedad ó sindicato de azogues con el objeto de acaparar todo el mercurio que saliese al mercado. Gracias á ello, este producto había subido extraordinariamente. La sociedad se encontraba con un depósito inmenso en Liverpool. El plan de Llera era lanzarlo al mercado en un momento dado, produciendo una baja enorme que asustase al Gobierno. Esto, realizado en la época misma del pago del empréstito de cien millones de pesetas que el Gobierno había hecho hacia diez años á una casa extranjera, le empujaría á pensar en la venta de la mina de Riosa. Si por otra parte se ayudaba á la empresa sacrificando algunos millones, subvencionando periódicos y personajes, podía darse por seguro el éxito. Este plan, formado por Llera y madurado por el duque, venía desenvolviéndose con regularidad y tocaba á su término.

—Allá veremos— manifestó el opulento banquero quedándose unos instantes pensativo.—Cuando salga á subasta—dijo al cabo,—será necesario formar otra sociedad. La de azogues no nos sirve para el caso.

—¡Claro que se formará!

—El caso es que yo no quiero comprometer en este negocio más de ocho millones de pesetas.

—Eso ya es otra cosa—manifestó Llera poniéndose serio.—Apoderarse de un negocio de esa entidad con tan poco dinero me parece imposible. La gerencia irá á parar á otras manos y entonces queda reducido á un tanto por ciento mayor ó menor... ¡es decir, á nada!

—Verdad, verdad—masculló Salabert quedándose otra vez profundamente pensativo. Llera también permaneció silencioso y meditabundo.

—Ya le he indicado á usted el único medio que hay para conseguir la dirección...

Este medio consistía en tomar una cantidad bastante crecida de acciones en la mina al ser comprada por la sociedad; seguir comprando todas las que se pudiesen; luego comenzar á venderlas más baratas, hasta llegar á producir el pánico en los accionistas. Comprar y vender perdiendo durante algún tiempo: éste era el medio que proponía Llera para conseguir la baja de las acciones y poder adquirir con mucho menos dinero la mitad más una y apoderarse por completo del negocio. Salabert no lo veía tan claro como su secretario. Era la suya una inteligencia perspicaz, minuciosa, penetrante; pero le faltaba grandeza é iniciativa en los negocios, aunque otra cosa pensasen los que le veían acometer empresas de excepcional importancia. El pensamiento primordial, la que pudiéramos llamar idea madre de un negocio, casi nunca nacía en su cerebro: le venía de afuera. Pero en él germinaba y se desarrollaba quizá como en ningún otro de España Poco á poco lo iba analizando, disecando mejor, penetraba hasta las últimas fibras, lo contemplaba en sus múltiples aspectos, y una vez convencido de que le reportaría ventajas, se

lanzaba sobre él con rara y sorprendente audacia. Esto era lo que acerca de sus dotes de especulador había producido el engaño del público. Estaba bien convencido de que una vez resuelto á acometer la empresa, cualquier vacilación resultaba perjudicial. Tal audacia no procedía, pues, directamente de su temperamento, sino de la reflexión. Era una muestra de su astucia incomparable.

Por lo demás, su fondo era tímido. Este defecto, en vez de corregirse con la felicidad casi nunca interrumpida de sus éxitos, se aumentaba cada día. La avaricia es medrosa y suspicaz. Salabert era cada vez más avaro. Además, con los años, el pesimismo va penetrando en el espíritu del hombre. Acostumbrado á grandes resultados en sus especulaciones, nuestro banquero juzgaba deplorable el negocio en que no percibía pingües ganancias. Si por acaso no obtenía ninguna ó había leve pérdida, creía el caso digno de ser lamentado largamente. Así que, sin el concurso de Llera, sin su carácter osado y su imaginación fecunda en invenciones, el duque de Requena haría ya tiempo que no se aventuraría en un negocio de mediana importancia. En cambio, lo que había perdido de inventiva y audacia habíalo reemplazado por un tacto y habilidad verdaderamente pasmosos, un conocimiento de los hombres que sólo la edad y una atención constante pueden lograr. En tal sentido puede decirse que Llera y él se completaban á maravilla. Esta sagacidad y este conocimiento del corazón humano llegaban en Salabert á pecar de excesivos; esto es, se pasaba de listo en ocasiones. En su trato con los hombres, mirándoles siempre del lado de los intereses materiales, había llegado á formarse tan triste idea de ellos, que resultaba monstruosa y le expuso á serios percances. Quizá lo que veía

en los otros no era más que el reflejo de su propia imagen como nos sucede á todos los humanos. Para él no había hombre ni mujer incorruptibles. Un poco más caras ó un poco más baratas las conciencias, todas estaban á la venta. En los últimos años el soborno llegó á ser en él una manía. Si tropezaba con personas que no se dejaban comprar, nunca imaginaba que lo hacían de buena fe, sino porque se estimaban en mayor precio del que ofrecía. Era una de las tareas más pesadas de Llera arrancarle de la cabeza los proyectos de soborno cuando recaían en hombres que sin duda habían de rechazarlos con indignación. Si tenía un pleito, lo primero que pensaba era cuánto dinero iban á costarle los magistrados que habían de fallarlo. Si estaba interesado en un expediente gubernativo, separaba *in mente* la cantidad que debía destinar al ministro ó al subsecretario ó á los consejeros de Estado. Desgraciadamente este lápiz negro que tenía siempre en la mano para tiznar el rostro de la humanidad, se empleaba con resultado positivo en bastantes ocasiones.

El duque de Requena ni tenía sentido moral ni nunca lo había conocido. Su vida de granuja anónimo en Valencia, estaba señalada por una serie de travesuras y mañas chistosas, por una fecundidad tan grande en trazas para sacar al prójimo su dinero, que lo hicieron digno émulo del *Lazarillo de Tormes*, *El pícaro Guzmán de Alfarache* y otros héroes famosos de la novela española. Por cierto que antes de ir adelante conviene expresar que un grupo de socios del Ateneo había puesto á Salabert el sobrenombre de *El pícaro Guzmán* con que le conocían. Pero este apodo no salió del círculo de amigos. Mejor éxito tuvo una frase del presidente del Consejo de Ministros explicando las iniciales del duque. Decía que á estas iniciales A. S. de

bía ponérseles signo de admiración para que dijeran: *¡Á Ese!*

Contábase con visos de verosimilitud que en Cuba, adonde había ido á buscar fortuna, compró un tabernucho en los arrabales de la Habana, con todo su mobiliario, incluyendo en él una negra destinada á su servicio. Esta negra, durante los años que tuvo aquel comercio, fué su criada, su ama de gobierno, su dependiente y su concubina. De ella tuvo varios hijos. Cuando hubo ahorrado algunos miles de duros para restituirse á España, liquidó sus cuentas vendiendo la taberna, el mobiliario, la negra... ¡y los hijos!

Luego comenzaron los equipos para la tropa, los negocios de tabacos, la subasta de carreteras, cediéndolas unas veces con primas, otras construyéndolas sin las condiciones exigidas por el contrato, los empréstitos al Gobierno, etc., etc. En todos ellos desplegó nuestro negociante su rara sagacidad, su talento positivo y un «órgano de la adquisividad» tan poderoso, que con razón le hicieron célebre entre los personajes de la banca.

No era antipático su trato. Al revés de casi todos los que aspiran á las riquezas ó al poder, ni era fino en los modales ni meloso en las palabras. Era más bien brusco que cortés; pero sabía admirablemente distinguir de personas y se suavizaba cuando hacía falta. Esta misma tosquedad nativa servíale para disfrazar lo astuto y sutil de su pensamiento. Parecía que aquel exterior burdo, rústico, aquellos modales exageradamente libres y campechanos no podían menos de guardar un corazón franco y leal. Era (por fuera nada más) el tipo acabado del castellano viejo, honradote, sincero é impertinente. Hablaba poco ó mucho según le convenía, se expresaba con dificultad real ó fingida (que esto nunca

llegó á averiguarse), tenía de vez en cuando salidas chistosas, aunque siempre tocadas de grosería, y solía decir en la cara algunas cosas desagradables que le hacían temible en los salones. La preponderancia adquirida por sus riquezas había hecho crecer este último defecto. Á la mayor parte de las personas, aun á las damas, solía hablarles con una franqueza rayana en el cinismo y la desvergüenza; signos del desprecio que en realidad le inspiraban. No obstante, cuando tropezaba con un personaje político de los que á él le convenía tener propicios, esta franqueza tomaba otro giro muy distinto y se transformaba en adulación y casi casi en servilismo. Mas esta farsa, aunque admirablemente desempeñada, no engañaba á nadie. El duque de Requena era tenido por un zorro de marca. Por milagro creía ya alguno en sus palabras ni se dejaba cautivar por aquel aspecto rudo y bonachón. Los que le hablaban estaban siempre en guardia, aunque fingiendo confianza y alegría. Como sucede á todos los que han conseguido elevarse, los defectos que universalmente se le reconocían, mejor dicho, la mala fama que tenía, no era obstáculo para que se le respetase, para que todos le hablasen con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios, aunque nunca hubiesen de necesitar de él. Los hombres muchas veces se humillan por el solo placer de humillarse. Salabert conocía esta innata tendencia que tiene la espina dorsal del hombre á doblarse y abusaba de ella. Muchos que vivían con independencia, no sólo le toleraban impertinencias que les hubieran parecido intolerables en algún amigo de la infancia, sino que apetecían y buscaban su trato.

—Veremos, veremos—repitió de nuevo cuando Llera le recordó el medio de apoderarse de la gerencia.—Tú eres muy fantástico; tienes la cabeza demasiado

caliente. No sirves para los negocios. Á ver si nos pasa aquí lo que con las alhóndigas.

Por consejo de Llera, el negociante habia construído alhóndigas en algunas capitales de España, las cuales no habían tenido el éxito que esperaban. Como después de todo el negocio no era de gran entidad, las pérdidas tampoco fueron cuantiosas. Á pesar de eso, el duque, que las había llorado como si lo fuesen y no había escaseado á su secretario frases groseras é insultantes, le recordaba á cada instante el asunto. Servíale de arma para despreciar sus planes, aunque después los utilizase lindamente y á ellos debiese un aumento considerable de su hacienda. Teníale de esta suerte sumiso, ignorante de su valer y presto á cualquier trabajo por enojoso que fuera.

Un poco avergonzado por el recuerdo, Llera insistió en afirmar que el negocio de ahora era de éxito infalible si se le conducía por los caminos que él señalaba. Salabert cortó bruscamente la discusión pasando á otros asuntos. Informóse rápidamente de los del día. La pérdida de una fianza que había hecho por un pariente de Valencia, le puso fuera de sí, bufó y pateó como un toro cuando le clavan las banderillas, se llamó animal cien veces y tuvo la desfachatez de decir, en presencia de Llera, que su bondadoso corazón concluiría por arruinarle. La pérdida, en total, representaba unas veintidós mil pesetas. Las fianzas que el duque hacía por sus más íntimos amigos ó parientes eran del tenor siguiente: Las hacía generalmente en papel, exigía al afianzado un seis por ciento del capital depositado, y se encargaba además de cortar y cobrar los cupones. De suerte que el capital, en vez de redituarle lo que á todos los tenedores de valores del Estado, le producía un seis por ciento más. Así eran los negocios que el

duque hacía, no tanto por interés como por impulso irresistible de su corazón.

Salió furioso del despacho de su secretario, fuese á la caja y aprendiendo allí que iban á mandar á cobrar al Banco nueve mil duros de cuenta corriente, él mismo recogió el *talón* después de firmarlo. Debía pasar por allá á celebrar una Junta como consejero, y de paso ningún trabajo le costaba hacerlo efectivo. Salió á pie como era su costumbre por las mañanas. En las hermosas coníferas que bordaban los caminos del jardín-parque cantaban alegremente los pájaros. Se comprendía que no habían puesto fianza alguna y la habían perdido. El señor duque maldita la gana que tenía de cantar ni aun escuchar sus regocijados trinos. Pasó de largo con el semblante torvo, sin responder á los saludos de los jardineros y del portero, mordiendo con más ensañamiento que nunca su enorme cigarro. En la calle no tardó en colorarse un poco su rostro. Tuvo un encuentro agradable y útil. El presidente del Consejo de Estado, á quien le gustaba también madrugar, le saludó en el paseo de Recoletos. Hablaron algunos momentos y los aprovechó para recomendarle, con la brusquedad calculada que le caracterizaba, un expediente de ciertas marismas en que estaba interesado. Después, á paso lento, mirando con sus ojos saltones, inocentes, á los transeuntes, deteniéndolos particularmente en las frescas domésticas que regresaban á sus casas con la cesta de la compra llena y las mejillas más coloradas por el esfuerzo, se dirigió al Banco de España. Era mucha la gente que le quitaba el sombrero. De vez en cuando se detenía un instante, daba un apretón de manos, y cambiando con el conocido que tropezaba cuatro palabras en tono familiar y desenfadado, seguía su camino.

Era temprano aún. Antes de llegar al Banco se le ocurrió subir á casa de su amigo y compariente Calderón. Tenía éste su almacén y su escritorio en la calle de San Feli Neri, tal cual su padre lo había dejado, esto es, pobrísimo de apariencia y hasta lóbrego y sucio. En aquel local, donde la luz se filtraba con trabajo á través de unos cristales polvorientos resguardados por toscos barrotes de hierro, donde el olor de las pieles curtidas llegaba á producir náuseas, el viejo Calderón había ido amontonando con mecánica regularidad duro sobre duro, onza sobre onza, hasta formar algunas pilas de millón. Su hijo Julián nada había cambiado. Á pesar de ser uno de los banqueros más ricos de Madrid, no había querido prescindir del almacén de pieles, y eso que este comercio, comparado con el de letras y efectos públicos que la casa llevaba á cabo, poco le representaba. Calderón era un tipo de banquero distinto de Salabert. Tenía un temperamento esencialmente conservador, medroso hasta el exceso para los negocios, prefiriendo siempre la ganancia pequeña á la grande cuando ésta se logra con riesgo. De inteligencia bastante limitada, cauteloso, vacilante, minucioso. Toda empresa nueva le parecía una locura. Cuando veía fracasar á un compañero en alguna, sonreía maliciosamente y se daba á sí mismo el parabién por el gran talento de que estaba dotado. Si rendía ganancias, sacudía la cabeza murmurando con implacable pesimismo: «Al freir será el reir». Económico, avaro mejor dicho, hasta un grado escandaloso en su casa. Si la tenía puesta con relativo lujo había sido á fuerza de súplicas de su mujer, de burlas de sus amigos, y sobre todo porque había llegado á convencerse de que necesitaba gozar de cierto prestigio exteriormente si había de competir con los muchos é inteligentes banque-

ros establecidos en la corte. Los tiempos habían cambiado mucho desde que su padre acaparaba una parte considerable de los giros de la plaza. Pero después de comprados cuidaba con tal esmero de la conservación de los muebles, exigía tal refinamiento de vigilancia á los criados, á su mujer y á sus hijos, que en realidad eran todos esclavos de aquellos costosos artefactos. Pues si vamos al coche, no es posible imaginarse los temores, las agitaciones sin cuento que le costaba. Cada vez que el cochero le decía que un caballo estaba desherrado, era un disgusto. Tenía un tronco de yeguas francesas de bastante precio. Las mimaba tanto ó más que á sus hijos. Sacábalas á paseo por las tardes; pero no le conducían al teatro por miedo á una pulmonía. Prefería que su mujer fuese á pie ó en coche de alquiler, á exponerse á la pérdida de una de ellas. No hay que decir, si alguna se ponía enferma, lo que pasaba por nuestro banquero. La preocupación, el abatimiento se pintaban en su semblante. Visitábala á menudo, la acariciaba, y no pocas veces ayudaba al cochero y al veterinario en las curas, aunque consistiesen en ponerle lavativas. Hasta que la enferma sanase no había buen humor en la casa.

Era un marido cominero. Para esto tal vez no le faltaba razón. La apatía de su mujer era tan grande, que si él no se encargase de tomar la cuenta á la cocinera y manejar las llaves de los armarios, Dios sabe cómo andaría la casa. Mariana no disponía ni ejecutaba nada. Su papel era el de una hija de familia, y lo aceptaba sin pesar. Otra mujer cualquiera se creería humillada necesitando acudir á cada instante á su marido para los menesteres más insignificantes de la vida doméstica. Ella juzgábalo natural, y sobre todo muy cómodo cuando la sórdida economía de Calderón no la apretaba de-

masiado. La que alguna vez protestaba sordamente contra esta exclusiva centralización de las atribuciones administrativas era su madre, aquella señora delgadísima, de ojos hundidos, de quien hicimos mención en el primer capítulo. Tales protestas no eran, sin embargo, frecuentes ni duraderas. En el fondo había un acuerdo perfecto entre la suegra y el yerno. La vieja, como viuda de comerciante de provincia, á quien había ayudado á labrar su capital, era más amante aún del orden y la economía, mejor dicho, era todavía más tacaña que él. Por esto no había podido vivir jamás con su hijo: su excesivo gasto, y sobre todo el despilfarro, los caprichos escandalosos de Clementina, la irritaban, la amargaban todos los instantes de la existencia. En casa de Calderón, su papel era el de vigilante ó inspector de la servidumbre, el cual desempeñaba á maravilla. Su yerno descansaba confiadamente en ella. Gracias á esto y á que esperaba que mejorase á Mariana en el testamento, la guardaba más consideraciones que á ésta.

Salabert era, en el fondo, tan avaro como Calderón y casi tan tímido, pero mucho más inteligente. Su timidez estaba contrapesada por una buena dosis de fanfarronería: su avaricia por un conocimiento profundo de los hombres. Sabía bien que el aparato, la ostentación de las riquezas, influye notablemente hasta en el ánimo de los más despreocupados; contribuye en sumo grado á inspirar la confianza necesaria para acometer empresas importantes. De aquí el lujo con que vivía, su palacio, sus trenes, los bailes famosos que de vez en cuando daba á la sociedad madrileña. El carácter de Calderón le inspiraba un desprecio profundo: al mismo tiempo le despertaba el buen humor. Al ver la pequeñez de su amigo se crecía, contemplábase más grande de lo que en realidad era y experimentaba viva satisfacción.

No se juzgaba solamente más hábil, más astuto (únicas ventajas que positivamente le llevaba), sino generoso y liberal, casi un pródigo.

Penetró resoplando en el tenebroso almacén de la calle de San Felipe Neri, dejando como siempre estupefactos, abatidos, aniquilados á los dependientes, para los cuales el duque de Requena no era sólo el primer hombre de España, sino un ser sobrenatural. Produciales su vista la misma impresión de espanto y entusiasmo, de temor y fervorosa adoración que á los japoneses el gran Mikado. Y si no se prosternaban y hundían su frente en el polvo como aquéllos, por lo menos se ponían colorados hasta las orejas y no acertaban en algunos minutos á colocar la pluma sobre el papel ni prestaban atención á lo que el parroquiano les decía. Mirábanse con señales de pavor y decíanse en voz baja lo que de sobra sabían todos: «¡El duque!» «¡El duque!» «¡El duque!»

El duque pasó, como solía cuando por casualidad iba por allí, sin dignarse arrojarles una mirada, y se fué derecho al pequeño departamento donde Calderón solía estar. Mucho antes de llegar á él comenzó á decir en voz alta:

—¡Caramba, Julián! ¿cuándo saldrás de esta cueva? Esto no es una casa de banca; es una cuadra. No tiene vergüenza el que viene á visitarte. ¡Puf! ¿Pero desolláis aquí también las reses, ó qué? Hay un hedor insufrible.

Calderón ocupaba, al final del almacén, un rincón separado del resto por un biombo de tabla pintada con una puertecita de resorte. Pudo escuchar, pues, todas las palabras de su amigo antes que éste empujase la mampara.

—¡Qué quieres, hombre!—dijo algo amoscado por haberse enterado los dependientes de la filípica;—no

todos somos duques ni se nos enredan los millones en los pies.

—¡Qué millones! ¿Se necesitan millones para tener un despacho limpio y confortable? Lo que debes confesar es que te duele gastar una peseta en adecentarte. Te lo he dicho muchas veces, Julián; eres un pobre y toda la vida lo serás. Yo con mil reales seré más rico siempre que tú con mil duros; porque sé gastarlos.

Calderón gruñó algunas protestas y siguió trabajando. El duque, sin quitarse el sombrero, dejóse caer en la única butaca que allí había forrada de badana blanca, ó que debió de ser blanca. Ahora presentaba un color indefinible entre amarillo de ámbar, ceniza y verde botella, con fuertes toques negros en los sitios de apoyar la cabeza y las manos. Había además tres ó cuatro banquetas forradas de lo mismo y en idéntico estado, una estantería de pino llena de legajos, una caja pequeña de valores, una mesa de escribir antiquísima de nogal y forrada de hule negro, y detrás de ella un sillón tosco y grasiento donde se hallaba sentado el jefe de la casa. Aquel pequeño departamento estaba esclarecido por una ventana con rejas. Para que los transeuntes no pudiesen registrarlo había visillos que, á más de ser de lo más ordinario y barato en el género, ofrecían la curiosa circunstancia de ser el uno demasiado largo y el otro tan corto que le faltaba cerca de una cuarta para tapar por completo el cristal de abajo.

—Pero hombre, ya que no te mudes de casa deja ese dichoso comercio de pieles, que no es digno de un hombre de tu representación y tu fortuna.

—Fortuna... fortuna—masculló Calderón sin dejar de mirar al papel en que escribía.—Ya sé que se habla de mi fortuna... ¡Si fuésemos á liquidar, quién sabe lo que resultaría!

Calderón no confesaba jamás su dinero: gozaba en echarse por tierra. Cualquier alusión á su riqueza le molestaba en extremo. Por el contrario, á Salabert le gustaba dar en rostro con sus millones y representar el *nabab;* por supuesto, á la menor costa posible.

—Además—siguió diciendo con mal humor,—todo el mundo se fija en lo que entra, pero nadie atiende á lo que sale. Los gastos que uno tiene son cada vez mayores. ¿Á que no sabes lo que llevo gastado este año, vamos á ver?

—Poca cosa—respondió el duque con sonrisa despreciativa.

—¿Poca cosa? Pues pasa de setenta y cinco mil duros, y aún estamos en Noviembre.

—¿Qué dices?—manifestó el duque con viva sorpresa.—No puede ser.

—Lo que oyes.

—Vaya, vaya, no me metas los dedos por los ojos, Julián... Á no ser que en esos setenta y cinco mil duros estén incluídos los gastos de la casa que estás fabricando en el Horno de la Mata.

—Pues naturalmente.

Al duque le acometió al oir esto tal golpe de risa, que por poco se ahoga. Cayósele el cigarro. La faz, ordinariamente amoratada, se puso ahora que daba miedo. El golpe de tos que le vino, acompañando á la risa, fué tan vivo, que parecía que iba á desplomarse presa de la congestión.

—¡Hombre, tiene gracia! ¡tiene muchísima gracia eso!—dijo al cabo entre los flujos de la risa y de la tos. —No se me había ocurrido hasta ahora... De aquí en adelante incluiré en los gastos de mi casa todas las compras de valores y todas las casas que edifique. Voy á aparecer con más gasto que un rey.

La risa tan franca y ruidosa del duque molestó y corrió extraordinariamente á Calderón.

—No sé á qué viene esa risa... Si sale de la caja, en el capítulo de gastos está... De todas maneras, Antonio, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

El duque, de algún tiempo á esta parte, menudeaba las visitas á su amigo y compañero. Empezaba á hacerle la rosca para atraerle al negocio de las minas de Riosa. Se aproximaba el momento en que había de efectuarse la subasta. Necesitaba para entonces contar con algunos accionistas de consideración. D. Julián lo era, tanto por el capital que representaba, como por su carácter mismo. Gozaba en el mundo de los negocios fama de precavido, de receloso mejor. De suerte que el hecho de tomar parte en cualquier especulación la acreditaba de segura, y esto era lo que Salabert necesitaba. No quiso molestarle, pues, muy fuertemente y cambió la conversación. Con la gran flexibilidad, con la finura que poseía bajo su corteza ruda, supo ponerle de buen temple loando su previsión en cierto negocio fracasado donde no se dejó coger, desollando á otros negociantes enemigos y reconociéndole tácitamente sobre ellos superioridad de talento y penetración. Cuando lo tuvo bien trasteado, hablóle por tercera ó cuarta vez, en términos vagos, del negocio de la mina. Ofrecíalo como un ideal inaccesible para meterle en apetito. ¡Si algún día fuera posible comprar esa mina, qué gran negocio! No había conocido otro más claro en su vida. Lo peor era que el Gobierno no estaba dispuesto á soltarla. Sin embargo, f...., con un poco de habilidad y trabajándolo bien, acaso con el tiempo... Para entonces necesitábanse algunos hombres que no tuviesen inconveniente en invertir un buen capital. Si no los hallaba en España, iría al extranjero á buscarlos...

Calderón, al oir hablar de un negocio, se encogía como los caracoles cuando los tocan. El de ahora era tan gordo, por los datos indecisos que el duque le suministraba, que le obligó á meterse de golpe en la cáscara. Así que Salabert comenzó á precisar un poco, púsose torvo y sombrío, mostróse receloso é inquieto, como si entonces mismo le fuesen á exigir una cantidad exorbitante.

Cuando hubo concluído su largo discurso, un poco incoherente, que parecía más bien un monólogo, el duque se levantó bruscamente.

—Vaya, Julianito, me voy de aquí al Banco.

Al mismo tiempo sacó otro cigarro de la petaca, y sin ofrecerle, porque no fumaba, lo encendió por fórmula, pues los dejaba apagarse en seguida para seguir mordiéndolos.

D. Julián respiró con satisfacción.

—¡Tú siempre con esa actividad febril!—dijo, sonriendo y alargándole la mano.

—¡Siempre detrás del dinero!

Cuando ya iba á trasponer la puerta, Calderón se acordó de que podía utilizar aquella visita.

— Oye, Antonio: tengo ahí un montón de *londres*... ¿Las quieres? Te las doy baratas.

—No me hacen falta ahora. ¿Cómo las cedes?

—Á cuarenta y siete.

—¿Son muchas?

—Ocho mil libras entre todas.

—Siento no necesitarlas. Es buena ocasión. Adiós.

Trasladóse al Banco, asistió á la reunión, y después de hacer efectivos los nueve mil duros del *talón*, salió con su amigo Urreta, otro de los célebres banqueros de Madrid. Al llegar cerca de la Puerta del Sol, se dieron la mano para despedirse.

—¿Adónde va usted?—le preguntó Salabert.

—Voy de aquí á casa de Calderón, á ver si puede facilitarme *londres*.

—Es inútil el paseo—repuso vivamente el primero.—Todas las que tenía acabo yo de tomárselas.

—Hombre, lo siento. ¿Y á cómo se las ha puesto?

—Á cuarenta y seis, diez.

—No son baratas; pero me hacen mucha falta y aun así las tomaría.

—¿Le hacen á usted falta de verdad?—dijo Salabert echándole al mismo tiempo el brazo sobre los hombros.

—De verdad.

—Pues voy á ser su Providencia. ¿Qué cantidad necesita usted?

—Bastante. Diez mil libras lo menos.

—No puedo tanto; pero por ocho mil, puede usted enviar esta tarde.

El rostro de Urreta se iluminó con una sonrisa de agradecimiento.

—¡Hombre, no puedo permitir!... Á usted le harán falta también...

—No tanto como á usted... Pero aunque así fuera... Ya sabe usted que se le quiere mucho. Es usted el único guipuzcoano con talento que he tropezado hasta ahora.

Al mismo tiempo, como le llevara abrazado, le daba afectuosas palmaditas en el hombro. Estrecháronse de nuevo la mano, y después que Urreta se deshizo en frases de gratitud, á las cuales contestaba Salabert en ese tono brusco y campechanote que tanto realza el mérito de cualquier servicio, se despidieron.

El duque tomó inmediatamente un coche de alquiler.

—Á la calle de San Felipe Neri, número...

—Está bien, señor duque—repuso el cochero.

Alzó la cabeza el prócer para mirarle.

—¡Hola! ¿Me conoces?

Y sin aguardar la contestación se metió adentro y cerró la portezuela.

—Julián... Julián—gritó á su amigo antes de abrir la mampara del escritorio.—Vengo á hacerte un favor... ¡Qué suerte tienes, maldito! Mándame esas *londres* á casa.

—¡Hola!—exclamó el banquero con sonrisa triunfal. —¿Las necesitas?

—¡Sí, f...., si! Siempre me ha de hacer falta á mí lo que á ti te conviene soltar... Adiós...

Y sin entrar en el despacho dejó libre la mampara de resorte que tenía sujeta y se fué. Dió las señas al cochero de un hotel situado en el barrio Monasterio y se reclinó en un ángulo, mordiendo su cigarro y resoplando con evidente satisfacción. Experimentóla nuestro banquero después de cometer aquella granujada, después de despojar á su amigo Calderón de unas cuantas pesetas, como el justo al concluir un acto de justicia ó de caridad. Su imaginación, siempre alerta para los asuntos donde hubiese dinero, vagó, mientras el carruaje le conducía al Hipódromo, al través de los varios negocios en que estaba comprometido; pero se detuvo muy particularmente en el de la mina de Riosa. La combinación de Llera le iba pareciendo cada vez mejor. Sin embargo, tenía sus puntos flacos. Á reforzarlos se aplicó con el pensamiento, hasta que el coche se detuvo delante de la verja de un hotelito de construcción barata, con muchos adornos de yeso y madera que le hacían semejar á las obras de confitería.

Apresuróse el portero á abrirle con acatamiento. Sal-

vó en tres pasos el diminuto jardín. Al subir las pocas escaleras del piso bajo salió á la puerta una criada joven.

—Hola, Petra: ¿y tu ama?

—Duerme todavía, señor duque.

—Pues ya son las doce—dijo sacando su cronómetro.—Voy á subir de todos modos.

Y pasando por delante de ella, entró en la antesalita ochavada. Despojóse del gabán que la doméstica recibió y se encargó de colgar. Subió al piso principal. El dormitorio donde penetró era un gabinete con alcoba, separados por columnas y una gran cortina de brocatel. Estaba amueblado con lujo de gusto dudoso. En vez del sello que imprime cualquier persona, si no es enteramente vulgar, al decorado y adorno de sus habitaciones, observábase la mano del mueblista que cumple el encargo que le han dado, según el patrón corriente. Las puertas de madera del balcón estaban abiertas. La luz penetraba por un transparente que representaba un paisaje de color de chocolote. Las paredes estaban acolchadas con damasco amarillo; las sillas eran doradas igual que una mesilla de centro y un armarito para colocar chucherías.

Observábase en aquella estancia, perteneciente á una mujer, el mismo desorden que suelen presentar los cuartos de los estudiantes ó militares. Diversas prendas de vestir, enaguas, corsé, medias, andaban esparcidas por las sillas. Sobre la rica alfombra de terciopelo había algunos escupitajos y puntas de cigarro. En la delicada mesilla del centro una licorera con las botellas casi vacías y las copas fuera de su sitio. El duque echó una mirada torva á esta licorera y alzó suavemente la cortina de la alcoba. En primoroso lecho de ébano con incrustaciones de marfil, reposaba una joven de tez blan-

ca, blanquísima, y cabellos negros, negrísimos. Reposaba con un abandono sin delicadeza, en una posición de animal bien cebado. Hasta en el sueño es posible conocer la condición y espiritualidad de la persona.

Salabert tuvo un momento la cortina suspendida. Luego la sujetó con cuidado, y sentándose en una butaquita que había al lado de la cama, se puso á contemplar con fijeza á la bella dormida. Porque era bella en efecto y en grado excelso. Sus facciones, notablemente correctas y delicadas: perfil griego, frente pequeña y bonita, nariz recta, labios rojos un poco gruesos: la tez, un prodigio de la naturaleza, mezcla de alabastro y nácar, de rosas y leche, debajo de la cual corría la vida abundante y rica. Los cabellos, negros y brillantes, estaban sueltos, manchando con el aceite perfumado la almohada de batista. Á pesar de lo frío del tiempo, tenía un brazo y casi medio cuerpo fuera de las sábanas. Verdad que en el gabinete ardía con vivo é intenso fuego la chimenea. El brazo estaba enteramente desnudo y era de lo más hermoso y mejor torneado que pudiera verse en el género. Pero la mano que estaba al cabo de este brazo no correspondía á su belleza. Era una mano donde la holganza presente no había conseguido borrar las huellas del trabajo pasado, mano pequeña, pero deformada, con los dedos macizos y aporretados, mano plebeya elevada de repente al patriciado.

Aunque el banquero no se movía, la fijeza y avidez de sus ojos posados sobre la joven ejercieron sobre ella la consabida influencia magnética. Al cabo de algunos minutos cambió de postura, suspiró con fuerza y abrió los ojos, que eran negros como la tinta. Fijáronse un instante con vaga expresión de asombro en el duque, y cerrándolos de nuevo murmuró una interjección de carretero, hundiendo al mismo tiempo su cara en la al-

mohada. Luego, como si repentinamente cruzara por su mente la idea de que había hecho una cosa fea, dió la vuelta, abrió de nuevo los ojos y dijo sonriendo:

—¡Hola! ¿Eres tú?

Al mismo tiempo le alargó la mano. El duque se la estrechó, y alzándose de la butaca le dió un sonoro beso en la mejilla, diciendo:

—Si quieres dormir más te dejaré. No he venido más que á darte un beso.

Pero no era uno, sino buena porción los que le estaba aplicando en ambas mejillas. La joven frunció el entrecejo, disgustada de aquellas caricias, que por venir de un viejo no debían de serle agradables. Además, ya se ha dicho que los labios del duque, por efecto de la manía de morder el tabaco, solían estar sucios.

—¡Quita, quita!—dijo al fin rechazándolo.—No me sobes más. Bastante me has sobado ayer tarde. Me he lavado tres veces. Eché sobre mí un frasco de rosa blanca y todavía á las doce de la noche me olía mal.

— Olor de tabaco.

—No: el olor del tabaco me gusta. Olor de viejo.

Esta salida brutal no despertó la indignación del duque como era de presumir. Soltó una carcajada y le dió una palmadita cariñosa en la mejilla.

—Pues no me salen baratos los besos.

Tampoco esta cínica réplica alteró á la bella, que en el mismo tono de mal humor dijo:

—Ya lo creo. Y cuantos más años tengas, más caros te irán saliendo... Dame un cigarro.

El duque sacó la petaca.

—No traigo más que tabacos.

—No quiero eso... Ahí, sobre ese chisme de escribir, debe de haber. Tráeme.

El banquero tomó de encima de un pequeño escrito-

rio taraceado algunos cigarritos y se los presentó. La joven preparó uno con la destreza de un consumado fumador y lo encendió con el fósforo que el duque se apresuró á sacar. Este intentó otra vez aproximar sus labios repugnantes al hermoso rostro de la fumadora, pero fué rechazado con violencia.

—¡Mira, ó te estás quieto ó te vas!—dijo ella con energía.—Siéntate ahí.

Y le señaló la butaquita próxima al lecho.

El banquero se dejó caer en ella, mirando á la joven con sus grandes ojos saltones, que expresaban temor.

—Eres una gatita cada día más arisca. Abusas de mi cariño, mejor dicho, de mi locura.

Poseía, en efecto, uno de los temperamentos más lúbricos que pudiera encontrarse. Toda la vida había sido, en achaque de mujeres, ardiente, voraz. En vez de corregirse con los años, esta afición fué creciendo hasta dar en una manía repugnante. Era notoria en Madrid. Sabíase que para satisfacerla, después que había llegado á la opulencia, tuvo mil extraños caprichos que pagó con enormes caudales. Se le habían conocido queridas de extraños y remotos países, entre ellas una circasiana y una negra. Era en realidad esta pasión la gran compuerta por donde se escapaba como un río su dinero. Pero era al mismo tiempo el único que no le dolía gastar. El boato de su casa le causaba dolor, un cosquilleo punzante: lo mantenía por cálculo y por fanfarronería, pero le pesaba en el alma, aunque aparentase otra cosa. Allá, en las intimidades secretas de su casa, cuando no había de trascender al público, escatimaba, regateaba, sustraía de una cuenta cualquier cantidad por insignificante que fuese; no tenía inconveniente en mentir descaradamente para escamotear á un comerciante algunas pesetas. El dinero que las mujeres

le costaban entregábalo sin vacilaciones ni remordimientos, como si todos sus trabajos y desvelos, sus grandes y continuos cálculos para extraer el jugo á los negocios no tuviesen otra significación ni otro destino que el de adquirir combustible para alimentar el fuego de su liviandad.

Entre las muchas queridas pagadas que había tenido, ninguna adquirió tanto ascendiente sobre él como la que tenemos delante. Era ésta una joven de Málaga, llamada Amparo, que hacía tres ó cuatro años vendía flores por los teatros y tenía su kiosco en Recoletos. Desde luego llamó la atención por su belleza y desenvoltura y se hizo popular entre los elegantes. Festejáronla, persiguiéronla, y aunque al principio resistió á los ataques, cuando éstos vinieron en forma positiva, se dejó vencer. Fué, durante algún tiempo, la querida del marqués de Dávalos, un joven viudo con cuatro hijos, que gastó con ella sumas cuantiosas que no le pertenecían. Por gestiones activas de su familia, por escasearle ya el dinero y por desvío de la misma Amparo, que halló otro pollo mejor para desplumar, se rompió esta relación, no sin sentimiento tan vivo del joven marqués que le produjo cierto trastorno intelectual. Después del sustituto de éste, tuvo Amparo otros varios queridos en la aristocracia de la sangre y el dinero. Fué conocida y popular en Madrid con el nombre de Amparo la malagueña. En los paseos, en los teatros, adonde acudía con asiduidad, constituyó durante tres ó cuatro años un precioso elemento decorativo. Porque á más de su hermosura singular, había llegado á adquirir en poco tiempo, si no distinción, elegancia. Sabía vestirse, facultad que no es tan común como parece, sobre todo en esta clase de mujeres. Tenía bastante instinto para buscar la armonía de los colores, la sencillez y pureza de las líneas. No

pretendía llamar la atención, como la mayor parte de sus iguales, por lo exagerado de los sombreros y el vivo contraste de los colores. Por esta razón había entre las damas madrileñas cierta indulgencia hacia ella. En sus ratos de murmuración le guardaban más consideraciones que á las otras; la reconocían un cutis muy fino, unos ojos muy hermosos, y gusto.

Fuera de esta dote natural que la acercaba á las señoras de verdad, Amparo era en su trato tan tosca, tan incivil, tan bestia y tan ignorante como lo son casi siempre en España las criaturas de su condición, al menos en el presente momento. Más adelante quizá lleguen á ser tan cultas y refinadas como las cortesanas de la Grecia. Hoy son lo que arriba se ha dicho, sin ánimo, por supuesto, de ofenderlas. Después de pertenecer al marqués de Dávalos y á otros tres personajes, sin perjuicio de los desvaneos furtivos que se autorizaba, vino al poder del duque de Requena, ó éste al poder de ella, que es lo más exacto. Salabert, según iba envejeciendo y menguando energía (para todo lo que no fuese adquirir dinero, se entiende), crecía en sensualidad. El vicio se transformaba en desorden vergonzoso, en pasión desenfrenada, como suele acaecer á los viejos y á los niños viciosos. Amparo dió con él en esta última etapa y logró apoderarse de su voluntad sin premeditación. Era demasiado necia para concebir un plan y seguirlo. Su carácter desigual, brutalmente soberbio, su misma estupidez, que la hacía no prever las consecuencias de sus actos, la ayudaron á dominar al célebre banquero. Hacía un año que era su querida y que estaba instalada en aquel hotelito del barrio de Monasterio. Al principio procuraba refrenar su genio y tenerle contento mostrándose dulce y amable. Pero como esto le costaba un esfuerzo, y como, por otra parte, pudo

cerciorarse en seguida de que los desdenes, el mal humor y hasta los insultos, lejos de enfriar la pasión del duque la encendían más, dió rienda suelta á su genio. Apareció la criatura salida del cieno, con su grosería, sus inclinaciones plebeyas, su carácter agresivo y desvergonzado. El duque, que hasta entonces había logrado mantener su independencia frente á sus queridas, y eso que de algunas llegó á prendarse fuertemente, se encaprichó de tal modo por ésta, que al poco tiempo le toleraba frases que ajaban su dignidad y tiempo adelante actos que aún más la escarnecían. Por supuesto, este dominio duraba solamente los momentos de sensualidad, las horas que consagraba al placer. Así que salía del templo de Venus, recobraba su razón el imperio, volvía á sus empresas con creciente ambición.

Amparo fumaba tranquilamente en silencio, enviando pequeñas nubes de humo al techo. De pronto hizo un movimiento brusco, é incorporándose dijo:

– Voy á vestirme. Toca ese botón.

El duque se levantó para cumplir el mandato. Á los pocos instantes se presentó Petra á vestirla. Mientras lo llevaba á cabo, ama y doncella cambiaron algunas impresiones con excesiva familiaridad, mientras el banquero seguía con fijeza, entre atento y distraído, los movimientos de la faena.

—Señorita, ¿ha visto usted ayer á la Felipa guiando dos jaquitas que parecían ratones? Por aquí pasó... ¡Qué preciosidad! No he visto cosa más mona en la vida... A ver cuándo el señor duque le compra otra pareja así—dijo Petra mirando con el rabillo del ojo al banquero, mientras ataba las cintas de la bata á su ama.

—¡Ps!—exclamó ésta alzando los hombros con desdén.—No me ha dado nunca por guiar. Es oficio de los

cocheros. Pero si me diese, ¡ya lo creo que me compraría un tronco igual!

Y al mismo tiempo se volvió un poco, con media sonrisa, hacia el duque, que dejó escapar un gruñido corroborante, pasando con su peculiar movimiento de boca el cigarro al lado contrario.

—Pues son muy lindas para ir á los toros. ¡Y que no estaría bien la señorita con su mantilla blanca guiando!

—¿Mantilla para guiar? ¡Estás aviada, hija!

—Bueno, pues de sombrero. El caso es que estaría de *mistó*: no como esa desorejada de la Felipa que ya no tiene carne para hartar á un gato...

La doncella, mientras le recogía el pelo, charlaba por los codos. El fondo de su charla era constantemente adulador. Amparo escuchaba con cierta complacencia. Alguna vez la interrumpía con frases del mismo jaez que las que la doméstica usaba, en más de una ocasión, acompañadas de interjecciones que aquélla no se atrevía á pronunciar. Contaba que el día anterior había tropezado en la calle con Moratini, y que el famoso torero le había dicho al pasar: «Recuerdos á tu ama». Al mismo tiempo la maligna doncella miraba de reojo al duque. Amparo sonrió lisonjeada; pero hizo una fingida mueca de desdén.

—Lo mismo da. Ya sabes que me carga.

—Pues tiene muchos partidarios.

—¡Calla! ¡calla! que ni tú ni él valéis un perro chico... Anda; tráeme pronto esa gorra, y lárgate.

Así que la doncella se hubo marchado, el duque, en quien los recuerdos del torero despertaron los celos y el mal humor, dijo saliendo al gabinete y tendiéndose groseramente en el sofá:

—Parece que esta noche has tenido media juerga. ¿Quién ha estado aquí?

Amparo dirigió la vista á la licorera, donde el duque la tenía posada.

—Pues han estado Socorro y Nati hasta cerca de las tres.

—¿Nadie más?

—Con sus amigos León y Rafael.

—¿Nadie más?

—Nadie más, hombre. ¿Me vas á examinar?

—Es que yo he sabido que ha estado también Manolito Dávalos.

El duque no lo sabía. Quiso sacar de mentira verdad.

—Cierto: también ha estado Manolo — replicó con indiferencia.

—Bueno, pues será la última vez — dijo mordiendo con rabia el cigarro.

—Eso será si á mí se me antoja—manifestó la bella ex florista levantando hacia él los ojos con expresión provocativa.

Salabert dejó escapar ciertos gruñidos que Amparo consideró ofensivos. Hubo una escena violenta. La bella reclamó con fiereza su independencia; le cantó lo que ella llamaba con clásica erudición «verdades del barquero». El banquero, excitado, contestó con su grosería habitual. Él era quien pagaba: por lo tanto, tenía derecho á prohibir la entrada en aquella casa á quien le pareciese. La disputa se fué agriando en términos que ambos levantaron bastante la voz, sobre todo Amparo, en quien á poco que la rascaran aparecía la criatura de plazuela. Cruzáronse frases de pésimo gusto, aunque pintorescas. La malagueña llamó al duque tío lipendi, gorrino, y concluyó por arrojarle del gabinete. Pero aquél no hizo maldito el caso, antes enfurecido la faltó abiertamente al respeto, empleando en su obsequio algunos epítetos expresivos de su exclusiva invención y

otros recogidos con cuidado de su larga experiencia. Por último, quiso dejar sentado de un modo incontrovertible que allí era el amo. Con este fin, puramente lógico, dió una tremenda patada á la mesilla dorada donde reposaba la aborrecida licorera, que se derrumbó con estrépito y se hizo cachos. Amparo, que no se dejaba sobar por nadie, según decía á cada momento, aunque á cada momento se pusiese en contradicción consigo misma, presa de un furor irresistible, con los ojos llameantes de ira, alzó la mano tomando vuelo y descargó en las limpias y amoratadas mejillas del prócer una sonora bofetada.

Los cabellos del lector se erizarán seguramente al representarse lo que allí pasaría después de este acto bárbaro é inaudito. Acaso sería conveniente dejarlo en suspenso como la famosa batalla del héroe manchego y el vizcaíno. Sin embargo, para no atormentar su curiosidad inútilmente, nos apresuramos á decir lo que pasó desdeñando este recurso de efecto. El caso no fué trágico, por fortuna, si bien digno de atención y de meditarse largamente. El duque se llevó la mano al sitio del siniestro y exclamó sonriendo con benevolencia:

—¡Demonio, Amparito, no creí que tuvieras la mano tan pesada!

Aquélla, que se había puesto pálida después de su irreflexivo arranque, quedó estupefacta ante la extraña salida del banquero. Tardó algunos segundos en darse cuenta de su sinceridad.

—Eres una gran chica—siguió aquél echándola un brazo al cuello y obligándola á sentarse de nuevo, y él junto á ella.—Esta bofetada no la tasaría en menos de cien pesos cualquier perito inteligente. Fuerte, sonora, oportuna... Reune todas las condiciones que se pueden apetecer...

—Vamos, no te guasees, que tengo hoy muy mala sangre—dijo la Amparo, escamada y presta otra vez á enfurecerse.

—No es broma, y la prueba de ello es que voy á pagártela en el acto. Pero mucho ojo con que vuelva por aquí Manolito Dávalos, porque no vuelves tú á ver el color de mis billetes.

—¡Si fué una casualidad, hombre!—dijo la Amparo dulcificándose.—Vino esta noche porque había ido de juerga con León y Rafael, y á última hora se le ocurrió á Nati hacerme una visita.

—Pues basta de casualidades. Yo no aspiro á que me adores, ¿sabes?; pero no quiero pagar las queridas á esos perdularios de sangre azul. ¿Lo has oído, salero?

Al mismo tiempo llevó la mano al bolsillo en busca de la cartera. Su semblante, que sonreía con la expresión triunfal del que lleva en el bolsillo la llave de todos los goces de este mundo, se contrajo de pronto. Una nube de inquietud pasó súbito por él. Buscó con afán. La cartera no estaba en aquel sitio. Pasó á los demás bolsillos. Lo mismo.

—¡F.....! ¡me han robado la cartera!

Amparo le miró con ojos donde se reflejaba la duda.

—¡F.....! ¡me han robado la cartera!—volvió á exclamar con más energía.—¡Me han robado diez mil y pico de duros!

—¡Vaya, vaya, qué guasoncillo está el tiempo!—dijo Amparo ya enojada otra vez. No tuvo penetración para distinguir el susto verdadero del fingido.

—¡Si, si; no ha sido mala guasa! ¡Maldita sea mi suerte! ¡Si cuando un día principia mal!... Tres mil duros de la fianza y cerca de once mil ahora... ¡Pues señor, no ha sido mal empleada la mañana!

Se levantó bruscamente del sofá y principió á dar vueltas por la estancia, presa de una agitación sorprendente en quien tantos millones poseía. Un torrente de palabras, de gruñidos, de sucias interjecciones que expresaban demasiado á lo vivo su disgusto, se escapó de sus labios. Arrojó con furia el cigarro, que en él era signo de gravísima preocupación. Amparo, viéndole tan excitado, se rindió á la evidencia, y preocupada también por el caso le dijo:

—Quizá no te la hayan robado. Puede ser que la perdieses... ¿Dónde has estado?

—¿Crees tú que alguna vez se hayan perdido once mil duros?—repuso en tono amargo parándose frente á ella.—Es decir, se pierden, sí; pero otros los encuentran antes de llegar al suelo.

Acabando de decir esto, quedó repentinamente suspenso, como si brillase una luz salvadora en su cerebro. Miró con ojos escrutadores por algunos instantes á su querida, y haciendo un esfuerzo por sonreir, dijo, tornando á sentarse al lado de ella:

—¡Pero qué animal soy! ¡Vaya una bromita salada, y qué bien que te habrás reido de mí!

—¿Qué dices?—preguntó la Amparo estupefacta.

—¡Venga esa cartera, picaruela! Venga esa cartera.

Y el duque, riendo sincera ó fingidamente, la echó un brazo al cuello y comenzó por un lado y por otro á manosearla como buscando el sitio donde tuviera oculto el dinero.

Dando una fuerte sacudida la joven se desprendió de sus brazos y se levantó:

—Oye, tú... ¿Me tomas por una ladrona?—exclamó enfurecida.

—No, sino por una guasoncilla. ¿Te has querido reir de mí, verdad?

La joven replicó con energía que el guasón era él y que bastaba de bromas, que no estaba dispuesta á tolerarlas en esa materia. El duque insistió todavía; pero viendo la indignación real de su querida y no teniendo dato alguno para suponer que fuese ella quien le sustrajo la cartera, recogió velas. En cuanto perdió esta esperanza, su rostro se nubló de nuevo. Aunque dió satisfacciones á Amparo, no fueron éstas muy calurosas. Quedábale, en el fondo, la duda. Bien lo echó de ver ella, por lo que siguió enojada. Concluyó por decirle:

—Mira, lo mejor que puedes hacer es irte á almorzar. No quiero más historias... ¡Ah! y no dejes de traer me esta noche guita, que me está haciendo mucha falta... Á no ser que prefieras que te mande á casa las cuentas...

Salió el duque echando pestes del coruscante hotelito. Como por las inmediaciones no había coches y no quería utilizar el de su querida, por más que él lo pagara, encaminóse á pie hacia su casa. Cayó en ella como una bomba, no de pólvora ó dinamita, porque no entraban en su temperamento los precedimientos fragorosos, sino de ácido sulfúrico ó sublimado corrosivo que se extendió por toda ella molestando y requemando á los habitantes. Su mujer, el portero, el cocinero, Llera y casi todos los empleados recibieron en mitad del rostro alguna frase grosera pronunciada en el tono cínico y burlón que caracterizaba su discurso. Después de almorzar encerróse en el escritorio con su mal humor á cuestas. No hacía una hora que allí estaba, cuando entraron á avisarle que un cochero de punto deseaba hablar con él.

—¿Qué quiere?

—No lo sé. Desea hablar con el señor duque.

Éste, iluminado repentinamente por una idea, dijo:

—Que pase.

El cochero que entró era el mismo que le había conducido desde casa de Calderón á la de su querida. Salabert le miró con ansiedad.

—¿Qué traes?

—Esto, señor duque, que sin duda debe de ser de vuecencia—dijo presentándole la cartera perdida.

El banquero se apoderó de ella, la abrió prontamente, y sacando el montón de billetes que contenía, se puso á contarlos con la destreza y rapidez propias de los hombres de negocios. Cuando concluyó dijo:

—Está bien: no falta nada.

El cochero, que, como es natural, esperaba una gratificación, quedóse algunos instantes inmóvil.

—Está bien, hombre, está bien. Muchas gracias.

Entonces, con el despecho pintado en el semblante, el pobre hombre dió las buenas tardes y se dirigió á la puerta. El duque le echó una mirada burlona, y antes de llegar á ella lé dijo, sonriendo con sorna:

—Oye, chico. No te doy nada, porque para los hombres tan honrados como tú, el mejor premio es la satisfacción de haber obrado bien.

El cochero, confuso é irritado á la vez, le miró de un modo indefinible. Sus labios se movieron como para decir algo; mas al fin salió de la estancia sin articular palabra.

V

Precipitación.

Raimundo Alcázar, que así se llamaba aquel joven rubio tan pertinaz y enfadoso que siguió á Clementina cuando hemos tenido el honor de conocerla al comienzo de la presente historia, recibió la mirada iracunda que aquélla le dirigió al entrar en casa de su cuñada con admirable sosiego y resignación. Esperó un momento á ver si sólo iba á dejar algún recado, y como no saliese se alejó tranquilamente en dirección á la plazuela de Santa Cruz. Se detuvo en un puesto de flores. La florista, al verle llegar, le sonrió como á un antiguo parroquiano y echó mano al ramo de rosas blancas y violetas que sin duda estaba ya preparado para él. Dirigióse á la Plaza Mayor y tomó el tranvía de Carabanchel. Dejólo donde se bifurca con el camino que conduce al cementerio de San Isidro y siguió hacia éste á pie Ascendió con rapidez la cuesta, llegó y penetró en el nuevo recinto, donde, como exige la ley, á los muertos se les da tierra, no se

les encajona en largas y sombrías galerías. Con paso rápido avanzó hasta una sepultura con losa de mármol blanco rodeada de una pequeña verja, y se detuvo. Permaneció algunos minutos inmóvil contemplándola. Sobre la losa estaba escrito con caracteres negros este nombre: ISABEL MARTÍNEZ DE ALCÁZAR. Debajo de él estas dos fechas separadas por un guión: 1842-1883, que indicaban sin duda las del nacimiento y la muerte de la persona allí enterrada. Había sobre la losa algunas flores marchitas. Raimundo las recogió con cuidado, deshizo luego el ramo que traía, esparció las frescas flores sobre la tumba, y con la misma cuerda hizo otro ramo con las marchitas. Con éste en una mano y el sombrero en la otra, permaneció otra vez algún tiempo de pie contemplando con ojos húmedos aquella sepultura. Luego se alejó rápidamente y salió del cementerio sin echar una mirada de curiosidad en torno suyo.

Raimundo Alcázar había perdido á su madre hacia ocho ó nueve meses. No había conocido á su padre, ó, por mejor decir, no tenía recuerdo de él, pues desapareció de este mundo cuando sólo contaba él cuatro años. Llamábase también Raimundo, y era, al morir, catedrático de la Universidad de Sevilla. Cuando se casó con su madre nada más que un joven en espera de colocación. Por eso el padre de Isabel, comerciante en ferretería en la calle de Esparteros, se había negado á autorizar aquellos amores, los persiguió con tenacidad y sólo consintió en el matrimonio cuando Alcázar llevó por oposición la cátedra mencionada. Era hombre de excepcional inteligencia, publicó algunos libros de la ciencia á que se había dedicado, que era la Geología. Su muerte, acaecida cuando sólo contaba treinta y dos años de edad, fué llorada en la pequeña esfera en que

los hombres de ciencia viven en España. Isabel, con su hijo Raimundo, se volvió á Madrid á la casa paterna, donde tres meses después de fallecido su esposo, dió á luz una niña que tomó el nombre de Aurelia.

Era Isabel una mujer singularmente hermosa. Como hija única de un comerciante que pasaba por bien acomodado, no le faltaron pretendientes. Rechazó todas las proposiciones de matrimonio. Pasaba por romántica entre las amigas, quizá porque poseia alguna más inteligencia y corazón que la mayor parte de ellas. Era admiradora del talento: le repugnaban los seres prosaicos que constituían casi la totalidad de las relaciones de su padre. Idolatraba la memoria de su marido á quien había adorado en vida como á un hombre superior, eminente. Conservaba como precioso tesoro todas las frases de elogio que la prensa había tributado á sus obras. El único deseo, el único afán de su vida era que su hijo siguiese las huellas de su padre, fuese un hombre respetado por su talento é ilustración. Dios quiso colmar sus votos. Primero comenzó á ver alzarse ante sus ojos la imagen corporal de su marido reproducida en el hijo. No sólo en el rostro, sino en los ademanes, los gestos y el timbre de voz parecia una copia exacta. Luego el niño, por su comportamiento en el colegio, principió á causarle vivos placeres: era inteligente y aplicado. Los maestros se mostraban de él muy satisfechos. Cada frase de elogio que llegaba á sus oídos, cada nota de sobresaliente que veía escrita debajo del nombre de su hijo, producía á la pobre madre espasmos de alegria. Ya no abrigaba duda alguna de que heredaba el talento de su padre.

Alguna vez sentía remordimientos pensando que distribuía con poca equidad el cariño entre sus dos hijos. Por más esfuerzos que hacía para mantener el equili-

brio, no podía menos de confesarse que amaba mucho más á Raimundo. Su inmenso cariño se traducía en constantes caricias, en nimios cuidados que enervaban y enmollecían el temperamento del niño. Le criaba, en suma, con demasiado mimo. Él, por su parte, la profesaba una afición tan ardiente, tan exclusiva, que en ciertos momentos se convertía en verdadera fiebre. Cada vez que tenía que apartarse de sus faldas para ir al colegio le costaba lágrimas. Exigía que se pusiera al balcón para despedirle. Antes de doblar la esquina de la calle, se volvía más de veinte veces para enviarle besos con la mano. Era ya hombre y estudiante de Facultad, y todavía Isabel conservaba esta costumbre de salir al balcón para despedirle cuando iba á sus clases. Por su natural, ó tal vez por esta educación un poco afeminada, Raimundo fué un niño tímido, retraído de los juegos de sus compañeros, luego un adolescente melancólico, por fin un joven serio y de pocas palabras. Apenas tuvo amigos. En la Universidad paseaba con sus condiscípulos antes de entrar en cátedra; pero en cuanto daba la hora tornábase á casa y no le gustaba salir sino acompañando á su madre y hermana. Mucho antes de esta época, cuando contaba solamente diez años, había muerto su abuelo. Así que, en cuanto llegó á los diez y seis, comenzó á desempeñar el papel de hombre en la casa. Llevaba á su madre al teatro, la acompañaba á hacer visitas: algunas noches, cuando hacía buen tiempo, salía de paseo con ella por las calles, dándole el brazo como un marido ó un galán. La belleza de Isabel no disminuía con la edad. Al verlos juntos, nadie imaginaba que eran madre é hijo, sino hermanos, cuando no esposos. Esto era causa para el joven de cierto malestar. Porque como en Madrid los hombres no se distinguen por un excesivo respeto á las damas, oía, á su

pesar, frases de admiración, requiebros, lo que ha dado en llamarse *flores*, que los transeuntes dirigían á su madre. Sentía, al escucharlas, una mezcla extraña de vergüenza y placer, de celos y de orgullo que le agitaba.

El viejo Martínez, después de retirado del comercio, había tenido quiebras en su fortuna, consistente en acciones de una fábrica de pólvora que sufrieron depreciación, y en valores del Estado. Sólo les dejó una renta de siete á ocho mil pesetas. Con ella vivían los tres con economía, pero sin faltarles lo necesario, en un cuarto segundo de la calle de Gravina. Raimundo siguió la carrera de ciencias. Quería ser catedrático como su padre, y, dada la brillantez con que salía en los exámenes, nadie dudaba que lo conseguiría pronto. Mostraba también, como su padre, decidida afición á las ciencias naturales; pero en vez de dedicarse á la Geología, fijóse con predilección en la Zoología, y de ésta en aquella parte que comprende el estudio interesantísimo de las mariposas. Comenzó á hacer acopio de ellas, y desplegó un afán y una inteligencia que pronto le hicieron poseedor de una rica colección. Antes de terminar la carrera, era ya un notable *entomólogo*. Se había hecho construir escaparates que cubrían las paredes de su habitación, donde estaban expuestos los cartones con las más raras y preciosas especies. Estuvo ahorrando dos años para comprar un microscopio, y por fin adquirió uno bastante bueno que le proporcionó grato solaz al par que utilidad. Porque si bien aquel estudio particular no era suficiente para obtener una cátedra, le ayudaba no poco, dado que no es posible profundizar cualquier ramo de la ciencia sin estudiar las relaciones que mantiene con los demás, sobre todo con los más próximos.

El día que se hizo doctor, y fué justamente acabados de cumplir los veintiún años, la pobre Isabel experimentó una de esas alegrías sólo comprensibles para las madres. Le abrazó derramando un raudal de lágrimas.

—Mamá—le dijo Raimundo.—Estoy ya en aptitud de hacer oposición á una cátedra. Me voy á dedicar con ahínco á prepararme, y en cuanto la lleve, renuncio á lo que puedas dejarme en herencia para que hagas una dote á Aurelia. Yo tengo pocas necesidades y me bastará con el sueldo.

Estas palabras generosas conmovieron á la madre. Cada día hallaba más razones para adorar aquel hijo modelo.

Dedicóse Raimundo con ardor al estudio, profundizando las materias de algunas asignaturas, sin abandonar por eso sus aficiones entomológicas. Gracias á éstas y al nombre glorioso que su padre le había legado, se dió á conocer pronto entre los hombres de ciencia. Escribió algunos artículos, se puso en relación con varios sabios extranjeros y tuvo la satisfacción de recibir de ellos frases de elogio que le alentaron. Bien puede decirse que era un muchacho feliz. Sin deseos imposibles que le royeran las entrañas, sin amores tormentosos ni amistades molestas, disfrutando de la tranquilidad del hogar, del cariño de la familia y de los puros goces de la ciencia, deslizábanse sus días serenos y dichosos. Á las amigas de su madre les sorprendía tanta formalidad. ¿No tenía novia Raimundo? ¿No le gustaban siquiera las muchachas? Isabel contestaba sonriendo y con transparente satisfacción:

—No sé: creo que hasta ahora no le ha dado por ahí. Está tan metido por mis faldas que parece un niño de tres años... La verdad es que le ha de costar trabajo hallar una mujer que le quiera tanto como yo.

Y así era como ella lo decía. Teníale envuelto en una atmósfera de protección, de tibios y amorosos cuidados que le sería casi imposible hallar al lado de una esposa por tierna que fuese. Sólo las madres poseen esa abnegación absoluta, infatigable, sin esperanza ni deseo siquiera de reciprocidad. Todo lo que la vida material exige, lo tenía satisfecho Raimundo con un refinamiento que pocos hombres disfrutarían. Jamás se le había ocurrido pensar ni en su alimento, ni en su ropa ó calzado, ni aun en aquellos menesteres de que las mujeres no suelen entender. Todo estaba previsto y regularizado perfectamente en su vida. Podía consagrarse con entera libertad al ejercicio de su inteligencia. Si se quejaba de mal sabor de boca, ya tenía á su madre por la mañana al lado de la cama con un vaso de limón y polvos laxantes: si le dolía la cabeza, con el agua sedativa ó los paños de leche y adormideras. Si por la noche tosía, por poco que fuese, ya estaba intranquila y no paraba hasta que silenciosamente y en camisa iba á cerciorarse de que su hijo no se había destapado. Cuando Aurelia estuvo en edad de hacerlo, también comenzó á ayudar á la madre en esta tarea de ahuyentar todo dolor, de arrancar las espinas, por pequeñas que fuesen, del camino del joven entomólogo.

Desgraciadamente, mejor pudiéramos decir naturalmente, pues que la felicidad es imposible en este mundo, esta existencia dichosa tuvo pronto un término. Isabel cayó enferma con pulmonía. No quedó bien curada por haberla quizá descuidado ó por no haberse atrevido el médico á aplicarle ciertos remedios un poco crueles. Quedóle un catarro pulmonar que la debilitó bastante. Por consejo del médico fué á Panticosa en compañía de Raimundo, quedando Aurelia en casa de unos parientes. Se repuso un poco, pero fué para recaer

pocos días después de llegar á Madrid. Descaeció notablemente, hasta el punto de que la gente de fuera vió con claridad que se moría. Á Raimundo no se le pasó por la cabeza. Aquella existencia estaba tan ligada á la suya, que las dos no formaban más que una. Le pasaba como á casi todos los enfermos que no saben que se mueren. Aunque muy enferma, Isabel seguía con la misma diligencia gobernando la casa. Raimundo la había rogado, y luego, prevalido del inmenso ascendiente que sobre ella tenía, la había prohibido que se ocupara en ningún menester. Pero ella, burlando su vigilancia, arrastrada de esa inclinación invencible que sienten las mujeres hacendosas hacia el trabajo, no abandonaba sus tareas. Un día, cuando ya puede decirse que estaba moribunda, la sorprendió Raimundo de rodillas limpiando con un paño el pie de una mesa. Quedó estupefacto, y después de reñirla cariñosamente la levantó cubriéndola de besos.

Una amiga devota que vino á visitarla la insinuó que debía confesarse. Isabel se impresionó tristemente. Su hijo, que la encontró llorando, enfurecióse y prorrumpió en denuestos contra los beatos. Á pesar de esto, la enferma, que iba ya penetrándose de su estado, exigió con dulzura y firmeza á la par que viniese el cura. Raimundo, disgustado, llamó en su apoyo, para negarse á ello, al médico. Éste contestó al principio evasivamente. Por último, dijo que eso nunca estaba de más, que si los sanos se hallaban expuestos á una muerte repentina, con mayor razón los enfermos. Ni aun con eso entró la luz en el espíritu del joven. Después de confesada, Isabel siguió lo mismo, lo cual contribuyó á mantener su ilusión. Levantábase, comía á la mesa, paseaba del brazo de Raimundo por la sala y pasaba la mayor parte del día en una butaca. Estaba, sin em-

bargo, tan demacrada, que los que la veían á intervalos largos quedaban sorprendidos. Lejos de perder con esto la belleza, parece que se había aumentado, Su tez era más fina y transparente; los ojos más brillantes.

Una mañana dijo que no tenia deseos de levantarse. Raimundo se sentó al lado del lecho y se puso á leerla una novela. Al cabo de un rato le dijo:

—Estoy mal á gusto. Incorpórame un poco, que no tengo fuerzas yo.

Fué á hacerlo, y en el mismo instante su madre dejó caer la cabeza hacia un lado y se quedó muerta, sin un suspiro, sin una contracción que acusase dolor, como un pájaro, según la expresiva imagen del vulgo.

El grito desgarrador del joven atrajo á la gente de casa. Sacáronle de ella unos parientes y le llevaron á la suya, lo mismo que á su hermana. En el estado de estupor en que quedó, les fué fácil conducirlo adonde les plugo. Aquella tarde fueron unos amigos á verle. Le hallaron relativamente animado. No dejó de sorprenderles un poco, porque sabían el frenético cariño que profesaba á su madre. Habló de su ciencia con ellos, y habló largo rato, expresándose con verbosidad en él inusitada. Por donde vinieron á sospechar que estaba bajo una fuerte excitación. Esta sospecha se confirmó al oirle proponerles jugar al tresillo. Cumplieron su gusto, pero al poco rato el joven comenzó á desvariar tristemente.

—Oyes, mamá, ¿qué te parece de este juego?—dijo llamando á una señora que allí estaba.

Los circunstantes se miraron unos á otros aterrados y compadecidos. Y desde entonces no hizo ni dijo ya cosa con cosa. Su exaltación fué creciendo: empezó á reir de modo tan extemporáneo, que nadie dudó que aquello terminaría por una fuerte explosión nerviosa.

En efecto, cuando menos se esperaba, alzóse repentinamente de la silla, corrió al balcón, lo abrió, y si no le hubieran sujetado á tiempo se hubiera precipitado á la calle. Al fin cayó con un fuerte ataque del que por fortuna salió pronto. Después vino el aplanamiento, que le obligó á guardar cama tres ó cuatro días. Por ultimo, el tiempo fué ejerciendo su operación sedante. Á los quince días estaba bueno, aunque bajo el peso de un abatimiento grande que en vano lucharon sus parientes y amigos por aliviar.

Propusiéronle sus tíos quedarse á vivir con ellos, dado que era demasiado joven para ponerse al frente de una casa, y sobre todo para guardar y autorizar á su hermana. Él contaba entonces veintitrés años, y ella poco más de diez y ocho. Ni uno ni otro aceptaron el arreglo. Quisieron vivir solos y juntos. Tomaron un cuarto tercero en la calle de Serrano, muy lindo y alegre, trasladaron á él sus muebles, y después de instalados empezó á deslizarse su vida, triste sí por el recuerdo siempre presente de su madre, pero apacible y serena. Raimundo fijó su atención y sus cuidados en Aurelia. Penetrado de su papel de padre y protector de aquella niña huérfana, hizo con ella lo que su madre había hecho con él hasta entonces; la atendió y la mimó con un amor y un esmero que conmovía á los amigos que los visitaban. Aurelia no era hermosa ni tenía gran talento; pero sentía hacia su hermano, porque su madre se la había infundido, una adoración idolátrica. Sin embargo, aun en lo referente á la vida material, sintió el joven el vacío de su madre. Aurelia se esforzaba en que no echase de menos nada; pero estaba bastante lejos de alcanzar la suprema delicadeza de aquélla. Poco á poco, no obstante, se fué adiestrando en el gobierno de la casa. Además, Raimundo ya no exigía los refinamien-

tos de antes. El sentimiento de protección, la conciencia de los deberes que tenía que llenar hacia su hermana, le hacían no pensar en sí mismo. Al contrario, cualquier atención de Aurelia le sorprendía, y la agradecía como si viniese de un niño. Ambas existencias se fueron compenetrando.

Vivían modestamente. El cuarto les costaba veinte duros. No tenían más que una criada. Así que la renta de ocho mil pesetas que poseían, les bastaba. Como procedía de papel del Estado y acciones de una fábrica, su administración era facilísima. Raimundo pudo dedicarse con más ardor que nunca al estudio. Deseaba cumplir, respecto á su hermana, la promesa que había hecho á la madre, de renunciar á su parte de herencia y constituirla una dote que la permitiese casarse bien. Después que salió de casa, fué dos veces por semana al cementerio á esparcir algunas flores sobre la tumba de su madre. Los domingos llevaba consigo á Aurelia. Salía poco habitualmente. El estudio preparatorio para hallarse apercibido á una oposición, de un lado, y de otro su manía de colector y escrutador del mundo de los insectos, absorbían casi todo su tiempo. Por milagro entraba en los cafés, ni al teatro podía asistir por razón del luto.

Un día, hallándose en una librería de la Carrera de San Jerónimo, donde solía pasar algunos ratos hojeando las obras recién llegadas del extranjero, acertó á entrar en la tienda una hermosa dama elegantemente vestida. Al verla, los ojos de Raimundo se dilataron expresando el asombro; se posaron en ella con una intensidad que la obligó á volver la cabeza hacia otro lado. Mientras compraba unas novelas francesas la estuvo contemplando extasiado, con señales de alteración en su fisonomía. El libro que tenía asido temblaba ligeramen-

te entre sus manos. Al salir ella, dejólo caer y trató de seguirla; pero á la puerta estaba un carruaje esperándola. El lacayo, sombrero en mano, le abrió la portezuela, y los caballos arrancaron al instante con velocidad.

—¿Qué es eso, D. Raimundo? — le dijo el dependiente, viéndole entrar de nuevo en la tienda. — ¿Le ha hecho á usted impresión mi parroquiana?

El joven sonrió disimulando su turbación, y respondió con fingida indiferencia:

—Á cualquiera le llamará la atención una mujer tan hermosa. ¿Quién es?

—¿No la conoce usted? Es la señora de Osorio, un banquero, hija de Salabert.

—¡Ah! ¿hija de Salabert? ¿Vive en aquel palacio grande del paseo de Luchana?

—No, señor; vive en un hotel de la calle de Don Ramón de la Cruz.

No quería saber más, y se despidió. Aquella dama se parecía de un modo asombroso á su madre. La situación de su espíritu, todavía agitado y dolorido, hizo que tal semejanza adquiriese más relieve á sus ojos del que realmente tenía, le produjese una viva impresión. Pocos momentos después pasaba por delante del hotel de Osorio tres ó cuatro veces; pero no logró ver nuevamente á la señora. Al otro día fué al paseo del Retiro y allí la halló. Desde entonces espió y siguió sus pasos con una constancia que revelaba el profundo sentimiento que embargaba su espíritu. Aunque tenía bien presente la fisonomía de su madre, el semblante de Clementina Salabert se lo traía á la memoria con mayor energía. Esto le producía vivo dolor, en el cual se placía, aunque parezca paradójico. Bien lo entenderá el que haya visto desaparecer de este mundo á un ser querido.

Suele haber cierta voluptuosidad en escarbar la llaga, en renovar la pena y el llanto. Raimundo no podía contemplar mucho tiempo el rostro de Clementina sin sentir las lágrimas correr por sus mejillas. Por esto, quizá, era por lo que la buscaba en todas partes. Sin embargo, había una dureza y severidad en él que no había tenido jamás el de su madre; pero cuando sonreía, al desaparecer esta dureza, la semejanza era realmente maravillosa.

No se le ocultó á nuestro mancebo el enojo que la dama recibía de su tenaz persecución. Y no podía menos de reirse interiormente de aquel extraño error. Si supiese esta señora—se decía cuando veia un gesto de desdén en sus labios—por qué me gusta tanto, ¡qué grande sería su asombro! Una corriente de simpatía y hasta, es posible decir, de adoración le iba ligando á ella. Si no fuese por aquel aspecto imponente que tenía, es fácil que le hubiera dirigido la palabra, la hubiera hecho entender qué gran consuelo le daba con su presencia. Pero Clementina estaba colocada en una esfera tan alta, que temía su desdén. Bastante era el que le mostraba por el solo delito de contemplarla. Por otra parte, habían llegado á sus oídos rumores que la desacreditaban. No procuró confirmarlos, primero porque no le importaba, y después porque una vez confirmados se vería obligado á despreciarla, y no quería que una mujer que tanto se parecía á su madre en la figura fuese un ser despreciable. Se abstuvo de pedir noticias de ella. Contentóse con satisfacer siempre que podía aquel extraño deseo de renovar su dolor, de conmoverse hasta derramar lágrimas. Como no frecuentaba la alta sociedad ni podía asistir al teatro, para procurarse este placer necesitaba seguirla en la calle ó en el paseo cuando no iba en coche. También averiguó que iba los do-

mingos á misa de dos en los Jerónimos; allí la pudo contemplar con más espacio y sosiego.

Había dado cuenta á su hermana del hallazgo, pero no hizo ningún esfuerzo para mostrárselo. Temía que Aurelia no viese tan clara como él la semejanza y le arrancase parte de su ilusión. Dos ó tres veces á la semana, Clementina solía salir á pie por la tarde, como el día en que por vez primera la vimos. Raimundo, desde el mirador de su gabinete de la calle de Serrano, convertido en observatorio, espiaba su llegada. En cuanto la columbraba á lo lejos, se echaba á la calle para seguirla hasta donde pudiese. Á la dama le molestaba esta persecución fuertemente, por ser la hora en que iba á casa de su amante. No que le importase mucho que se divulgasen sus nuevos amores, sino por un resto de pudor que conservaba. Además sabía, porque se lo habían dicho recientemente, que los maridos, cuando sorprenden á sus esposas en flagrante adulterio y las matan, están exentos de responsabilidad. Como estaba convencida de que el suyo la detestaba, temía que se aprovechase de este recurso para deshacerse de ella. Estos vagos terrores, unidos al residuo de vergüenza que le quedaba, fomentaban su irritación contra Raimundo. Su carácter violento, caprichoso, despótico, se alteraba con aquel obstáculo imprevisto. Ni siquiera había reparado bien en la fisonomía del joven. Le odiaba sin dignarse hacerse cargo de su figura. Luego, el sosiego con que recibía los gestos provocativos de desprecio que no le escatimaba, le parecían una ofensa. Bien mirado, aquel chiquelo se estaba burlando de ella: porque no era creíble que un enamorado mostrase tanta serenidad y cinismo. Sin duda, después que advirtió que la molestaba, se propuso mortificarla para vengarse. Y no cabía duda que lo lograba cumplidamente. Las

vueltas que se veía precisada á dar para huirle, las visitas que hacía sin gana, todas las zozobras que aquel muchacho le costaba, se lo hacían cada día más aborrecible y le iban requemando la sangre. Ideó salir en coche, meterse en las Calatravas y despedirlo allí: pero Raimundo, al verse privado por varios días de verla, también dió en la flor de tomar un coche de punto y seguir el suyo. Esto hizo rebosar su enojo y se prometió á sí misma cortar aquella impertinente y molesta persecución, aunque no sabía cómo. Primero pensó en que Pepe Castro hablase y amenazase al muchacho. Al ver la sangre fría con que aquél lo tomaba, se indignó y no volvió á mentarle el asunto. Luego imaginó abordarle ella misma en la calle y rogarle con pocas palabras frías y desdeñosas que no la molestase más. Cuando llegó la ocasión no se atrevió á hacerlo, aunque no pecaba de tímida: el trance le pareció grave.

En estas dudas y vacilaciones se hallaba, cuando, bajando por la calle de Serrano, al levantar los ojos casualmente hacia arriba, acertó á ver en un mirador bastante alto á su enemigo. Cruzóle entonces por la mente la idea de averiguar su nombre y escribirle. Y en efecto, con la violencia que caracterizaba todas sus acciones, al pasar por delante de la casa entró en el portal y se dirigió á la garita de los porteros.

—¿Tiene usted la amabilidad de decirme quién habita el cuarto tercero de esta casa?

—Son dos señoritos muy jóvenes, hermano y hermana. Sólo viven aquí desde hace cuatro meses. Han quedado huérfanos, al parecer, hace poco tiempo...

La portera, al ver una señora tan elegante, se mostró locuaz y complaciente; pero Clementina la atajó en seguida.

—¿Cómo se llama el señorito?

—D. Raimundo Alcázar.

—Mil gracias.

Y se alejó inmediatamente. Salió á la calle y dió unos cuantos pasos. Mas, de pronto, se le ocurrió que el escribirle tenía sus inconvenientes, y que en realidad era preferible una explicación verbal de la cual nadie que la conociera podía enterarse en aquellos momentos. Detúvose un momento indecisa, y bruscamente dió la vuelta y se metió de nuevo en el portal. Cruzó sin decir nada por delante de la portera y subió con pie ligero las escaleras. Al llegar al piso tercero, á pesar del brío y entereza de su carácter, sintió un poco desfallecida la voluntad y estuvo á punto de dar la vuelta. Su temperamento orgulloso y obstinado la empujó, sin embargo, al pensar que el joven la había visto entrar y se enteraría de su arrepentimiento. En el piso tercero había dos cuartos, derecha é izquierda. Clementina había visto papeles en uno. Llamó sin vacilar en el de la derecha, observando que tenía un felpudo para los pies delante de la puerta, señal evidente de que era el habitado.

Salió á abrirle una criada á quien preguntó por don Raimundo Alcázar.

—Deseo verle—dijo después que se enteró de que estaba en casa.

La criada la introdujo en la sala, y como le pareciese rara aquella visita, le preguntó:

—¿Aviso á la señorita?

—No, no; avise usted al señorito, que es á quien deseo hablar.

Se hallaba éste, en tanto, en su despacho, presa de violenta agitación. Al ver á la dama entrar en el portal por primera vez, se había sobresaltado sin motivo preciso para ello. Tranquilizóse al verla salir, y otra vez se alteró cuando entró nuevamente. Cruzó por su mente

la idea de que pudiese subir á su casa; pero al instante la desechó como inverosímil. Imaginó más bien que vendría á visitar á alguno de los inquilinos de los cuartos principal ó segundo, que eran personas de calidad. No obstante, á despecho de su razón, no se tranquilizaba. Cuando oyó sonar el timbre de la puerta quedó aterrado. Apenas tuvo ánimo para dirigirse hacia la antesala. Antes que pudiese hacer una seña á la criada, ya ésta había abierto, obligándole á retirarse vivamente á su despacho. Estuvo tentado á negarse, aunque ya estaba la dama en la sala. Al fin se decidió á salir, reflexionando que no había motivo racional para ello.

Raimundo no tenía mucho trato de gente. Las relaciones de su madre habían sido escasas; unos cuantos parientes, algunas familias conocidas. Por su parte, tampoco había hecho nada por ensanchar este círculo. Ya hemos dicho que no había estrechado amistad íntima con ninguno de sus condiscipulos. Menos habia procurado la entrada en los casinos, tertulias y saraos de la corte. Su adolescencia y los días que llevaba de juventud se habían deslizado serenos en el seno del hogar, estudiando y coleccionando mariposas. Conocía la vida por los libros. La naturaleza le había dotado, no obstante, de un claro y simpático ingenio, de fácil palabra y de cierta dignidad de modales que suplía bastante bien á esa elegancia y distinción que el roce continuado con la espuma de la sociedad engendra.

Entró en la sala tranquilo ya y aun con una vaga predisposición á la hostilidad, que el estrambótico paso de aquella señora le infundía. Hízole una profunda reverencia. La situación era tan extraña, que Clementina, á pesar de su orgullo, su experiencia, su desenfado, y hasta bien puede decirse su desgarro, se encontró re-

pentinamente cohibida. Tuvo necesidad de hacer un esfuerzo para adquirir brío.

—Aquí me tiene usted — le dijo en tono agrio que resultó inoportuno y descortés.

—Usted me dirá á qué debo el honor de esta visita — repuso Raimundo con voz un poco temblorosa.

—Pues... (la dama vaciló unos instantes) lo debe usted al honor que me hace siguiéndome hace dos meses como una sombra chinesca á todas partes. ¿Le parece á usted agradable traer un espantajo detrás en cuanto una sale á la calle? Ha conseguido usted ponerme nerviosa. Para no enfermar como el lego de *Los Madgyares*, he dado el paso ridículo de subir hasta aquí á rogarle que cese en su persecución. Si usted tiene que decirme algo interesante, dígamelo de una vez y concluyamos.

Fueron estas palabras pronunciadas arrebatadamente, como quien se encuentra en una situación falsa y quiere salir de ella exagerando el enojo. Raimundo la miró lleno de asombro, cosa que molestó á Clementina y aun más la precipitó.

—Señora, siento en el alma haberla ofendido... Estaba muy lejos de mi ánimo... ¡Si usted supiera los sentimientos que en mí despierta su figura!... (balbució con trabajo).

Clementina le atajó diciendo:

—Si usted va á declararme su amor, puede ahorrarse la molestia. Soy casada... y aunque no lo fuese sería lo mismo.

—No, señora; no voy á hacerle una declaración — repuso el joven entomólogo sonriendo. — Voy á explicarle á usted mi persecución. Comprendo bien que usted se haya equivocado respecto á los sentimientos que me inspira, y encuentro natural que le hayan ofendido. ¡Qué lejos estará usted de sospechar la verdad! Yo no

estoy enamorado de usted. Si lo estuviese, es bien seguro que no la seguiría como un pirata callejero... sobre todo en las circunstancias en que ahora me encuentro...

Raimundo se puso serio al llegar aquí é hizo una pausa. Luego dijo precipitadamente, con voz alterada por la emoción:

—Señora, mi madre se ha muerto hace poco tiempo... y usted se parece muchísimo á mi madre.

Al pronunciar estas palabras se quedó mirándola con una atención ansiosa, húmedos los ojos, haciendo esfuerzos heroicos por no romper á sollozar.

Esta revelación produjo en Clementina asombro y duda al mismo tiempo. Permaneció inmóvil y muda mirándole también fijamente. Raimundo comprendió lo que pasaba por su espíritu, y dijo empujando la puerta de su despacho:

—Vea usted, vea usted si no es verdad lo que le digo.

La dama avanzó dos pasos y vió en la pared frontera, sobre el sillón mismo de la mesa de escribir, el retrato en fotografía ampliada de una señora excepcionalmente hermosa, y que, sin duda, guardaba cierto parecido con ella, aunque no tan claro como el joven decía. Sobre el retrato, sujeto al marco, había un ramo de siemprevivas.

—Algo nos parecemos—dijo después de contemplar el retrato con atención.—Pero esa señora era más hermosa que yo.

—No; más hermosa, no. Tenía más dulzura en los ojos, y eso daba á su fisonomía un encanto indecible. Era su alma pura y bondadosa que brillaba en ellos.

Pronunció estas palabras con entusiasmo, sin reparar en la falta de galantería que estaba cometiendo. El orgullo de Clementina padeció aún más por la inocen-

cia y sinceridad con que fueron pronunciadas. Ambos contemplaron el retrato en silencio algunos segundos. En los ojos de Raimundo temblaban dos lágrimas. La dama dijo al cabo:

—¿Qué edad tenía su mamá?

—Cuarenta y un años.

—Yo tengo treinta y cinco—replicó con mal disimulada satisfacción.

Raimundo volvió hacia ella la vista.

—Es usted joven aún y muy bella... Pero mi madre tenía la tez más fresca á pesar de llevarle algunos años. Su cutis era terso como el raso. En los ojos no se notaba cansancio alguno. Parecían los de un niño... Es natural. La vida de mamá fué suave y tranquila. Ni su cuerpo ni su alma se habían gastado.

No observaba que indirectamente estaba diciendo algunas groserías á la señora que tenía presente. Ésta se sintió fuertemente picada; pero no osó mostrarlo porque el dolor del joven y la sinceridad con que hablaba le impusieron respeto. Lo que hizo fué cambiar de conversación, echando una mirada de curiosidad por el despacho.

—Parece que se dedica usted á coleccionar mariposas.

—Sí, señora; desde niño. He logrado reunir una cantidad de especies bastante respetable. Las tengo muy lindas y curiosas... Mire usted.

Clementina se acercó á uno de los armarios. Raimundo se apresuró á abrirlo y le puso en la mano un cartón donde estaban fijadas algunas lindísimas de vivos y brillantes colores.

—En efecto, son bonitas y originales. ¿Qué utilidad saca usted de coleccionarlas? ¿Las vende usted?

—No, señora—repuso sonriendo el joven.—Es con un fin puramente científico.

—¡Ah!

Y le echó una rápida mirada de curiosidad. Clementina no simpatizaba mucho con los hombres de ciencia, pero le infundían cierto vago respeto mezclado de temor, como seres extraños á quienes una parte del mundo concede superioridad.

—¿Es usted naturalista?—le preguntó después.

—Estudio para serlo. Mi padre lo ha sido...

Mientras le mostraba su preciosa colección con el gozo especial no exento de desdén con que los sabios enseñan sus trabajos á los profanos, le fué enterando de su vida sencilla. Al llegar á la enfermedad de su madre volvió á conmoverse y las lágrimas á brotar á sus ojos. Clementina le escuchaba con atención, recorriendo con la vista los cartones que le ponía delante, dejando escapar algunas palabras, ora de elogio á los matizados insectos, bien de compasión cuando Raimundo llegó á describirle la muerte de su madre. Afectaba desembarazo, distracción. No lograba, sin embargo, disipar la confusión en que la ponía el extraño paso que había dado, la situación anómala en que se hallaba. Salió de ella bruscamente, como hacía siempre las cosas. Se puso seria y tendió la mano al joven, diciéndole:

—Mil gracias por su amabilidad, señor Alcázar. Me voy, celebrando mucho que no haya sido el objeto de su persecución el que yo sospechaba... De todos modos, sin embargo, le ruego no continúe en ella... Ya ve usted; soy casada, y cualquiera podría pensar que yo la aliento ó doy algún motivo...

—Pierda usted cuidado, señora. Desde el momento en que á usted la molesta me guardaré de seguirla. Perdóneme usted en gracia del motivo—respondió el joven apretándole la mano con naturalidad y afectuosa sim-

patía que lograron interesar á la dama. Pero no lo demostró. Al contrario, se puso más seria y emprendió la marcha hacia la sala. Raimundo la siguió. Al pasar delante de ella para abrirle la puerta, le dijo con franqueza seductora:

—No valgo nada, señora; pero si algún día quisiera usted servirse de mi insignificante persona, ¡no sabe usted el placer que me causaría con ello!

—Gracias, gracias—repuso secamente Clementina sin detenerse.

Al llegar á la puerta de la escalera y al tirar del pasador, el joven vió asomar la cabecita curiosa de su hermana en el fondo del pasillo.

— Ven aquí, Aurelia—la dijo.

Pero la niña no hizo caso y se retiró velozmente.

—Aurelia, Aurelia.

Bien á su pesar, ésta salió al pasillo y avanzó hacia ellos sonriente y roja como una cereza.

—Aquí tienes á la señora de quien te he hablado, que tanto se parece á mamá.

Aurelia la miró sin saber qué decir, sonriente y cada vez más ruborizada.

—¿No se parece muchisimo? Dí.

—Yo no lo encuentro...—respondió la joven después de vacilar.

—¿Lo ve usted?—exclamó la dama volviéndose á Raimundo con la sonrisa en los labios.—No ha sido más que una fantasía, una alucinación.

Traslucíase un poco de despecho debajo de estas palabras. La presencia de Aurelia hacía más falsa aún su situación.

—No importa—repuso Raimundo.—Yo veo claro el parecido, y basta.

La puerta estaba ya abierta.

—Tanto gusto... —dijo Clementina dirigiéndose á Aurelia sin extenderle la mano, inclinándose con una de esas reverencias frías, desdeñosas, con que las damas aristócratas establecen rápidamente la distancia que las separa del interlocutor.

Aurelia murmuró algunas frases de ofrecimiento. Raimundo salió hasta la escalera para despedirla, repitiéndola algunas frases amables y cordiales que no impresionaron á la dama, á juzgar por su continente grave.

Bajó las escaleras descontenta de sí misma, embargada por una sorda irritación. No era la primera vez, ni la segunda tampoco, que su temperamento impetuoso la colocaba en estas situaciones anómalas y ridículas.

VI

Desde el «Club do los Salvajes» á casa de Calderón.

INTORESCAMENTE diseminados por los divanes y butacas de la gran sala de conversación del *Club de los Salvajes*, yacen á las dos de la tarde hasta una docena de sus miembros más asiduos. Forman grupo en un rincón el general Patiño, Pepe Castro, Cobo Ramírez, Ramoncito Maldonado y otros dos socios á quienes no tenemos el gusto de conocer. Algo más lejos está Manolito Dávalos, solo. Más allá Pinedo con algunos socios, entre los cuales sólo conocemos á Rafael Alcántara y á León Guzmán, conde de Agreda, por haber sido los de la fiesta nocturna en casa de la Amparo que tanto disgustó al duque de Requena. Las posturas de estos jóvenes (porque lo son en su mayoría) responden admirablemente á la elegancia que resplandece en todas las manifestaciones de su espíritu refinado. Uno tiene puesta la nuca en el borde del diván y los pies en una butaca, otro se retuerce con

la mano izquierda el bigote y con la derecha se acaricia una pantorrilla por debajo del pantalón; quién se mantiene reclinado con los brazos en cruz; quién se digna apoyar la suela de sus primorosas botas en el rojo terciopelo de las sillas.

Este *Club de los Salvajes* es más bien un arreglo que una traducción del inglés *(Savage Club)*. Por mejor decir, se ha traducido con una graciosa libertad que mantiene vivo dentro de él el genio español en estrecha alianza con el británico. Á más del título, pertenece al inglés todo el aparato ó exterior de la sociedad. Los miembros se ponen indefectiblemente el frac por las noches si es invierno, el *smoking* si es verano; los criados gastan calzón corto y peluca. Hay un elegante y espacioso comedor, sala de armas, gabinete de *toilette*, cuartos de baño y dos ó tres habitaciones para dormir. Tiene el club, asimismo, servicio particular de coches y caballos de silla. El genio español se manifiesta en multitud de pormenores internos. El que más lo caracteriza es el de la ausencia de metal acuñado. Esto da origen á muchas y extrañas relaciones de los socios entre sí y de los socios con el mundo exterior, que constituyen una complicada y hermosa variedad que no se hallará en ningún otro pueblo de la tierra. Da lugar, sobre todo, á un desarrollo inmenso, inconcebible, de esa palanca poderosa con que el siglo XIX ha llevado á término las más grandiosas y estupendas de sus empresas, el *Crédito*. Realízanse dentro del *Club de los Salvajes* tantas operaciones de crédito como en el Banco de Londres. No sólo se prestan los socios entre sí dinero y juegan sobre su palabra, sino que también realizan la misma operación con el club, considerado como persona jurídica, y hasta con el conserje en calidad de funcionario y como particular. Fuera del círculo, los salvajes, arras-

trados de su entusiasmo y veneración por el crédito, lo hacen jugar en casi todas sus relaciones con el sastre, el casero, el constructor de coches, el importador de caballos, el joyero, etc., sin mencionar aquí otras grandes operaciones de la misma clase que de vez en cuando realizan con algún banquero ó propietario. Gracias, pues, á este inapreciable elemento económico, se había hecho casi innecesario, entre los socios del club, el numerario, reemplazándolo dichosamente por otro medio enteramente abstracto y espiritual, la palabra; la palabra oral ó escrita. Vivían, gastaban lo mismo que sus colegas y modelos de Londres, sin libras esterlinas, ni chelines, ni pesetas, ni nada.

Es evidente, pues, la superioridad del club español sobre el inglés en este respecto. También lo es en cuanto á la franqueza y cordialidad con que los socios se tratan entre sí. Poco á poco se habían ido alejando de las formas correctas, ceremoniosas, que caracterizan á los graves *gentlemen* de la Gran Bretaña, dando á su trato cada vez más color local, acercándolo en lo posible al de nuestros pintorescos barrios de Lavapiés y Maravillas. El medio, la raza y el momento son elementos de los cuales no se puede prescindir, lo mismo en la política que en las sociedades de recreo.

El club empieza á animarse siempre después de las doce de la noche, llega á su período álgido á las tres de la madrugada, y desde esta hora comienza á descender. Á las cinco ó seis de la mañana se retiran todos santamente en busca de reposo. Durante el día suele verse poco concurrido. Sólo dos ó tres docenas de socios van por las tardes, antes del paseo, á culotear sus boquillas. Embotados aún por el sueño, hablan poco. Les hace falta la excitación de la noche para que muestren en todo su esplendor sus facultades nativas. Éstas

parecen concentradas en la nobilísima tarea de poner la boquilla de un hermoso color de caramelo. Si los objetos de arte han sido en otro tiempo objetos útiles, si el Arte arrastra consigo la idea de inutilidad como algunos afirman, hay que confesar que los socios del *Club de los Salvajes*, en materia de boquillas obran como verdaderos artistas. Hácenlas venir de París y de Londres; traen grabadas las iniciales de sus dueños y encima la correspondiente corona de conde ó marqués si el fumador lo es; guárdanlas en preciosos estuches, y cuando llega el caso de sacarlas para fumar lo realizan con tales cuidados y precauciones, que en realidad se convierten en objetos molestos más que útiles. Hay salvaje que se estraga fumando sin gana cigarro sobre cigarro, sólo por el gusto de ahumar la boquilla antes que alguno de sus colegas. Y si no es así, por lo menos, nadie se cuida de saborear el tabaco. Lo importante es soplar el humo sobre la espuma de mar y que vaya tomando color por igual. De vez en cuando sacan el fino pañuelo de batista, y con una delicadeza que les honra se dedican largo rato á frotarla mientras su espíritu reposa dulcemente abstraído de todo pensamiento terrenal. Graves, solemnes, armoniosos en sus movimientos, los socios más distinguidos del *Club de los Salvajes* chupan y soplan el humo del tabaco de dos á cuatro de la tarde. Hay en esta tarea algo de íntimo y contemplativo, como en toda concepción artística, que les obliga á bajar los párpados y á subir las pupilas para mejor recrearse en la pura visión de la Idea.

En este elevadísimo estado de alma se hallaba nuestro amigo Pepe Castro ahumando una que figuraba la pata de un caballo, cuando le sacó de su éxtasis la voz de Rafael Alcántara que desde lejos le gritó:

—¿Conque es verdad que has vendido la jaca, Pepe?

—Hace ya unos días.

—¿La inglesa?

—¿La inglesa?—exclamó levantando los ojos hacia su amigo con asombro y reconvención.—No, hombre, no; la cruzada.

—Chico, como no hace dos meses siquiera que la has comprado, no creía que te deshicieses de ella.

—Ahí veras tú—replicó el bello calavera adoptando un continente misterioso.

—¿Algún defecto oculto?

—Á mí no se me oculta ningún defecto—dijo con orgullo.

Y todos lo creyeron; porque en este ramo del saber humano no tenía rival en Madrid, si no era el duque de Saites, reputado como el primer mayoral de España.

—Ah, vamos, falta de *luz*.

—Tampoco.

Rafael Alcántara se encogió de hombros y se puso á hablar con los que tenía cerca. Era un joven rubio, de fisonomía gastada, ojos pequeños y verdosos, malignos y duros. Como otros tres ó cuatro de los que asistían á diario al club, entraba en él y alternaba con toda la alta aristocracia, sin derecho alguno. Alcántara era de familia humilde, hijo de un tapicero de la calle Mayor. En muy poco tiempo se había gastado la pequeña hacienda que le dejó su padre y después vivió del juego y á préstamo. Á todo Madrid debía y hacía gala de ello. La condición que le mantenía abiertas las puertas de la alta sociedad era su valor y su cinismo. Alcántara era hombre bravo de veras, se había batido tres ó cuatro veces y estaba apercibido á hacerlo por el más mínimo pretexto. Además, era un desvergonzado, hablaba siempre en tono despreciativo, aunque fuese á la persona más respetable, dispuesto á burlarse de todo

el mundo. Estas cualidades le habían hecho adquirir gran prestigio entre los jóvenes salvajes. Se le trataba como á un igual, se contaba con él en todas las francachelas; pero nadie preguntaba por su dinero.

—Mi general, le habrá á usted gustado ayer la Tosti, ¿eh?—dijo Ramoncito Maldonado dirigiéndose á Patiño.

—En la romanza solamente—repuso el guerrero sensible después de dirigir con destreza una larga bocanada de humo á su boquilla que representaba un obús montado sobre su cureña.

—No diga usted que en el dúo ha estado mal.

—¡Vaya si lo digo!

—Pues, señor, entonces declaro que no entiendo una palabra, porque me ha parecido sublime—replicó el joven con señales de hallarse picado.

—Esa declaración te honra, Ramón. Sabes hacerte justicia—dijo Cobo Ramírez, que no perdía ocasión de vejar á su amigo y rival.

—¡Ya lo creo, como que sólo tú eres el inteligente!—exclamó vivamente el concejal.—Mira, Cobo, aquí el general puede hablar porque tiene motivo, ¿estamos?... pero tú debes callarte porque me gastas una oreja como la de una cocinera.

—Pero hombre, ¿por qué se picará tanto Ramoncito, en cuanto usted le dice algo?—preguntó el general riendo.

—No sé—repuso Cobo dando un chupetón al cigarro mientras sus facciones se contraían con una leve sonrisa burlona.—Si le contradigo se enfada, y si repito lo que él dice, lo mismo.

—¡Se entiende, chico, se entiende! Si ya sabemos que eres un guasón de primera fuerza. No necesitas esforzarte más delante de estos señores... Pero lo que es ahora, has dado una buena pifia.

—Yo sostengo lo mismo que el general. El dúo es-

tuvo muy mal cantado—dijo con calma provocativa Cobo.

—¡Qué importa que tú sostengas uno ú otro!—exclamó ya fuera de sí Maldonado.—¡Si no conoces una nota de música!

—¡Alto! Tengo más derecho á hablar de música, puesto que no cencerreo como tú el piano. Por lo menos soy un ser inofensivo.

Siguió una disputa larga entre ambos, viva y descompuesta por parte de Ramoncito, tranquila y sarcástica por la de Cobo, que se gozaba en sacar á aquél de sus casillas. No poco se divertían también los presentes, poniéndose unos de parte del concejal y otros de su competidor para más prolongar el recreo.

—¿Sabéis que esta tarde se bate Alvaro Luna?—dijo uno cuando ya iban hastiados de los dimes y diretes del concejal y Cobo.

—Eso me han dicho—respondió Pepe Castro cerrando los ojos con voluptuosidad, mientras chupaba el cigarro.—En el jardín de Escalona, ¿verdad?

—Creo que sí.

—¿Á sable?

—Á sable.

—Vamos, un chirlo más—manifestó León Guzmán desde su asiento.

—Con punta.

—¡Oh! ya es otra cosa.

Y los salvajes presentes mostraron entonces interés en el duelo.

—Álvaro tira poco. El coronel debe llevarle ventaja. Es más hombre, y además tira con energía.

—Con demasiada—dijo Pepe Castro sacando el pañuelo después de haber arrojado la punta del cigarro y poniéndose á frotar con esmero la boquilla.

Todos volvieron los ojos hacia él porque tenía fama de habilísimo tirador.

—¿Crees tú?

—Desde luego. La energía es conveniente hasta cierto límite. Pasando de él, muy expuesta, sobre todo cuando los sables tienen punta. Si se las cortasen, todavía redoblando los ataques sin descanso se puede hacer algo. Por lo menos, es posible aturdir al contrario. Pero cuando la llevan hay que andarse con ojo. Álvaro no tira mucho; pero es frío, tiene un juego cerrado y estira el pico que es un primor. Que no se descuide el coronel.

—¿La cuestión ha sido por la cuñada de Álvaro?

—Al parecer.

—¿Y á él qué diablos le importa?

—¡Ps... ahí verás!

—Como no esté enamorado, no comprendo...

—Todo podría ser.

—¡La niña es de oro! Este verano, en Biarritz, ella y el chico de Fonseca se ponían de un modo por las noches en la terraza del casino, que era cosa de sacar fotografías iluminadas.

—Allá Cobo, antes de irse, hizo también algunos cuadros disolventes en los jardinillos.

—¡Sí, sí; bien me ha comprometido esa chica!—manifestó Cobo en tono cómicamente desesperado.

—Ya no tenías mucho que perder. Desde el negocio de Teresa estás deshonrado—dijo Alcántara.

—Siempre va la desgracia con la hermosura—apuntó con tonillo irónico Ramoncito.

—¿También tú, Ramón?—exclamó con afectado asombro Cobo.—Vamos, llegó el momento de que los pájaros tiren á las escopetas.

—Pues, señores, confieso mi debilidad. No puedo

estar al lado de esa chica sin ponerme malo—dijo León Guzmán.

—Ni esa niña puede tampoco estar al lado de un chico tan guapo y tan risueño como tú sin ponerse enferma también—dijo Rafael Alcántara.

—¿Me quieres seducir, Rafael?

—Sí, chico, para que me dejes mañana la llave de tu cuarto y no parezcas en toda la tarde por allá. Lo necesito.

—Es que tengo una colcha preciosa de raso.

—Se cuidará de la colcha.

—Y hay ademas un criado que se dedica, con gran afición, al dibujo por las tardes.

—Se le darán dos duros al criado para que vaya á dibujar á otro lado.

—Y una vecinita que pasa la vida acechando desde su ventana lo que hay y lo que no hay en mi habitación.

—Se la convidará... digo, se bajarán las persianas... Oye, Manolito, ¿te vas á pasar toda la juventud tirado en ese diván sin decir palabra?

Manolito Dávalos descansaba, en efecto, en actitud sombría y melancólica, sin que le hubiesen impulsado á levantar la cabeza los dichos de su amigo. Al oirse nombrar la alzó con sorpresa y mal humor.

—¡Si tú te encontrases en mi posición, qué poca gana tendrías de bromear, Rafael! — dijo exhalando un suspiro.

Hay que advertir que el joven marqués de Dávalos, que nunca había poseído una inteligencia muy clara, teníala de algún tiempo á esta parte bastante perturbada. Según la expresión vulgar estaba un poco chiflado ó tocado. Sus amigos sabían todos que este trastorno procedía de la ruptura con la Amparo, que le había co-

mido en poco tiempo su fortuna y de quien estaba aún profundamente enamorado. Tratábanle con cierta protección entre burlona y benévola; pero se abstenían, si no es muy embozadamente y con precauciones, de bromearle con su ex-querida, porque alguna vez que se propasaron, Manolito fué víctima de ataques de cólera muy semejantes á la locura. Tenía poco más de treinta años; estaba calvo, la tez y los labios marchitos, los ojos apagados. Sus cuatro hijos habíalos recogido la suegra. Vivía en una fonda con la pension que le pasaba una tía vieja de quien era presunto heredero. Sobre la esperanza de esta herencia algunos usureros le prestaban dinero.

—Si yo me encontrara en tu caso, ¿sabes lo que haría, Manolo?... Casarme con mi tía.

Los amigos rieron, porque la tía de Dávalos tenía cerca de ochenta años.

—Bueno, bueno—exclamó éste con acento doloroso. Bien se conoce que no has tenido que luchar con indecentes usureros toda la mañana para concluir por dejarles algo... que es una infamia empeñar—añadió por lo bajo.

—¡Á mí con ingleses!... ¿Tú no sabes, Manolito, que todos los meses tengo que renovar el timbre de la puerta de mi casa porque lo gastan ellos de tanto tirar?... Pero yo lo tomo con más filosofía. Lejos de disgustarme, experimento una gran satisfacción cada vez que viene á visitarme un acreedor, porque es la prueba de que soy un buen hijo, de que cumplo la última voluntad de mi padre.

Los salvajes de los dos grupos le miraron con curiosidad, sonriendo.

—¿Cómo es eso, Rafael? - preguntó Pepe Castro.

—Habéis de saber que mi padre se murió diciéndo-

me: «¡El deber, hijo! ¡el deber! ¡Ante todo el deber!»... Fueron sus últimas palabras. Yo, cumpliendo con este sagrado consejo, procuro deber todo lo posible.

Hizo gracia á sus compañeros este rasgo cínico; lo celebraron con algazara. Rafael, sustrayéndose modestamente á sus aplausos, se acercó á Dávalos, y pasándole una mano por encima del hombro le dijo, bajando la voz aunque no tanto que no pudiesen oirle los amigos:

—Pues sí, Manolito, no es broma. Yo me casaría con mi tia. ¿Qué se pierde con ello? Es una vieja... ¡Mejor! Así se morirá más pronto. Pero en cuanto te cases entras á manejar su fortuna y no tienes necesidad de aguardar los años que á ella se le antoje vivir. Á ti lo que te hace falta como á mí es *guita*. Desengáñate; si la tuviéramos nos pondríamos más gordos que Cobo Ramírez... Además, en cuanto seas rico, le birlas la Amparo á Salabert, ¿no comprendes?

El marquesito levantó la vista hacia su amigo abriendo mucho los ojos, donde se reflejaba la duda de si hablaba en serio ó en broma. No advirtiendo en el rostro imperturbable de Alcántara señal de burla, comenzó á enternecerse. Habló de su antigua querida con tal entusiasmo y veneración que haría reir á cualquiera. El proyecto ya no le pareció tan insensato. Se entretuvo en pensarlo largamente y estudiarlo por todas sus fases. Mientras tanto Rafael le escuchaba con afectada atención, animándole á proseguir con signos y frases de afirmación. Nadie pensaría que se estaba mofando de él, á no ser porque de vez en cuando, aprovechando los instantes en que el tocado marqués miraba á la punta de sus botas buscando alguna frase bastante expresiva para ponderar su amor, hacía guiños maliciosos á los amigos que los contemplaban con curiosidad burlona.

Abrióse la mampara del salón. Apareció Álvaro Luna. Los salvajes le acogieron con exclamaciones de afecto y burla.

—¡Bravo, bravo! Aquí está el reo en capilla.

—Mirad qué cara trae.

—¡Como que está al borde de la tumba!

El recién llegado sonrió vagamente y tendió una mirada esrcutadora por el salón. Álvaro Luna, conde de Soto, era hombre de treinta y ocho á cuarenta años, delgado, de mediana estatura, ojos vivos y duros y rostro bilioso.

—¿Habéis visto á Juanito Escalona?—preguntó.

—Sí—dijo uno.—Aquí ha estado hace una media hora. Me ha dicho que le aguardases, que á las cuatro menos cuarto en punto vendría.

—Bueno, esperaremos—repuso avanzando con calma y sentándose al lado de ellos.

La broma continuó.

—Veamos, veamos cómo está ese pulso—dijo Rafael cogiéndole por la muñeca y sacando al mismo tiempo el reloj.

El conde entregó su mano sonriendo.

—¡Jesús, qué atrocidad! ¡Ciento treinta pulsaciones por minuto! Ningún condenado á muerte las ha tenido.

No era verdad. El pulso estaba normal. Así lo manifestó el mismo Alcántra á los amigos haciendo una seña negativa. Álvaro no se alteró por la mentira. Poseído de su valor y convencido de que no dudaban de él, siguió con la misma vaga sonrisa en los labios.

—Vaya, mañana á las cuatro de la tarde el entierro. Lo siento, porque tenía que ir de caza con Briones—dijo uno.

—¡Y que no es pequeña la carrera desde la casa mortuoria á San Isidro! — respondió otro.

—No, hombre, no — apuntó un tercero; — lo llevarán á la estación del Norte para conducirlo á Soto, al panteón de familia.

Las bromas no eran de buen gusto. Sin embargo, el conde no se impacientaba, quizá temiendo que el más pequeño signo de impaciencia, en aquella ocasión, hiciese dudar de su serenidad. Alentados con esta paciencia, los jóvenes salvajes cada vez le apretaban más con su vaya, repitiendo con variantes la misma idea del entierro. La verdad es que se iban haciendo pesados; pero no lograron ahuyentar su fría y vaga sonrisa. Respondíales pocas veces. Cuando lo hacía era con breves palabras displicentes. Al fin, sacando el reloj, dijo:

—Son las tres. Quedan tres cuartos de hora. ¿Quién quiere echar un tresillo?

Era un pretexto para librarse de aquellas moscas y al mismo tiempo un acto que confirmaba su sangre fría. Tres de los amigos se fueron con él á la sala de juego. No tardaron en rodearles los demás. La broma siguió lo mismo que en el salón.

—¡Miradle, cómo le tiembla la mano!

—Dentro de una hora ese hombre habrá dejado de existir.

—Oyes, Álvaro, debías de legarme la Conchilla.

—No hay inconveniente — repuso aquél arreglando sus cartas.

—Ya lo oyen ustedes, señores; la Conchilla es mía por testamento... ¿Cómo se llama este testamento, León?

—Testamento nuncupativo — dijo éste, que sabia algo de leyes por andar en pleito hacía tiempo con unos primos.

—La Conchilla me pertenece por testamento nuncupativo. Gracias, Álvaro. Haré que vista luto y respeta-

remos tu memoria hasta donde se pueda. ¿Tienes algo que encargarme?

—Sí, que la sacudas el polvo cada ocho ó diez días. Si no suelta algunas lágrimas todas las semanas se pone enferma.

—Corriente. Así se hará.

—¡Ah! y que sea con el bastón. Se ha acostumbrado á ello y no lo tolera con la mano.

—Perfectamente.

Cada vez era mayor la algazara. La imperturbabilidad del conde hacía muy buen efecto. Detrás de aquellas bromas se adivinaba que sus amigos le querían y respetaban su valor. En esto apareció un criado y le presentó una carta en bandeja de plata. La tomó y la abrió con curiosidad. Al recorrerla volvió á sonreir y la pasó á los que tenía al lado. Era del dueño de la Funeraria ofreciéndole sus servicios y remitiéndole un prospecto con los precios. Alguno de aquellos chicos se había divertido en pasarle aviso. Tampoco se ofendió: parecía interesado en el juego.

Al fin entró en la sala Juanito Escalona en su busca. Después de ajustar cuentas se levantó de la silla. Todos le rodearon.

—¡Buena suerte, Álvaro!

—Me da el corazón que lo ensartas.

—No seas tonto; nada de ensartar. Á concluir pronto, aunque sea con un rasguño.

En aquel momento terminaban las bromas y estallaba el compañerismo. El conde encendió un cigarro puro con toda calma y dijo con la mayor naturalidad:

—Hasta luego, señores.

Había una parte efectiva de valor en aquella actitud serena, imperturbable del conde; pero había también buena porción de esfuerzo y estudio. Los jóvenes sal-

vajes, aunque poco dados en general á la literatura, recibían no obstante su influencia. Lo que entre ellos priva son los folletines y las novelas de salón. Estas novelas trazan la figura de un hombre ideal lo mismo que los libros de caballería. Solamente que en las antiguas novelas, el hombre dechado era el que por amor á las nobles ideas de justicia y caridad acometía empresas superiores á sus fuerzas. En las modernas es el que por temor al ridículo se abstiene de todo entusiasmo y de toda acción generosa. Al hombre que arriesgaba su vida en todos los momentos por una causa útil á sus semejantes, ha sustituído el que la arriesga por las nonadas de la vanidad ó la soberbia. Al caballero ha sucedido el espadachín.

Quedáronse los contertulios comentando la serenidad del conde. Se le ensalzó aunque no muy vivamente ni por mucho tiempo. Es regla primera del buen tono no asombrarse jamás. La segunda hablar prolijamente de las cosas leves y con sobriedad de las graves. Deshízose al fin la tertulia vespertina. Salieron casi todos sus preclaros miembros y se esparcieron por Madrid á difundir sus doctrinas, las cuales pueden resumirse de este modo: «El hombre nació destinado á firmar pagarés y gastar bigotes retorcidos. El trabajo, la instrucción, el orden, son atentatorios al estado de naturaleza y deben proscribirse de toda sociedad bien organizada».

Ramoncito Maldonado, como siempre, se agarró á los faldones de su amigo Pepe Castro. El lector está enterado ya de la profunda admiración que le profesaba. Ahora le toca saber que Pepe Castro se dejaba admirar lleno de condescendencia, y que de vez en cuando se dignaba iniciarle en algunos inefables secretos referentes á sus altas concepciones sobre las yeguas inglesas y las boquillas de ámbar. Ramoncito iba poco á poco

adquiriendo nociones claras, no sólo de estas cosas sino también del modo más adecuado de combinar el idioma francés con el español en la conversación familiar. Pepe Castro poseía el don admirable de olvidar, en un momento dado, la palabra castellana, y después de algunas vacilaciones pronunciar la francesa con perfecta naturalidad. Ramoncito también lo hacía, pero con menos elegancia. Asimismo iba distinguiendo bastante bien las ostras de Arcachón de las que no son de Arcachón, el Château-Laffite del Château-Margaux, la voz de pecho, en los tenores, de la voz de cabeza, y la pasta dentífrica de Akinson de las otras pastas dentífricas. No obstante, Ramoncito, como todos los neófitos, mucho más si poseen un temperamento exaltado y entusiasta, exageraba la doctrina del maestro. Sean ejemplo de esta exageración los cuellos de camisa. Porque Pepe Castro los gastase altos y apretados ¿había razón para que Ramoncito anduviese por esas calles de Dios con la lengua fuera, padeciendo todo el día los preliminares de la pena del garrote? Y si Pepe Castro, por motivo de una enfermedad nerviosa que había tenido de niño, cerraba el ojo izquierdo con frecuencia, lo cual sin duda le agraciaba, ¿con qué derecho pasaba el día Ramoncito haciendo guiños á la gente con el suyo? Además, el joven concejal cargaba de perfumes no tan sólo el pañuelo y la barba, sino toda su ropa, de suerte que á los diez metros aún trascendía y de cerca producía mareos. Pues bien, después de examinadas detenidamente, no hemos hallado en las ideas de su venerado maestro nada que justifique esta censurable tendencia. Los más bellos y elevados preceptos de los grandes hombres, degeneran y se pervierten al realizarse por sectarios y continuadores. Pepe Castro, aunque advertía estas deficiencias é imperfecciones de su discípulo, no se las

echaba en cara. Antes, con la nobleza propia de los grandes caracteres, extendía sobre él su clemencia para perdonarlas y ocultarlas. Nadie osaba, en su presencia, hacer burla de los cuellos ni de los guiños de Ramoncito.

Eran poco más de las cuatro cuando entrambos salvajes salieron del club abrochándose los guantes. Á la puerta estaba la *charrette* de Castro, que éste despidió dando hora al cochero para el paseo. Antes debía hacer una visita á ruego de Ramoncito. Caminaron por la calle del Príncipe, donde el club está situado, á paso lento, observando con fijeza á las mujeres que cruzaban. Deteníanse á veces un instante para hacer algunas indicaciones luminosas sobre su garbo y elegancia, no como el tímido transeunte que contempla y suspira, sino como dos bajaes que entrasen en un mercado de esclavas y antes de elegir discutiesen las cualidades de cada una. Á los hombres arrojábanles una rápida mirada despreciativa. Y por si esto no bastaba se envolvían en una fuerte bocanada de humo para hacerles presente que ellos, Pepe y Ramón, pertenecían á un mundo superior, y que si caminaban por la calle del Príncipe era sólo por capricho y momentáneamente. Siempre que se dignaban pasear un poco á pie entre calles como ahora, en la expresión de su rostro había cierto matiz de sorpresa al ver que su paso no era acogido por la muchedumbre con rumores de admiración.

Maldonado era más locuaz que su amigo. Sobre lo que iba y venía expresaba su opinión levantando el rostro sonriente hacia Castro. Este permanecía grave, solemne, respondiendo con monosílabos y adecuados gruñidos. Digamos que Ramoncito era mucho más bajo que su maestro, no sólo moral sino también físicamente. Cuando paseaban á pie representaban verdadera-

mente, el uno al sabio profesor que va dejando caer gota á gota el raudal de su ciencia; el otro al ardoroso neófito ávido de enterarse y penetrar cuanto abarca su vista.

—¿Adónde vamos? — preguntó distraídamente Castro al llegar á las cuatro calles.

—Hombre, ¿no habíamos quedado en pasar por casa de Calderón? —dijo tímidamente y un poco despechado Ramoncito.

—¡Ah! sí: se me había olvidado.

El joven concejal guardó silencio, admirando en su fuero interno aquella singular facultad de olvidarlo todo, que poseía su amigo. Y siguieron por la Carrera de San Jerónimo hacia la Puerta del Sol.

—¿Cómo estás con Esperancita? — se dignó preguntar Castro, soltando una bocanada de humo y parándose á mirar un escaparate.

Ramoncito se puso serio repentinamente, casi casi pálido, y comenzó á balbucir á tropezones:

—Lo mismo, chico... Tan pronto arriba como abajo... Unos días la encuentro muy amable... es decir, amable, no; pero al menos habladora. Otros con un hocico de tres varas: se marcha en cuanto entro: apenas contesta al saludo, como si la hubiese ofendido... Comprendo que alguna vez ha tenido motivos para estar enfadada. En el Real suelo ir al palco de las de Gamboa, y pienso que se le ha metido en la cabeza que me gusta Rosaura... ¡Mira tú qué tontería! ¡Rosaura!... Pero hace lo menos un mes que no subo á saludarlas... y lo mismo: ¡lo mismo, chico, lo mismo!... El otro día la pude pillar sola en el gabinete unos momentos, y de prisa y corriendo la he dicho que deseaba saber en qué quedábamos. Porque ya ves tú, no es cosa de estar haciendo el oso eternamente... Me escuchó con pacien-

cia... Te advierto que yo estaba enteramente arrebatado y apenas sabía lo que iba diciendo. Cuando concluí me dijo que no tenía motivos para estar enfadado y se escapó á la sala. Después de esto ¿quién no había de entender que estaba el asunto arreglado? Vamos á ver, cualquiera en mi caso ¿no pensaría que íbamos á entrar en el terreno de la formalidad?... Pues nada, á los dos días voy por allá, intento hablarla aparte en calidad de novio y me da un bufido que me dejó helado... Y así estoy. Ni sé si me quiere ó si deja de quererme, ni tengo tranquilidad para dedicarme á mis quehaceres, ni hago otra cosa que pensar en esa maldita chiquilla.

—Yo creo — respondió Castro sin dejar de contemplar con atención el escaparate frente al cual estaban — que esa niña te ha cogido la acción.

Ramoncito le miró sorprendido y respetuoso á la vez.

—¿Cómo la acción? — se aventuró á preguntar.

—Sí; la acción. Lo importante, en cualquier combate, es coger la acción al contrario. Si en el momento en que él piensa atacarte atacas tú con decisión, es casi seguro que llegas Si vacilas, eres perdido.

Al pronunciar las últimas palabras, dejó de contemplar el escaparate y siguió su marcha majestuosa por la acera. Ramón hizo lo mismo. No había entendido bien la aplicación que podía tener este símil arrancado á la esgrima en su caso; pero se abstuvo de pedir explicaciones.

—¿De modo que tú opinas. .?

—Opino que estás demasiado enamorado de ese niña y que ella lo sabe.

—Pero vamos á ver, Pepe, ¿qué motivos puede tener para rechazarme? — comenzó á decir sulfurado Ramoncito y como hablándose á sí mismo. — ¿Qué es lo que espera esa chiquilla?... Su padre tiene dinero; pero serán

varios hermanos á repartirlo. Mariana es joven, y cuando menos se pensaba ha principiado otra vez á echar al mundo hijos. Además, ya sabes cómo es D. Julián. Antes que soltar un cuarto le harán rajas. Y francamente, esperar á que se muera no me parece negocio. Yo no soy un potentado, pero tengo fortuna regular, que es mía ya, sin esperar á que se muera nadie... Puedo proporcionarla las mismas comodidades que tiene en su casa y el mismo lujo... mayor lujo — añadió sacudiendo la cabeza con plausible resolución. — Luego, tengo por delante una carrera política. ¿Sabe ella si el día menos pensado no seré subsecretario ó director? Mi familia es mejor que la suya: mi abuelo no ha sido un tendero como el padre de D. Julián... Luego, no es una divinidad ni mucho menos, una de esas chicas que llamen la atención, ¿sabes tú?... ¿Por qué hace tantos remilgos cuando yo soy quien le hago favor? ¿Sabes quién tiene la culpa? Pues Cobo Ramírez y otros babiecas como él, que la han llenado la cabeza de viento... ¡Sin duda espera la tonta que venga un príncipe de sangre real á buscarla!...

Ramoncito negaba belleza á su adorada. Es signo de hallarse profunda y sinceramente enamorado el hombre; no ser hija de la vanidad su afición. El exceso de amor le arrastraba á injuriarla.

Castro meditó que tal vez la circunstancia de ser un poco desgalichado y tener el cutis lleno de pecas, influiría para que su amigo no lograse éxito lisonjero en esta como en otras empresas que había acometido; pero se abstuvo de manifestar tal sospecha. Prefirió asentar, cerrando los ojos y soplando el humo del cigarro, esta verdad de carácter general:

—Las chicas son muy estúpidas.

Ramoncito, de acuerdo con ella en principio, insistió,

no obstante, en determinarla por medio de aplicaciones más ó menos legítimas.

—¡Es una mentecata!... No sabe ella misma lo que quiere... ¿Crees que será posible llevarla al terreno de la formalidad algún día?

Esto del terreno de la formalidad era una frase á la cual profesaba marcada predilección el joven concejal. Siempre que hablaba de Esperancita brotaba de sus labios tres ó cuatro veces, como si necesariamente fuera asociada á sus amores.

Pepe Castro sintió un malestar indecible: guiñó su ojo izquierdo infinitas veces. En realidad, nunca le había gustado anticipar ideas sobre los acontecimientos futuros. Era más caballista que profeta. Pero en este caso le repugnaba doblemente porque nada halagüeño podía anuciar á su amigo y admirador. Sacóle del compromiso la aparición de una joven hermosa y elegantemente vestida que venía al encuentro de ellos por la acera del Principal.

—Aquí está la Amparo—dijo con la gravedad displicente y desdeñosa que Ramoncito admiraba.

La querida de Salabert se acercó á ellos sonriente, saludándolos con efusión, particularmente á Pepe Castro. Éste le apretó la mano sin perder de su gravedad ni separar la boquilla de los dientes, lo mismo que á un camarada á quien se acaba de ver en el café.

—Adónde vais, granujas?

—Pues á casa de Calderón á pasar un rato.

—Venid conmigo. Voy á comprar un joyero. Me ayudaréis á elegirlo... y me lo pagaréis.

Hablaba en tono alegre y afectuoso: no parecía la misma criatura desabrida y mal humorada que hemos visto en su hotelito del barrio de Monasterio. Sin duda, todo el mal humor lo reservaba para Salabert.

—¡Esto es bueno!—exclamó Castro dignándose sonreir levemente.—¿Nos pides joyas á nosotros cuando tienes en tu casa el bolsillo de Salabert? Mete la mano en él, tonta.

—Ya lo hago, hijo. Descuida.

—Pues bien podías proteger un poco al pobre Manolo, que anda á oscuras hace tiempo.

—¡Pobrecillo! ¿Pero de veras anda tan mal de guita? Yo creí que sólo era de la cabeza.

—Eso es; ríete después que lo has desplumado.

—Oye, niño: yo no lo he desplumado, por una razón muy sencilla: cuando vino á mi poder ya no tenía plumas—dijo la Amparo poniéndose seria.

—No es verdad eso. Manolo ha gastado contigo más de cuarenta mil duros.

—¡Eche usted duros! Así me lucía á mí el pelo cuando le puse á la puerta. Si tardo un poco más en hacerlo, voy á San Bernardino á la *grand Dumond.*

—Bien, pues no los ha gastado. ¿Á mí qué?—repuso el gallardo Pepe alzando los hombros.—¿Quieres venir á cenar hoy con nosotros á Fornos?

—¿Con quién?

—Con éste y conmigo. Invitaremos también á León y á Rafael para que lleven á Nati y Socorro. ¿Tienes inconveniente en que vaya Manolo?

—¡Al contrario, hijo, si á Manolo le quiero más de lo que te figuras!

—Pues harías bien en darle de vez en cuando alguna conferencia íntima: si no, me temo que haya que llevarlo pronto al manicomio.

—No creas que está siempre en mi mano. El otro tío es muy escamón. Después del Real ¿verdad? No me llevéis más gente. El ruido no me conviene ahora que estoy bien colocada ¿sabéis? Hasta luego. Oye, tú, feo—

dirigiéndose á Ramón,—¿por qué no hablas? Ya me han dicho que quieres casarte con la chiquilla de Calderón... Pues hijo, tú horroroso y ella más fea que azotar á un Cristo, vais á echar unos nenes que habrá que enseñarlos en una barraca. Adiós, Pepe: no te olvides de los boquerones. Ya sabes que no ceno sin ellos. Hasta luego.

Ramoncito se había puesto rojo de ira al oir tratar con tal desprecio á su adorada, sin tener presente que un momento antes habia hecho él lo mismo. Y hubiera arremetido á la Amparo con alguna insolencia gorda, si ésta no se hubiese alejado sin fijarse poco ni mucho en la desazón que causaba. Contentóse con murmurar fatídicamente rechinando un poco los dientes:

—¡Me parece que voy á ponerte yo la vergüenza que no tienes!

El encuentro con la querida de Salabert, en el momento en que se hallaba en lo más culminante de sus confidencias, le había turbado, y por eso no había despegado los labios. Apresuróse á anudar el hilo por donde aquélla lo había roto, preguntando á su amigo y maestro:

—Vamos á ver, Pepe: tú en mi caso ¿qué harías?

Castro caminó en silencio un rato mirando con fijeza á los balcones de las casas, sorprendido sin duda de que la gente no saliese á verle pasar. Luego, dando tres ó cuatro largos chupetones al cigarro y revistiendo un aire reflexivo y grave, respondió:

—Hombre (pausa); yo, en tu caso, principiaría por no estar enamorado. El amor es para los *fanciullos*, no para ti y para mí.

—¡Eso es inevitable, Pepe!—exclamó el concejal en un estado tan triste y miserable que daba pena verlo.

—Bien, pues si no puedes vencer esa *chifladura*, lo

mejor es no darla á conocer. ¿Por qué tratas de persuadir á Esperancita de que te mueres por ella? ¿Crees que eso sirve para algo? Procura convencerla de lo contrario y verás cuánto mejor es el resultado.

—¿Qué quieres que haga?—preguntó con angustia.

—Que no te manifiestes tan rendido, hombre. Que no seas tan melón. No vayas tanto á su casa. No la mires con ojos de carnero á medio degollar. Llévale la contraria cuando diga alguna tontería: insinúala que hay mujeres que te gustan mucho más. Date un poco de tono, y ya verás cómo el asunto toma mejor aspecto...

—¡No puedo, no puedo, Pepe!—exclamó Ramoncito pasándose la mano por la frente en el colmo de la congoja.—Al principio todavía era dueño de mí; podía hablarla con desembarazo y coquetear con otras... ¡Hoy me es imposible! Así que la tengo delante me aturdo, me atortolo, no digo más que necedades. Si la encuentro de mal humor sobre todo. Cada contestación suya me deja helado. No puedes figurarte qué tono tan displicente sabe sacar esa chiquilla cuando quiere. Si trato de hablar con otra, basta que Esperanza me ponga la cara risueña para que la deje inmediatamente. He llegado á pasar un mes sin dirigirla apenas la palabra; pero al fin no pude resistir más y volví á entregarme. Prefiero su conversación, aunque me maltrate, á la de todas las demás...

Ambos guardaron silencio como si caminasen bajo el peso de una grave desgracia. Pepe Castro meditaba.

—Estás perdido, Ramón—dijo al fin tirando la punta del cigarro y frotando la boquilla con el pañuelo antes de guardarla.—Estás completamente perdido. Todo eso que me cuentas no tiene sentido común. Si supieses conducirte no hubieras llegado á semejante estado. Á

las mujeres se las trata siempre con la punta de la bota: entonces marchan admirablemente...

Después de verter estas breves y profundas palabras, se paró delante de un escaparate.

—Hombre, mira qué collar tan bonito. Si le viniese bien al *Pert* se lo compraba.

Ramoncito miró el collar sin verlo, enteramente absorto en sus tristísimos pensamientos.

—Pues, sí, Ramoncillo—continuó el distinguido salvaje echándole un brazo sobre el hombro,—estás perdido... Sin embargo, yo me comprometía á lograr que Esperanza te quisiera con tal que hicieses lo que te he dicho... Ensaya mi método.

—Ensayaré lo que quieras. Deseo salir á todo trance de esta situación—repuso el concejal conmovido.

—Pues mira, por lo pronto no irás á casa de Calderón sino cada ocho ó diez días... Iremos juntos ó nos encontraremos allá. No debes quedar solo: en un momento de debilidad echarías á perder toda la obra. Hablarás poco con Esperanza y mucho con las chicas que allí estén. Procura ensalzar á las rubias, á las altas, á las blancas, en fin, á las mujeres que tienen el tipo opuesto al de ella y no dejes de entusiasmarte bastante. Llévale la contraria, pero sin apurarte mucho. Eres muy testarudo y no conviene disputar demasiado. Un tono suave y despreciativo surte mejor efecto. Lo más conveniente es que me mires de vez en cuando. Yo te haré alguna seña con disimulo: de este modo irás siempre pisando en firme...

Todavía, antes de llegar á la puerta de la casa de Calderón, tuvo tiempo Castro para ampliar con otros valiosos datos esta gallarda muestra de su talento didascálico. Sólo una inteligencia maravillosamente perspicua unida á larga y aprovechada experiencia, sólo

un espíritu refinado podía penetrar tan hondamente en el secreto conflicto que la resistencia de Esperanza á consagrar su corazón á Ramoncito, habia creado. Al mismo tiempo era el único que podía darle una solución satisfactoria. El joven concejal llegó al domicilio de su adorada en un estado de relativa tranquilidad. En cuanto á sus propósitos íntimos, sólo podemos decir que iba determinado á revestirse de un gran aspecto de dignidad y á oponer abierta resistencia á las tendencias invasoras de la niña de Calderón.

Para comenzar juzgó oportuno meter las manos en los bolsillos y plegar los labios con una sonrisilla irónica y protectora. De esta suerte entró en el gabinete donde estaba reunida la familia del opulento banquero, balanceando la cabeza como si no pudiese con ella á causa del número incalculable de pensamientos que guardaba dentro. De los modales elegantes á los modales groseros no hay más que un paso, como de lo sublime á lo ridículo. Así que, no nos atrevemos á asegurar que Ramoncito, en la primera etapa de su conversación con Esperancita, se mantuviese siempre del lado de acá de la elegancia. Hay algún fundamento para pensar que no fué así. Lo que, salvando nuestra conciencia de historiadores veraces podemos afirmar, es que Esperancita tardó bastante tiempo en advertirlo, y que después de advertido no causó en ella la honda impresión que debía esperarse.

En el gabinete costurero donde los introdujeron, estaban bordando D.ª Esperanza, Mariana y Esperancita. Ó hablando con exactitud, las que bordaban eran doña Esperanza y Esperancita: Mariana se mantenía sentada en una butaca, mirando al vacío, en perfecto estado de inmovilidad. Pepe Castro y Ramón eran amigos íntimos de la familia y se les recibía sin ceremonia y con agra-

do. Después de algunos efusivos apretones de manos, con la sola excepción del de Maldonado á Esperancita, que no llegó á realizarse porque aquél se distrajo intencionalmente para dar comienzo digno á la gran serie de desaires de todas clases con que pensaba atormentar á su adorada, acomodáronse en sendas sillas. Pepe al lado de Mariana; Ramón junto á D.ª Esperanza. Antes de hacerlo, el joven concejal tuvo ya un momento de debilidad. Viendo á Esperancita algo apartada de su madre y abuela, pensó que era propicia ocasión para mantener con ella conversación secreta, y vaciló en llevar allá su silla. Una mirada expresiva de Castro le hizo volver en su acuerdo.

—Buenos ojos le vean á usted, Pepe—dijo Esperancita clavando los suyos, risueños y nada feos, en el famoso salvaje.

—Preciosos son los que le están viendo ahora—se apresuró á decir Ramoncito.

Castro, antes de responder, le volvió á mirar severamente. El concejal, aturdido, dijo para amenguar un poco su torpeza:

—Porque ésta es la familia de los ojos bonitos.

—Gracias, Ramón. Ya empieza usted á ser falso como todos los políticos—manifestó Mariana.

—¡Siempre justiciero, Mariana!—exclamó aquél, rojo de placer, oyéndose llamar hombre público.

—¿Cuántos días hace que no he estado aquí?—preguntó Castro á la niña.

—Lo menos quince... Verá usted: ha estado la última vez, un lunes... Estaba aquí Pacita... Hoy es sábado... Trece días justos.

Nunca había tenido tan presentes los días en que Maldonado visitaba la casa. Castro acogió esta prueba de interés con indiferencia.

—Pensé que no hacía tantos días... ¡Cómo se pasa el tiempo! —añadió profundamente.

—¡Claro! Á usted se le pasa volando, lejos de nosotros.

El joven sonrió bondadosamente y pidió permiso para encender un cigarro. Después dijo:

—No; aún se me pasa más de prisa al lado de ustedes.

—¿Más que en casa de tía Clementina?—preguntó la niña en un tono inocente que hacía dudar de su intención.

Castro se puso serio y la miró fijamente. Sus relaciones con la hija de Salabert se habían mantenido hasta entonces bastante secretas. El que se descubriesen en casa de la hermana del marido, le inquietó. Esperancita se puso como una cereza bajo la penetrante mirada del joven.

—Lo mismo—concluyó por decir con frialdad.—Todos son buenos amigos.

—¿Va usted hoy á casa de mi cuñada?—dijo Mariana sin advertir lo que pasaba.

—Iremos Ramón y yo: ¿no es sábado hoy? ¿Y ustedes?

—Yo no tengo gana de recepción. Hace unos días que me encuentro un poco molesta de la garganta.

—No digas que estás enferma, mamá. Dí que te gusta más meterte en la cama temprano —manifestó Esperancita con mal humor.

La madre la miró con sus ojos grandes, apagados.

—Tengo la garganta irritada, niña.

—¡Qué casualidad!—exclamó ésta en tonillo irónico. —No te he oído eso hasta ahora.

—Si es que tú tienes ganas de ir—repuso Mariana, acabando de adivinarlo,—que te lleve tu papá.

—Bien sabes que papá, no saliendo tú, no quiere salir.

El tono de Esperancita revelaba despecho. Por los ojos de Ramoncito pasó un relámpago de alegría legítima y dirigió una mirada de triunfo á su amigo Pepe. La niña mostraba deseos de ir desde que supo que él asistiría también.

La conversación comenzó á rodar sobre lugares comunes, deteniéndose con predilección en el más común de todos en la corte, ó sea sobre los artistas del teatro Real. Se habló de la belleza de la Tosti. Ramoncito, enternecido por el triunfo que acababa de obtener, quiso negársela; maldijo de las mujeres altas, y sobre todo de las rubias. Á él no le gustaban más que los tipos morenitos, carirredondos, de mediana estatura y de ojos negros (en fin, el de Esperancita; no le faltaba más que nombrarla). Su amigo Pepe, alarmado por este desahogo que daba al traste con todos los planes de asedio en que habían convenido, le hizo una porción de guiños disimulados hasta que consiguió traerlo al buen camino. Pero lo hizo tan mal, esto es, comenzó á contradecirse de un modo tan lamentable, que las señoras se lo hicieron notar en seguida. Se aturdió y se hizo un lío, del cual no hubiera podido salir sin un capote que muy á tiempo le echó su amigo y maestro. Para reparar un poco la torpeza se puso á contarles lo que había pasado el día anterior en el Ayuntamiento, con tales pormenores, que Mariana no tardó en bostezar como una bendita que era, y D.ª Esperanza se enfrascó en su bordado y dió señales de estar pensando en cosas muy distintas. Esperancita terminó por hacer una seña á Castro para que se acercase. Éste obedeció trasladándose á una sillita cerca de la de ella.

—Oiga, Pepe — le dijo la niña en voz baja y temblo-

rosa. — Hace poco le he visto á usted ponerse serio conmigo. No sé si habré dicho algo que le pudiera molestar. Si fué así, perdóneme.

—No sé á qué alude usted. Á mí no puede molestarme nada de lo que me diga una niña tan linda y tan simpática como usted — manifestó el joven con su bella sonrisa de sultán.

—Me alegro de que haya sido únicamente aprensión... Muchas gracias por las flores, si es que usted las siente, que lo dudo... Á mí me dolería en el alma causarle á usted un disgusto...

Al decir estas últimas palabras, la niña se ruborizó hasta las orejas.

—Pues tengo noticia de que es usted aficionada á darlos.

—¡Oh, no!

—Eso dice mi amigo Ramón.

El rostro de Esperancita se oscureció al oir este nombre. Una arruguita severa cruzó su frente virginal.

—No sé por qué lo dice.

—¿No le remuerde á usted nada la conciencia?

—Ni pizca

—¡Oh, qué corazón tan empedernido!

—¿Por qué? Si le he proporcionado alguna pena será que él se la habrá buscado.

—Eso mismo le he dicho yo... Pero, en fin, creo que el enfermo ya está en vías de curación y que no se pondrá más al alcance de sus dardos... Le veo bastante más alegre y despreocupado de algunos días á esta parte.

Castro trabajaba sinceramente y de buena fe por su amigo.

—Mucho me alegraría de que así sucediese — respondió la niña con perfecta naturalidad.

Castro hizo una defensa apasionada de su amigo, lo recomendó con toda eficacia á la benevolencia de Esperanza. Mas al verter en el oído de ésta algunas exageradas frases de elogio, el tono displicente con que las pronunciaba y la sonrisa burlona que no se le caía de los labios, las desvirtuaban bastante. Aunque así no fuese, la hija de Calderón las hubiera acogido con la misma hostilidad.

—¡Vamos, Pepe, usted tiene ganas de guasearse!

—¡Que sí, Esperancita, que sí! Ramón tiene un gran porvenir y no sería difícil que con el tiempo le veamos ministro.

El concejal, mientras tanto, explicaba con la fluidez que le caracterizaba, á Mariana y D.ª Esperanza, de qué modo había descubierto un fraude de consideración en los derechos de consumos. Trescientos cincuenta jamones se habían introducido, hacía pocos días, de matute con la anuencia de algunos empleados del municipio. Ramoncito pensaba llevar á estos empleados á la barra en brevísimo plazo. Mariana le suplicaba que no fuese excesivamente severo con ellos; serían tal vez padres de familia. Mas no lograba ablandarle. Indudablemente, sus principios de justicia municipal eran más inflexibles que sus músculos cervicales, á juzgar por el número incalculable de veces que volvía la cabeza hacia el sitio en que Esperancita y Pepe departían. No estaba celoso. Tenía confianza plena en la lealtad de su amigo. Pero le gustaba que su adorada le escuchase cuando pronunciaba las frases: «*á la barra*», «*yo pienso dictaminar en mal sentido*», «*la ley municipal exige que los aforos*», *etc.*, á fin de que el ángel de sus amores se fuera penetrando de los altos destinos á que la suerte la tenía reservada uniéndose á un hombre tan enérgico y tan administrativo. Todos aquellos discursos pronun-

ciados en alta voz, no eran más que una continua y tierna invitación para que de una vez entrase «en el terreno de la formalidad».

Oyéronse en esto pasos en la habitación contigua, y una tos que los presentes conocían admirablemente. D.ª Esperanza, al escucharla, entregó con precipitación, mejor dicho, arrojó la labor que tenía entre manos en el regazo de su hija. Cuando Calderón entró, Mariana bordaba con afectada aplicación mientras su madre se mantenía mano sobre mano, como si hiciese largo rato que se hallase en tal postura. Ramoncito y Castro apenas se fijaron en esta maniobra. La razón de ella era que Calderón no perdonaba á su esposa la apatía, la pereza, juzgando estos vicios como verdaderas calamidades, considerándose muchas veces desgraciado por haberse unido á una mujer tan holgazana. No que el trabajo de ella importase poco ni mucho en su casa: pero su temperamento de trabajador infatigable se revelaba en presencia de otro tan diametralmente contrario. La flojedad, el abandono de Mariana crispaban sus nervios, daban lugar á agrias contestaciones y á reyertas frecuentes. Ella se defendía suavemente. Alegaba que sus padres no la habían criado para jornalera, porque tenían medios suficientes para hacerla vivir como señora. Con esto D. Julián se enfurecía aún más; gritaba que todo el mundo tiene el deber de trabajar, por lo menos de hacer algo. La completa ociosidad es incomprensible. La mujer está obligada á cuidar de que no se desperdicie la hacienda de la casa, ya que no contribuya á acrecentarla, etc., etc. En fin, que la causa de los disgustos domésticos era esta irremediable holgazanería de la señora. D.ª Esperanza era muy diversa de su hija. Temperamento activo, vigilante, tan avara ó más que su yerno, no podia jamás estar un cuarto de hora sin

tener algo entre manos. En los negocios interiores de la casa no tenía intervención muy señalada. Calderón se complacía en ordenarlo y manejarlo por sí mismo todo. Y esto significa una contradicción que debemos hacer resaltar para que se comprenda bien su carácter. Quejábase amargamente porque su mujer no servía para llevar el gobierno de la casa, porque él se veía obligado á hacerse cargo de él; y no obstante, sabiendo que su suegra servía muy bien para el caso, no quería entregárselo. Esto hace sospechar que, aunque Mariana fuese un prodigio de actividad y de orden, no consentiría tampoco en abandonar la dirección de los asuntos interiores como de los exteriores. Su carácter receloso y sórdido le hacía preferir siempre el trabajo al descanso. Quisiera tener cien ojos para ponerlos todos sobre los objetos de su pertenencia.

Doña Esperanza también deploraba el carácter de su hija; marchaba muy de acuerdo con la ruindad de su yerno, ayudándole no poco en la vigilancia de la casa. Mas, aunque la reprendiese á menudo por su apatía, como al fin había salido de sus entrañas, le dolía que Calderón lo hiciese, sentía vivamente las reyertas matrimoniales. Por eso, siempre que podía las evitaba aunque fuese á costa de un sacrificio, tapando las faltas de Mariana, haciéndose ella misma voluntariamente culpable de ellas. Tal era la razón de haberle entregado con tanta premura el cojín que estaba bordando.

D. Julián entró con un libro en la mano, que no era el *Diario*, ni el *Mayor*, ni el *Copiador de cartas*, sino lisamente el folletín de *La Correspondencia*, que acostumbraba á recortar con gran esmero y luego cosía. Aunque parezca raro, D. Julián era aficionado á las novelas; pero no leía más que las de *La Correspondencia*, ó las piadosas que regalaban á su hija en el cole-

gio. Por impulso propio no había entrado jamás en una librería á comprar alguna. No sólo era aficionado á leerlas, sino lo que aun es más raro, se enternecia notablemente con ellas. Porque guardaba en su pecho un gran fondo de sensibilidad. Era una flaqueza de su organismo, lo mismo que el asma y el reuma. Las desgracias del prójimo, la miseria, le compadecían extremadamente. Si pudiesen remediarse de cualquier otro modo que no fuese con dinero, es seguro que las haría desaparecer en seguida. Los rasgos de generosidad le hacían llorar de entusiasmo; pero se juzgaba, y con razón, impotente para llevarlos á cabo. Así y todo hacía esfuerzos supremos por violentar su naturaleza. En realidad, no era de los ricos menos limosneros que hubiese en Madrid. Tenía una cantidad fija destinada á los pobres y les llevaba la cuenta en sus libros como si fuesen acreedores. Una vez agotada la cantidad mensual, creemos que si viese morirse de hambre en la calle á un desgraciado, no le socorrería con una peseta, no por falta de sensibilidad, sino por las profundas raices que tenían en su corazón los números. La idea de desprenderse de algo suyo por otro medio de enajenación que no fuese la compra-venta, era para él casi incomprensible. Sus limosnas tenían por esto un mérito muy superior á las de otras personas.

Cuando entró en el costurero manifestaba en el rostro señales de hallarse conmovido. Después de haber saludado á los forasteros, profirió sentándose en una butaca:

—Acabo de leer en esta novela un capítulo precioso... ¡precioso!... No pude resistir á la tentación de venírselo á leer á éstas...

Se detuvo porque no se atrevía á proponérselo á Castro y Ramoncito, aunque lo deseaba. Era muy ami-

go de leer en alta voz, por lo mismo que lo hacía medianamente. Mariana se complacía mucho en oir leer. De modo que, por este lado, marchaba bien el matrimonio.

—Léelo, hombre... Creo que á Pepe y Ramón no les molestará—dijo aquélla.

Castro hizo un leve signo de aquiescencia, Ramoncito se apresuró á manifestar con ademanes extremosos que tendrían un gran placer... que él era muy aficionado á los bellos capítulos, etc. ¡Pocas gracias! Viniendo del padre de su amada, sería capaz de escuchar con atención la lectura de la tabla de logaritmos.

D. Julián se caló las gafas y se puso á leer, con una voz blanca de gola que tenía reservada para estas ocasiones, cierto capítulo en que se describían los sufrimientos de un niño perdido en las calles de París. Al instante comenzaron á arrasársele los ojos y á alterársele la voz. Concluyó por anudársele de tal suerte, que apenas se le entendía. Ramoncito se vió necesitado á tomarle el legajo y á continuar la lectura hasta el fin. Castro, en presencia de aquellas ridiculeces, ocultaba su sonrisa de hombre superior detrás de grandes bocanadas de humo.

Terminado el capítulo y comentado en los términos más lisonjeros por todos los presentes, Mariana volvió los ojos hacia su labor. Observó que iba hacer falta un pedazo de seda para el forro, pues estaba á punto de terminarse. D.ª Esperanza, con quien comunicó este pensamiento, fué de la misma opinión.

—Ramoncito—dijo la primera—hágame el favor de oprimir ese botón.

El concejal se apresuró á cumplir el mandato. Al cabo de un instante se presentó la doncella de la señora.

—Tiene usted que salir á comprar una vara de seda—le dijo ésta.

La doméstica, después de enterarse de las particularidades del encargo, se dispuso á salir para darle cumplimiento. D. Julián, que había escuchado atentamente, la detuvo con un gesto.

—Aguárdese un momento... Voy á ver si por casualidad tengo yo lo que les hace falta.

Y salió con paso vivo de la estancia. No tardó tres minutos en regresar con un paraguas viejo entre las manos.

—Á ver si os puede servir la seda de este paraguas—dijo.—Me parece que es del mismo color...

Castro y Maldonado cambiaron una mirada significativa.

Mariana lo tomó ruborizándose.

—En efecto, es del mismo color... pero está todo picado... No sirve.

Esperancita fingía estar absorta en su labor; pero tenía el rostro como una amapola. Tan sólo D.ª Esperanza tomó en serio el asunto y lo discutió. Al fin fué desechado, con disgusto del banquero, que quedó murmurando algunas frases poco halagüeñas acerca del orden y economía de las mujeres.

Ramoncito ya no podía sufrir más aquella pena de Tántalo á que la experiencia de su amigo le condenaba. No cesaba de mirar hacia el sitio donde éste y Esperancita departían. Principió por levantarse de la silla con pretexto de estirar un poco las piernas y dió unos cuantos paseos. Poco á poco fué acercándose á ellos: concluyó por detenerse delante.

—Qué tal, Esperanza... ¿Hace mucho que no ha visto á su amiga Pacita?

¡Qué pretexto tan burdo para detenerse! Él mismo lo

comprendió así y se ruborizó al pronunciar estas palabras. Castro le dirigió una mirada fulminante; pero, ó no la vió, ó se hizo como que no la veía. Esperancita frunció el entrecejo y contestó secamente que no se acordaba con precisión.

Esto bastaría para que cualquiera se diese por advertido. Ramoncito no se dió. Antes quiso prolongar la conversación con frases absurdas ó insustanciales. Hasta tuvo conatos de agarrar una silla y sentarse al lado de ellos: pero Castro se lo impidió dándole, al descuido, un feroz y expresivo pisotón en los callos que le hizo volver en su acuerdo. Continuó, pues, su paseo melancólico y no tardó en sentarse de nuevo junto á sus futuras suegra y abuela. Al poco rato estaba empeñado en una discusión animada con Calderón sobre si el adoquinado de las calles debía de hacerse por contrata ó por administración. De buena gana hubiera cedido. Su interés estaba en hacerlo, porque al fin se trataba del hombre en cuya mano estaba su felicidad ó su desgracia; pero aquel pícaro temperamento terco y disputón con que la naturaleza le dotara, le arrastraba á proseguir, aunque veía á su suegro encendido y á punto de enfadarse.

Afortunadamente para él, antes que llegase este punto, se presentó en la estancia un criado.

—¿Qué hay, Remigio?—le preguntó el banquero.

—Acaba de llegar un amigo del Pardo, el cochero de los señores de Mudela, y me ha dicho que el señorito Leandro se encontraba un poco enfermo...

—¡Claro! ¡Qué le había de pasar á ese chiquillo!... No está acostumbrado á tales juergas. Toda la vida en el colegio ó pegado á las faldas de su madre. De pronto le sacan á esta vida agitada... ¿Y qué es lo que tiene?

Leandro era un sobrino carnal de D. Julián, hijo de

una hermana que residía en la Mancha. Había venido á pasar una temporada á Madrid y la pasaba alegremente reunido á otros muchachos de la misma edad. Para cierta excursión de campo había pedido á su tío el carruaje. Éste, por no ofender á su hermana á quien por razón de intereses estaba obligado á guardar consideraciones, se lo había otorgado, aunque con gran dolor de su corazón.

—Me parece que le ha hecho daño el sol y la comida...

—Bueno, una indigestión. . Eso pasará pronto.

—Yo creo que debías ir allá, Julián,—manifestó Mariana.

—Si hubiese necesidad, claro que iría. Pero por ahora no la veo... Di tú, Remigio, ¿no puede trasladarse aquí? ¿Se ha quedado en la cama?

—Ahí está el caso, señor,—dijo el criado dando vueltas á la gorra y bajando los ojos como si temiese dar una noticia muy grave.—La cuestión es que una de las yeguas, la *Primitiva*, está enfosada.

Calderón se puso pálido.

—¿Pero no puede venir?

—No, señor, está bastante malita, según dice el cochero de Mudela... ¡Claro! como esos chicos no entienden, la han hartado de agua...

D. Julián se levantó presa de violenta agitación, y sin decir palabra salió de la estancia seguido de Remigio.

Castro y Ramoncito cambiaron otra vez una mirada y una sonrisa. Esperancita las sorprendió y se puso colorada.

—¡Qué á pecho toma papá estas cosas!

—¡Podría no tomarlo, niña! — exclamó D.ª Esperanza con voz irritada.—Un tronco que ha costado

quince mil pesetas... ¡Pues digo yo si es una gracia de Leandrito!

Y siguió buen rato desahogando su furia, casi tan grande como la de su yerno. Castro y Ramoncito se levantaron, al fin, para irse. Mariana, que había tomado con mucha filosofía la desgracia, les invitó á comer.

—Quédense ustedes... Ya ha pasado la hora de paseo.

—No puedo—dijo Castro.—Hoy como en casa de su hermano.

—¡Ah! verdad que es sábado, no me acordaba. Nosotras iremos (si no estoy peor) á las diez, á la hora del tresillo.

—¿Come usted todos los sábados en casa de tía Clementina?—preguntóle por lo bajo Esperancita con inflexión extraña.

El lechuguino la miró un instante.

—Casi todos como en casa de su tío Tomás.

—Tía Clementina es muy guapa y muy amable.

—Esa fama goza—repuso Castro un poco inquieto ya.

—Tiene muchos admiradores. ¿No es usted uno de los entusiastas?

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—Nadie; lo supongo.

—Hace usted bien en suponerlo. Su tía es, á mi juicio, una de las señoras más hermosas y distinguidas de Madrid... Vaya, hasta otro rato, Esperancita.

Y le alargó la mano con un aire displicente que hirió á la niña. El despecho de ésta se manifestó llamando á Ramoncito, que se mantenía un poco alejado.

—Y usted, Ramón, ¿por qué no se queda? ¿Come usted también en casa de tía Clementina?

—No: yo no...

—Pues quédese usted, hombre. Ya procuraremos que no se aburra.

—¡Yo aburrirme al lado de usted!—exclamó el concejal, casi desfallecido de placer.

—Nada, nada: definitivamente se queda ¿verdad? Que se vaya Pepe, ya que tiene otros compromisos.

Ramoncito iba á decir que si con todas las veras de su alma; mas por encima de la cabeza de la niña, Castro principió á hacerle signos negativos, con tanta furia, que el pobre dijo con voz apagada:

—No... yo tampoco puedo...

– ¿Por qué, Ramón?

—...Porque... tengo que hacer.

—Pues lo siento.

El concejal estaba tan conmovido que apenas pudo murmurar algunas palabras de gracias. Salió de la estancia casi á rastras. Una vez en la calle, Pepe le felicitó calurosamente y le anunció que aquella firmeza daría buenos resultados. Pero él acogió las enhorabuenas con marcada frialdad. Se obstinó en guardar silencio hasta su casa, donde su amigo y maestro le dejó al fin llena la cabeza de lúgubres presentimientos y más triste que la noche.

VII

Comida y tresillo en casa de Osorio.

L día siguiente de haber subido á casa de Raimundo, Clementina estaba más avergonzada y pesarosa de haberlo hecho que en el momento de bajar la escalera. Los seres orgullosos sienten remordimientos por una acción que en su concepto los ha humillado, como los justos cuando han faltado á la humildad. En su interior confesaba que había dado un paso en falso. La serenidad y la cortesía de aquel muchacho, á la vez que lo elevaban á sus ojos, irritaban su amor propio. ¡Qué comentarios no habrían hecho él y su hermana después de aquella ridícula y extemporánea visita! Al pensar en ello se le subían los colores á la cara Por no ver ni ser vista de Alcázar desde su mirador, dejó de salir á pie. El joven cumplía su promesa: no halló rastro de él por ninguna parte.

Mas sin saber por qué causa, la imagen de éste flotaba siempre delante de sus ojos; con frecuencia acudía á su mente. ¿Era por aversión? ¿por resentimiento? Cle-

mentina no podía de buena fe afirmarlo. Su ex perseguidor no tenía nada en la figura ni en el trato que lo hiciese aborrecible. ¿Sería, por el contrario, que le hubiese impresionado demasiado favorablemente su presencia? Tampoco. Veía diariamente en sociedad muchos jóvenes más gallardos y de más agradable conversación. Así que, la sorprendía tanto como la irritaba encontrarse pensando en él. Nunca dejaba de protestar interiormente contra esta involuntaria inclinación, y de enfadarse consigo misma. Transcurridos algunos días después de la escena relatada decidióse á salir una tarde á pie. El no hacerlo le iba pareciendo cobardía, conceder demasiado honor á aquel chiquillo. Cuando pasó cerca de su casa levantó los ojos y lo vió como siempre al mirador con un libro en la mano. Bajólos instantáneamente y cruzó de largo seria y erguida. Mas á los pocos pasos sintió vago malestar como si no quedase satisfecha de sí misma. La verdad es que el no saludar ó no haber siquiera esperado el saludo del joven, no había estado bien hecho después de sus francas explicaciones y de la amabilidad que con ella había usado mostrándole la rica colección de sus mariposas y ofreciéndosele tan finamente.

Al día siguiente salió también á pie y reparó la injusticia del anterior clavando con fijeza su vista en el alto mirador. Raimundo le envió un saludo tan respetuoso y una sonrisa tan inocente, que la hermosa dama se sintió halagada. No pudo ocultarse que aquel joven tenía singular dulzura en los ojos, que le hacía muy simpático, y que su conversación, si no repleta de donaires, revelaba firmeza de entendimiento y un espíritu culto. Estas observaciones debió de hacerlas á su debido tiempo; pero no las hizo por causas que ignoramos. Desde este día comenzó á salir como antes. Al

cruzar por delante de la casa de Raimundo nunca dejaba de enviar su cabezadita amistosa al mirador, desde donde le contestaban con verdadera efusión. Y según iban transcurriendo los días, el saludo era cada vez más expresivo. Sin hablarse una palabra parece que se establecía la confianza entre ellos.

Clementina no trató de analizar el sentimiento que le inspiraba el joven Alcázar. Era poco aficionada á mirarse por dentro. Creía vagamente que hacía una obra de caridad mostrándose cortés con él. «¡Pobre muchacho!—se decía.—¡Cómo adoraba á su madre! Y ella ¡qué feliz debió de haber sido con un hijo tan bueno y cariñoso!» Una tarde, cuando ya llevaba más de un mes de estos saludos, le preguntó Pepe Castro:

—Oyes: ¿ha dejado de seguirte ya aquel chiquillo rubio de marras?

Clementina sintió un estremecimiento raro: se puso levemente colorada sin saber ella misma por qué.

—Sí... hace ya lo menos un mes que no le he visto.

¿Por qué mentía? Castro estaba tan lejos de pensar que entre aquel perseguidor desconocido y su querida mediase ninguna relación, que no advirtió el rubor. Pasó en seguida á otra cosa con indiferencia. Mas, para nuestra dama, aquel singular sacudimiento y aquel calorcillo en las mejillas fué una especie de revelación vaga de lo que en su espíritu acaecía. El primer dato concreto de esta revelación fué que al salir de casa de su amante, en vez de ir pensando en él, reflexionó que Alcázar cumplía demasiado fielmente su palabra de no seguirla. El segundo fué que al detenerse en un escaparate de joyería y ver un imperdible de brillantes en figura de mariposa, se dijo que algunas de las que había visto en casa de su amiguito rubio eran mucho más hermosas y brillantes. El tercero lo

adquirió al entrar en casa de Fe á comprar unas novelas francesas. Ocurriósele al ver tanto libro, que su amante Pepe Castro no había leído ninguno de ellos, ni lo leería probablemente. Antes, le hacía gracia esta ignorancia: ahora la encontraba ridícula.

Transcurrían los días. La señora de Osorio, hastiada de la vida elegante, habiendo agotado todas las emociones que ofrece á una dama ilustre por su hermosura y su riqueza, se iba placiendo extremadamente en aquel saludo inocente que casi todos los días cambiaba con el joven del mirador. Una tarde, habiéndose bajado del coche en el Retiro para dar algunas vueltas á pie, tropezó con Alcázar y su hermana en una de las calles de árboles. Dirigióles un saludo muy expresivo. Raimundo respondió con el mismo afectuoso respeto de siempre; pero Clementina observó que la niña lo hizo con marcada frialdad. Esto la preocupó y la puso de mal humor para todo el día, por más que nunca quiso confesarse que la causa de su malestar y melancolía era ésta. Poco á poco, debido á su temperamento irritable y caprichoso, aquella aventura amorosa que había muerto al nacer, iba ocupando su espíritu haciendo brotar en él un deseo. Los deseos en esta dama eran siempre apetitos violentos, sobre todo si hallaban algún obstáculo: como tales, pasajeros también.

Cierta mañana, después de haber saludado á Raimundo cerrando y abriendo la mano repetidas veces con la gracia peculiar de las damas españolas, y después de haber andado poco trecho, por un movimiento casi involuntario volvió la cabeza y levantó de nuevo los ojos al mirador. Raimundo la estaba mirando con unos gemelos de teatro. Se puso fuertemente colorada: apretó el paso embargada por la vergüenza. ¿Por qué habría hecho aquella tontería? ¿Qué iba á pensar el joven na-

turalista? Cuando menos, se figuraría que estaba enamorada de él. Pues á pesar de que estas ideas bullían alborotadas en su cabeza mientras caminaba de prisa para doblar la esquina y ocultarse á las miradas de aquél, no estaba tan irritada contra sí misma como otras veces. Sentía vergüenza, es verdad; pero luego que pudo caminar despacio, una emoción dulce invadió su espíritu, sintió un cosquilleo grato allá en el corazón como hacía ya muchísimo tiempo que no sentía. «¡Si volveré á mis tiempos de *fanciulla!*» se dijo sonriendo. Y comenzó á recrearse con su propia emoción considerándose feliz con aquel retorno á las inocentes turbaciones de la primera edad. Tan embebida marchaba en su pensamiento, que al llegar á la Cibeles, en vez de tomar la calle de Alcalá para ir á casa de Castro con quien estaba citada para aquella hora dió la vuelta como si estuviera paseando por aquel sitio. Cuando lo advirtió se detuvo vacilante. Al fin se confesó que no tenía grandes deseos de acudir á la cita. «Voy á ver á mamá—se dijo.—La pobre hace ya días que no pasa un rato conmigo.» Y emprendió la marcha hacia el paseo de Luchana. Se puso de un humor excelente. Un piano mecánico tocaba el brindis de *Lucrecia* por allí cerca y se paró á escucharlo, ¡ella que se aburría en el Real oyéndolo á las más famosas contraltos! Pero la música es una voz del cielo y sólo se comprende bien cuando el cielo ha penetrado ya un poco en nuestro corazón.

Por la acera de Recoletos bajaba Pinedo, aquel memorable personaje que vivía con un pie en el mundo aristocrático y otro en la clase media-covachuelista á la que en realidad pertenecía. Traía á su lado á una linda joven que debía de ser su hija, aunque Clementina no la conocía. Pinedo la tenía alejada de la socie-

dad que frecuentaba, la ocultaba cuidadosamente lo mismo que Triboulet. La esposa de Osorio siempre había tratado á este personaje con un poco de altanería, lo cual no era raro en ella como ya sabemos. Mas ahora el estado placentero de su espíritu la tornó expansiva y llana por algunos instantes. Como Pinedo cruzase grave dirigiéndole un sombrerazo ceremonioso según su costumbre, la dama se detuvo y le abordó con la sonrisa en los labios.

—Amigo mío, usted es hombre práctico; también aprovecha estas horas de la mañana para respirar el aire puro y tomar un baño de sol.

Contra su costumbre y naturaleza, Pinedo quedó un poco turbado, tal vez porque no le hiciera gracia presentar su hija á esta vistosa señora. Repúsose instantáneamente, sin embargo, y respondió inclinándose con galantería:

—Y á ver si Dios me concede unos tropezones tan desagradables como el que ahora he tenido.

Clementina sonrió con benevolencia.

—No debe usted echar flores aunque sea de este modo indirecto trayendo á su lado una joven tan linda. ¿Es su hija?

—Sí, señora .. La señora de Osorio—añadió volviéndose á la niña.

Ésta se puso roja de placer al oirse llamar linda por aquella dama á quien tanto conocía de vista y de nombre. Era una muchacha alta y esbelta, de rostro moreno, con facciones menudas y bien trazadas y unos ojillos dulces y alegres.

—Pues había oido decir que tenía usted una niña muy bonita; pero veo que la fama se ha quedado corta.

La chica enrojeció aún más y apenas pudo murmurar las gracias.

—Vamos, Clementina, no siga usted que se lo va á creer... Esta señora, Pilar—añadió volviéndose á ella, —se complace en decir mentiras agradables como otros en decir verdades amargas.

—Ya lo veo que es muy amable—repuso la niña.

—No haga usted caso. Que es usted hermosa, está á la vista.

—¡Oh, señora!...

—Y diga usted, padre tirano, ¿por qué no la divierte usted un poco más? ¿Está bien hecho que á usted se le vea en todos los teatros, bailes y reuniones y tenga encerrada á esta niña preciosa? ¿Ó es que se le figura que tenemos más gusto en verle á usted que á ella?

El pobre Pinedo sintió un estremecimiento de dolor que trató de ocultar. Clementina había tocado con frivolidad en la parte más sensible de su corazón. Su sueldo ya sabemos que no le consentía más que vivir modestamente. Si entraba en una sociedad que no le correspondía era precisamente para conservar el empleo, que era su único sostén y el de su hija. Ésta nada sabía aún de aquel plan de vida. Pinedo esperaba casarla con un hombre modesto y trabajador y que no conociese jamás aquel mundo en que no podía vivir y que él despreciaba en el fondo del alma, aunque tal vez, por la fuerza de la costumbre, no pudiese ya vivir á gusto en otro.

—Es muy joven aún .. Tiene tiempo de divertirse—repuso con sonrisa forzada.

—¡Bah, bah! diga usted que es usted un grandísimo egoista... ¿Y cuánto tiempo hace que no ha estado usted en casa de Valpardo?—añadió la dama pasando á otra conversación.

—Pues el lunes. La condesa me ha preguntado con mucho interés por usted y se lamenta de que la haya abandonado.

—¡Pobre Anita: es verdad!

Sobre los dueños de la casa y sobre sus tertulios, Pinedo y Clementina comenzaron una conversación animada, inagotable. Pilar escuchó con atención a principio; pero como no conocía á la mayor parte de aquellos personajes concluyó por distraerse paseando su vista por las inmediaciones, fijándola en los pocos transeuntes que á aquella hora acertaban á pasar por allí.

—Papá—dijo aprovechando un momento de pausa. —Ahí viene aquel joven amigo tuyo, que mantiene á su madre y á sus hermanas.

Clementina y Pinedo volvieron al mismo tiempo la cabeza y vieron llegar á Rafael Alcántara, el célebre calavera que hemos conocido en el *Club de los Salvajes*.

— ¡Que mantiene á su madre y á sus hermanas!— exclamó la dama con asombro.

—Sí, un joven muy bueno, amigo de papá, que se llama Rafael Alcántara.

Al volver la vista, cada vez más sorprendida, á Pinedo, éste le hizo una seña bastante expresiva. No sabiendo lo que aquello significaba, pero calculando que su amigo tenía interés en que no se calificase á Alcántara como merecía, Clementina se calló. El joven salvaje, al cruzar, les hizo un saludo entre familiar y respetuoso.

Pinedo alargó al instante la mano para despedirse.

—Ya sabe usted que hoy es sábado—dijo la dama.— Vaya usted á comer.

—Con mucho gusto. Recuerdos á Osorio.

—Y lleve usted á esta joven tan monísima.

—Ya veremos; ya veremos—replicó el covachuelista otra vez desconcertado.—Si hoy no pudiera, otro día será.

—Hoy ha de ser, padre tirano... Hasta luego, ¿verdad, preciosa?

Y le cogió el rostro á la niña y le dió un beso en cada mejilla, diciéndole al mismo tiempo:

—He tenido una gran suerte en conocerla. Hacen falta en mi salón niñas lindas y simpáticas.

Y cada vez más alegre, sin saber por qué, se despidió y siguió adelante diciéndose: «¿Qué diablo de interés tendrá Pinedo en convertir en santo á ese perdido de Alcántara?» El pie ligero, las mejillas rojas, los ojos brillantes como en los días de su adolescencia, llegó á la verja del gran jardín que rodeaba el palacio de su padre. El portero se apresuró á abrirla y á sonar la campana. Entró en la mansión ducal y, contra su costumbre, dirigió una leve sonrisa á dos criados de librea, que la esperaban en lo alto de la escalinata. Pasó en silencio por delante de ellos y fué derecha á las habitaciones de su madastra como quien ha recorrido aquel camino muchos años.

La duquesa estaba, en aquel momento, de conferencia con el médico director de un asilo de ancianas pobres, que ella había fundado hacía poco tiempo en unión de otras señoras. Al levantarse la cortina y ver á su hijastra, sonrió con dulzura.

—¿Eres tú, Clementina? Pasa, hija mía, pasa.

Ésta sintió encogérsele el corazón al ver el rostro pálido y marchito de su madre. Abalanzóse á ella y la besó con efusión.

—¿Te sientes bien, mamá? ¿Cómo has pasado la noche?

—Perfectamente... Tengo mala cara ¿verdad?

—¡No!—se apresuró á decir la dama.

—Sí, sí. Ya lo he visto al espejo. Me siento bien... Solamente la debilidad me atormenta... Y como he per-

dido enteramente el apetito, no puedo vencerla... Vamos á ver, Iradier—dijo encarándose de nuevo con el médico que estaba de pie frente á ella,—de manera que usted se encargará de vigilar á las criadas y enfermeras para que nunca dejen de guardar las debidas consideraciones á las viejecitas ¿no es cierto?

El médico era un joven simpático, de fisonomía inteligente.

—Señora duquesa—respondió con firmeza.—Yo haré cuanto esté de mi parte por que las asiladas no tengan motivo de queja Si embargo, debo repetirla que, á pesar de nuestros esfuerzos, es posible que siga usted recibiendo alguna. No puede usted comprender hasta qué punto son impertinentes y maliciosas ciertas mujeres. Sin motivo alguno, sólo por placer de herir lo mismo á mí que á mis compañeros, nos llenan á veces de insolencias. Cuanto más atentos nos mostramos con ellas, más se ensoberbecen. Yo pruebo el caldo y el chocolate todos los días y no he hallado hasta ahora lo que esa mujer le ha dicho. Las horas son siempre fijas. Jamás he visto retraso alguno en las comidas. Procure usted enterarse y se convencerá de que quien tiene motivo á quejarse, son las pobres criadas á quienes las asiladas tratan groseramente...

El médico se había ido exaltando al pronunciar estas palabras con acento de sinceridad. La duquesa sonrió dulcemente.

—Lo creo, lo creo, Iradier... Las viejas solemos ser muy impertinentes...

—¡Oh, señora, eso es según!...

—Por regla general lo somos... Pero esta impertinencia ya es por sí una enfermedad y debe excitar compasión en los que no padecen de ella. Á usted no necesito recomendársela, porque tiene un corazón muy caritati-

vo. Á los que no lo tengan tan bondadoso suplíqueles usted, en mi nombre, la suavidad con las pobrecitas asiladas.

—Se hará, señora, se hará—respondió el médico, ganado por la singular dulzura de la fundadora.—El jueves la esperamos á usted ¿verdad?

—No sé si esta fatiga lo permitirá.

—Sí, sí, se lo garantizo yo.

Y comprendiendo que estaba ya de más, el joven cortó la conferencia, estrechando con afecto y respeto que se le traslucía en los ojos, la mano de la duquesa, y saludando ceremoniosamente á Clementina.

Luego que salió, ésta, que había estado contemplando con emoción reprimida el semblante descompuesto de su madrastra, conmovida por la bondad que respiraban todas sus palabras, se levantó del asiento y fué á arrodillarse delante de ella. Apoderóse de sus manos blancas y descarnadas y las besó con efusivo transporte de cariño. Esta mujer tan altanera con todo el mundo, sentía un goce especial, semejante al de los místicos, en humillarse ante su madrastra. La voz de ésta removía como un conjuro mágico las débiles chispas de bondad y de ternura que ardían en su corazón y les prestaba por un instante el aspecto de incendio. D.ª Carmen le quitó suavemente el sombrero, lo puso en un sillón contiguo y se inclinó para besarla amorosamente en la frente.

—Hace cuatro días justos que no has venido á verme, pícara.

— Ayer no he podido, mamá. Pasé casi todo el día arreglando mis cuentas, haciendo números. ¡Oh, qué horribles números!

—¿Y por qué los haces? ¿No está ahí tu marido?

—Pues, precisamente, por miedo á mi marido los

hago. ¿Usted no sabe que se ha vuelto un miserable, un tacaño, lo mismo que su cuñado?

D.ª Carmen sabia que los negocios de Osorio no andaban muy bien, que recientemente habia experimentado fuertes pérdidas en la Bolsa; pero no se atrevió á decir nada á su hija.

—¡Pobre hija mía! ¡Ocuparte tú en esas cosas cuando sólo has nacido para brillar como una estrella de los salones!

—Ya no le faltaba más que eso para hacerse del todo antipático, ¡odioso! ¡Si las cosas pudiesen hacerse dos veces!

Bruscamente, la expresión de ternura había desaparecido de sus ojos, reemplazándola otra sombría y feroz. Una arruga profunda surcó su tersa frente de estatua. Y con voz sorda comenzó á exponer sus quejas, á descubrir los agravios que su marido le hacia diariamente. A nadie en el mundo, más que á su madrastra, haría tales confidencias, que en ella no provocaban lágrima alguna. D.ª Carmen era quien las vertia una á una de sus ojos cansados.

—¡Hija de mi alma! ¡Yo que hubiera dado mi vida por verte feliz! ¡Qué ciegos hemos estado, lo mismo tu padre que yo, al entregarte á ese hombre!

—¡Mi padre! ¡Otro que tal! ¡Un hombre que no ha sabido jamás que tiene en casa una santa á quien debia adorar de rodillas! La verdad es que cuando pienso...

—¡Calla, calla: es tu padre!—exclamó la duquesa tapándole la boca con la mano.—Yo soy feliz. Si tu padre tiene algunos defectos, yo tengo más aún: de modo, que no hay mérito en perdonárselos, si él me perdona en cambio los míos... No hablemos de tu padre, hablemos de ti misma... No sabes lo que me duelen esos apuros de dinero, á los cuales no estás acostumbrada.

Yo, si pudiera, los remediaría al instante... Pero bien sabes que manejo poco dinero. Del que saco de la caja tengo que dar cuenta á Antonio, y á éste no se le engaña fácilmente. Algún puñadito de oro, sí, puedo poner aparte para ti: pero mis ahorros no te sacarán de pilancos. Sin embargo, confío en que tus apuros no durarán mucho tiempo...

Hizo una pausa la bondadosa señora; quedóse mirando al vacío tristemente, y luego, abrazando á su hijastra que aún permanecía de rodillas y acercando los labios á su oído, le dijo en voz baja:

—Mira, hija mía, yo no tardaré en morir y pienso dejarte todo cuanto tengo. La mitad de la fortuna de tu padre es mía, según me ha dicho el abogado de la casa.

Clementina sintió una vibración en el alma que á un psicólogo le costaría mucho trabajo definir. Fué una mezcla de dolor, de asombro, y acaso también, de un poquito de alegría. El dolor predominó, no obstante, y abrazó á su madrastra y la besó cariñosamente repetidas veces.

—¿Qué está usted diciendo ahí?... ¡Morirse! No: yo no quiero que usted se muera. Usted me hace mucha más falta que su dinero. Sin usted yo hubiera sido una mujer muy perversa... Temo que el día en que usted me falte lo sea. Los únicos momentos en que siento un poco de blandura en el corazón son los que paso á su lado. Parece, mamá, como si usted me transmitiera algo de esa virtud tan grande que tiene...

—Basta, basta, aduladora—dijo D.ª Carmen poniéndole otra vez la mano en la boca.—Tú te tienes por peor de lo que eres. Tu corazón es bueno. Lo que te hace parecer mala alguna vez es el orgullo ¡el orgullito! ¿no es verdad?

—Sí, mamá, sí, es cierto... Usted no sabe lo que es

el orgullo y los tormentos que proporciona á quien lo siente tan vivo como yo. Estar pensando constantemente en que nos hieren. Ver enemigos en todas partes. Sentir una mirada como la hoja de un puñal en el corazón. Escuchar una palabra y darle un millón de vueltas en la cabeza hasta marearse y ponerse enferma. Vivir con el corazón ulcerado, con el alma inquieta... ¡Oh, cuántas veces he envidiado á las personas virtuosas y humildes como usted! ¡Qué feliz sería yo si no llevase á cuestas este carácter triste y receloso, esta soberbia que me consume!... ¡Y quién sabe—añadió después de una pausa,—quién sabe si hubiera sido más dichosa en otra esfera! Tal vez si fuera una pobre y me hubiera casado con un joven modesto, trabajador, inteligente, sería mejor mi suerte. Obligada á ayudar á mi marido, á cuidar de la hacienda, á pensar en los pormenores de la casa como las demás mujeres que trabajan y luchan, no hubiera quizá llegado adonde llegué... Yo necesitaba un marido afectuoso, dulce, un hombre de talento que supiese dirigirme... Hoy mismo, mamá, acostumbrada como estoy al lujo y á la vida de sociedad, me retiraría con gusto de ella, me iría á vivir á un rinconcito alegre, allá en el campo, lejos de Madrid. No me haría falta más que un poco de amor y tenerla á usted á mi lado para inspirarme buenos sentimientos.

El espíritu de Clementina, gratamente impresionado por la niñería de la calle de Serrano, por aquella inocente aventura de colegiala, se inclinaba á los sentimientos idílicos. La buena de D.ª Carmen la escuchaba y la animaba con sonrisa cariñosa. Las confidencias de la hermosa dama se prolongaron largo rato. Recordaba sus tiempos de niña, cuando contaba á su madrastra las declaraciones de amor que le habían hecho

en el baile de la noche anterior y le leía los billetitos que le remitían sus adoradores. Aquel retorno á los tiempos pasados la hacía feliz. Tentada estuvo de hablarle de Pepe Castro y de Raimundo y exponerle las emociones pueriles que agitaban su alma aquella mañana; pero un sentimiento de respeto la contuvo. La duquesa era tan excesivamente condescendiente que tocaba en los límites de la estupidez. Es probable que si la hubiera hecho confidente de sus adulterios la hubiera escuchado sin escandalizarse. Almorzaron juntas y solas porque el duque lo hacía aquel día con un ministro. Por la tarde, después de aligerada y refrescada el alma con larga é íntima charla, ambas se trasladaron en coche á San Pascual, rezaron allí una estación al Santísimo, siempre expuesto en aquella iglesia, y se trasladaron al paseo del Retiro. Antes de oscurecer, porque el relente de la noche no le convenía á la duquesa y Clementina necesitaba ir temprano á su casa, dieron orden al cochero de retirarse.

Era sábado, día de comida y tresillo en el hotel de Osorio. Antes de subir á vestirse, Clementina dió una vuelta por el comedor: contempló la mesa con detenimiento y ordenó algunos cambios en los canastillos de frutos que sobre ella habían colocado. Se hizo traer el paquete de los *menú* escrito en un papel imitación de pergamino con las iniciales doradas del dueño de la casa; llamó al secretario de su marido; le hizo escribir sobre cada uno el nombre de los invitados y luego fué por sí misma colocándolos sobre los platos. En el medio ella y su marido, uno frente á otro; á la derecha é izquierda de Osorio los dos puestos de honor para dos damas; á la derecha é izquierda de ellas dos puestos para dos caballeros, y así sucesivamente según la categoría, la edad ó la afección particular que sentía por

sus invitados. Habló algunos minutos con el *maître d'hôtel.* Después de dar las últimas disposiciones se fué. Al llegar á la puerta se volvió, echó una nueva mirada penetrante á la mesa, y dijo:

—Quite usted esas flores con perfume que están cerca del puesto de la señora marquesa de Alcudia y cámbielas por camelias ú otras que no lo tengan.

La devota marquesa no podía sufrir los aromas á causa de sus frecuentes neuralgias. Clementina, odiándola en el fondo del alma, le guardaba más consideraciones que á ninguna de sus amigas. La alta nobleza de su título, su carácter severo, y hasta su fanatismo la hacían respetada en los salones, á los cuales prestaba realce su presencia.

Subió á su cuarto seguida de Estefanía, aquella doncellita tan enemiga del cocinero. Estrenaba un magnífico traje color crema, descotado. Ordinariamente se ponía para estas comidas de los sábados trajes de media etiqueta, esto es, con las mangas hasta el codo. Ahora quiso lucir su celebrado descote en honor de un diplomático extranjero que comía por vez primera en su casa. Mientras se dejaba arreglar el pelo, su espíritu vagaba distraído por los sucesos del día. No había acudido á la cita de Pepe: de seguro vendría furioso. Su labio inferior se alargó con displicencia y sus ojos brillaron maliciosamente como diciendo: «¿Y á mí qué?» Después se acordó del saludo á su juvenil ex perseguidor, de aquella inoportuna vuelta de cabeza. Un sentimiento de vergüenza volvió á acometerla. Sus mejillas lo atestiguaron adquiriendo un poco más de color. Tornó á llamarse para su fuero interno, tonta, imprevisora, loca. Por fortuna, el chico parecía modesto y discreto. Otro cualquiera formaría castillos en el aire al instante. Pensó bastante en él y pensó con simpatía. La

verdad es que tenía una presencia agradable y un modo de hablar suave y firme á la vez, que impresionaba. Luego aquel cariño entrañable á la memoria de su madre, su vida retirada, su extraña manía de las mariposas, todo le hacía muy interesante. Cuántas veces había pensado Clementina esto mismo desde hacía dos meses no podremos decirlo; pero si que lo había pensado un número bastante considerable. Su espíritu, embargado por dulce somnolencia, volvió á inclinarse al idilio. Aquel cuarto tercero, aquel despacho alegre, aquella vida dulce y oscura. ¡Quién sabe! La felicidad se encuentra donde menos se piensa. Un puñado de trapos, otro de joyas, algunos platos más sobre la mesa no pueden darla á nadie. Pero un pensamiento lúgubre, que hacía algún tiempo amargaba todos sus sueños, le cruzó por la mente. Ella era ya una vieja; sí, una vieja; no había que forjarse ilusiones. Á Estefanía le costaba cada vez más trabajo ocultar las hebras plateadas que en sus rubios cabellos aparecían. Aunque se resistía tenazmente á echar sobre su hermosa cabeza ningún producto químico, presentía que no iba á haber otro remedio. El amor candoroso, vivo, feliz con que la aventura del joven Alcázar le había hecho soñar, estaba vedado para ella. No le quedaba ya, y eso por poco tiempo, más que los devaneos vulgares, insulsos, de los tenorios aristócratas, iguales unos á otros en sus gustos, en sus palabras y en su inaguantable vanidad. ¿Qué relación podía ya existir entre aquel niño y ella, como no fuese la de madre á hijo? Algunas veces dudaba si el sentimiento de Raimundo por ella fuese enteramente el que él había manifestado en su entrevista: mas ahora veía con perfecta claridad que hablaba ingenuamente, que entre un chico de veinte años y una mujer de treinta y siete (porque tenía treinta y siete por más que

se quitase dos) el amor era imposible, al menos el amor que ella apetecía en aquel momento. Estas reflexiones labraron una arruguita en su frente, la arruga de los instantes fatales. Hizo un esfuerzo sobre sí misma para pensar en otra cosa.

Mirando á su doncella en el espejo observó que estaba densamente pálida. Volvióse para mejor cerciorarse, y la dijo:

—¿Te sientes mal, chica? Estás muy pálida.

—Sí, señora—manifestó la doncellita algo confusa.

—¿Las náuseas de otras veces?

—Creo que sí.

—Pues, anda, vete y que suba Concha. ¡Es raro! Mañana avisaremos al médico á ver si te da algún remedio.

—No, señora, no—se apresuró á contestar Estefanía.—Esto no es nada. Ya pasará.

Algunos minutos después bajaba la dama al salón, deslumbrante de belleza. Estaba ya en él Osorio paseando con su amigo y comensal, casi cotidiano, Bonifacio. Era un señor grave y rígido, de unos sesenta años de edad, calvo, de rostro amarillo y dientes negros. Había sido gobernador en varias provincias y últimamente desempeñaba el cargo de jefe de sección en un ministerio. Hablaba poco, nunca llevaba la contraria, primera é indispensable virtud de todo el que quiere comer bien sin gastar dinero, y ostentaba eternamente en el frac una cruz roja de Calatrava, de cuya orden era caballero. Por cierto que lo primero que se veía en la sala de su casa era un gran retrato del propio Bonifacio en traje de ceremonia, con una pluma muy alta en la gorra y un manto blanco de extraordinaria longitud sobre los hombros. Este caballero de Calatrava, personaje misterioso del cual decía Fuentes (otro per-

sonaje más alegre del cual hablaremos) que era un hombre «con vistas al patio», tenía una manía bastante original, la de coleccionar fotografías obscenas. Guardaba en su casa dos ó tres baúles llenos hasta arriba. Pero esta afición no la conocía nadie más que los libreros y fotógrafos, que tenían buen cuidado de pasarle recado así que llegaba de París, Londres ó Viena alguna remesa. En un rincón estaban sentadas Pascuala, una viuda sin recursos que servía á Clementina mitad de amiga, mitad de dama de compañía, y Pepa Frías que acababa de llegar. Al pasar por delante de los dos hombres para ir á saludar á Pepa, las miradas de los esposos se cruzaron rápidamente como relámpagos tristes y siniestros. El rostro de Osorio, ordinariamente sombrío, bilioso, estaba ahora imponente de ferocidad. No fué más que un instante. En cuanto las damas cambiaron algunas palabras, el banquero se acercó á ellas con Bonifacio y empezó á embromar con acento cariñoso á su esposa sobre el traje.

—¡Vaya un talle que me gasta mi mujer!... Chica, aunque no quieras oirlo te diré que te vas ajamonando á pasos de gigante.

—No diga usted eso, Osorio; si precisamente Clementina es una de las mujeres que tienen el cutis más terso en Madrid—dijo Pascuala.

—¡Toma! Buen dinero me ha costado el estucado que se ha puesto en París esta primavera.

Clementina seguía también la broma; pero le costaba más trabajo fingir. Al través de las sonrisas nerviosas que iluminaban su rostro por momentos y de las cortadas frases enigmáticas, se percibía el malestar, la inquietud y hasta un dejo de odio.

Sonó la campana de la verja repetidas veces. El salón se pobló en pocos minutos con las quince ó vein-

te personas que estaban invitadas. Llegó la marquesa de Alcudia sin ninguna de sus hijas. Rara vez las traía á casa de Osorio. Vino también la marquesa de Ujo, una mujer que había sido hermosa: ahora estaba demasiado marchita: lánguida como una americana, aunque era de Pamplona, algo romántica, presumiendo de incomprensible y con aficiones literarias. La acompañaba una hija bastante agraciada, más alta que ella y que debía tener lo menos quince años, á pesar de lo cual su madre la traía con faldas á media pierna porque no la hiciese vieja. La pobre niña sufría esta vergüenza con resignación, poniéndose colorada cuando alguno dirigía la vista á sus pantorrillas.

Llegó el general Patiño, conde de Morillejo: no faltaba ningún sábado. Vinieron también el barón y la baronesa de Rag por primera vez. Clementina les dió la preferencia colmándoles de delicadas atenciones. El barón era plenipotenciario de una nación importante. El ministro de Fomento Jiménez Arbós, Pinedo, Pepe Castro y los condes de Cotorraso entraron casi á la vez. Á última hora, cuando faltaban pocos minutos para las siete, llegó Lola Madariaga y su marido. Esta señora, mucho más joven que Clementina, era no obstante su íntima amiga, el confidente de sus secretos. Comía tres ó cuatro veces á la semana con ella, y raro era el día que no salían juntas á paseo. No podía llamársela hermosa; pero su fisonomía tenía tal animación, sus ojos brillaban con tanta gracia y su boca se plegaba con tal malicia al sonreir dejando ver unos dientes de ratón blancos y menudos, que siemqre nabía tenido muchos adoradores. De soltera fué una coquetuela redomada: trajo al retortero los hombres, gozando en acapararlos todos, prodigando las mismas sonrisas insinuantes, idénticas miradas abrasadoras al hijo

de un duque que á un empleadillo de ocho mil reales, al viejo de venerable calva y nariz arremolachada que al mancebo de veinte años gallardo y apuesto, al rico como al pobre, al noble como al plebeyo. Su coquetería, parecida en esto al amor de Jesucristo á la humanidad, igualaba todas las castas, todos los estados, unía á los hombres en santa fraternidad para participar del fuego admirable de sus ojos negros, de unos hoyitos muy lindos que formaban sus mejillas al reir y de otra multitud de dones y frutos con que la providencia de Dios la había dotado. Después de casada, seguía mostrando la misma entrañable benevolencia hacia el género humano, si bien de un modo más sucesivo, esto es, un hombre después de otro ó, á lo sumo, de dos en dos. Su marido era un mejicano rico con rasgos de indio en la fisonomía.

Poco después que éstos entró en el salón Fuentes, un hombrecillo vivaracho, feo, raquítico, bastante marcado por las viruelas. Nadie sabía de qué vivía: suponíansele algunas rentas. Frecuentaba todos los salones de algún viso de la corte y se sentaba á las mesas mejor provistas. Sus títulos para ello eran los de pasar por hombre de animada y chispeante conversación, ingenioso y agradable. Más de veinte años hacía que Fuentes venía alegrando las comidas y los saraos de la capital, desempeñando en ellos el papel de primer actor cómico. Algunos de sus chistes habían llegado á ser proverbiales: repetíanse no sólo en los salones sino en las mesas de los cafés, y hasta llegaban á las provincias. Contra lo que suele suceder en esta clase de hombres no era maldiciente. Sus chistes no tendían á herir á las personas, sino á alegrar el concurso y obligarle á admirar lo fácil, lo vivo y lo sutil de su ingenio. Todo lo más que se autorizaba era apoderarse de las ridiculeces de algún

amigo ausente y formar sobre ellas una frase graciosa; pero nunca ó casi nunca á costa de la honra. Estas cualidades le habían hecho el ídolo de las tertulias. Ninguna se consideraba completa si Fuentes no daba al menos una vueltecita por ella.

—¡Oh, Fuentes! ¡Oh, Fuentes!—gritaron todos viéndole aparecer.

Y una porción de manos se extendieron para saludarle. Apretando las primeras que llegaron á chocar con la suya se dirigió desde luego á la señora de la casa, con voz cascada que ayudaba mucho al efecto cómico, diciendo:

—Perdone usted, Clementina, si llego con un poco de retraso. Viniendo acá me cogió por su cuenta Perales, ya sabe usted ¡Perales!, no tengo más que decir. Luego, cuando pude desprenderme de sus manos, ahí en la esquina del ministerio de la Guerra, caí en las manos del conde de Sotolargo, y ése ya sabe usted que es pesado con un cincuenta por ciento de recargo.

—¿Por qué?—se apresuró á preguntar Lola Madariaga.

—Porque es tartamudo, señora.

Los convidados rieron, algunos á carcajadas; otros más discretamente. La frase venía preparada: se conocía á la legua; pero así y todo produjo el efecto apetecido, parte porque en efecto había hecho gracia, parte también porque todo el mundo se creía en el deber de ponerse risueño en cuanto Fuentes abría la boca.

Un instante después un criado de librea abrió de par en par las puertas del salón, diciendo en alta voz:

—La señora está servida.

Osorio se apresuró á ofrecer el brazo á la baronesa de Rag y rompió la marcha hacia el comedor seguido de todos los convidados. Cerrando la comitiva iba el barón conduciendo á Clementina.

Los criados esperaban puestos en fila con la servilleta al brazo, capitaneados por el *maître*. Osorio fué designando á cada invitado su puesto. No tardaron en acomodarse todos. La mesa ofrecía un aspecto elegante, armonioso. La luz, que caía de dos grandes lámparas con reflectores, hacía resaltar los vivos colores de las flores y las frutas, la blancura del mantel, el brillo del cristal y la porcelana. Sin embargo, esta luz, demasiado cruda, hace daño á la belleza de las damas, las desfigura como un aparato fotográfico. Para templarla y producir una iluminación suave y normal, Clementina hacía colocar dos candelabros con numerosas bujías á los extremos de la mesa. Todas las señoras estaban más ó menos descotadas: alguna, como Pepa Frías, escandalosamente. Los caballeros, de frac y corbata blanca.

La conversación fué en los primeros momentos particular: cada cual hablaba con su vecino. La baronesa de Rag, una belga de pelo castaño y ojos claros, bastante gruesa, preguntaba á Osorio los nombres de los objetos que había sobre la mesa Hacía poco tiempo que estaba en España y apetecía con ansiedad conocer el castellano. Clementina y el barón hablaban en francés. Pepa Frías, que estaba entre Pepe Castro y Jiménez Arbós, le dijo al primero por lo bajo:

—¿Qué le parece á usted de la *jeta* del marido de Lola? ¿verdad que para gaucho no es del todo mala?

Castro sonrió con la superioridad que le caracterizaba.

—Sí, debió de haber *lazado* muchas vacas en la pampa.

—Hasta que al fin una vaca le *lazó* á él.

—Pero no fué en la pampa.

—Ya sé: en los jardinillos: no me diga usted nada.

El general Patiño, fiel á su naturaleza y á su tradición militar, se desplegó en guerrilla para atacar á la marquesa de Ujo, que tenía al lado.

—Marquesa, las perlas le sientan admirablemente. Un cutis suave y levemente bronceado como el de usted, donde se transparenta toda la savia y todo el fuego del mediodía, exige el adorno oriental por excelencia.

—Usted tan lisonjero como siempre, general. Me pongo las perlas porque es lo mejor que tengo. Si tuviese unas esmeraldas tan hermosas como Clementina, dejaría las perlas en sus estuches—respondió la dama, mostrando al sonreir unos dientes bastante desvencijados donde brillaba en algunos puntos el oro del dentista.

—Haría usted mal. Las mujeres hermosas están en la obligación de ponerse lo que les va mejor. Dios quiere que sus obras maestras se manifiesten en todo su esplendor. Las esmeraldas sientan bien á las linfáticas; pero usted es como la uva de Jerez, doradita por fuera y guardando en el corazón un licor que marea y embriaga.

—¡Si dijera usted como una pasa!

—¡Oh, no, marquesa! ¡oh, no!...

Y el general rechazó con fuego la especie y empleó toda su elocuencia en desbaratarla como si tuviese delante un ejército enemigo.

Mientras tanto los criados comenzaban á dar vuelta á la mesa presentando los platos. Otros, con la botella en la mano, murmuraban al oído de los invitados: *Sauterne*, *Jerez*, *Margaux*, en un tono cavernoso semejante al que emplean los cartujos para recordarse mutuamente la muerte.

—Yo no bebo más que *champagne frappé* hasta el fin—dijo Pepa Frías al que tenía detrás.

—¡Cuánto calor, Pepa, cuánto calor! — exclamó Castro.

—No lo sabe usted bien—repuso la viuda con entonación maliciosa.

—Por desgracia.

—Ó por fortuna. ¿Está usted ya cansado de Clementina?

Fuentes no se encontraba bien con aquel cuchicheo. Le dolía desperdiciar su ingenio en conversación particular, para una sola persona. Asió la primera ocasión por los cabellos para levantar la voz y atraerse la atención de los comensales.

—Ayer le he visto á usted por la mañana en la carrera de San Jerónimo, Fuentes—le dijo la condesa de Cotorraso que estaba tres ó cuatro puestos más allá.

—Según á lo que usted llame mañana, condesa.

—Serían las once, poco más ó menos.

—Entonces, permítame usted que lo dude, porque hasta las dos estoy siempre en la cama.

—¡Oh, hasta las dos!—exclamaron varios.

—Eso ya es una exageración, Fuentes—dijo la marquesa de Alcudia.

—Pero es una exageración aristocrática, marquesa. ¿Quién se levanta primero en Madrid? Los barrenderos, los mozos de cuerda, los pinches de cocina. Un poco más tarde encontrará usted á los horteras abriendo las tiendas, alguna vieja que va á oir misa, lacayos que salen á pasear los caballos, etc. Luego empiezan á salir los empleaditos de las casas de comercio y los escribientes de las oficinas del Estado que llevan todo el peso de ellas, las modistillas, etc., etc. Á las once ya hallará usted gente más distinguida, oficiales del ejército, estudiantes, empleados de tres mil pesetas, corredores de comercio, etc. Á las doce comienzan á salir los peces gordos,

los jefes de negociado, los banqueros, algunos propietarios; pero sólo después de las dos de la tarde podrá usted ver en la calle á los ministros, á los directores generales, á los títulos de Castilla, á los grandes literatos...

Los comensales escuchaban embelesados aquella ingeniosa defensa de la pereza y se creían en el caso de reirse y decirse unos á otros por lo bajo:

—¡Este Fuentes! ¡oh! ¡este Fuentes tiene la gracia de Dios!

Y alguno, por el placer de oirle nada más, le llevaba la contraria.

—Pero hombre: ¿habrá nada más agradable que levantarse por la mañana á respirar el aire puro y bañarse con la luz del sol?

—Prefiero bañarme en agua tibia con una botellita de Kananga.

—¿Me negará usted que el sol es hermoso?

—Es hermoso, pero un poco cursilón. Yo no digo que allá al principio del mundo no fuese una cosa asombrosa, digna de verse; pero ustedes comprenderán que ahora está anticuado. ¿Hay nada más ridículo en una época tan positivista como la presente que llamarse Febo y gastar cabellera de oro? Además, el sol no tiene mérito alguno intrínseco. Está ahí ardiendo porque Dios lo ha puesto. Pero la luz del gas, la luz eléctrica representan el esfuerzo de un hombre de genio, es el triunfo de la inteligencia, hace recordar nuestro poder sobre la materia, la soberanía del espíritu en todo el Universo... Luego—añadió bajando un poco la voz,—al sol se le puede ver sin que cueste dinero, y yo siempre he aborrecido los espectáculos gratis.

Los comensales no cesaban de reir. Fuentes, animado por aquellas risas, se desbordaba en paradojas, en

frases ingeniosas y sutiles, cayendo á ojos vistas en el amaneramiento. Le pasaba lo que á los grandes actores demasiado aplaudidos. No sabía contenerse á tiempo y entraba al fin en el terreno de la extravagancia. De aquí á lo insulso no hay más que un paso, y Fuentes lo daba con frecuencia.

El conde de Cotorraso persistía en defender al astro del día para excitar el ingenio de su detractor. El sol era quien animaba la Naturaleza, quien calentaba nuestro cuerpo aterido, etc.

—Eso de que el sol produzca animación, lo niego— replicaba Fuentes;—Madrid está mucho más animado por la noche que por el día, y para calentarme prefiero el cok, que no ocasiona tabardillos... Vamos á ver, conde, fíjese bién: ¿qué mérito puede tener una cosa que á la fuerza ha de ver siempre su lacayo primero que usted?

Como alguien dijera riendo que Fuentes tenía «buena sombra», éste replicó vivamente:

—¿Lo ve usted, conde? Hasta para decir que un hombre tiene gracia se dice que tiene buena sombra Á nadie se le ocurre decir que tiene buen sol.

Y con motivo de las sombras se habló de la del manzanillo. La marquesa de Ujo preguntó al mejicano, marido de Lola, si en su país había manzanillos. Ballesteros, que así se llamaba, replicó que no, pero que había visto muchos en el Brasil. La marquesa se informó con viva curiosidad de las particularidades del árbol; pero quedó sumamente disgustada cuando el mejicano le dijo que la sombra no mataba y que sólo su fruto desprendía un agua corrosiva.

—¿De modo que durmiendo debajo de él no se muere?

—Señora, yo no he dormido ¿sabe?; pero he almor-

sado con varios amigo debaho de uno y no nos ha pasao ná.

—Entonces, ¿cómo se suicida Sélika en *La Africana* acostándose á la sombra de ese árbol?

—Eso es una patraña, una invensión de los poeta ¿sabe? Será una cosa bonita, pero no tiene nada de verdá.

La marquesa, desencantada por aquel dato realista, no quiso salir de su poética creencia; arguyó que tal vez los manzanillos de la India fuesen distintos de los del Brasil.

Hablóse de las producciones de Méjico.

—¿Es verdad que usted posee ochocientas mil vacas, Ballesteros?—preguntó Clementina.

—¡Oh, señora; eso es una exageración! Á lo sumo que llegará mi rebaño es á tresientas mil.

—Si fuesen mías—dijo Fuentes,—construiría un estanque mayor que el del Retiro, lo llenaría de leche y navegaría por él.

—Nosotro no utilisamo la leche, señor, ni la manteca tampoco. La carne alguna vese la convertimo en tasaho ¿sabe? y la esportamo. Mas por lo regulá sólo sacamo partido de las piele ¿sabe? Los cuerno también los vendemo para la fabricasión de los objeto de asta.

—¡Que te quemas! ¡que te quemas!—exclamó Pepe Castro por lo bajo.

Pero no tanto que no lo oyese Jiménez Arbós, que estaba del otro lado de Pepa Frías, y no le acometiese un acceso de risa que procuró con todas sus fuerzas sofocar.

—Anda, barbiana, alárgame ese frasquito de mostaza—dijo Pepa Frías dirigiéndose á Clementina para disimular también la risa que le había acometido.

—Bajbiana, bajbiana... ¿Qué es que bajbiana?—pre-

guntó la baronesa de Rag á Osorio en su afán de aprender pronto el español.

Éste se apresuró á explicárselo como pudo.

Pepa hablaba de vez en cuando por lo bajo con Jiménez Arbós. Solían ser algunas frases rápidas que probaban la inteligencia en que estaban y al mismo tiempo el deseo de mostrarse prudentes. La conversación con Pepe Castro, que tenía á su izquierda, era más animada.

—¿Por qué no aconseja usted á Arbós que coma más carne?—le preguntaba el lechuguino al oído.

—¿Para qué?

—Para lo que se come carne generalmente; para nutrirse y adquirir fuerzas con que soportar las fatigas que nuestros deberes nos imponen.

—¡Ya!—exclamó la viuda con entonación irónica.—Mire usted por sí y deje á los demás arreglar sus cuentas como Dios les dé á entender.

—Ya ve usted que procuro nutrirme.

—Sí, pero que vaya un poco también al cerebro, porque el día menos pensado se cae usted en la calle de tonto.

—¿Se ha ofendido usted?—preguntó riendo el elegante como si hubiese dicho la cosa más descabellada del mundo.

—No, hombre, no: es que lo creo así. No entiendo cómo Clementina puede sufrir semejante narciso.

—¡Chis, chis! ¡Prudencia, Pepa, prudencia!—exclamó Castro con susto, levantando los ojos hacia su querida.

—¿Sabe usted que disimula muy bien? No la he visto dirigirle á usted una sola mirada hasta ahora.

Castro, que hacía días estaba un poco despechado por la frialdad de su dueño, sonrió forzadamente frun-

ciendo en seguida el entrecejo. A Pepa no le pasó inadvertido este gesto.

—Mire usted qué cara tan nublada tiene en este momento Osorio. ¡Inspira horror! Y toda la culpa la tiene usted, pícaro.

—¡Yo! Nada de eso. Deben de ser cuestiones de guita las que le ponen tan amarillo. Me han dicho que está arruinado ó muy próximo á arruinarse.

Pepa se estremeció visiblemente.

—¿Qué dice usted? ¿Por dónde ha sabido usted eso?

—Pues me lo han dicho ya varios.

La viuda se volvió bruscamente hacía Jiménez Arbós sin ocultar su agitación y le preguntó en voz baja y alterada:

—¿Has oído algo de que Osorio esté arruinado?

—Sí, lo he oído. Osorio viene jugando á la baja hace tiempo y los fondos se empeñan en subir—respondió el estadista levantando la cabeza con gesto petulante de pavo real.

En el tono con que pronunció estas palabras se advertía satisfacción. Para un ministro, jugar á la baja es siempre un crimen digno de castigo.

—Yo no sé lo que tendrá comprometido en esta liquidación; pero si es mucho está perdido, porque el consolidado ha subido un entero. Y si se empeña en no liquidar inmediatamente, á fin de mes puede tener muy bien dos enteros de alza.

Todo el buen humor de Pepa había desaparecido de repente. Bajó la cabeza y dejó caer el tenedor sin ánimo para concluir el trozo de jamón de York que se había puesto. El ministro, observando su silencio y su tristeza, le preguntó:

—¿Tienes por casualidad fondos en su poder?

—Por casualidad, no... ¡por estupidez mía! Tiene en su mano casi toda mi fortuna.

—¡Oh diablo, diablo!

—Se me está haciendo rejalgar en el cuerpo lo que he comido. Creo que me voy á poner mala—dijo la viuda poniéndose realmente pálida.

Arbós hizo esfuerzos por tranquilizarla. Tal vez no fuese cierto todo. En las ruinas como en las fortunas improvisadas se exagera siempre mucho. Además, si algún compromiso había sagrado para Osorio, debía ser el de ella, una dama que le confía su dinero por pura amistad.

Aunque hablaban en falsete, sus fisonomías graves y sus ademanes decididos llamaron la atención del general Patiño, el cual, con admirable penetración, dijo á la marquesa de Ujo:

—Mire usted á Pepa y á Arbós. Hay nube de verano entre ellos. ¡Qué hermoso es el amor hasta en sus fugaces tormentas!

Mientras tanto, los condes de Cotorraso, Lola Madariaga, Clementina y los barones de Rag hablaban del arsénico como medicamento para engordar y poner terso y brillante el cutis. Lola Madariaga era la primera vez que lo oía y se mostraba llena de júbilo, y anunciaba que iba inmediatamente á ensayar la virtud milagrosa del veneno.

—¡Dios mío, Lolita!—exclamó Fuentes.—Si usted, como es ahora, causa tales estragos en los corazones masculinos, ¡qué va á suceder cuando lleve cuatro ó cinco meses con un régimen de arsénico! Señor Ballesteros, no consienta usted que lo tome: es tratarnos con demasiada crueldad.

—Vamos, amigo Fuentes—repuso la graciosa morena dirigiendo una mirada insinuante á Castro, porque

se le habia metido en la cabeza arrancárselo á Clementina,—¿me quiere usted tomar el pelo?

—¡Tomaj el pelo!... ¿Qué es que tomaj el pelo?—preguntó la baronesa de Rag á Osorio.

A esta baronesa la estaba desvistiendo con la imaginación Bonifacio, contemplándola desde lejos sin pestañear. Hacía dias que había comprado entre otras fotografías obscenas la de una mujer desnuda meciéndose en una hamaca. Se le antojaba que la baronesa se parecía mucho á aquella mujer, y trataba de averiguar, por medio de un prolijo examen exterior, si interiormente guardaría la misma semejanza.

Terminó al fin la comida no sin dedicar, por supuesto, un buen rato de conversación al teatro Real, á Gayarre y á la Tosti. No la hubieran digerido bien si les faltase. El café, como era costumbre en casa de Osorio, se sirvió en el mismo comedor. Luego, las señoras con algunos hombres se fueron al salón. Otros se quedaron fumando, pero no tardaron en ir á reunirse con los demás. Hacía allí un calor insufrible.

Pepe Castro aprovechó la confusión de la salida para preguntar á Clementina:

—¿Cómo no has ido esta mañana?

Clementina detuvo el paso, le miró con sonrisa protectora.

—¿Esta mañana?... No sé.

—¿Cómo no sabes?—dijo frunciendo su augusta frente el real mozo.

—No sé; no sé—y dió un paso para alejarse sin dejar de sonreir con leve matiz de burla.

—¿Y mañana irás?

—Veremos—respondió alejándose.

Castro sintió aquella sonrisa como un golpe en medio del pecho. Se mordió el labio inferior y murmuró:

—¿Coqueteamos, eh? ¡Ya me las pagarás, hermosa!

En el salón había ya algunas personas, entre ellas Ramón Maldonado y la hija de Pepa Frías con su marido. En otro saloncito contiguo estaban preparadas hasta seis mesas de tresillo. Algunos se sentaron desde luego á jugar. Otros esperaron á que llegasen los compañeros de costumbre. No tardaron, en efecto, en poblarse entrambos salones. Llegó D. Julián Calderón con Mariana y Esperancita, Cobo Ramírez con León Guzmán y otros tres ó cuatro pollastres, el general Pallarés, los marqueses de Veneros y otras varias personas, entre las cuales predominaban los banqueros y hombres de negocios.

Uno de los últimos en llegar fué el duque de Requena, á quien se hizo la misma acogida ruidosa y lisonjera que en todas partes. Entró jadeando, fumando, escupiendo, con la seguridad insolente que su inmensa fortuna le había hecho adquirir. Hablaba poco, reía menos; emitía sus opiniones con rudeza y se dejaba adorar del corro de señoras que le rodeaba. Tenía las mejillas más amoratadas que nunca, los ojos sanguinolentos, los labios negros. Estaba tan feo, que Fuentes dijo á Pinedo y á Jiménez Arbós señalándole:

—Ahí tienen ustedes al diablo recibiendo á sus brujas en el aquelarre de los sábados.

Se le invitó á jugar al tresillo como siempre; pero rehusó. Había visto á dos banqueros á quienes quería pescar para su negocio de la mina de Riosa. Además le convenía hacer la corte á Jiménez Arbós algunos momentos. Ya había conseguido que la mina saliese á subasta con todos sus accesorios de montes y pertenencias. En la *Gaceta* se había insertado el anuncio. La compañía para comprarla estaba ya formada. Pero entre los socios había desavenencia. Unos pretendían com-

piarla al contado (entre ellos estaba Salabert) y otros querían aprovechar los diez plazos que el Gobierno concedía. La diferencia en la tasación de una á otra forma, era enorme.

El duque se acercó á Biggs, el representante de una casa inglesa que entraba con parte muy considerable en la compañía y que capitaneaba el partido de la compra á plazos. Le echó familiarmente el brazo sobre el hombro y le llevó al hueco de un balcón, diciéndole con rudeza:

—¿Conque ustedes empeñados en que nos arruinemos?

Y comenzó á tratar el asunto con una franqueza que desconcertó al inglés. Éste respondía á las salidas brutales del duque con razonamientos corteses y suaves, sonriendo siempre benévolamente. El duque acentuaba su rudeza, que en el fondo era muy diplomática.

—Yo no tengo gana de tirar mi dinero. Me ha costado mucho trabajo adquirirlo, ¿sabe usted? Probablemente, al fin y al cabo, me veré obligado á cortar por lo sano, separándome del negocio.

—Señor duque, yo no tengo culpa—respondía Biggs con marcado acento inglés.—He recibido instrucciones.

—Las instrucciones son dadas según los consejos de un zorro viejo que hay en Madrid.

—¡Oh, duque!—exclamó Biggs riendo,—no hay *sorro vieco*, no.

Y la discusión continuó sin que el banquero español pudiese obtener nada del inglés, pero dejándole bastante preocupado.

Pepa Frías, vivamente agitada, hablaba aparte con Jiménez Arbós, después de haberse enterado, preguntando á algunos banqueros, de que los negocios de Osorio no marchaban bien. No obstante, todos le suponían con medios de hacer frente á sus compromisos. Su ca-

pital era grande, y, aunque en las últimas liquidaciones de Bolsa había experimentado pérdidas fuertes, no creían que eran lo bastante para producir una quiebra. Hay que advertir que ninguno de aquellos señores operaba sobre diferencias como Osorio. Éste se había enviciado. Á pesar de las advertencias de sus amigos y compañeros, no podía vencer aquella pasión del juego, que tarde ó temprano había de conducirle á la ruina. Pepa le observaba disimuladamente, y con la penetración maravillosa de las mujeres adivinaba debajo de su exterior frío, tranquilo, mucha mar de fondo. Mientras Arbós procuraba tranquilizarla con frase correcta, atildada (ni aun hablando á su querida prescindía de las formas oratorias), la viuda meditaba un plan salvador. Este plan consistía en dar la voz de alarma á Clementina y arrancarla la promesa de librar sus fondos de la quema, si es que la había, apelando á su propio dote. Fiando mucho en su diplomacia y en el temperamento desprendido de su amiga, serenóse un poco. Arbós tuvo ocasión una vez más, viendo acudir la calma á su rostro, de penetrarse de las excepcionales dotes persuasivas con que la providencia de Dios le había favorecido.

Pepa tuvo ánimos para sentarse á jugar al tresillo con Clementina, Pinedo y Arbós. Al cruzar el salón grande vió sentados en un rincón á su hija y á su yerno en la actitud de dos tórtolas enamoradas. Acercóse á ellos. Como no había logrado barrer de su espíritu la preocupación, hablóles con cierta aspereza.

—¡Ayer os mandabais cartitas y hoy hay que traer agua caliente para despegaros! Por lo visto, hijos, tomáis el matrimonio á turno impar... Vamos, vamos, separaos que no está bien aparecer tan sobones delante de gente.

Emilio se sintió herido por aquel tono autoritario, y

con las mejillas encendidas iba á responder una descantada á su suegra; pero ésta pasó de largo, entrando en la sala de tresillo. Así y todo, quedó murmurando pestes, diciendo que él no había aguantado jamás ancas de nadie y que menos las aguantaría ahora de su suegra, con otra porción de frases igualmente enérgicas que derramaron la tristeza por el rostro de Irenita. Y hubieran concluído por hacerla llorar, si él, volviendo en su acuerdo, no le hubiera regalado un pellizquito en el brazo muy sentido y amoroso, rogándole al propio tiempo que le diese la mitad de la pastilla de menta que su linda mujercita tenía en la boca. Con esto volvieron á arrullarse como si estuvieran en una selva virgen y no en el hotel de Osorio.

Un grupo de cinco ó seis niñas, entre las cuales estaba Esperancita, hablaba animadamente con algunos pollastres. Cobo Ramírez y nuestro inteligente amigo Ramoncito Maldonado, eran dos de ellos. Difícil es exponer las ideas que entre aquella florida juventud se cambiaban. Todas debían de ser muy finas, muy alegres, muy intencionadas, á juzgar por la algazara que producían. Sin embargo, aplicando el oído, se observaba pronto que los gestos de las niñas, aquel levantar de ojos, aquel agitar la cabeza, aquel mirar picaresco, aquel romper en sonoras carcajadas, no correspondían exactamente á las palabras que se pronunciaban. Decía un pollo verbigracia:

—Manolita; ayer la he visto á usted en San José confesando con el padre Ortega.

La interesada reía con gozo extremado.

—¡No es verdad, Paco; no me ha visto usted!

Decía otro:

—Pilar, ¿dónde compra usted esos abanicos tan monísimos?

Pilar prorrumpía en carcajadas.

—¡Qué guasón! Y ¿dónde ha comprado usted aquel perro tan feo que llevaba usted hoy en el paseo?

—Feo, sí; pero gracioso. Confiéselo usted.

Tales frases hacían desbordar la alegría de aquellos pechos juveniles. Se hablaba recio, se reía más aún, se gesticulaba. Las niñas, sobre todo, parecía que tenían azogue, mostrando sin cesar las dos filas de sus dientes cuando los tenían bonitos ó tapándoselos con el abanico cuando no eran presentables. Pero, sobre todo, lo que alborotó el grupo y levantó más tempestad de carcajadas, fué una contestación de León Guzmán. Manolita, una chatilla de ojos negros y boca grande con dientes preciosos, preguntó á León qué hora era. Éste, sacando el reloj, respondió que las diez y cuarto. El reloj del conde estaba parado: eran ya cerca de las doce. Esta equivocación hizo gozar vivamente á las niñas. Manolita, sobre todo, quería desvestirse de risa. Cuanto más hacía para reprimir el flujo de sus carcajadas, con más ímpetu salían á su boca fresca y húmeda.

Indudablemente, en las frases, en la apariencia vulgares y hasta estúpidas de los pollos, debe de existir un fondo de humorismo tan profundo como vivo, que sólo las jóvenes de quince á veinte años son capaces de recoger y gustar.

Pero León Guzmán, una vez sosegada la risa, pudo con maña retirarse un poco y entablar conversación aparte con Esperancita. Esto llenó de dolor y sobresalto á Ramón. Hacía días que venía observando que el conde de Agreda miraba con buenos ojos á su dueño adorado. Considerábale más temible que á Cobo, por ser hombre de brillante posición. Cobo, según lo que veía, no adelantaba un paso, lo cual le tranquilizaba. Pero el asunto cambiaba ahora de aspecto. Por eso ya no

tomaba parte en la alegría del grupo y dirigía á la pareja unos ojos de carnero que despertaban lástima. Sin embargo, la niña, á su gran satisfacción, no se mostraba demasiado amable con el conde. Parecía preocupada, triste, y dirigía frecuentes y rápidas miradas hacia el sitio donde el propio Ramón estaba. Verdad que detrás de él, en un diván, se hallaban sentados Pepe Castro y Lola Madariaga, charlando con gran animación. Pero el concejal no se hizo cargo de esto.

Cuando León se levantó, Ramoncito le llevó aparte á un rincón y le dió con frase sentida sus quejas. Debía de saber que él, Maldonado, hacía tiempo que obsequiaba á Esperanza, que estaba enamorado de ella perdidamente. Sentía en el alma que un amigo tan íntimo le viniese á hacer daño. Recordóle con enternecimiento la infancia, sus juegos, el colegio. Concluyó por suplicarle con voz entrecortada por la emoción que si no tenía un gran interés por Esperancita dejase de darle celos. León le escuchó entre impaciente y confuso. Por librarse de él prometió cuanto quiso. Luego, cuando se vió entre los amigos, contó la ridícula conferencia y se rió en grande á costa del desdichado concejal.

El duque de Requena, después que dijo á Biggs lo que se proponía, se sentó á jugar al tresillo con la condesa de Cotorraso, el mejicano, marido de Lola, y el general Pallarés. Poco después bufaba lleno de furia porque le venían malas cartas. Á pesar de su opulencia jugaba siempre con el mismo afán que si le importase mucho la pérdida ó la ganancia de unos cuantos duros. Si la suerte le era adversa se ponía de un humor endiablado, murmuraba y hasta llegaba á decir frases inconvenientes á los compañeros. Su hija se veía muchas veces obligada á templarle y á quitarle las cartas de la mano para ponerse ella en su lugar.

Ahora Clementina estaba de buen talante jugando en la mesa próxima: se reía de Pepa Frías porque se mostraba silenciosa y preocupada.

—Oiga usted, Pinedo, no me acordaba ya—dijo arreglando el abanico de cartas que tenía en la mano,—¿por qué tenía usted interés esta mañana en hacer pasar por un santo delante de su hija al perdido de Alcántara?

—Es un secreto—respondió el gran vividor.

—¡Que se diga, que se diga!—exclamaron á un tiempo Pepa y Clementina.

Se hizo de rogar un poco. Al fin, obligándoles á prometer antes que lo guardarían fielmente, se lo dijo. Había observado en las niñas tendencia señalada á enamorarse de los calaveras, de los vagos, de los malvados, y á rechazar á los hombres laboriosos y formales. Para que su hija no cayera en poder de alguno de aquéllos invertía las referencias que le hacía de cada cual. Cuando pasaba á su lado un chico honrado y trabajador, le ponía de loco y de perdido que no había por dónde cogerlo; si, por el contrario, pasaba uno que mereciese en realidad tales dictados, como Alcántara, se hacía lenguas de él.

Pepa, Clementina y Arbós suspendieron el juego para escuchar sonrientes aquel singular relato.

—¿Y produce efecto el procedimiento?—preguntó el ministro.

—Hasta ahora admirable. Jamás se le ocurre á mi hija mentar en la conversación á los que yo le doy por buenos muchachos. En cambio, ¡cuántas veces me dice muy risueña!: «¿Sabes, papá, que hoy he visto á aquel amigo tuyo tan *perdis*? No se puede negar que tiene gracia en la cara y que parece un chico fino. ¡Es lástima que no formalice!»

En aquel momento, Cobo Ramírez, que andaba por

allí resoplando como un buey cansado, se acercó á la mesa y quiso saber de qué se reían. No le fué posible arrancarles el secreto. Pinedo les hizo una seña prohibitiva porque tenía mucho miedo á su lengua. También Pepe Castro, harto de dar celos á Clementina con su amiga Lola, sin que aquélla pareciese siquiera advertirlo, se levantó y se fué aproximando silenciosamente afectando melancolía. Se puso detrás de Pepa Frías y apoyó los brazos en el respaldo de la silla. La viuda estaba tan escandalosamente descotada que en aquella actitud se podía ver más de lo que la decencia permite.

—¡No vale mirar, Pepe!—exclamó Cobo con maligna sonrisa.

—Miro las cartas—respondió aquél.

—¡Vamos, no sea usted desvergonzado, Cobo!—dijo Pepa dándole con ellas en las narices y volviéndose á Castro.

—Quítese de ahí, Pepe. No quiero que se me contemple á vista de pájaro.

Fuentes se acercó para despedirse.

—¿No toma chocolate?—le preguntó Clementina dándole la mano.

—¿Cómo quiere usted que tome chocolate un hombre á quien le acaban de descerrajar un soneto á quema ropa?

—¿Mariscal?

—El mismo. En el comedor y á traición.

Mariscal era un joven poeta, empleado en el ministerio de Ultramar, que hacía sonetos á la Virgen y odas á las duquesas.

—Pero ya me he vengado como un marroquí—siguió.—Le he presentado al conde de Cotorraso que le está dando una conferencia sobre los aceites. Miren ustedes qué cara de sufrimiento tiene el pobre.

Los tresillistas volvieron la cabeza. Allá en un rincón estaban, en efecto, los dos. El conde hablaba con calor y le tenía cogido por la solapa según su costumbre. El desgraciado poeta, con el rostro contraído, echando miradas de socorro á todas partes, se dejaba sacudir como un hombre á quien conducen á la cárcel.

—Arbós, ¿no cree usted que he llevado mi venganza demasiado lejos?

Para no destruir el efecto de la frase se marchó bruscamente. Todas las noches recorria dos ó tres tertulias, donde se celebraban su gracia y sus ingeniosidades.

Los criados entraban con bandejas de chocolates y de helados. Cobo Ramírez cogió una mesilla japonesa, la llevó á un rincón, sentóse frente á ella y se apercibió á engullir.

Pepa Frías echó una mirada en torno, y viendo al general Patiño acercarse, le dijo:

—General, tome usted estas cartas: estoy cansada de jugar. Dáselas tú á Pepe, Clementina; vamos un poco al salón.

El general y Castro ocuparon el sitio de las damas. Estas se fueron al salón grande: mas antes de llegar á él, dijo Pepa:

—Mira, tengo que hablarte de un asunto importante. Vamos á otro sitio.

Clementina la miró con sorpresa.

—¿Quieres que vayamos al comedor?

—No; mejor es que subamos á tu cuarto.

Volvió á mirarla con más sorpresa aún, y, alzando los hombros, dijo:

—Como quieras. ¡Cosa grave debe de ser!

Mientras subían la escalera, Clementina imaginaba

que su amiga iba á hablarle de Pepe Castro, de sus amores. Y como en realidad el asunto no le interesaba como antes, marchaba con cierta indiferencia no exenta de aburrimiento. Cuando se encontraron frente á frente en el *boudoir*, le dijo Pepa cogiéndola por las muñecas y mirándola fijamente:

—Vamos á ver, Clementina, ¿tú sabes cómo andan los negocios de tu marido?

Fué un golpe en medio del pecho. Clementina, aunque sin precisión, tenía noticias de las pérdidas de Osorio, de su creciente y febril afán de jugar. Él mismo, en una explicación que con ella tuvo, la había amedrentado para arrancarle la firma. Además le veía cada día más delgado y más sombrío. Pero aunque se preocupaba un instante de estas cosas, el tren complicado de su vida de mujer elegante, ayudado por el deseo de no pensar en asuntos enfadosos, se las apartaban pronto de la memoria. Nunca se le pasó por la imaginación que tales pérdidas pudiesen afectar seriamente á sus comodidades, á su ostentación, ni aun á sus caprichos. La conducta de Osorio, que nada le había dicho de restringir los gastos, daba pretexto á perseverar en esta creencia. Pero el gusano permanecía vivo allá en el fondo. No había más que hostigarle como hizo Pepa, para que royese lindamente.

—¿Los negocios de mi marido?—dijo balbuciendo, como si no entendiese.—Yo nunca me entero... ni le pregunto.

—Pues me han dicho que ha tenido grandes pérdidas en estos últimos tiempos...

—Allá él—exclamó la dama reponiéndose y alzando los hombros con supremo desdén.

—Es que á ti también te puede chamuscar el pelo, hija mía... ¿Tienes asegurada tu dote?

—No sé lo que es eso... ¿No te he dicho que no entiendo de negocios?

– Pues en este asunto debieras procurar enterarte.

—Pues yo te digo que no me preocupa nada y te ruego que hablemos de otra cosa.

Clementina se mostraba más altanera y desdeñosa cuanta más insistencia veía en Pepa. Su orgullo, siempre alerta, le hacía suponer que ésta había preparado aquella conferencia para mortificarla.

—Es que... querida mía, debo advertirte que tu marido no especula solamente con su capital—dijo la viuda picada ya.

—¡Ah! ¡Ya pareció aquello! Vamos, tú tienes algunos ochavos en poder de Osorio y temes perderlos, ¿verdad?—dijo Clementina con sonrisa sarcástica, reprimiendo su cólera con trabajo.

Pepa se puso pálida. Una ola de ira le subió también del corazón á los labios. Estuvo á punto de echarlo todo á rodar y ponerse á reñir como una verdulera, para lo cual tenía dotes especialísimas; pero un pensamiento interesado, un pensamiento de conservación la contuvo. Si rompía con su amiga, si la irritaba, las probabilidades de salvar su capital disminuían. Comprendió que el mejor partido era no excitar su naturaleza indómita, esperar que la amistad ó su mismo orgullo la impulsasen á la generosidad. Hizo un esfuerzo para reprimir sus ímpetus ante la mirada altiva y provocativa de su amiga y dijo con abatimiento:

—Pues sí, Clementina, te lo confieso. Tu marido tiene en su poder lo poco que poseo. Si lo pierdo me quedo sin una peseta. No sé qué será de mí... Antes que depender de mi yerno, prefiero pedir limosna.

—Pedir limosna, no. Te traeré á casa para acompañarme en lugar de Pascuala—dijo con desdén la

dama, en quien la soberbia aún no se había apaciguado.

Pepa sintió más este flechazo que el anterior, pero logró contenerse también.

—Vamos, chica - dijo volviendo á cogerla por las muñecas cariñosamente,—no me eches á la cara los millones. Si he venido á aburrirte con estas cosas, es porque te tengo por mi mejor amiga. Ya sé yo que se exagera mucho, y que la envidia anda suelta por el mundo. La mayor parte de lo que cuentan de las pérdidas de Osorio, probablemente no será verdad...

—Y si lo fuese, la cosa tiene poca importancia para mí. Figúrate que hoy mismo me ha dicho mi madrastra que me deja por heredera de toda su fortuna.

Pepa abrió los ojos con sorpresa.

—¿La duquesa? ¡Oh, pues no son más que cincuenta millones de pesetas! Creo que la pobre está muy enferma...

—Bastante.

La soberbia se sobreponía en aquel instante á todo sentimiento afectuoso en el corazón de Clementina. Pronunció aquel bastante en un tono que daba frío.

Las dos amigas, al cabo de unos minutos, se entendían perfectamente. Pepa, afectando siempre desenfado, adulaba de todos los modos posibles á su amiga, como hermosa, como rica, como elegante. Clementina se dejaba adular, respiraba con delicia aquel tufillo de incienso. En cambio prometía que ni un céntimo perdería Pepa de su capital.

Bajaron la escalera cogidas por la cintura, charlando como cotorras. Al llegar á la puerta del salón, antes de soltarse se dieron un apretado y cariñoso beso. Ninguna de las dos pensó que lo que las tenía enlazadas no eran sus propios brazos, sino los de un cadáve: el cadáver de una santa y generosa señora.

VIII

Cena en Fornos.

L salir del hotel de Osorio, Pepe Castro y Ramoncito se metieron en la berlina que esperaba al primero y se trasladaron á Fornos. Les costó trabajo desembarazarse de Cobo Ramírez, que había olido algo de cena y deseaba ser de la partida. Ramón dió un codazo á Castro para manifestar que no le vería con gusto en ella. Éste, á quien tampoco placía el carácter desvergozado del primogénito de Casa-Ramírez, hizo lo posible por desprenderse de él engañándole.

El terror de los maridos estaba de muy mal humor. La indiferencia real ó fingida que Clementina le había mostrado toda la noche le roía el corazón. Siempre habían sido prudentísimos en sociedad, sobre todo en casa del marido; pero nunca le faltó ocasión, hasta entonces, á la dama, con una mirada intensa, con alguna palabrilla fugaz, de expresarle su amor. Y como esto llovía sobre mojado, porque hacía ya bastantes días que

la encontraba despegada, distraída, la picadura era más viva. Castro no estaba enamorado de la esposa de Osorio. Era incapaz de enamorarse. Pero tenía una idea extraordinaria de su dotes de conquistador y, como consecuencia, un amor propio exagerado. Además, ya sabemos que Clementina era para él, no sólo la tórtola enamorada, sino el cuervo que le traía en su pico el sustento. Envuelto en su gabán de pieles y arrellanado en el rincón del coche, no despegó los labios en todo el camino. Era la una. La noche fría y despejada, una noche de Madrid, en que el ambiente produce cosquillas en los ojos y la nariz. Ramoncito, entregado también á sus melancolías, limpiaba con el pañuelo el cristal de la ventanilla para sumergir la mirada en las calles solitarias y en el cielo poblado de estrellas.

Cuando llegaron á Fornos vieron el coche de la Amparo, en espera.

—Llegamos un poco tarde. Nos va á sacar los ojos esa tía—dijo Castro apresurándose á entrar.

Un mozo les dijo que arriba, en el gabinete de la izquierda, les esperaban tres señoras y dos caballeros. Antes de subir dió las disposiciones necesarias para la cena que había encargado. En el gabinete, dispersos por las sillas, estaban Rafael Alcántara, Manolito Dávalos, la Nati, la Socorro y la Amparo, que los recibieron con *fueras* y silbidos. Todos cinco venían del Real: hacía muy cerca de media hora que esperaban.

—¡Qué poca vergüenza tienes, hijo!—dijo la Amparo con el hermoso entrecejo fruncido.—Y menos aún los que toman en serio tus convites.

—Chica, me figuré que saldrías más tarde del Real.

—¡Eso! Dí que estabas á gusto en casa de mi hijastra, y entonces puedes tener cierta disculpa.

Amparo solía llamar en broma su hijastra á Clementina.

—¡Qué hijastra, ni qué madrastra!—exclamó el lechuguino con gesto de mal humor.—¡Si pensarás que hay mujer que me retenga á mí cuando no quiero!

El despecho, incubado toda la noche, rompía ahora con fuerza la cáscara.

—¡Olé mi niño! Así hablan los hombres—exclamó la Nati, una chulilla de Lavapiés que descubría el paño, no sólo en la conversación, sino también en el peinado, en los andares, en todo.

—¡Qué simple eres, criatura!—dijo la Amparo volviéndose á ella.—¿Te figuras que eso es cierto? Clementina le tiene más sumiso que un perrillo de lanas. Si se le antoja, le hace lamer la planta de sus pies.

—¡Sí; lo mismo que tú á su papá!—respondió furioso Castro.—¿Vosotras, por lo visto, os habéis llegado á figurar que soy un cadete de infantería? Pues ya veréis lo que me importa por esa señora...

—¿De veras?—preguntó Alcántara.

—De veras: me voy aburriendo ya.

Castro, previniendo una próxima ruptura con su amante, preparaba una cama blanda á su reputación de seductor para que no sufriese desperfecto.

—Os enfadáis conmigo—siguió—porque llego tarde... ¿Y León? ¿Dónde está León?

—León, aquí está—profirió una voz sonora detrás.

Y el propio León avanzó hasta el medio de la estancia y se puso á parodiar, con entonación y mímica de cómico de la legua, una zarzuela muy conocida:

Yo soy aquel conde de Agreda llamado,
Que en lides sin cuento probó su valor.

—Oye, nene—dijo Socorro tirándole de los faldones del frac,—tengo que ajustarte una cuenta.

—¡Tú también!—exclamó con afectado espanto.—¡Cielos! ¿Dónde me meteré que no me presenten cuentas?

Y se dejó llevar, fingiendo susto, á un rincón por su querida, que le preguntó en voz baja:

—Dí, babieca, ¿por qué no me has dicho que era Amparo de la partida? ¿No sabes que estamos políticas hace ya días?

—¡Bah! ¡bah!—exclamó alzando la voz y apartándose.—En cuanto tengáis unas copas de Jerez en el cuerpo, se van á oir los besos que os deis, desde la calle.

Socorro quedó acortada mordiéndose los labios. Temía que Amparo hubiese advertido algo. Y en efecto, la querida de Salabert les había echado una mirada penetrante sospechando lo que hablaban, y arrugó el entrecejo: «¡Anda, anda! ¡Á buena parte iban con recaditos! ¡Como la picasen un poco era capaz de agarrar por el moño á aquella pánfila y batirla contra la pared!»

La Socorro era una rubia linfática, de tez nacarada y ojos claros, un poco romántica y un mucho susceptible. Se decía hija de un comandante y se arrogaba el derecho de despreciar á sus compañeras nacidas del seno de la plebe. Era más instruída que ellas porque leía todos los folletines que le venían á las manos: cuidaba de no decir palabras feas: no solía emplear tampoco locuciones flamencas. Tenía alguna más edad que la Amparo y la Nati.

—Á la mesa, á la mesa—dijo Alcántara.—Estas óperas alemanas me excitan un hambre de lobo.

Levantáronse todos del asiento y se aproximaron á la mesa, mientras Castro hacía sonar el timbre para

avisar al mozo. El conde de Agreda los detuvo con un gesto:

—Caballeros, hay aquí dos princesas que han reñido por cuestiones diplomáticas que no nos incumben. ¿Opinan ustedes que se den un beso antes que nos sentemos?

—Que se lo den: que se lo den—exclamaron los tres hombres y Nati, mirando á la Socorro y Amparo.

Ésta se encaró furiosa con León.

—¡Ja, ja!.. Chico, no empieces ya á soltar gracias porque nos va á hacer daño la cena

La Socorro se hizo la indiferente inspeccionando la mesa.

—Que se besen—volvió á decir el coro.

—Oíd, preciosos, ¿nos habéis traído para reiros de nosotras ó á darnos de cenar?—dijo la Amparo cada vez más irritada.

Castro trató de calmarla.

—No hay motivo para enfadarse, Amparito. León, lo mismo que yo y todos los demás, desearíamos que los que nos sentemos á cenar fuésemos buenos amigos. Si hay algún resentimiento debe olvidarse, sobre todo si, como presumimos, no ha sido por cosa grave.

—¡Que se besen!—gritaron con más fuerza los comensales.

No hubo más remedio. Castro y Alcántara se apoderaron de la Amparo, Ramón y el conde de la Socorro y las fueron aproximando casi á viva fuerza, no sin que ambas protestasen, sobre todo Amparo, que se defendía con energía. Al cabo concluyó por reirse.

—¡Pero esto es estúpido! ¿Qué mosca os ha picado?

Y acercándose con decisión á Socorro, le dió un beso sonoro en la mejilla.

—Besémonos, hija, porque si no temo que á estos chicos simpáticos les dé un ataque de nervios.

La Socorro le pagó el beso con otro más tímido, manifestándose reservada y circunspecta.

—Bueno, ahora dejadme calentar un poco, que estoy aterida—dijo sentándose al lado de la chimenea, tan cerca que, por milagro, no ardía.

Se tostó por delante y por detrás, en tal forma, que, cuando Rafael fué á coger la silla, quemaba.

—¡Qué atrocidad! Mirad, chicos, cómo ha dejado Amparo la silla.

Todos pusieron las manos sobre ella y se admiraron.

—¡Cómo tendrá esa mujer el cuerpo! Vamos á verlo —dijo Castro avanzando hacia ella.

—¡Eh, niño, alto! que yo soy de mírame y no me toques... Bueno, si queréis tocad la espalda—añadió generosamente.

Y uno tras otro fueron poniendo la palma de la mano en la espalda de aquel hermoso animal que, efectivamente, casi quemaba.

—Ahora vais á ver cómo me las compongo con los boquerones—dijo sentándose.—Porque supongo que te habrás acordado de mí—añadió levantando la vista hacia Pepe Castro.

Este hizo una señal afirmativa y empujó suavemente á Manolito Dávalos para que se sentase al lado de su ex querida. Era curioso ver la extraña turbación que se apoderaba del tocado marqués cuando se ponía cerca de la Amparo. Esta mujer le fascinaba de tal suerte que se mostraba confuso, ruborizado, sin saber qué decir ni hacer. Los compañeros, que lo sabían, mirábanle con disimulo y enviaban sonrisas y guiños á la joven, la cual adoptaba un continente protector, maternal, con él. Se reía como los demás de aquella extraña y furiosa

pasión; pero en el fondo se sentía halagada por ella.

Rafael Alcántara, que ya había pellizcado en todos los platos de entremeses, volvió á gritar:

—Señores, que venga por Dios esa cena, porque voy á pillar una indigestión de aceitunas.

Acomodáronse todos, al fin. Dos mozos comenzaron á servir los platos. Amparo desdeñó el *consommé*; pero cuando trajeron unos filetes de *bœuf macédoine* se colmó de tal modo el plato que los amigos comenzaron á darse de codo y á reir.

—¡Ah! ¿vosotros pensáis que soy una niña tísica de las que cantan *La Estella confidente*?... ¡Ya veréis, ya!

Rafael sacó la conversación del duque de Requena, pero la Amparo cortó las bromas.

—Vamos, dejadle en paz. Ya que paga, que se divierta el pobre como pueda.

Aunque todo el mundo sabía que tenía esclavizado al archimillonario, no gustaba que se rieran á su costa. Del duque pasaron á su hija. Rafael contaba pormenores terribles, repugnantes. Las mujeres se ensañaron con ella vengándose de su hermosura, su elegancia y su orgullo. Castro, en vez de acudir á la defensa, contentóse con sonreir discretamente y exclamar con negligencia:

—¡No sabéis lo que decís!

Aquella sonrisa, aquel tono superior y desdeñoso, querían sin duda significar que era ridículo hablar de las interioridades de Clementina en presencia de él. Pusiéronse sobre el mantel las honras de otra porción de señoras y caballeros. Entre copa y copa de *borgoña*, entre bocado y bocado de salmón con mayonesa quedaron todas perfectamente arregladas. Manolito no terciaba en la conversación. Feliz con sentir el traje de Amparo rozando con sus piernas, echándola de vez en

cuando miradas intensas de apasionado deseo, acudiendo á servirla con solicitud de esclavo medroso, se apretaba á veces más de la cuenta contra su ídolo, acometido de rabiosa pasión. Cuando esto sucedía, el ídolo le arrimaba por debajo de la mesa crueles taconazos y pellizcos que le volvían á la razón. Fuera de esto se mostraba amable con él, le trataba como á un niño, le daba bocaditos del plato en que ella comía y le hacía mimos cogiéndole la barba con la punta de los dedos. Pero el pobre, antes de terminar la cena, se vió acometido de un golpe de tos; se puso rojo; quería echar, con grandes esfuerzos de su cuerpo, algo que no acababa de salir. Este algo era nada menos que una sarta de rails de ferrocarril que al loco marqués se le antojaba que tenía dentro del cuerpo Los demás, que sabían de esta alucinación, sonreían con expresión de lástima y burla. Rafael Alcántara exclamó cínicamente:

—¡Dale, dale, que es lagarto!

El pobre Manolo se volvió hacia él, sudoroso, encendido, y le dijo con acento de reproche:

—Si tú te encontrases como yo, no te reirías, Rafael.

—¡Tiene razón, tiene razón! — exclamó la Amparo indignada. — Vaya una gracia, burlarse de un amigo enfermo.

Y para indemnizarle de aquel agravio le ayudó á sentarse en un diván, le limpió el sudor con su pañuelo y le dió unos cuantos besos. Luego vino á sentarse de nuevo y siguió devorando lo que le ponían delante. Llegó el turno á los boquerones preparados expresamente para ella. Era uno de los gustos plebeyos que conservaba. Tantos engulló, que excitó la admiración y la risa de los comensales. Socorro dijo, sin embargo, por lo bajo á su querido, «que daba asco verla comer». Creía de buen tono padecer de dispepsia y comer poco,

Amparo remojaba los bocados con tantos y tan formidables sorbos de *borgoña*, que dejaba siempre la copa temblando. Comía y bebía como un labrador en día de boda, y hacía gala de ello.

Ramoncito no se hallaba en disposición de experimentar los goces de la nutrición animal. Dijo que había tomado chocolate en casa de Osorio; pero no era cierto. Lo que había tomado era veneno, con los obsequios que su amigo, el conde de Agreda, tributó por más de una hora á Esperanza.

—Oye, feo, ¿por qué no comes? — le dijo Amparo volviéndose de repente hacia él.—¿Es verdad que la chiquilla de Calderón no te hace caso? Te doy la enhorabuena, hijo, porque debe de tener mucho humor herpético.

Maldonado, que estaba ya desabrido con ella desde la frase de la tarde, se puso encendido. Conteniéndose á duras penas le dijo con voz ronca:

—Lo que te prevengo seriamente es que no vuelvas á ocuparte delante de mí de esa niña...

Amparo le miró fijamente con aire de desafío.

—¿Y por qué, rico mío?

—Porque las mujeres como tú no pueden hablar de ciertas cosas sin profanarlas—dijo temblando de cólera el concejal.

—¡Ja, ja! Abrid los balcones, chicos, porque este chavó tiene calor—dijo con risa sarcástica; y enfureciéndose de pronto:—¡Mira, niño, no me vengas con infundios! Tú eres un mamarrachillo y ella un saco de pus. ¿Lo oyes bien?

La noble faz de Ramoncito se descompuso al escuchar estas pesadas palabras. Todo su cuerpo se estremeció de furor. No se sabe qué acto bárbaro é insano hubiera realizado á no sujetarle Castro por la manga del frac, diciéndole:

—Déjala, hombre. ¿No ves que tiene ya mucho alcohol en la cabeza?

Castro tenía del otro lado á la Nati. Sin saber por qué razón, pues nunca le había sido muy simpática, le dió toda la noche por servirla y requebrarla en voz baja. Cuando se puso un poco alegre, le dijo á Alcántara que estaba del otro lado:

—Con tu permiso, Rafael, voy á dar un beso á Nati.

Y se lo dió sin aguardar respuesta.

Rafael no hizo maldito el caso. Poco después volvió á decir:

—¿Permites, Rafael?

Y ¡zas! le encajó otro beso. La bromita le pareció tan bien, que no se pasaban cinco minutos sin que la repitiese. Nati la encontraba deliciosa; se reía, presentando la mejilla á los labios del hermoso salvaje. Rafael, al principio, también la encontró graciosa y respondía gravemente á la pregunta de su amigo:

—Lo tienes, Pepe, lo tienes.

Pero al cabo fué pareciéndole pesada, y entre bromas y veras concluyó por decirle:

—Basta, Pepe; no abuses del físico.

A los postres, el mozo les dijo que un señorito que cenaba en un gabinete próximo con una señora, bebía una copa de *champagne* á su salud.

—¿Quién es ese señorito? ¿Le conoces?

El mozo sonrió discretamente.

—Me ha prohibido decir su nombre.

—¿Es un amigo?

—Sí, señor conde: es un amigo.

—Pues allá voy—dijo León.

Y salió de la estancia. Á los pocos instantes volvió á entrar con Álvaro Luna y su querida la Conchilla. Les

hicieron una ovación. Rafael se adelantó con la copa en la mano y cantó:

—Murió Alvarito,
Dios le tenga en gloria;
Bebamos una copa á su memoria.

Hizo gracia la ocurrencia porque Álvaro se había batido por la tarde. Pepe Castro le abrazó.

—Ya sabíamos que habías salido bien. ¿Has pinchado al coronel?

—Sí, en un brazo.

—¿Cómo fué eso?

—Verás tú...

Y le contó los pormenores del lance. Todos se acercaron para escuchar. El coronel se había levantado los pantalones al llegar al jardín y se había remangado la camisa como un carnicero. Atacó furiosamente; pero se fatigaba en seguida, como hombre obeso que era y algo tocado del corazón. Descansaron seis veces. Al fin, harto ya de tanto bregar, le había tirado con decisión una estocada al pecho amagándole antes un tajo á la cabeza. No tuvo tiempo más que á poner delante el brazo izquierdo, que quedó atravesado.

—Creí que le había matado, porque cayó redondo al suelo.

—Así, así. No hay cosa más ridícula que andar dibujando tajos en el aire y haciendo ruido con los sables como en el teatro. Un buen golpe recto, partiendo de la inmovilidad, ¡ésa es la manera de concluir pronto!

—Murió Alvarito,
Dios le tenga en gloria;
Bebamos una copa á su memoria.

Volvió á cantar Rafael con voz engolada levantando la copa de *champagne*.

—Vamos, á este chavó ya se le ha subido San Telmo á la gavia—dijo la Amparo.

Pepe y Álvaro sonrieron y continuaron comentando el lance. Los demás, menos Conchilla, les fueron dejando; se pusieron á charlar con animación, trincando á la vez de lo lindo. Rafael estaba empeñado en que Ramoncito les contara sus amores. ¿Se había declarado ya á la hija de Calderón? ¿Le había dado esperanzas? La verdad es que la niña no encontraría, por mucho que buscase, partido tan ventajoso como el de Ramoncito, un muchacho formal, en buena posición, con un porvenir en la política ..

Aunque Alcántara parecía que hablaba en serio y expresaba las mismas ideas que al propio Ramoncito le bullían constantemente en la cabeza, éste recelaba, y con razón, de su buena fe. Además, la presencia de aquellas mujeres, y más especialmente la de León, le molestaba mucho. Rechazó, pues, con mal humor todas las instancias que le hicieron para que abriese su pecho, y les rogó, muy fruncido y encrespado, «que hiciesen el favor de no romperle más la cabeza». Con esto desistieron de reirse á su costa y la emprendieron con Manolito Dávalos. El joven marqués, desde un diván donde yacía solitario, contemplaba sin pestañear en extática adoración á su ex-querida.

—Ven acá, Manolito; acércate un poco, hombre—le dijo León.

—¿Para qué?—preguntó el marqués aproximándose con semblante avergonzado.

—Para que charlemos un poco... Y para que estés cerca de lo que más quieres... Haces bien en estar enamorado de esta barbiana. Todo se lo merece. No hay

en Madrid una mujer que le ponga el pie delante en hermosura, en garbo, en salero... ¡Qué ojos! ¡qué cejas! ¡qué boquita de rosa!... ¡Hasta las orejas! ¡Mira qué primor de oreja!... Me las comería cada una de un bocado... ¡Uy! ¡uy! ¡uy!

Nati le había echado un feroz pellizco en el brazo.

—Para que no vuelvas á echar piropos á nadie delante de tu mujer—dijo medio en serio, medio burlando.

—Chico, si me hubieses dicho todo eso por la mañana me hubiera durado todo el día—le dijo Amparo riendo.—Pero ahora... ya ves, nos dormiremos en seguida..

—Pero vamos á ver, Amparo—manifestó Rafael afectando seriedad.—¿Por qué has dejado á Manolo, un chico joven, simpático, de las primeras familias de España, por un tío asqueroso, viejo, baboso como Salabert?

El chiflado marqués hizo un gesto de contrariedad.

—Déjanos en paz, Rafael.

Amparo, poniéndose seria también, le contestó:

—Yo no le he dejado. Nos hemos dejado mutuamente, por conveniencia de ambos. No dirá él que yo le he despedido...

Manolo asintió con la cabeza por no contrariar á su ídolo, aunque otra cosa le constase.

—Pues es una lástima, porque él sigue más chalao por ti que nunca... Y tú, aunque aparentes lo contrario, creo que algo te queda allá en el fondo.

León se mordió los labios para no soltar el trapo.

— Mira, tú, niño—expresó la Amparo con tono y ademanes persuasivos;—vosotros nos juzgáis peores de lo que somos. Yo no diré que algunas veces no obremos por capricho, y que no seamos ligeras é interesadas...

Pero hay ocasiones en que las circunstancias nos arrastran. Una mujer se pone en tren de vestir con elegancia, de tener palco en los teatros, de gastar coche, y llega á acostumbrarse á estas cosas como vosotros á fumar y tomar café. Llega un día en que si quiere dar gusto á su corazón, va á verse privada de todo esto, y á caer en la miseria. Tú comprenderás que se necesita mucha virtud y más amor que el de Romeo y Julieta para echarlo todo á rodar y sacrificarse á vestir de percal otra vez y á vivir en una buhardilla. Chico, por lo mismo que nosotras hemos conocido bien la pobreza, sabemos mejor que vosotros lo agradable que es. Yo me he comprometido con Salabert porque tiene mucho dinero y puede satisfacer todos mis caprichos. No necesitaba decírtelo... Por lo demás, si fuera á dar gusto á mi corazón, demasiado sabéis, y demasiado lo sabe él, que yo nunca he querido á nadie de verdad más que á Manolo.

Escuchando estas palabras, al loco marqués se le arrasaron los ojos de lágrimas. Tomó la mano de su ex querida y la besó con la misma devoción y ternura que una reliquia. León se levantó de prisa porque no podía tener la risa en el cuerpo. Las mujeres, siempre compasivas con los extravíos de la pasión por ridículos que sean, le contemplaron con curiosidad y lástima. Sólo Rafael permaneció grave.

—Francamente, no puedo presenciar ciertas escenas sin conmoverme—dijo levantándose de la silla afectando una tristeza que hizo sonreir á la misma Amparo.

Justamente en aquel momento, Álvaro Luna se despojaba del frac para mostrar á Castro y á su querida una pequeña herida que el sable del coronel le había hecho. Rafael, León, Nati, Ramoncito y Manolo Dávalos se acercaron. El noble salvaje se remangó la cami-

sa y dejó ver el antebrazo, donde había una señal roja bastante larga.

—Diablo; ha sido un golpecito regular—dijo Castro.

—Un planazo—manifestó Álvaro.

—No; más bien parece que ha sido con el corte. Lo que hay es que pegando enteramente á plomo y no tirando un poco del sable al mismo tiempo, el corte suele embotarse. Por eso no ha rajado la piel, y en vez de herida resultó contusión.

Conchilla, que miraba el brazo de su amante con tristeza y sobresalto, se precipitó al fin sobre él y le besó la cicatriz con transporte, sin importarle las risas y las cuchufletas que esto produjo.

Amparo y Socorro se habían quedado sentadas al lado de la mesa, una frente á otra. Si se ha de decir la verdad, Amparo, naturaleza violenta, irascible, sin pizca de imaginación y de inteligencia limitadísima, habíase olvidado enteramente del desabrimiento que con la Socorro había tenido; le dirigía la palabra con la misma confianza y desenfado que antes. Mas ésta, porque su carácter fuese más receloso y susceptible, ó porque el vino la privase del juicio, ó por ambas cosas á la vez, seguía mostrándose taciturna y hostil hacia su amiga. Respondía con marcada frialdad á sus observaciones y hasta algunas veces se advertía en sus labios cierto gesto de desdén. La Amparo, que no tenía un temperamento observador, concluyó sin embargo por observarlo.

—Oyes, chica, ¿qué es lo que tienes? ¿Te dura todavía el enfado?

—¿Á mí? ¡Ca! Yo no puedo enfadarme contigo.

Estas palabras parecían un testimonio de cariño y confianza. Sin embargo, las pronunció en un tono tan

extraño, que la Amparo se la quedó mirando fijamente antes de replicar.

—Pues hija—dijo al cabo,—yo te confieso que puedo enfadarme con todo el mundo y contigo también si me llegases á hacer alguna ofensa.

—Pues yo, contigo, no—replicó con una sonrisa particular la Socorro.

Amparo volvió á mirarla fijamente y con sorpresa.

—¿Qué quieres decir con eso, que me desprecias?

—Lo que tú quieras—profirió con el mismo gesto de desdén.

Una arruga profunda apareció en el entrecejo de Amparo, señal de tormenta.

—Mira, chica, tengamos la fiesta en paz. Te vas haciendo muy picante y ya sabes que tengo muy poca paciencia—dijo con voz sorda.

—De lo que menos caso hago yo es de tu paciencia, hija mía. Te he venido á decir bien claramente que no quiero trato contigo. Al parecer, no quieres acabar de entenderlo. Tú y yo nò hemos mamado la misma leche ni hemos tenido los mismos principios. Por eso no nos entendemos. Si algún resentimiento tienes conmigo, como yo jamás te he tenido miedo ninguno, podemos resolverlo cuando quieras. Mira, aquí traigo este juguete para castigar á los desvergonzados.

Al mismo tiempo sacó del bolsillo una llave inglesa y la puso sobre la mesa.

Verla Amparo, apoderarse de ella con ímpetu feroz y dar un terrible golpe en la cara á su dueño, fué instantáneo. La Socorro cayó de la silla soltando cuatro chorros de sangre por los cuatro agujeros que los pinchos del instrumento la hicieron. El susto, para los que allí estaban, fué grande, pues no habían advertido la disputa. Todos corrieron presurosos á levantar á la he-

rida. Hubo unos instantes de confusión en que nadie se daba cuenta de lo que en realidad había pasado. La Amparo se había puesto terriblemente pálida y aún murmuraba sordamente denuestos. En cuanto León Guzmán averiguó, viendo en sus manos la llave, lo que había pasado, quiso arrojarse sobre ella, y lo hubiera hecho faltando á lo que se debe un caballero, si Pepe Castro y Rafael no le hubieran sujetado. No pudiendo realizar sus propósitos comenzó á increparla.

—¡Esto es una infamia! ¡Una vileza! ¡Es la acción de un asesino! Desde aquí debes ir á la cárcel, porque has cometido un delito.

Los mozos, que habían acudido á los gritos, viendo tanta sangre y oyendo las palabras del conde, se dispersaron. Alguno de ellos bajó al café á dar parte á un inspector de policía que allí estaba, el cual se presentó inmediatamente: otros corrieron á avisar á un médico. Subieron dos. La herida era de importancia y de consecuencias, porque quedarían señales en el rostro. Ordenaron que llevasen acto continuo á la enferma á la casa de socorro. Allí no disponían de medios para la cura. El inspector manifestó que se veía en la necesidad de conducir la agresora á la prevención y tomar el nombre de los presentes. Entonces todos intervinieron con ruegos para que dejase á la Amparo libre, respondiendo ellos de las consecuencias. El inspector se negó resueltamente. Lo único que podía hacer era conducirla al Gobierno civil en vez de la prevención y detener el parte al juzgado algún tiempo. Aunque casi todos pertenecientes á familias muy distinguidas, ninguno de los presentes era un personaje político (con paz sea dicho de Ramoncito) que pudiese desviar ni contener el curso de la justicia. Pero el duque de Requena sí lo era. Por eso Rafael le dijo en voz baja á la Amparo:

—Mira, chica, lo mejor que puedes hacer es pasar un aviso á Salabert. Si no, estás perdida.

—Ya se habrá acostado. ¿Te encargas tú de llevárselo?

El perdulario vaciló un instante, pero al fin se decidió á prestarle aquel servicio, contando sacar de él buen partido.

La herida fué conducida á la casa de socorro en el coche de Pepe Castro, acompañada por León y un guardia. Amparo fué al Gobierno civil en su propio carruaje, con el inspector y Manolito Dávalos, que se lo pidió á éste por favor con lágrimas en los ojos. Álvaro Luna, la Conchilla, Nati, Pepe Castro y Ramón les prometieron seguirlos inmediatamente y acompañar á la hermosa agresora en su odisea. Pero ya á la puerta de Fornos hubo deserciones. Álvaro declaró que le dolía un poco el brazo y que iba á curárselo. Conchilla, como es natural, le acompañó. La Nati, con Castro y Ramón, siguieron á pie hasta el Gobierno. Una vez allí, antes de entrar celebraron consejillo. Ramoncito presentaba algunas dificultades. El era concejal y no podía «meterse en ruidos», máxime cuando las relaciones del Gobernador con el Ayuntamiento venían siendo un poco tirantes. Por su parte, Castro declaró lacónicamente que todo aquello era ridículo. Naturalmente, siendo ridículo ¿qué iba á hacer un hombre como él allí? Además, anunció que tenía sueño y éste era ya un argumento sobradamente poderoso sin necesidad del primero. La Nati tal vez hubiera desistido también de subir; pero se creía en la obligación de aguardar á Rafael.

En una habitación bastante sucia del Gobierno esperaban la Amparo y Manolito Dávalos cuando Nati se les juntó. El maníaco marqués estaba tan tembloroso, tan desencajado y lívido como si sobre él pesase una te-

rrible desgracia. Su confusión y dolor se aumentaron cuando Amparo le ordenó marcharse. No convenía que le viese Salabert allí. Rogó con los mayores extremos que le permitiese aguardar el fin de la aventura; pero fué en vano. No pudiendo conseguirlo salió al cabo de la estancia, pero fué para rondar por los alrededores del edificio como un perro fiel. Pocos momentos después, la Amparo fué llevada al despacho de uno de los oficiales, que la recibió sin miramiento alguno, sin levantarse del sillón y hablándola en un tono autoritario que la produjo gran irritación. La bilis se le revolvió en el estómago. En poco estuvo que no se desvergonzase con aquel mequetrefe; pero el temor de la cárcel la contuvo. Sin embargo, á pesar de su paciencia, no estuvo en mucho que fuese. Si no llegan á la sazón el duque de Requena y Rafael hubiera sido más que probable.

Salabert entró resoplando como de costumbre. Á este resuello debía, quizá, parte del respeto que en todas partes inspiraba. Sólo un hombre con cien millones de pesetas de capital se podía autorizar tanto resoplido y escupitajo. El oficial se turbó un poco á su vista. El banquero, con la perspicacia que le caracterizaba, supo aprovechar este predominio.

—¿De qué se trata, eh? Disputas de chicas... Algunos golpes... Nada entre dos platos... Esto se arregla en dos segundos... Tú, chiquita, á la cama... Mañana la darás un beso; la regalarás un brazalete... Todo arreglado todo arreglado—comenzó á gruñir con el desenfado del que está en su casa.

El oficial apenas tuvo valor para murmurar:

—Señor duque, tendría mucho gusto en complacerle... pero mi obligación...

—Á ver, ¿dónde está Perico? ¿Anda por ahí Perico?—preguntó con el mismo despotismo.

—El señor Gobernador se ha retirado ya—manifestó el oficial.

—Pues el secretario... ¿Dónde está el secretario?... Á ver, el secretario.

Condujéronle á su despacho y se encerró con él. Al cabo de unos minutos salió con las mejillas un poco más amoratadas. El secretario le despidió á la puerta con una fina sonrisa burlona. La Amparo se acercó y le preguntó:

—¿Está arreglado el asunto?

—Por ahora, sí—respondió mordiendo el sempiterno cigarro.

—Pues quiero irme en tu coche—dijo, bajando la voz.

La fisonomía del banquero se oscureció.

—Demasiado sabes que no puede ser.

—¿Que no puede ser?... Ahora verás... Dame el brazo... En marcha.

Y cogiéndose con fuerza de su brazo le empujó hacia la escalera seguido de Nati y Rafael entre las miradas atónitas del oficial, del inspector y de los tres ó cuatro empleados que allí había á tales horas.

Una vez en la calle, la hermosa tirana ofreció su coche á Nati y Rafael, y se metió sin vacilar en el del duque, que la siguió taciturno pero sumiso. Los nervios de la antigua florista se desataron así que se vió á solas con su querido. Las palabras más soeces del repertorio de los cocheros de punto brotaron á sus labios temblorosos. Pateó, juró, rechinó los dientes, profirió mil estúpidas amenazas. Por último, cogiendo al banquero por la solapa de su gabán de pieles, le dijo atropellándose por la ira:

—Por supuesto; esos dos puercos, el empleado y el inspector, quedarán á escape cesantes.

—Veremos, veremos—respondió el duque, inquieto y confuso.

—Ya está visto. Hasta que me traigas su cesantía no te presentes en mi casa, porque no te recibo.

IX

Los amores de Raimundo.

La nueva aventura amorosa de Clementina se desenvolvía de un modo tan pueril como grato para ella. Después de aquella inoportuna vuelta de cabeza, que tanto la había avergonzado, se guardó bien, durante algunos días, de mirar hacia atrás, aunque el saludo que enviaba á Raimundo fuese cada vez más expresivo y afectuoso. El capricho (por no darle mejor nombre, pues no lo merecía) fué echando, no obstante, tanta raíz en su imaginación, que concluyó por volverse otra vez; al día siguiente también; al otro igual, encontrando siempre los gemelos del joven clavados sobre ella. Por fin, un día se volvió desde la esquina y le hizo un nuevo saludo con la mano.

«Vamos, he perdido la vergüenza», murmuró después poniéndose colorada. Y tan verdad era, que desde entonces no pasó otra vez sin hacer lo mismo.

Pero aquella situación, aunque graciosa y original,

iba pareciéndole pesada. Su temperamento fogoso no la permitía gozar jamás con tranquilidad del presente, la impulsaba á buscar con afán un más allá, á precipitar los acontecimientos, aunque muchas veces, en lugar del placer apetecido, quedase envuelta en los escombros del alcázar que su fantasía había levantado. En esta ocasión, sin embargo, tenía mejores motivos que otras veces para desear salir de ella. Era tan falsa, que tocaba en los lindes de lo ridículo. Á solas consigo misma solía confesárselo.

«La verdad es que, bien mirado, yo le estoy haciendo el oso á ese muchacho. Parezco una dama de la isla de San Balandrán.»

Mas, aunque todos los días se proponía dar un corte á aquella aventura no saliendo más á pie, ó cruzando por delante de la casa de Raimundo sin levantar la mirada, ó, á todo más, dirigiéndole un saludo frío, es lo cierto que no tenía fuerza de voluntad para llevar á cabo su propósito. Ni siquiera para dejar de enviar el consabido adiós desde la esquina. Una cosa la preocupaba sobremanera. Y es que el joven, viendo las claras señales que ella daba de arrepentimiento, las pruebas un tanto humillantes de su simpatía hacia él, no se apartase de la obediencia, no la siguiese jamás ni buscase ocasión de encontrarse con ella en el paseo. Esto, á la larga, iba irritando su amor propio. Parecía que aquel señor tomaba con demasiada afición el papel contrario. Pensando en esto, algunas veces llegó á encolerizarse. Mas al cruzar de nuevo por delante de él le veía tan risueño, tan feliz, con tales deseos de saludarla, que el negro fantasma de la soberbia se desvanecía y entraban de nuevo en su pecho á torrentes la simpatía y el caprichoso deseo de amar y ser amada de aquel niño.

¿En qué pararía todo aquello? En nada probable-

mente. Sin embargo, hacía lo posible por que siguiese adelante y cuajase; no cabía duda. Al ver paralizado su deseo por causas que no podía definir claramente, crecía y se transformaba poco á poco en áspero apetito. Una tarde en que el desencanto y la amargura habían invadido su pecho, en que iba pensando seriamente, al caminar por la calle de Serrano, en abandonar por completo aquella ridícula aventura, al pasar por debajo del mirador después de haber saludado al joven, sintió caer sobre ella un puñado de flores deshechas. Levantó la vista y le envió una afectuosa sonrisa de reconocimiento. Aquella lluvia refrescó su alma, reanimó su desmayado capricho. Entonces se puso á buscar con afán un medio de acercarse nuevamente á Raimundo. Pensó en escribirle pidiéndole perdón de su visita y sus palabras severas; pero ya era tarde para ello. Después imaginó que acaso entre sus amigos, particularmente entre los periodistas, hubiese alguno que le conociera y por el cual le podía enviar un recado de atención. Lo desechó como peligroso. Hasta se le pasó por la cabeza hacerle seña para que bajase y darle una explicación de palabra; pero tampoco osó hacerlo. Era demasiado humillante.

La casualidad vino en su ayuda, resolviendo el asunto á su placer, cuando menos lo pensaba. Una noche se encontraron en el teatro de la Comedia. Raimundo, que transcurrido el año de luto solía ir de vez en cuando, estaba con su hermana en las butacas. Ella ocupaba un palco bajo frente á ellos. Se saludaron cariñosamente, y durante largo rato hubo entre el joven y la hermosa dama un tiroteo de miradas y sonrisas que llamó extremadamente la atención de Aurelia.

—¿Pero qué es esto? ¿Has vuelto á hablar con esa señora?

—No.

—Entonces, ¿qué significa tanta sonrisa? Parecéis amigos íntimos.

—No sé—replicó el joven algo confuso.—Se manifiesta muy afectuosa conmigo. Quizá suponga que me ha ofendido cuando fué á casa y quiera desagraviarme.

En el primer entreacto Aurelia recibió un hermoso ramo de camelias que le trajo una florista.

—De parte de aquella señora que está en el palco número once.

La niña alzó los ojos y vió á Clementina que la miraba risueña. Los dos hermanos dieron las gracias con fuertes cabezadas. Aurelia se puso muy colorada.

—¿No te parece—le dijo su hermano—que debo subir á dar las gracias á esa señora?

Era natural. Raimundo, cuando bajó el telón por segunda vez, la dejó por unos instantes sola y subió al palco de la dama. Una sonrisa feliz iluminó el semblante de ésta al ver al joven en la puerta. Le recibió como á un antiguo amigo; le mandó sentarse á su lado; entabló con él plática reservada, dejando en completo abandono á su obligada compañera Pascuala. Por fortuna para ésta no tardó en llegar Bonifacio, que no tomaba jamás butaca cuando sabía que la familia de Osorio tenia palco en algún teatro.

—Veo con satisfacción que no me guarda usted rencor—le dijo en voz baja dirigiéndole una larga mirada insinuante.—Hace usted bien. Eso prueba que tiene usted corazón y talento. Le confieso con toda ingenuidad que me equivoqué de medio á medio en la apreciación de su conducta y su persona. Es tan cierto esto que cuando salí de su casa de buena gana me hubiera vuelto á pedirle á usted perdón... Si no de palabra, con

los ojos y el gesto debió usted comprender que se lo he pedido después muchas veces...

Todavía le dió otros tres ó cuatro pases superiores, de verdadero maestro, con los cuales arregló la cabeza al pobre Raimundo, esto es, le dejó inmóvil, confuso, fascinado, como ella le quería, en suma. Al mismo tiempo explicó con habilidad aquellas manifestaciones de simpatía un poco extrañas cuyo recuerdo la avergonzaba.

Sin dejarle tiempo á reponerse le preguntó con interés por su hermanita, por su vida, por sus mariposas. Raimundo contestaba á sus preguntas con sobrado laconismo, no por frialdad, sino por su falta de mundo. Pero ella no se desconcertaba. Seguía cada vez más cariñosa envolviéndole en una red de palabritas lisonjeras y de miradas tiernas. Cuando más embebida y aun puede decirse entusiasmada se hallaba reconquistando á su juvenil adorador, he aquí que aparece en el pasillo de las butacas Pepe Castro, correctamente vestido de frac, las puntas del bigote engomadas, finas como agujas, los bucles del cabello pegados coquetamente á las sienes, el aire suelto, varonil, displicente. Derramó primero su mirada fascinadora, olímpica, por las butacas, dejando temblorosas y subyugadas á todas las niñas casaderas que por allí andaban esparcidas: después, con arranque sereno como el vuelo de un águila, alzóla al palco número once. No pudo reprimir un movimiento de sorpresa. ¿Con quién hablaba Clementina tan íntimamente? No conocía á aquel joven. Le dirigió sus diminutos gemelos. Nada, no le había visto en su vida. Clementina, que advirtió la sorpresa de su amante, después de responder al saludo redobló su amabilidad con Raimundo, volviéndose enteramente hacia él, acercando el rostro para hablarle, haciendo mil monerías destina-

das á llamar la atención del noble salvaje y á preocuparle. Sentía un goce maligno en ello. Castro había llegado á serle indiferente. Dirigió éste por largo rato los gemelos á Raimundo de un modo impertinente y hasta provocativo. Nuestro joven le pagó con algunas inocentes miradas de curiosidad, porque no tenia el honor de conocer al terror de los maridos.

Comprendiendo que su hermana estaría impaciente, aunque desde el palco no la perdía de vista, se alzó de la silla para despedirse.

—Seremos amigos ¿verdad?—le dijo la hermosa dama reteniéndole por la mano.—Muchos recuerdos á su hermanita. Necesito darle una satisfacción de aquella brusca y extraña visita, y se la daré. Dígale usted que uno de estos días la voy á sorprender en medio de sus faenas caseras... Me interesan ustedes muchísimo, dos hermanitos tan jóvenes viviendo solos... Adiós, Alcázar: lo dicho.

Cuando bajó del palco un poco aturdido y se sentó de nuevo al lado de Aurelia, le dijo ésta:

—¡Qué hermosa es esa señora!... Pero yo sigo creyendo que no se parece á mamá.

Raimundo, que no se acordaba en aquel momento de tal parecido, sintió un leve estremecimiento y balbució:

—Pues yo le encuentro un cierto aire...

Ahora ya no era más que aire. El joven comenzaba á sentir remordimientos. La impresión que Clementina le causaba no era la misma de respetuosa devoción que antes de haber trabado de tan singular manera conocimiento con ella.

Pepe Castro, así que le vió en las butacas, comenzó á mirarle con fijeza tratando sin duda de analizarle. Como quiera que aquel muchacho rubio no pertenecía

a la elevada sociedad que él frecuentaba, pasósele por la imaginación (porque tenía imaginación y todo), que bien pudiera ser el mismo perseguidor de quien tanto se había quejado en otro tiempo Clementina. Como es natural, esta sospecha no le excitó á mirarle con más simpatía. Raimundo estaba tan atento á contemplar el palco de la señora de Osorio, que no reparó en la provocativa insistencia del tenorio. Éste, cansado al fin, subió á saludar á su querida. Sentóse á su lado, en la misma posición que un momento antes había estado Raimundo, quien al verle de esta suerte sintió un extraño malestar, cierta vaga tristeza que no trató de definir. Sin embargo, observó que la dama estaba muy risueña y el gallardo caballero muy serio, y que á ella no le faltaba tiempo para echar frecuentes miradas á las butacas, lo cual ponía al otro cada vez más enfurruñado y sombrío.

—¿Has reparado cómo te mira esa señora?—preguntó Aurelia á su hermano.—Parece como si le gustases.

—¡Qué tontería!—exclamó él ruborizándose.—¡Vaya un buen mozo que soy yo! Si fuese el caballero que ahora tiene al lado...

Aurelia protestó riendo. No; su hermano era más guapo que aquel soldado de cromo con rosetas en las mejillas como las bailarinas.

Cuando terminó la representación, Raimundo pudo ver, no sin cierto sentimiento de celos, á Clementina aguardando en el vestíbulo su landó en compañía del mismo caballero. Saludóle aquélla con tanto afecto, que Castro, cada vez más inquieto, volvió á dirigirle una larga é intensa mirada de análisis.

Por espacio de algunos días el joven entomólogo esperó con zozobra que Clementina se detuviese á la puerta de su casa y subiera á cumplir la promesa. Sus

esperanzas quedaron defraudadas. La dama cruzaba como siempre con su pasito vivo y menudo, le saludaba cariñosamente primero, y desde la esquina volvía á hacerle el consabido adiós con la mano. Cada vez que salvaba la puerta, el corazón de Raimundo se encogía, se ponía de mal humor. «Vaya, se le ha olvidado, decía para sí: no volveré á hablar más con ella, como la casualidad no nos vuelva á juntar en algún sitio.» Empezó á ayudar á la casualidad asistiendo con más frecuencia al teatro de la Comedia, pero no logró verla. Al teatro Real, donde seguramente estaba, no se atrevía á ir por el temor de que pensase que aún duraba la persecución. Por qué se le había metido en la cabeza que había de subir á su casa precisamente á aquella hora y no á otra, no lo podemos explicar. Lo que sí afirmaremos es que fueron inmensos su asombro y turbación cuando una mañana Clementina se dejó entrar por la casa. Preguntó desde luego por la señorita. Aurelia la recibió en la sala y pasó inmediatamente recado á su hermano. Cuando éste se presentó, la dama se hallaba inslalada en el sofá charlando con el desembarazo de una amiga que el día anterior les hubiese visitado.

—Conste que esta visita no es para usted—le dijo sonriendo y tendiéndole su mano enguantada.

—No me atrevería yo á imaginarlo, señora—replicó él apretándosela tímidamente.

—¡Por si acaso! No le creo á usted fatuo, pero las mujeres debemos siempre vivir prevenidas.

En la soltura y en el tono jocoso que adoptaba se podía advertir cierta afectación. Su voz estaba ligeramente alterada. Alrededor de los ojos había esa palidez que denuncia siempre la emoción que embarga el espíritu. La visita fué corta, pero en ella tuvo tiempo para

lisonjear á la niña con muchas palabras delicadas, con efusivos ofrecimientos. La hizo prometer que iría á verla algún día. Si no le gustaba la sociedad, que fuese por la tarde y charlarían un rato solitas. Le enseñaría su casa y algunas labores. La orfandad y la juventud de Aurelia la impresionaban. Ya que ella tenía la dicha de parecerse á su madre un poco, como afirmaba Raimundo, se creía con cierto derecho á su afecto.

—Nada; cuando usted se aburra aquí sola, se viene usted á mi casa que está cerquita, y nos aburriremos juntas, que siempre es más llevadero.

La pobre Aurelia, confundida por aquella amabilidad y charla mundananales, no hacía más que sonreir. Cuando se levantó para despedirse, dijo:

—Queda usted encargado, Alcázar, de recordar á Aurelia su palabra. En cuanto á usted puede hacer lo que guste. Con los sabios no me atrevo á insistir porque se les molesta cuando menos se piensa...

Habiendo recobrado por completo su aplomo les hablaba en un tono amable, protector, un poco maternal. Todavía en la escalera les entretuvo unos momentos con su conversación desenvuelta é insinuante á la vez y les reiteró con gracia todos sus ofrecimientos. No consintió que Raimundo la acompañase. Se fué sola dejando una estela perfumadâ que éste aspiró con más placer que su hermana. Porque Aurelia luego que cerraron la puerta guardó silencio. Á las frases de elogio que Raimundo tributó calurosamente á la dama, asintió en un tono lacónico que le apagó los fuegos.

Hay que confesarlo. La impresión primera de adoración filial que Clementina inspiró al joven entomólogo se había ido desvaneciendo poco á poco ó, por mejor decir, confundiendo con otra inclinación menos santa, aunque guardando algo de ella. Como en todos los

hombres alejados del trato de mujeres, dedicados exclusivamente al estudio, la visión del sexo y el reconocimiento de la ley divina del amor fueron vivos é intensos. Al día siguiente de la visita de Clementina ya quería que Aurelia se la pagase, manifestando por supuesto tal deseo tímidamente y con palabras embozadas. Pero su hermana le demostró la conveniencia de aguardar algún tiempo y él se resignó. Al fin se realizó la visita. Aurelia pasó una tarde en el *boudoir* de la señora de Osorio. Raimundo, después de muchas vacilaciones, no se atrevió á ir con ella.

Á los tres ó cuatro días se presentó de nuevo Clementina en casa de los jóvenes á convidarles para ir por la noche al Real. Fué un verdadero apuro para ellos. Raimundo no tenía frac. Aurelia no poseía tampoco un guardarropa muy provisto. Sin embargo, fueron. Un pariente prestó al joven su frac: Aurelia se puso los mejores trapitos del armario. Al día siguiente Raimundo se encargó un traje de etiqueta en la mejor sastrería de Madrid. No sólo hizo esto, sino que también, sin dar parte á su hermana, fué á la contaduría del teatro Real y tomó un abono de butaca cerca de la platea de Osorio, en el mismo turno.

La intimidad creció pronto entre ellos, gracias á los esfuerzos de Raimundo. Porque su hermana, aunque elogiaba también la amabilidad de su nueva amiga, oponía una resistencia sorda y pasiva á frecuentar su trato. Por más que hacía no lograba borrar de su espíritu la manera extraña de comenzar aquella amistad, ni se le podía ocultar el fondo de falsedad que en ella existía. Conociéndolo Raimundo procuraba con afán desvanecer sus aprensiones, unas veces directa, otras indirectamente. Era Aurelia una muchacha más bien fea que linda, como ya hemos dicho, de buen sentido y

de honrado corazón. La adoración que sentía por Raimundo, inculcada por su difunta madre, no le impedía conocer las partes flacas de su carácter, débil, impresionable con exceso y pueril. Realmente en este aspecto ella representaba el elemento masculino y él el femenino dentro de la casa. Lloraba él con extremada facilidad; ella difícilmente. Sentía él extrañas aprensiones, desfallecimientos, á veces verdaderas alucinaciones; ella tenía el sistema nervioso perfectamente equilibrado. Era sana y maciza; él, enfermizo y lacio. En los meses que siguieron á la muerte de la madre, Raimundo, sacando fuerzas de flaqueza con la idea de proteger á su hermana, se había mostrado más resuelto y varonil. Andando el tiempo el temperamento recobró sus derechos, cayó de nuevo en sus manías pueriles, en su impresionabilidad femenil, al paso que ella se crecía descubriendo un temperamento firme, equilibrado y recto.

No le costó mucho trabajo á Clementina someter, fascinar enteramente al joven naturalista. Unas veces yendo los chicos á su hotel, otras yendo ella á casa de los chicos ó llevándolos consigo al teatro ó al paseo, se veían la mayor parte de los días. Pepe Castro, la primera noche que encontró á Raimundo en el salón de Osorio comprendió perfectamente lo que pasaba, y se llenó de despecho.

—A esta grandísima... le da ahora por los bebés —murmuró rechinando los dientes. —Todas las perdidas concluyen por estas extravagancias.

Pensó en dirigirse al joven y provocarle. No tardó en persuadirse de que este paso sería para él desastroso. ¿Qué iba ganando en ello? Absolutamente nada porque Clementina le detestaría. El escándalo pondría de manifiesto su derrota, tanto más vergonzosa cuanto que

el vencedor era un chiquelo absolutamente desconocido. Determinóse, pues, prudentemente á no dar su brazo á torcer ante el mundo y á alejarse de su querida temporalmente, dejándola que satisficiese su capricho. Quizá más adelante, cansada de triscar con aquel corderillo, volvería la oveja al redil.

Raimundo no era tan niño como Castro le suponía, pues contaba veintitrés años cumplidos: pero tenía una figura infantil y delicada que no le dejaba aparentar más de diez y ocho. Su salud era vacilante y quebradiza Padecía frecuentes ataques, sobre todo desde la muerte de su madre, en que perdía unas veces la vista, otras el hab'a, con otra variedad de fenómenos extraños que por fortuna duraban poco tiempo. Además se veía acometido de profundas melancolías, crisis violentas que terminaban por un llanto copioso y prolongado como en las mujeres histéricas. La vista de las arañas le producía espasmos: el bisturí de un médico le estremecía. La aprensión de volverse loco le hacía padecer horriblemente algunas veces: otras era el temor de suicidarse contra su propia voluntad. Jamás tenia armas al alcance de la mano, y por el miedo de arrojarse desde el balcón llegó á cerrar de noche el de su cuarto con candado, entregando la llave á su hermana, única testigo y confidente de estos desvaríos. Su temperamento y la educación afeminada que había tenido eran la causa de ellos. Guardábalos, sin embargo, con cuidado como todos los que los padecen, que son más de los que se piensa: procuraba con grandes esfuerzos refrenarse comprendiendo el ridículo que cae sobre los hombres así constituídos.

Cualquiera se representará bien lo que pasaría por este muchacho cuando una mujer tan hermosa, tan coqueta y tan experimentada como Clementina se re-

solvió á hacer su conquista. Primero su extremada timidez le impidió darse cuenta de la conducta de la dama. Pensaba que aquellos saludos afectuosos, aquellas sonrisas no eran más que la expresión de una súbita simpatía que su orfandad había excitado en ella. Todavía, cuando trabó amistad con ellos y se multiplicaron las señales de su inclinación, y su hermana le dió la voz de alerta, no pudo imaginarse que pudiera existir entre ambos otra cosa que una amistad más ó menos estrecha, protectora y maternal por parte de ella, rendida y fervorosa por la de él. Sin embargo, el elixir de amor que gota á gota iba dejando caer Clementina en sus labios, llegó al fin al corazón. Cuando menos lo pensaba se encontró enamorado, loco. Pero al tiempo que hizo este descubrimiento le acometió una vergüenza inmensa; pensó que jamás tendría el valor de declarárselo. Por un lado la conducta de su ídolo con él, los constantes testimonios de simpatía que le prodigaba, se prestaban á forjarse ilusiones. Pero le parecia tan extraño é inverosimil que un hombre tímido, inexperto, desprovisto de atractivos mundanos pudiese obtener los favores de señora tan rica y tan hermosa, que al instante las abandonaba ó se mecía en ellas dulcemente á sabiendas de que eran pura quimera. Además, no podía librarse de los agudos remordimientos que de vez en cuando le asaltaban. Aquella señora se parecía á su madre, no cabía duda. Por esto solo se había fijado en ella, y había sido su perseguidor callejero algún tiempo. ¿No era una verdadera profanación, una cosa abominable que la imagen de su madre le inspirase deseos carnales?

Pues á despecho de estos remordimientos, de su invencible timidez y de los clamores de la razón, Raimundo se sentía cada día más subyugado por aquella mujer. Verdad que Clementina puso en juego todas las ar-

mas de que disponía, que no eran pocas ni mohosas todavía. Á medida que aumentaba la timidez de su juvenil adorador crecia en ella la osadía y el aplomo. En el amor esto pasa casi siempre; pero aquí, por las circunstancias especiales de ambos, adquiría mayor relieve. La timidez en él llegó á ser una enfermedad, una cosa extraña, de cuya ridiculez se daba perfecta cuenta sin que por medio alguno pudiese vencerla. Al contrario, cuantos más esfuerzos hacía para adquirir aplomo y desembarazo delante de ella, mejor se mostraba la emoción que le embargaba. Al principio la hablaba con cierta serenidad, se autorizaba alguna bromita ó frase ingeniosa; después esta serenidad se fué perdiendo, las bromas cesaron. No se podía acercar á ella sin turbarse, no podía darle la mano sin un leve temblor. Si la dama le miraba fijamente, sus mejillas se encendían.

Clementina no podía menos de sonreir ante esta inocente alborada de amor. Gozaba con ella llena de curiosidad, alegre de sentirse aún bastante hermosa para inspirar á un niño tan rendida pasión. Unas veces se entretenía malignamente en atortolarle, en ponerle colorado, mostrándose viva y desenvuelta como una chula: otras se placía en seguirle el humor apareciendo melancólica, dirigiéndole miradas tímidas como una colegiala: otras, en fin, le trataba con tierna familiaridad, enterándose de su vida, de sus actos y sus pensamientos, como una madre ó una hermana cariñosas. Entonces era cuando Raimundo recobraba un poco de libertad y osaba mirar á la diosa cara á cara. Clementina le embromaba á menudo por sus aficiones científicas, entraba en su despacho y dejaba esparcidos por la mesa ó por el suelo los cartones de las mariposas. Esto, que si otra persona lo ejecutase produciría en la casa una catástrofe, hacía reir al joven naturalista.

Comenzaba á susurrarse entre los íntimos de la dama algo sobre estos sus nuevos y extravagantes amores, adelantándolos, por supuesto, mucho más de lo que en realidad estaban. Una noche de comida y tresillo, decía Pepa Frías á tres ó cuatro elegantes salvajes que estaban en torno suyo discutiendo el asunto:

—Desengáñense ustedes, Clementina concluye enamorándose de un perro de Terranova ó de un periodista.

Cuando entraba Raimundo en el salón con su cabeza de querubín rubia y melancólica, con su aspecto humilde y embarazado, todas las miradas se posaban sobre él con curiosidad. Habia sonrisas, murmullos, frases ingeniosas y estúpidas. Se le discutía. En general, entre los hombres sobre todo, juzgábase ridícula la conducta de la esposa de Osorio: pero algunas damas miraban con simpatía al mancebo, encontraban muy agradable su aire candoroso, y comprendían el capricho de Clementina. Hubo entre ellas quien procuró seducirlo.

Era ya nuestro joven considerado como amante oficial de Clementina, cuando aún no la había rozado con los labios la punta de los dedos ni soñaba con ello. Sin embargo, el amor iba haciendo tales progresos en su pecho, que temía caer el día menos pensado de rodillas ante ella como los galanes de comedia. Sufria horriblemente á la menor señal de desdén, y gozaba como un ángel cuando la dama le expresaba de cualquier modo su afecto. Clementina no tenía prisa en hacerle amante afortunado, aunque estaba decidida á ello. Le gustaba prolongar aquella situación, observando con secreto placer la marcha de la pasión y los fenómenos que ofrecía en el joven. Hastiada de los devaneos cortesanos, encontraba vivo atractivo en ser adorada de aquel modo frenético y mudo, en desempeñar el papel de

diosa. Una mirada suya hacía empalidecer ó enrojecer á aquel niño; una palabra le alegraba ó le entristecía hasta la desesperación.

Raimundo iba al Real todas las noches que le tocaba el turno á Clementina. Subía al palco á saludarla, y muchas veces, por exigencia de ella, se quedaba allí uno ó dos actos. En estas ocasiones solía la dama retirarse al antepalco y charlar con él íntimamente á la sombra discreta de las cortinas. Cuando se cansaba, ó en la escena se cantaba una pieza de empeño, guardaba silencio, volvía la espalda al joven y escuchaba un rato. Raimundo, guardando en los oídos el eco de su voz y en su corazón el fuego de sus miradas, quedaba también silencioso, más atento, en verdad, á la música que sonaba dentro de su alma, que á la que venía del escenario. Seguro de no ser observado, contemplaba con religiosa atención la alabastrina espalda de su ídolo, los finísimos y dorados tolanos de su cuello, acercaba la cabeza con pretexto de mejor escuchar y aspiraba el perfume que se desprendía de ella, cerrando los ojos y embriagándose durante unos instantes. Una noche, tanto pegó el rostro á la cabeza de la dama, que ¡oh prodigio! se arrojó á rozar con los labios sus cabellos peinados hacia abajo en trenza doblada. Después que lo hizo se asustó terriblemente y escrutó con anhelo si Clementina lo había sentido. La dama continuó impasible, extática, escuchando la música. Sin embargo, por sus claros y hermosos ojos resbalaba una leve sonrisa que el joven no pudo advertir. Alentado con este éxito, siempre que ella traía el cabello peinado de tal forma, con mucho disimulo y después de largos preparativos y vacilaciones osaba posar los labios sobre él. Aquella sensación era tan viva, tan deliciosa, que la guardaba muchos días en la boca y le hacía feliz. Pero

una noche, ó porque la dama estuviese de mal humor, ó porque se gozase en mortificarle un poco, le trató con bastante despego mientras estuvo en el palco, le dejó abandonado á Pascuala mientras ella charlaba placenteramente con uno de sus jóvenes y aristócratas amigos. El pobre Raimundo se abatió con este desprecio de un modo horrible. Ni siquiera tuvo fuerzas para despedirse. Estaba pálido, demudado. Una arruga dolorosa surcaba su frente. Clementina le echaba de vez en cuando miradas furtivas. Cuando el joven aristócrata se levantó para irse, también quiso hacer lo mismo. La dama le retuvo por la mano.

—No: quédese un momento, Alcázar. Tenemos que hablar.

Y se retiró como otras veces al antepalco y comenzó á charlar con la amabilidad y franqueza de siempre.

El joven cobró aliento. Pero cuando ella le volvió la espalda para escuchar la ópera, estaba tan alterado aún y confuso que no se atrevió á besar el cabello, aunque el peinado era bajo y la ocasión más propicia que nunca.

Al cabo de un rato, Clementina se volvió de pronto y le dijo en voz baja:

—¿Por qué no besa usted hoy el pelo como otras noches?

La emoción fué inmensa, abrumadora. La sangre se le agolpó toda al corazón y quedó blanco como un cadáver. Después le subió al rostro y se puso como una amapola.

—¡Yo!... ¡El pelo! —balbució miserablemente.

Y tuvo que agarrarse con fuerza á la silla para no caer.

—¡No se asuste usted, hombre!—exclamó ella posando cariñosamente su mano sobre la de él.—Cuando yo

lo he consentido es prueba de que no me desagradaba.

Pero viendo que le miraba con ojos extraviados, como si no comprendiese, añadió con desenfado y riendo:

—¿Acaso se figura que yo no sé que me quiere un poquito?

—¡Oh!—dijo el joven con un grito comprimido.

—Sí; lo sé hace tiempo—continuó bajando más la voz y acercando la boca á su oído.—Pero usted puede que no sepa una cosa, y es que yo también le quiero á usted...

Y echando una rápida mirada hacia fuera para cerciorarse de que no los observaban, se apoderó de sus manos, y le dijo caldeándole con su aliento las mejillas:

—Sí; te quiero, te quiero más de lo que te puedes imaginar. Ven mañana á las tres á casa.

Clementina no contaba con la femenil impresionabilidad de su adorador. La violenta emoción que acababa de experimentar unida á la dicha que estas palabras evocaron en su pecho le trastornaron de tal modo, que se echó á llorar como un niño. Entonces ella le empujó hacia un rincón y se alzó vivamente, tapando con su gallarda figura el espacio que la cortina dejaba descubierto. Su rostro hechicero resplandecía de felicidad. Si un pintor tuviese la fortuna de sorprender aquel momento y el don de fijarlo en el lienzo, podría representar, como nadie hasta hoy, á Dánae recibiendo en su prisión la conocida lluvia de oro.

Fueron unos amores tiernos y poéticos, cándidos y voluptuosos á la par los de la hermosa dama y el joven naturalista. Para ella fué una resurrección de las impresiones dulces de la adolescencia maduradas de pronto, transformadas en felices realidades. Hasta entonces los devaneos que había tenido se parecían unos á otros

tanto, que ya desde el comienzo llevaban dentro un germen de aburrimiento. Siempre le quedaba en el fondo del corazón un sentimiento de despecho contra aquellas relaciones que no le traían ninguna viva emoción, ni siquiera nuevos placeres. La de ahora ofrecía una originalidad que la encantaba. Su amante era un niño á quien casi doblaba la edad. Había comenzado á adorarla por el parecido que la hallaba con su madre. Aquel respeto y amor filiales se transformaron con un soplo en pasión y deseo. Todo esto era gracioso, original; tenía un fondo estético que en ninguno de sus amores anteriores había encontrado. Además, no pertenecía á la raza de los lechuguinos y petimetres con quienes tropezaba á todas horas en los sitios que frecuentaba, seres cortados por un patrón, sin espontaneidad alguna, con los mismos vicios, las mismas vanidades y hasta los mismos chistes. Raimundo se apartaba de ellos, no sólo por su posición modesta y vida retirada, no sólo por su ilustración y talento, sino también, particularmente, por su carácter. ¡Qué alma tan adorable la de aquel chico! ¡Qué inocencia, qué sensibilidad, qué delicadeza y qué fuerza para amar al mismo tiempo! Acostumbrada á la monotonía de los Pepes Castro, cada nueva fase psicológica, cada sacudimiento de entusiasmo, cada desmayo ó alegría ó pena que sucesivamente advertía en su enamorado doncel le producían una grata sorpresa. Escrutaba su espíritu, se metía dentro de él con afanosa curiosidad y á la vez con apasionado cariño. Le confesaba: le hacía narrar y describir cien veces sus sentimientos, sus recuerdos, sus propósitos y sus esperanzas. Á veces le acometían dudas sobre aquel extraño amor.

—¿Pero de veras estás enamorado? ¿No consideras que soy una vieja?... ¿que puedo ser tu madre?

Raimundo respondía siempre con alguna caricia apasionada, con una húmeda mirada donde se leía el infinito de su pasión.

Desde el primer día, Clementina le había tuteado á solas, acostumbrada á aquellas transiciones y conciertos secretos de mujer galante, que ahora favorecía la diferencia de edad. Raimundo no podía acostumbrarse á darla el tú. Hacía esfuerzos por conseguirlo; pero á lo mejor volvía al usted y seguía la plática tratándola de este modo, hasta que la dama se irritaba y le reprendía ásperamente. «No; por más que lo negase, él la consideraba como una vieja. En todo se estaba echando de ver. Si continuaba de este modo perdería con él la confianza». Sin embargo, Clementina estaba equivocada en este punto. No tenía bastante penetración y delicadeza para comprender que el amor en Raimundo era, como en todos los seres verdaderamente sensibles, adoración extática más que deseo, esclavitud voluntaria, un enajenamiento de su propia vida para mejor vivir en la soberana de su corazón. Hay que hacerse cargo, además, de que hasta entonces no había experimentado jamás tal sentimiento. Alejado de la sociedad de las mujeres y sin echarlas de menos, quizá porque dentro de su casa tenía lo más grande y exquisito que ellas pueden dar, el cariño tierno, vigilante, la dulzura en la palabra, la abnegación en todos los momentos: dedicado en absoluto al estudio y á su magnífica colección de mariposas, el encuentro con Clementina fué para él la revelación de ese mundo encantado, poético, que á casi todos se aparece más temprano. Aquel primer suspiro de Venus al salir de la espuma del mar que repitió el Universo entero, sonó entonces en su alma y la estremeció dulcemente. Su alma, que estaba muda y triste como la Naturaleza antes que la diosa de la hermosura suspira-

se. Muy pocos hombres alcanzan una dicha parecida: poseer la primer mujer que se ama, llegar á tiempo para recoger el fruto sazonado del amor. Para Raimundo, esa inclinación tímida y anhelante del adolescente llena de zozobras y melancolías, se fundió con el amor de la edad viril, apetitoso y sensual. ¿Qué extraño, pues, que absorbiera toda la energía de su ser, toda su inteligencia y todos sus sentidos?

Desde aquella noche memorable no volvió á pensar más que en Clementina. Para él, el Universo se redujo de pronto al tamaño y á la forma de una mujer. No sólo se creyó obligado á vivir y respirar para ella, sino también á pensar en todos los instantes del día y hasta á soñar con ella por la noche. En un principio la dama le recibía en su casa. Esto le pareció en seguida peligroso y feo, y alquilaron un cuarto en la calle del Caballero de Gracia, un entresuelo pequeñito que amueblaron con elegancia. La vida de Raimundo experimentó un cambio radical. De aquel retiro absoluto en que vivía, pasó súbito al bullicio del mundo aristocrático; teatros, bailes, comidas, carreras de caballos y partidas de caza. Clementina le arrastraba sujeto á su carro, le exhibía en todos los salones sin desdeñarse de él. Porque nuestro joven, de figura delicada y elegante, de carácter apacible y clara inteligencia, se hacía simpático donde quiera que entraba. Á nadie le importaba gran cosa si era rico ó pobre, noble ó plebeyo.

Aurelia le acompañaba algunas veces, pero siempre contra su gusto. Aunque no osaba contrariar la marcha adoptada por su hermano, era fácil de adivinar que la condenaba en el fuero interno, que se hallaba fuera de su centro en el hotel de Osorio. Se había hecho reflexiva y taciturna. Su mirada, cuando la posaba en Raimundo, era profunda y melancólica, como si temiese

una catástrofe. Clementina la agasajaba cuanto podía; pero no lograba entrar en su corazón. Al través de las sonrisas de la niña, de su modestia y rubor, creía observar un sentimiento de hostilidad que á menudo la desconcertaba.

La esposa de Osorio continuaba desplegando el mismo boato, esparciendo profusamente el dinero á despecho de la ruina inminente de su esposo, que tanto había alarmado á Pepa Frías. Esta ruina no había estallado como se pensaba. El banquero logró conjurarla hábilmente, haciendo entender á los que tenían valores en sus manos, que de nada les serviría arrojarse repentinamente sobre él, pues no salvarían ni un veinticinco por ciento del capital. En cambio, si aguardaban lo recuperarían entero y con su rédito. Su mujer iba á heredar una fortuna inmensa en breve plazo. Los acreedores entraron en razón; guardaron secreto acerca del estado de sus negocios: sólo exigieron que Clementina firmase, en unión con su marido, los pagarés renovados. Poco después, la suerte favoreció un poco en la Bolsa á Osorio y pudo aletear como antes, aunque bajo la mirada recelosa de los hombres de dinero, que le pronosticaban unánimemente la quiebra más tarde ó más temprano. Su esposa, viéndose en salvo, no volvió á pensar en estos enojosos asuntos. Tan sólo cuando iba á casa de su padre y veía el rostro pálido y demudado de D.ª Carmen, sentía su corazón agitado por una extraña emoción que ella misma huía de definir, apresurándose á ahogarla con el ruido de los besos y las palabritas cariñosas.

El amor de Raimundo le hizo gozar extremadamente. Veíase envuelta, como nunca lo había estado, en una ola de pasión devota y exaltada que la acariciaba dulcemente. El papel de diosa la seducía. Gustaba de mos-

trarse unas veces amable y tierna, otras terrible, haciendo pasar á su adorador por todas las pruebas posibles á fin de cerciorarse bien, decía ella, de que era suyo, enteramente suyo. La costumbre de tratar con hombres muy distintos, no obstante, la hizo incurrir en fatales equivocaciones que atormentaron mucho al joven. Un día, después de haberse hecho servir el almuerzo en su cuarto del Caballero de Gracia, le dijo sonriendo:

—Voy á hacerte un regalo, Mundo (así le llamaba por más cariño).

Se levantó á buscar su manguito y sacó de él una cartera muy linda.

—¡Oh! Es muy bonita—dijo él tomándola y llevándola á los labios.—La traeré siempre conmigo.

Pero al abrirla quedó consternado. Dentro había un montón de billetes de Banco.

—Te has olvidado aquí el dinero—dijo alargándole otra vez la cartera.

—No me he olvidado. Es para tí también.

—¿Para mí?—exclamó él poniéndose pálido.

—¿No lo quieres?—preguntó ella con timidez poniéndose encarnada.

—No; no lo quiero—replicó él con firmeza.

Clementina no se atrevió á insistir. Tomó de nuevo la cartera, sacó de ella los billetes y la volvió á entregar al joven. Hubo unos instantes de silencio embarazoso. Raimundo apoyó el codo sobre la mesa, puso la mejilla sobre la mano y quedó pensativo y serio. Ella le observaba con el rabillo del ojo entre colérica y curiosa. Al fin una sonrisa iluminó su rostro, levantóse de la silla, y cogiendo el del joven entre sus dos manos, le dijo en tono alegre:

—Bien; este acto te enaltece; pero de mí podías tomar ese dinero sin desdoro. ¿No soy tu mamá?

Raimundo se contentó con besar las manos que le aprisionaban. No se volvió á hablar de dinero entre ellos.

Aquél conservaba en los modales y en las palabras, á pesar de sus veintitrés años, un sello infantil que á Clementina le placía sobremodo. La educación afeminada y solitaria que había tenido era la causa principal. Engañábasele con suma facilidad y divertíasele lo mismo. No tenía esos aburrimientos negros de los hombres gastados: no se le ocurría jamás una frase irónica, incisiva, de las que aun entre enamorados suelen usarse. Sus alegrías eran bulliciosas y pueriles hasta rayar en ridículas. Divertíase en correr por las habitaciones del pequeño entresuelo detrás de Clementina, ó en esconderse de ella y asustarla. Otras veces la entretenía con juegos de prestidigitación, en que era un poco inteligente. Ó bien jugaban ambos á los naipes con extraordinaria atención ó empeño, como si disputasen algo de provecho. O bien bailaban al son de algún piano mecánico que se paraba en las cercanías de la casa. Ponían se á comer confites y hacían apuestas á quien engullía más. En una ocasión quiso hacer sorbete de piña: se decía muy perito en la fabricación de helados. Le trajeron todos los enseres de un café vecino. Después de bregar con afán bastante tiempo, salió al fin una quisicosa fea y desabrida, lo cual le entristeció tanto, que Clementina, para alegrarle, tomó sin deseo alguno una gran copa del brebaje. Le gustaba imitar los gestos y las palabras de las personas que veía en casa de ella, y lo ejecutaba tan á la perfección que la dama reía con verdadera gana. Á veces le suplicaba por favor que cesase, pues le hacía daño tanta risa. Raimundo poseía este don de observar los más insignificantes modales de las personas y reproducirlos des-

pués admirablemente. Se creía estar oyendo á la persona que imitaba. Pero sólo en el seno de la confianza le gustaba mostrar esta habilidad.

Algunas veces, cuando estaba de humor, inventaba una recepción palaciega. Hacía sentar á Clementina en un trono que armaba rápidamente en medio de la sala. Los ministros, los altos personajes de la política desfilaban por delante de la reina y pronunciaba cada cual su discurso Clementina, que á todos los conocía, gozaba en adivinarlos á las pocas palabras. Raimundo, que había asistido con frecuencia á las tribunas del Congreso, les había cogido bastante bien, á casi todos, el acento, la acción y los gestos. Particularmente imitando á Jiménez Arbós, á quien trataba por verle en casa de Osorio, estaba graciosísimo. Por supuesto, después de cada discurso se inclinaba reverentemente y besaba la mano de la soberana, volviendo á ponerse el tricornio de papel que se habia hecho para el caso. Estas niñerías alegraban á la dama, dilataban su corazón, casi siempre encogido por la soberbia ó el hastío. De aquellas largas entrevistas salía rejuvenecida, los ojos brillantes, el pie ligero, saludando con afecto á personas á quienes en otra ocasión hubiera dirigido una fría y desdeñosa cabezada.

Luego Raimundo la llenaba de asombro, á lo mejor, con algún acto inconcebible de candor infantil. En una ocasión, habiendo entrado sin hacer ruido en el cuarto de la calle del Caballero de Gracia (los dos tenían llave), le sorprendió barriendo afanoso la sala. El muchacho quedó confuso al verla delante; se puso colorado hasta las orejas. Clementina, entre alegres carcajadas, le abrazó y le cubrió el rostro de besos, exclamando:

—¡Chiquillo, eres delicioso!

X

Un poco de derecho civil.

ra mañana de gran trajín en las oficinas de Salabert. Se hacían unos pagos de consideración. El duque había ido en persona á la caja á presenciarlos y ayudaba al cajero en la tarea de contar los billetes. Á pesar de los años que llevaba manejando dinero, nunca le tocaba pagar una cantidad crecida que no le temblasen un poco las manos. Ahora estaba nervioso, atento, mordiendo crispadamente el cigarro y sin escupir. Tenía las fauces resecas. En varias ocasiones llamó la atención al empleado creyendo que pasaba dos billetes en vez de uno; pero se equivocó en todas. El cajero era diestrísimo en su oficio. Cuando terminaron, el duque se retiró á su despacho, donde le estaba esperando M. Fayolle, el famoso importador de caballos extranjeros, proveedor de toda la aristocracia madrileña.

—*Bonjour, monsieur,*—dijo rudamente el duque dán-

dole una palmada en la espalda.—¿Viene usted á encajarme algún otro penco?

—Oh, señor duque; los caballos que yo le he vendido no son pencos, no. Los mecores animales que nunca he tenido se los ha llevado usted,—respondió con acento extranjero, sonriendo de un modo servil M. Fayolle.

—Los desechos de París es lo que usted me trae. Pero no crea usted que me engaña. Lo sé hace tiempo, *monsieur;* lo sé hace tiempo. Sólo que yo no puedo ver esa cara tan frescota y tan risueña sin rendirme.

M. Fayolle sonrió abriendo la boca hasta las orejas, dejando ver unos dientes grandes y amarillos.

—La cara es el especo del alma, señor duque. Puede tener confiansa en mi, que no le daré nada que no sea superior. ¿Es que *Polión* ha salido malo?

—Medianejo.

—¡Vamos, tiene gana de bromear! El otro día le he visto por la calle de Alcalá enganchado al faetón. Bien de mundo se paraba á mirarlo.

Hablaron un rato de los caballos que el duque le había comprado. Éste ponía tachas á todos. Fayolle los defendía con entusiasmo de aficionado y de comerciante. En un momento de pausa dijo sacando el reloj:

—No quiero molestarle más... Venía á cobrar la cuentesita última.

La faz del duque se oscureció. Luego dijo entre risueño y enfadado:

—¡Pero, hombre; que no estén ustedes jamás contentos sino sacándole á uno el dinero!

Y al mismo tiempo echó mano al bolsillo y sacó la cartera. M. Fayolle sonreía siempre, diciendo que lo sentía, porque el señor duque era un pobrecito y no le gustaba echar á nadie á pedir limosna, etc., etc. Una

porción de bromitas que el banquero no parecía escuchar, atento á contar los billetes. Contó siete de quinientas pesetas y se los entregó, oprimiendo al mismo tiempo el timbre para que un dependiente extendiese el recibo. Fayolle también los contó y dijo:

—Se ha equivocado, señor duque. El presio del caballo era cuatro mil pesetas. Aquí no hay más que tres mil quinientas.

El duque no dió señales de oir. Con los párpados caídos, bufando y paseando el cigarro de un ángulo á otro de la boca, se mantuvo silencioso y guardó de nuevo la cartera después de haberla apretado con una goma.

—Faltan quinientas pesetas, señor duque,—repitió Fayolle.

—¿Cómo? ¿Faltan quinientas pesetas? No puede ser... Á ver; cuente usted otra vez.

El comerciante contó.

—Hay aquí tres mil quinientas...

—¡Ya lo ve usted! No me había equivocado.

—Es que el caballo cuesta cuatro mil: así lo hemos acustado.

La cara del duque expresó admirablemente el asombro.

—¿Cómo cuatro mil? No, hombre, no; el caballo cuesta tres mil quinientas. En esa inteligencia lo he comprado.

—Señor duque, está usted equivocado—dijo Fayolle poniéndose serio.—Recuerde usted que habíamos quedado en las cuatro mil.

—Recuerdo perfectamente. El que tiene mala memoria es usted... Á ver (dirigiéndose al dependiente que vino á extender el recibo), uno de vosotros que baje á la cochera y pregunte á Benigno en cuánto se ha ajustado el *Polión*.

Al mismo tiempo, aprovechando el momento en que Fayolle miraba al empleado, le hizo un guiño expresivo.

El cochero respondió por boca del dependiente que el caballo se había ajustado en tres mil quinientas pesetas.

Entonces el comerciante se irritó. Estaba segurísimo de que habían quedado en las cuatro mil. En ese supuesto lo había entregado. De otro modo nunca hubiera dejado salir el caballo de la cuadra. El duque le dejó hablar cuanto quiso, lanzando sólo algún gruñido de duda, pero sin alterarse poco ni mucho. Sólo cuando Fayolle habló de quedarse otra vez con el caballo, le dijo con sorna:

—Por lo visto, ha encontrado usted quien dé las cuatro mil y quiere deshacer el trato, ¿verdad?

—Señor duque, juro á usted por lo más sagrado que no hay nada de eso... Solamente que estoy seguro de que es como digo.

Al banquero le acometió entonces oportunamente un recio golpe de tos. Se le pusieron los ojos encendidos, las mejillas carmesíes. Luego se limpió sosegadamente con el pañuelo la boca y las narices, y dijo con acento campechano:

— Hombre, no sea usted tacaño. No se altere usted por esas miserables pesetas.

Pero él no las soltó. El comerciante quiso llevarse el caballo. Tampoco pudo lograrlo. Hubo un momento de silencio. Fayolle estuvo á punto de echarlo todo á rodar y desvergonzarse; pero se reprimió considerando que nada adelantaría: menos con llevar el asunto á los tribunales. ¿Quién iba á pleitear por quinientas pesetas y más con un personaje como el duque de Requena? Resignado, pues, con las mejillas encendidas aún, se des-

pidió no sin que el duque le llevase hasta la puerta muy cortésmente, dándole afectuosas palmaditas en la espalda.

Cuando el prócer volvió á ocupar su sillón frente á la mesa, por debajo de sus párpados fatigados brillaba una sonrisa burlona de triunfo. Al cabo de unos minutos apretó el botón del timbre otra vez:

—Vaya usted á ver si la señora duquesa está sola en su habitación ó tiene visita— dijo al criado que se presentó al punto.

Mientras desempeñaban la comisión permaneció inactivo, con el cuerpo echado hacia atrás y las manos cruzadas, en actitud reflexiva.

—La señora duquesa está de visita con el padre Ortega—entró á decir el criado.

Salabert hizo un gesto de impaciencia y volvió á quedar sumido en sus reflexiones. Estaba decidido á celebrar una conferencia con su esposa acerca de intereses. Ésta jamás le había hablado nada de dinero. Él no se creyó jamás en el caso de darle cuenta de sus especulaciones y negocios. D.ª Carmen tampoco entendería nada si se la diese. Creíase dueño absoluto de su fortuna sin que se le pasase por la imaginación los derechos que sobre ella tenía su mujer. Pero últimamente un amigo le abrió los ojos. Hablando de la enfermedad que aquejaba á la duquesa, le preguntó con naturalidad si tenía otorgado testamento. Este amigo, que era abogado, daba por resuelto que la mitad de la hacienda pertenecía á D.ª Carmen. Salabert quedó hondamente preocupado. Viendo á su esposa descaecer le entró miedo. Á su muerte los parientes le exigirían la mitad de lo que él había adquirido, meterían la nariz en sus asuntos, hasta en los más íntimos... ¡Un horror! Consultó con su abogado. El medio más sencillo de desvanecer aquellos temores y dejar en la impotencia á los parien-

tes de su esposa, era que ésta hiciese testamento á su favor. El duque lo encontró naturalísimo. En la conferencia que iba á tener con ella, se lo propondría del modo más diplomático que le fuera posible, á fin de no alarmarla respecto á su enfermedad.

Aguardó, pues, entretenido en revisar papeles hasta que creyó llegado el momento de enviar nuevamente el criado á saber si el padre Ortega había despejado. Mas cuando iba á hacerlo entraron á avisarle que estaban allí unos cuantos señores, entre ellos Calderón, que deseaban verle. El banquero frunció el entrecejo.

—¿Habéis dicho que estaba en casa?

—Como el señor duque no se niega nunca por la mañana...

—¡F....! ¡malditos seáis! —murmuró con horrible expresión de disgusto. Pero alzando la voz en seguida y adoptando las maneras campechanotas y bruscas que le eran peculiares, gritó:

—Que pasen, que pasen esos señores.

Se presentaron Calderón, Urreta y otros dos banqueros no menos importantes y conocidos en Madrid. La expresión de todos ellos era seria y hasta hosca. Salabert, sin reparar en ello, empezó á repartir abrazos y palmaditas en la espalda, haciendo un ruido formidable con sus voces y risotadas.

—¡Buen negocio! Buen negocio secuestrar ahora á los cuatro y exigir un millón de pesos por cada uno... ¡Oh! ¡oh! Se me han colado en el despacho los cuatro peces más gordos que tiene Madrid... ¡cuatro tiburones!... ¿Cómo va de ese reuma, Urreta? Me parece que usted también necesita una buena carena como yo... Y tú, Manuel, ¿cuándo piensas reventar?... Ya ves que á tu sobrino le corre mucha prisa.

Los banqueros se mostraron corteses y reservados,

procurando cortar con su actitud grave aquel flujo de chanzonetas. El caso no era para menos. Hacía cosa de un año que Salabert les había vendido la propiedad del ferrocarril de B*** á S***, ya en explotación y con todo su material. Aunque no se determinó en la escritura, convínose entre ellos que cuando saliese á subasta el ferrocarril desde S*** á V***, como quiera que estaba enlazado con el otro, material y económicamente, Salabert no presentaría pliego de licitación, dejándales el negocio á ellos. Pues bien; acababan de saber que el duque, faltando á su palabra, se lo trataba de birlar descaradamente: había presentado el correspondiente pliego en la subasta. El primero que habló fué Calderón.

—Antonio, venimos á reñir contigo seriamente...

—No puede ser. ¿Reñir con un hombre tan inofensivo como yo?...

—Recordarás muy bien que al realizar la compra de tu ferrocarril se ha convenido, ó por mejor decir, nos has prometido solemnemente no presentarte en la subasta de la línea de S*** á V***

—Ya lo creo que me acuerdo... ¡admirablemente!

—Pues hoy hemos visto con sorpresa que hay un pliego tuyo...

—¡Cómo! ¿Un pliego mío? — exclamó lleno de asombro, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos saltones. — ¿Quién les ha contado semejante patraña?

—No es patraña: yo mismo he visto su firma de usted — dijo uno de ellos, el marqués de Arbiol.

—¿Mi firma? No puede ser.

— Amigo Salabert, le digo á usted que yo mismo he visto la firma: «Antonio Salabert, duque de Requena» — replicó Arbiol con firmeza y muy serio.

—¡No puede ser! ¡no puede ser! — repitió el duque

poniéndose á dar vueltas por el despacho, presa al parecer de violenta agitación. — Me habrán suplantado la firma.

El marqués de Arbiol sonrió desdeñosamente.

—Traía el sello de su casa.

—¿Traía el sello? — replicó parándose de pronto. — Entonces me la han suplantado dentro de mi misma casa. ¡Sí, sí!... Aquí me la han suplantado... No sabéis entre qué canalla estoy metido. Necesito tener cien ojos...

Y cada vez más enfurecido fué á apretar el botón del timbre.

—¡Ahora verán! Ahora verán ustedes si me la han robado ó no... A ver (dirigiéndose al dependiente que entró), que se presenten inmediatamente Llera y todos los empleados de la oficina... ¡Al instante!

Arbiol dirigió una mirada á sus compañeros y alzó los hombros con desprecio. Pero el duque, que vió perfectamente el ademán, no quiso hacerse cargo de él: siguió gruñendo, resoplando, dejando escapar interjecciones violentas y paseando furiosamente por la estancia. Hasta que se presentó Llera y con él un grupo de sujetos encogidos, mal trajeados, de fisonomía vulgar. Salabert se plantó delante de ellos cruzando los brazos con energía:

—Vamos á ver, Llera: es necesario averiguar quién ha sido el tuno que ha presentado un pliego en mi nombre, suplantando mi firma, para la licitación del ferrocarril de S*** á V***. ¿Tú sabes algo de este asunto?

Llera, después de haberle mirado fijamente á la cara, bajó la cabeza sin contestar.

—¿Y vosotros sabéis algo? ¿eh? ¿sabéis algo?

Los empleados le miraron también con fijeza. Luego miraron á Llera y también bajaron la cabeza al fin sin despegar los labios.

Salabert paseó varias veces sus ojos saltones por ellos con expresión teatral de cólera, y exclamó al fin dirigiéndose á los banqueros:

—¿Lo ven ustedes claro? Nadie contesta. Entre éstos se esconde el culpable ¡ó los culpables! porque sospecho que ha de ser más de uno. Pierdan ustedes cuidado, que yo daré con ellos y haré un escarmiento... ¡Sí, un terrible escarmiento! No he de parar hasta que los mandé á presidio... Retiraos vosotros (dirigiéndose á los empleados), y ya podéis temblar los delincuentes. Muy pronto caerá sobre vosotros el peso de la justicia.

Los criminales debían de ser bien empedernidos á juzgar por la absoluta indiferencia con que recibieron aquellas siniestras palabras pronunciadas con acento patético. Cada cual se retiró sosegadamente á su departamento y reanudó su tarea, como si la terrible espada de Némesis no estuviese aparejada á segarles el cuello.

Los banqueros se miraron entre risueños y coléricos. Al fin uno de ellos, mordiéndose los labios para no soltar la carcajada, le tendió la mano con ademán desdeñoso:

—Adiós, Salabert; hasta la vista.

Los demás hicieron lo mismo sin decir otra palabra del asunto. El duque no se desconcertó. Fué á despedirlos solícito hasta la escalera, dirigiendo todavía al pasar miradas iracundas á sus empleados que las recibieron con la misma punible indiferencia. Al volver á su despacho ya no les hizo caso alguno. Pasó por entre ellos como un actor que atraviesa los bastidores después de haber estado un rato en escena.

Unos minutos después tornó á salir bajando á las habitaciones de su esposa. Hallóla sola, entretenida en leer un libro devoto. D.ª Carmen, que siempre había

sido muy piadosa, en los últimos tiempos se había entregado por completo á las prácticas religiosas. La enfermedad la separaba cada vez más de las ideas mundanas, la entregaba triste y sumisa á los curas. Salabert nunca había puesto obstáculo á esta devoción: la miraba con indiferencia compasiva, como una manía inocente. Pero en los últimos tiempos, algunas limosnas harto crecidas de la duquesa le alarmaron un poco y le obligaron á reprenderla paternalmente. Acostumbrado á hallar á su mujer sometida, apartada de toda ambición, ajena enteramente al éxito de sus especulaciones, la trataba como á una niña, si no como á un perro fiel á quien de vez en cuando se pasa la mano por la cabeza. Nunca le había estorbado aquella infeliz señora, ni en sus trabajos ni en sus vicios. Aunque sus queridas, sus extravagancias en el orden erótico eran conocidas de todo el mundo, D.ª Carmen ó las ignoraba ó fingía ignorarlas. Sin embargo, la última infidelidad del duque, la relación con la Amparo habíale acarreado disgustos. Aquella mujer dominante y soez se gozaba en vejarla de mil modos, cosa que no había hecho ninguna de sus antecesoras. En el paseo, cuando iba con su marido en coche, el de la Amparo se colocaba á su lado: con cínico descaro la ex florista cambiaba con el duque sonrisas de inteligencia. Cuando la buena señora se quejó suavemente de este proceder, Salabert negó en redondo, no sólo sus miradas y sonrisas, sino toda relación con aquella mujer. No la conocía más que de vista. Jamás había hablado con ella. En el teatro Real lo mismo. Amparo se obstinaba en mirar toda la noche al palco del duque. Luego en los toros, en las carreras de caballos, ostentaba un lujo escandaloso que llamaba fuertemente la atención pública. Algunas amigas bien intencionadas, que nunca faltan, compadeciéndola mu-

chísimo enteraban á D.ª Carmen de las cuantiosas sumas que aquella mujer costaba al duque, de todas sus extravagancias y caprichos. Esta serie de alfilerazos padecidos en secreto, sin confiarlos á nadie más que á su confesor, habían labrado la salud de la señora, reduciéndola á un estado de flaqueza tal que por milagro se sostenía. Salabert tenía más que hacer que reparar en tales sufrimientos. Pensaba que con el título de duquesa, y tantísima riqueza acumulada en aquel palacio, D.ª Carmen debía de ser la mujer más feliz de la tierra.

—¿Qué hace la viejecita? ¿qué hace?—entró preguntando en tono medio brutal medio cariñoso, que revelaba bien la profunda indiferencia que su mujer le inspiraba.

D.ª Carmen levantó los ojos sonriendo.

—Hola ¿eres tú? Milagro, por aquí á esta hora.

—Antes hubiera venido á saber de ti, si no me hubieran dicho que estaba el padre Ortega. ¿Cómo has pasado la noche? Bien ¿eh? Ya lo creo... Tú no estás tan mala como te figuras. ¿Á qué viene eso de rodearte de curas como si fueses á morirte?

—¿Los curas no hacen falta más que cuando uno se muere?

—Sí, los curas son indispensables para dar respetabilidad á las casas—dijo repantigándose en una butaca y extendiendo groseramente las piernas.—Sin un poco de paño negro, los palacios recién pintados como éste chillan demasiado... Sólo que á la larga se hacen muy molestos: no se cansan de pedir. Tienen tantas tragaderas como las ballenas. . Yo los compraría de buena gana figurados, de cera ó de cartón, y harían el mismo efecto...

—Calla, calla, Antonio; no empieces á soltar dispa-

rates. Cualquiera que te oyese te juzgaría un hereje, y gracias á Dios no lo eres.

—¡Vaya una ganga el ser hereje! ¿Qué utilidad trae el ser hereje?...—Y cambiando bruscamente de tema preguntóle:—¿Cómo va ese aquelarre que habéis hecho en los Cuatro Caminos?

Se refería al asilo de ancianas, del cual era D.ª Carmen la principal protectora.

—Va muy bien. Sólo que la marquesa de Alcudia no quiere continuar siendo tesorera. No sabemos á quién se ha de nombrar.

—Por supuesto, los sábados se despoblará aquello.

—¿Pues?—preguntó inocentemente la señora.

—Porque se marcharán á Sevilla todas sobre escobas.

—¡Bah, bah! No hagas burla de las pobres ancianas—replicó riendo.—También tú y yo somos dos viejos...

—Verdad, verdad—dijo el banquero poniéndose afectadamente grave y triste.—Somos un par de trampas que el día menos pensado nos escurrimos para el otro barrio, sin sentirlo.

Había visto una entrada oportuna para la conversación que apetecía: se apresuraba á aprovecharla.

—No; tú estás fuerte y robusto. Aún puedes dar mucha guerra en el mundo... Pero yo, querido, ya tengo un pie en el estribo.

—Los dos lo tenemos, los dos. En pasando de los sesenta, no hay día seguro...

—Si esos pensamientos te sirviesen para acordarte más de Dios y trabajar en su santo servicio, me alegraría de que los tuvieses.

—¿Te parece que no trabajo bastante por él, y me lleva todos los años más de cinco mil duros en misas y novenas?

—¡Vamos, Antonio, no hables así!

—Hija mía; bueno es pensar en lo de allá, pero es también prudente pensar en lo de acá... Mira, precisamente estos días estaba yo imaginando que si se muriese uno de nosotros, al que sobreviviese le quedarían bastantes enredos...

—¿Por qué?

—Porque el marido y la mujer no son herederos forzosos el uno del otro, y, como es natural, si nos muriésemos sin testamento, nuestros parientes vendrían á molestar al que quedase.

—Eso tiene fácil remedio. Con hacerlo se arregla.

—Precisamente es lo que yo pensaba—dijo el duque resollando mucho para mostrar indiferencia y aplomo, que no sentía.—Había imaginado que en vez de testar cada uno por su parte, hiciésemos un testamento mutuo.

—¿Qué es eso?

—Un testamento en el cual nos instituímos mutuamente por herederos.

D.ª Carmen bajó la vista al libro que traía en la mano y guardó silencio un rato. El duque, inquieto, la observaba con atención por debajo de sus párpados medio caídos, mordiendo con impaciencia el cigarro.

—No puede ser—dijo al cabo gravemente la señora.

—¿Que no puede ser? ¿Y por qué?—replicó con viveza incorporándose un poco en la butaca.

—Porque yo pienso en dejar por heredera de lo que tenga, poco ó mucho, á tu hija. Así se lo he prometido ya.

No creía Salabert tropezar con aquel obstáculo. Juzgaba cosa hecha lo del testamento mutuo. Quedó tan sorprendido como turbado. Pero recobrándose instan-

táneamente, adoptó un continente grave y digno para decir:

—Está bien, Carmen. Yo no trato de imponer mi voluntad á la tuya. Eres dueña de dejar tus bienes á quien te parezca, por más que estos bienes hayan sido ganados por mí á costa de muchos trabajos. En los años que llevamos unidos, las cuestiones de intereses jamás han producido ninguna reyerta entre nosotros. Deseo que continuemos siempre lo mismo. El dinero, comparado con los afectos del corazón, no tiene ningún valor. Lo único que siento es que otra persona, por más que sea una hija queridísima, me haya perjudicado hasta tal punto en tu cariño, me haya desterrado de tu corazón...

Al pronunciar estas últimas palabras su voz se alteró un poco.

—No, Antonio, no—se apresuró á decir D.ª Carmen;—ni tu hija ni nadie puede arrancarte el cariño que te pertenece... Pero considera que tú eres bastante rico sin necesidad de mi fortuna, y que ella la necesita.

—No; no trates de desfigurarlo... El golpe está dado: lo siento en el fondo del corazón—replicó Salabert en tono patético llevándose la mano al lado izquierdo.—Treinta y cinco años de vida matrimonial, treinta y cinco años compartiendo pesares y alegrías, temores y esperanzas, no han bastado á conquistarme la primer plaza en tu cariño. Todo lo que se diga es inútil ya. Pensaba que nuestro matrimonio, la vida de felicidad y de amor que hemos llevado tantos años, debía cerrarse por medio de un acto que la resumiese, instituyéndonos herederos de lo que juntos hemos ganado... El cariño de los esposos nunca se demuestra mejor que en la última voluntad...

El discurso de Salabert adquiría un tono de elevación

moral que pareció preocupar por un instante á su esposa. Sin embargo, replicó al fin con dulzura y firmeza á la vez:

—Aunque no la he llevado en mis entrañas, yo quiero á Clementina como si fuese mi hija; la he mirado siempre como tal. Me parece una injusticia privar á una hija de su parte de herencia.

—¡Pero mujer!—exclamó con viveza el duque:—yo ¿para quién quiero lo que tengo sino para mi hija? Déjame por heredero, que yo te prometo transmitírselo íntegro y aun con aumento...

D.ª Carmen guardó silencio limitándose á hacer un signo negativo con la cabeza. El duque se levantó como si fuese presa de una violenta emoción.

—Sí, sí; bien lo comprendo. Tú no me perdonas algunos leves extravíos hijos del capricho y la tontería. Aprovechas la ocasión que se te presenta para vengarte. Está bien: satisface tu venganza; pero sabe que yo no he querido de veras á ninguna mujer más que á ti. En el corazón no se manda, Carmen, y si yo te quisiera arrancar del corazón, mi corazón diría: «No, no puedes arrancarla sin que yo me rompa...» Es triste, muy triste llevar al fin de la vida este terrible desengaño... Si mañana te murieses tú, lo que Dios no consienta, ¡cuántos disgustos, cuántas penas me esperan además de la pérdida de una esposa adorada! Acaso este pobre anciano se viera precisado á salir de la casa donde ha vivido, que ha fabricado con ilusión para morir en ella en brazos de su esposa.

La voz del duque se alteraba por momentos; sus ojos se arrasaban de lágrimas. Todavía siguió en este tono patético un rato. Al fin cayó como desfallecido en la butaca, llevándose el pañuelo á los ojos.

Pero D.ª Carmen, aunque caritativa y sensible, no

dió señales de hallarse conmovida. Antes, con firmeza, dijo:

—Bien sabes tú que nada de eso es cierto. Ni soy capaz de vengarme, ni sería fuerte venganza dejar cuanto tengo á una hija tuya, que sólo es mía por el cariño que la tengo.

El duque cambió de táctica. Miró un rato á su esposa con ojos compasivos. Al cabo dijo sonriendo con amargura:

—Tú quieres mucho á Clementina, ¿verdad?... Pues mira; lo mejor que puedes hacer para darle un alegrón es reventar cuanto más antes. El pobre Osorio está con el agua al cuello. Ahora me explico por qué sus acreedores no acaban de tragárselo. Sin duda, tú le has hablado á su mujer algo de testamento, y como estás un poquillo delicada aguardan tu muerte como agua de Mayo. Conque no te descuides.

D.ª Carmen se puso mucho más pálida de lo que estaba al oir estas sangrientas palabras. Necesitó agarrarse á los brazos del sillón para no desfallecer. Lo que decía su marido era horrible, pero muy verosímil. Él, que advirtió su emoción, se apresuró á ofrecerle todos los datos necesarios para confirmar la sospecha. Le expuso en un cuadro completo la situación económica de Osorio, insistiendo en lo raro de que sus acreedores aguardaran si no contasen con alguna esperanza positiva, que no podía ser más que la muerte de ella.

Entonces aquella infeliz mujer tuvo una frase sublime.

—Pues aunque Clementina desee mi muerte, yo la quiero lo mismo, con todo mi corazón. Para ella será cuanto tengo.

El duque salió de la estancia furioso, bufando como

un toro con banderillas de fuego, ó como un actor á quien acaban de propinar una silba.

D.ª Carmen permaneció inmóvil largo rato, en la misma postura que la había dejado, con los ojos clavados en el vacío. Dos lágrimas temblaron al fin en sus ojos y rodaron silenciosamente por sus mejillas marchitas.

XI

Baile en el palacio de Requena.

TRANSCURRIERON los días y los meses. Clementina pasó el verano, como siempre, en Biarritz. Raimundo la siguió, dejando á su hermana confiada á unos parientes, y regresó cuando aquélla á últimos de Septiembre. Por la casa de los huérfanos soplaba un viento tormentoso que la había removido por completo. Raimundo, abandonando en absoluto sus estudios y costumbres metódicas, se habia lanzado con ardor de neófito á los placeres mundanos. Su hermana, aterrada por este cambio, le hizo suavemente algunas advertencias, sin resultado. El joven se enfadaba como niño mimoso. Cuando la reprensión era más dura, se echaba á llorar desconsoladamente, llamándose desgraciado, diciendo que no le quería, que más le hubiera valido morirse cuando su madre, etc., etc. Aurelia, en vista de esto, había determinado callarse, padeciendo en silencio, llena de aprensiones y presentimientos tristes. Bien adivinaba la cau-

sa de aquel cambio; pero en sus conversaciones ninguno de los dos osó hacer referencia á ella: Raimundo, porque no podía dignamente declarar á su hermana las relaciones que sostenía con Clementina: aquélla, porque creía indecoroso darse por advertida.

Aquellas relaciones obligaron á nuestro joven á hacer gastos extraordinarios que no permitía su renta Para seguir el carruaje de su amante entre la balumba de ellos en los paseos del Retiro y la Castellana compró un bonito caballo, después de dar previamente algunas lecciones de equitación. Los teatros, las flores y los regalitos á su ídolo, las francachelas con sus nuevos amigos del *Club de los Salvajes*, los trajes y las joyas, todo lo que constituye, en suma, el tren de un lechuguino en la corte, le hicieron desembolsar sumas enormes con relación á su hacienda. Para ello hubo necesidad de echar mano del capital. Éste consistía, como ya sabemos, en acciones de una fábrica de pólvora y en títulos de la Deuda. Unos y otros documentos guardábalos su madre en un cofrecito de hierro dentro de su armario. Cuando murió, el pariente de los chicos á quien correspondía la tutela vino á examinarlos y tomó nota de ellos. Pero como Raimundo gozaba tal fama de muchacho formal, de conducta intachable, como hacía ya tiempo que manejaba y cobraba los cupones, y como en fin no le faltaban más que tres años para llegar á la mayor edad, su tío no quiso recogerlos. Los dejó en el mismo cofrecito que estaban. Pues bien; Raimundo, necesitando á toda costa dinero, y no atreviéndose á pedírselo á nadie, faltó á esta confianza vendiendo poco á poco algunos títulos. Y es lo raro del caso que siendo un chico hasta entonces tan puro de costumbres, tan recto en el pensar y tan honrado de corazón, llevó á cabo esta villanía sin grandes remor-

dimientos. Hasta tal punto su desatinada pasión le había desequilibrado y aturdido.

No sólo hizo esto sino otra cosa peor, si cabe. Su curador, al enterarse de sus gastos excesivos y de la vida que llevaba, se presentó un día en su casa, encerróse con él en el despacho y le interpeló bruscamente:

—Vamos á cuentas, Raimundo. Por lo que me han dicho y por lo que veo, estás haciendo unos gastos que de ningún modo puedes sostener con tu renta. El caso es grave. Yo, como curador, necesito saber de dónde sale ese dinero, no sólo por ti, sino principalmente por tu hermana...

Experimentó una violenta emoción. Se puso pálido y balbució algunas palabras ininteligibles. Luego, viéndose apurado, comprendiendo rápidamente que de aquella entrevista dependía su salvación, esto es, la salvación de su amor, no tuvo inconveniente en mentir descaradamente.

—Tío, es cierto que hago gastos considerables, muy superiores á los que podría hacer con mi renta... Pero nada tiene que ver en ellos el capital que heredé de mis padres.

—¿Entonces?...

—Entonces...—dijo bajando la voz y como si le costase trabajo hablar,—entonces... yo no puedo decirle á usted el origen de este dinero, tío... Es una cuestión de honor.

El curador quedo estupefacto.

—¿De honor?... No sé lo que quieres decir: pero mira, chico, yo no puedo quedar conforme... Mi posición es delicada. Si no velo como debo sobre vuestros intereses, mañana se me puede pegar al bolsillo y no tiene gracia.

Raimundo guardó silencio unos momentos. Al fin, vacilando y tropezando mucho, dijo:

—Puesto que es necesario decirlo todo, lo diré... Usted habrá oído hablar quizá de mis relaciones con una señora...

—Sí, algo he oído de que haces el amor á la hija de Salabert.

—Pues ya tiene usted explicado el misterio...—dijo poniéndose fuertemente colorado.

—¿De modo que esa señora?...—replicó el tío haciendo resbalar la yema del dedo pulgar sobre la del índice.

Raimundo bajó la cabeza y no dijo nada, ó, más exactamente, lo dijo todo con su silencio. Él, que había rechazado con indignación y tristeza los billetes de Banco de su querida, confesábase ahora culpable, sin serlo, de tal indignidad, bajo la influencia del miedo.

Su tío era un hombre vulgar, un almacenista de la calle del Carmen. La confesión de su sobrino, lejos de sublevarle, le hizo gracia.

—¡Bien, hombre!... Me alegro de que hayas salido del cascarón y sepas lo que es el mundo. ¡Ah, tunante, qué callado te lo tenías!

Pero como todavía se quedase en el despacho adivinándose en su actitud un resto de inquietud, Raimundo, con esa audacia peculiar de las mujeres y de los hombres débiles en las circunstancias críticas, dijo con firmeza:

—El capital de mi hermana y el mío está íntegro. Ahora mismo va usted á ver los títulos...

Y sacó la llave y se dirigió al armario. Su tío le detuvo.

—No hace falta, chico... ¿Para qué?

Así salió, casi milagrosamente, de aquel terrible compromiso, que de otro modo hubiera producido una catástrofe. Sin embargo, la victoria le costó muchos momentos de cruel amargura, un gran desfallecimiento físico y moral que por poco le hace enfermar. No es posible romper bruscamente con nuestras ideas y sentimientos, con lo que constituye nuestro carácter, sin que la ruptura produzca vivo dolor.

Por esta época vino á visitarle un caballero chileno, aficionado á la zoología y dedicado también á la especialidad de las mariposas como él. Venía de Alemania y se disponía á regresar á su país. Había leído algunos de sus artículos científicos, y teniendo además noticia de su colección, no quiso pasar por Madrid sin verla. Raimundo le recibió con alegría y un poco de vergüenza también. Hacía ya algunos meses que no se ocupaba poco ni mucho en asuntos de ciencia, que tenía su colección abandonada. Á pesar de eso el chileno la halló muy notable y simpatizó extremadamente con él. Le dijo que tenía encargo de su Gobierno para llevar algunos jóvenes de valer que se pusiesen al frente de las cátedras recién creadas en Santiago de Chile. Si quería venirse, una de ellas sería para él. El sueldo que se le ofrecía era bastante crecido, la posición brillante en un país nuevo y ansioso de instrucción. En otras circunstancias, Raimundo, que ya no tenía más vínculo en España que su hermana, quizá se hubiera decidido á emigrar con ella. Mas ahora, enloquecido por el amor, encontró tan absurda la proposición que no pudo menos de sonreir con cierta lástima al rechazarla cortésmente, como si fuese un millonario ó un hombre colocado en la cima de la sociedad española.

Para costear su viaje á Biarritz necesitó enajenar más papel de la Deuda. Llevó en metálico á Francia

unas cinco mil pesetas, cantidad más que suficiente para pasar el verano. Sin embargo, á los pocos días, arrastrado del ejemplo de sus amigos, se le antojó jugar en el Casino á *los caballitos*. En dos sesiones perdió todo el dinero. No estando avezado á estos lances, lo único que se le ocurrió fué regresar precipitadamente á Madrid, vender más títulos y volverse otra vez. Su hacienda mermaba de día en día. Cuando empezó el invierno tenía ya de menos algunos miles de duros; mas esto no le impidió seguir gastando lindamente. Aurelia, que tal vez por indicación de su tío y curador, ó por propias sospechas, creía saber de dónde procedía aquel dinero, andaba melancólica, recelosa. No podía menos de mirar á su hermano con ojos donde se reflejaban la pena, la lástima y la indignación también.

Así continuaron las cosas hasta Carnaval. La duquesa de Requena había mejorado bastante en unos baños de Alemania, adonde su marido la había llevado. Desde que tenía hecho testamento á favor de su hijastra, éste la prodigaba extremados cuidados, sabiendo cuánto le importaba su vida. Los negocios del célebre especulador marchaban también prósperamente. La mina de Riosa se había comprado como él pretendía, al contado. Desde entonces, sordamente, había comenzado á hacer guerra á las acciones, vendiéndolas cada vez más baratas para depreciarlas. Llevaba buen camino para conseguirlo. En pocos meses habían bajado desde ciento veinte, á que se habían puesto poco después de la venta, hasta ochenta y tres. Salabert esperaba de un momentro á otro, por medio de una gran oferta que tenía preparada, introducir el pánico en el mercado y hacerlas bajar á cuarenta. Entonces, por medio de sus agentes en Madrid, en París y en Londres, se haría dueño de la mitad más una, y por lo tanto del negocio.

Porque le interesaba para sus fines políticos y económicos y por satisfacer al genio fanfarrón que, á pesar de su avaricia, habitaba dentro de él, resolvió dar un gran baile de trajes en su magnífico palacio, invitando á toda la aristocracia madrileña y á las personas reales. Los preparativos comenzaron dos meses antes. Aunque el palacio estaba espléndidamente amueblado, el duque hizo desterrar de los salones algunos muebles demasiado grandes y pesados y traer de París otros más sencillos y ligeros. Se quitaron algunos tapices; se compraron muchos objetos de arte, de los cuales estaba un poco necesitada la casa. Veinte días antes del designado para el baile, se enviaron las grandes tarjetas de invitación. Era nécesario todo este tiempo para que los invitados pudiesen preparar sus disfraces. Exigíase traje de capricho: á los caballeros, cuando menos, la talmilla veneciana sobre los hombros. La prensa comenzó á esparcir el anuncio del baile por todos los rincones de España.

Como su madrastra ni entendía mucho en estos asuntos, ni estaba en disposición, á causa de su quebrantada salud, de tomar parte activa en los preparativos, el alma de ellos fué Clementina. Pasaba el día en casa de su padre, robando sólo algunos ratos que dedicaba á Raimundo. Osorio tuvo la mala ocurrencia de traer á las dos niñas que tenía en el colegio de Chamartín, una de diez y otra de once años, á pasar unos días con ellos. Las pobrecitas tuvieron que marcharse antes de lo que les había prometido su padre, porque Clementina estaba tan ocupada que apenas podía fijar en ellas la atención. Esto indignó tanto á Osorio, que un día, sin que se despidiesen de su madre, las metió en el coche y las llevó él mismo al colegio. Por cierto que á la noche, cuando Clementina regresó, hubo con este mo-

tivo una escena violenta entre los esposos. Raimundo también padecia con las ocupaciones de su amante. Pero no dejaba de gozar puerilmente con la perspectiva del baile, al cual pensaba asistir vestido de paje de los Reyes Católicos. Fué una idea que le suministró Clementina. El modelo lo sacaron de un célebre cuadro que había en el Senado. Ella estaba enamorada del retrato de D.ª Margarita de Austria, esposa de Felipe III, hecho por Pantoja. Se mandó hacer un traje igual de terciopelo negro muy ajustado al talle, con saya interior color de rosa recamada de plata. Este traje era muy á propósito para realzar la gallardía de su figura y la belleza majestuosa de su rostro.

El duque trabajaba también en la parte menos delicada de los preparativos, en la erección del estrado para la orquesta, que hizo colocar adosado á la pared medianera de los dos grandes salones de baile contiguos, rodeándolo de plantas y arbustos, en el arreglo del guardarropa, en la colocación de alfombras, en la traslación de muebles, etc. Salabert era un terrible sobrestante para sus operarios, un verdadero mayoral de *ingenio*. No los dejaba reposar: les exigía un cuidado incesante: jamás se le daba gusto en nada. Se trataba un día de trasladar cierto armario de ébano tallado, desde el salón que iba á ser de conversación, á la sala destinada á jugar. Los obreros, dirigidos por el maestro carpintero, lo llevaban suspendido, mientras el duque los seguía recomendándoles atención con una sarta de interjecciones que dejaba escapar oscuramente entre el cigarro y sus labios sinuosos, nauseabundos.

—¡F...., despacio...! ¡Despacio tú, papanatas, el de las narices largas!... Cuidado con esa lámpara... Baja un poco tú, Pepe... ¡F...., no seas jumento, baja más!... ¡Eh! ¡eh! arriba ahora...

Al llegar al hueco de una puerta, el maestro, viendo que era fácil lastimarse, les gritó:

—¡Cuidado con las manos!

—¡Cuidado con los relieves, F....!—se apresuró á gritar el duque.—¡Lo que menos me importa á mí son vuestras manos, babiecas!

Uno de los obreros levantó la vista y le clavó una mirada indefinible de odio y desprecio.

Cuando el mueble estuvo en su sitio, el duque mandó enganchar y se dirigió á sus habitaciones á quitarse el polvo. Poco después bajaba por la gran escalinata del jardín y montaba en coche, dando orden que le condujesen al hotel de su querida.

La pasión brutal del banquero por la Amparo había crecido mucho en los últimos tiempos. Todavía fuera conservaba su razón; pero en cuanto ponía el pie en la casa de la hermosa malagueña, la perdía por completo, se transformaba en una bestia que aquélla hacía bailar á latigazos. Ni se crea que esto es enteramente figurado. Contábase en Madrid que el duque traía un aro de hierro con una argolla al brazo en señal de esclavitud, y que la Amparo le ataba con cadena cuando bien le placía. Algunos amigos, para cerciorarse, le habían apretado el brazo burlando y certificaban que era cierto. La exflorista, aunque de inteligencia limitadísima y de cultura más limitada aún, tenía suficiente instinto para remachar los clavos de esta esclavitud. Con su genio arisco y desigual, alimentaba el fuego de la sensualidad en aquel viejo lúbrico. El duque había llegado á persuadirse de que su querida, á pesar de las sumas fabulosas que con ella gastaba, era muy capaz de dejarle plantado si un día se atufaba. Esta convicción le tenía siempre sobresaltado y rendido, dispuesto á humillarse, á cometer cualquier bajeza por complacerla. Aunque

muy sagaz, su lascivia le cegaba hasta el punto de no comprender que la Amparo era más interesada y astuta de lo que él se figuraba.

Cuando llegó al hotelito de mazapán, serían las tres de la tarde. Amparo estaba conferenciando gravemente con la modista; de modo que se vió obligado á esperar un rato leyendo los periódicos. Al salir del gabinete, la joven exclamó:

—¡Ah! ¿Estaba usted ahí, duque?

—Sí; no he querido sorprender secretos de Estado.

—¡Y que lo diga! ¿Verdá usté?—dijo la ex florista echando una mirada significativa á la modista.

Ésta sonrió discretamente y se fué. El duque abrazó por el talle á su querida y la llevó al gabinete.

—¿Cómo te va, chiquita? ¿Bien, eh?

—¡Al pelo, hijo! ¿Cómo quieres que me vaya con un hombre tan retrechero?

Al mismo tiempo se colgó de su cuello y le dió un largo y sonoro beso en la mejilla. Los párpados del duque temblaron de placer; mas por sus ojos pasó al mismo tiempo un reflejo de inquietud. Siempre que la Amparo se le colgaba del cuello era para darle un sablazo formidable, una entrada á saco en el bolsillo.

—¡Y que no tiene guita el gachó! ¡Y que no sabe lo que son mujeres!—siguió la hermosa contemplándole con admiración.

«¡Malo! ¡malo!» dijo para sí el banquero. Sin embargo, las caricias de su querida le hacían feliz.

—Mira, Tono, no hay cosa que más me guste que decirles por lo bajo á todas las sin vergüenzas que pasean por el Retiro: «¡Andad, andad, hambronas, que si á mí se me antoja os puedo enterrar en billetes de Banco!...» ¿Verdá tú, salao?

«¡Malísimo!» volvió á decir el duque en su interior; y en voz alta:

—Algunos hay, preciosa; algunos hay en casa.

Y llevando la mano al bolsillo para sacar la cartera, dijo brutalmente:

—¿Cuántos necesitas?

—¡Ninguno, canalla!—exclamó ella soltando á reir.—Pensabas que me estaba preparando para darte un sablazo, ¿eh?

—¡Claro! No te veo cariñosa sino cuando necesitas dinero.

—¡Habrá embusterazo, marrullero! Cualquiera que te oyese, pensaría que es cierto. Confieso que soy un poco bruta y testaruda, ¡pero no siempre, hijo, no siempre!... Además, no me sienta mal este geniecillo agrio, ¿verdá tú?

La hermosa odalisca se había sentado sobre las rodillas del duque y le daba fuertes palmadas con entrambas manos en sus carrillos de trompetero recién rasurados. Vestía una bata de color azul oscuro con adornos más claros, que le sentaba admirablemente. Su tez era cada día más fina, más tersa, más nacarada. Era un milagro de la naturaleza. Y sobre aquella tez lucían sus grande ojos negros sombríos, salvajes, con un fuego misterioso y sensual. Sus cabellos, que daban en azules de tan negros, caían ondeados sobre la frente ocultándola á medias. Su garganta, amasada con leche y rosas, pedía á gritos el homenaje de los labios. El duque estaba contentísimo desde que había conjurado el peligro: se derretía en caricias, que la Amparo aceptaba sumisa contra su costumbre.

—Espera un poquito. Hoy quiero que tomes café conmigo.

—Ya lo he tomado, hija.

—No importa, lo vas á tomar otra vez. Hace ya muchos días que no lo tomamos juntos. ¡Claro, con ese dichoso baile te van á saltar los sesos!

Al mismo tiempo se levantó y comenzó á maniobrar con los enseres de hacer café, que estaban dispuestos sobre la mesa.

—Yo mismita te lo voy á hacer para que te relamas, so canalla: y voy á echar en él unos polvitos que me ha vendido una gitana para ponerte blandito, ¿sabes?... Porque tengo que pedirte una cosa.

Los ojos del duque volvieron á reflejar la inquietud. Pero se apresuró á disimularla riendo.

—¡Ya lo decía! ¿Qué tienes que pedirme, rubita?

—En tomando el café lo sabrás.

No pudo arrancarle antes el secreto. Arrimó una mesilla japonesa á la butaca donde estaba el duque. Para sí trajo una sillita dorada. Y charlaron con animación ó, por mejor decir, charló ella mientras él la escuchaba arrobado, con la cabeza echada hacia atrás, acercando de vez en cuando con su mano trémula de hombre gastado la taza á los labios.

—Oye, Tono—dijo ella cuando terminaron, poniendo con decisión los codos sobre la mesa y mirándole fijamente:—¿qué te parece de ir yo á tu baile?

Otro que no fuese Salabert hubiese dado un brinco al oir semejante atrocidad. Él no hizo más que abrir los ojos repentinamente, para dejar caer los párpados otra vez quedando en la misma actitud soñolienta.

—No me parece mal.

—¿De modo que puedo ir?

—¡Ya lo creo que puedes ir! Lo que no podrás será entrar.

—¿Pues?—exclamó ya encrespada la bella.

—Porque no te recibirían.

Amparo se levantó furiosa.

—¿Y por qué no me recibirían, dí, por qué?—profirió sacudiéndole un brazo y acercando su cara á la de él.

—¡Calma, chica, calma! Porque mi hija no puede soportar á su lado una mujer más bonita que ella. Si te presentases en mi casa, todas las miradas se irían tras de ti: serías la verdadera reina del baile... Ya comprendes que eso no le haría maldita la gracia.

Amparo miró al duque fijamente para averiguar «si se estaba quedando con ella». La fisonomía de aquél permanecía inalterable.

—Bien; pues de todos modos quiero ir—dijo con mal humor y recelosa.—Me traerás una invitación.

—¿Qué más quisiera yo, querida, que traerte una invitación? Si sabes de alguna persona á quien yo deseara más ver en el baile que á ti, dílo... Pero mi mujer y mi hija me sacarían los ojos, ¿sabes?

—¿Y qué tengo yo que ver con tu mujer y tu hija? —prorrumpió la irascible malagueña.—Tú eres el amo. Yo quiero una invitación y la tendré. Quedamos, pues, en que mañana me la traerás...

—Dispensa, chiquita...

—¡Ah! ¿Conque no quieres? ¿Conque te niegas á darme ese gusto? Entonces, grandísimo gorrino, embustero, ¿por qué no hablas claro? Es decir que yo te estoy aguantando, viejo sucio, te estoy siendo fiel como si fueses el chico más guapo de Madrid, y cuando se trata de complacerme en una cosa insignificante te llamas andana. ¡Ay, qué tío! La tonta es una en guardar consideraciones á quien no las merece. Y luego, ¿quién me va á rechazar? ¡La de Osorio! ¡Olé mi vida!... Siento mucho decírtelo, hijo, aunque bien debes saberlo. Clementina, en cuanto á conducta, vale tanto como yo... menos que yo, porque al fin y al cabo soy libre, y ella

no... Pero tú tienes menos vergüenza que ella... ¡Qué se puede esperar de un hombre que se pone de rodillas delante de una p... y se deja abofetear por ella! Lo mismo que de todos esos pendones viejos que irán á tu baile y que nos pueden poner á nosotras escuela de porquerías.

La bella soltaba ó mejor vomitaba estos y otros insultos acompañados de interjecciones de cochero, paseando furiosa por la estancia. De pronto se paró delante del duque y le gritó hecha una hiena:

—¡Sal de aquí, so gorrino! Sal de mi casa. Me escupo yo en ti y en tus millones.

Salabert soltó una carcajada.

—Amparito, nunca te he visto tan enfadada, ni tan guapa tampoco... Aquí está la invitación — dijo sacando la cartera.

—Métela en... — exclamó la sultana con desprecio.

Fué preciso que el banquero se humillase á rogarle que la aceptara. Al cabo de muchas súplicas se dignó tomarla.

—Bien; déjala ahí y vete al pasillo por haberme puesto tan nerviosa.

Esto de mandarlo al pasillo era un castigo que la Amparo había inventado últimamente. Cuando el duque la impacientaba ó la aburría, echábale de la habitación y le tenía á veces horas enteras en la antesala ó en el pasillo esperando como un perro. Ahora no tardó tanto en abrirle de nuevo. Estaba sonriente y serena y le abrazó cariñosamente.

—Oye, Tono, ¿estaría bien, disfrazada de María Estuardo?

—Estarías admirablemente. Creo que debes encargarte el traje en seguida.

Amparo sonrió maliciosamente.

—Ya está encargado y ya está hecho. Mira.

Y abriendo el cuarto guardarropa le mostró un maniquí vestido de reina de Escocia.

Llegó al fin el día del baile. Los periódicos lo anunciaron por última vez haciendo resonar fuertemente el bombo y los platillos. El duque de Requena había gastado en los preparativos más de un millón de pesetas, según contaban los revisteros á sus lectores. Decían además ¡oh caso inaudito! que las flores habían venido casi todas de París. Y era cierto. El duque, nacido en Valencia, el más hermoso jardín de Europa, para su baile hacía traer las flores de Francia. Un capital de algunos miles de duros en flores. Las camelias rodaban por el suelo sirviendo de alfombra en la antesala y los corredores. Centenares de plantas, casi todas exóticas, adornaban aquélla, el vestíbulo y los dos salones de baile. Legiones de criados con calzón corto y vistosas casacas aguardaban apostados estratégicamente en todos los puntos necesarios. Una pareja de guardias de caballería permanecía al lado de la verja del jardín manteniendo el orden en los coches, ayudada de algunos agentes de orden público. El guardarropa, construído nuevamente, era una estancia lujosa donde todo estaba prevenido para que los magníficos abrigos, sereneros ó *salidas de baile*, como ahora se nombran, no sufriesen el más mínimo desperfecto. La gran escalinata estaba iluminada con luz eléctrica: el vestíbulo y el comedor con gas: los salones de baile con bujías. En la sala de conversación y en la de juego había algunas lámparas de petróleo con enormes y artísticas pantallas. En éstas ardía además un fuego claro y brillante en las chimeneas.

Clementina recibía á los invitados en el primer salón, cerca de la antesala. Sustituía á su madrastra porque

ésta, á causa de su debilidad, no podía mantenerse tanto tiempo en pie. La duquesa estaba en la sala de conversación rodeada de algunas amigas: allí recibía á los que iban á saludarla. El duque y Osorio, á la puerta de la antesala, ofrecían el brazo á las damas que iban llegando y las conducían hasta Clementina. El atavío de ésta realzaba, como había presumido bien, su espléndida belleza. Su gallarda figura parecía aún más fina y más esbelta con aquel traje ajustadísimo. Su linda cabeza rubia resaltaba sobre el terciopelo negro como una rosa blanca. El rey Felipe III hubiera trocado de buena gana su Margarita auténtica por ésta contrahecha. Un pormenor que comenzó á correr por los salones y que al día siguiente noticiaron los revisteros, era que había venido un peluquero de París en el *sud-exprès* exprofeso á peinarla.

La abigarrada muchedumbre comenzó á invadir los salones. Todas las épocas de la historia, todos los pueblos de la tierra mandaron su representación al baile de Requena. Moras, judías, chinas, damas godas, venecianas, griegas, romanas, de Luis XIV, del Imperio, etc., etc., reinas, esclavas, ninfas, gitanas, amazonas, sibilas, chulas, vestales, paseaban amigablemente del brazo ó formaban grupos charlando y riendo entre caballeros del siglo pasado, soldados de los tercios de Flandes, pajes y nigrománticos. La mayoría de los hombres, no obstante, había limitado el disfraz á la talma veneciana. La orquesta había tocado ya dos ó tres valses y rigodones; pero nadie bailaba. Se esperaba la llegada de las personas reales para dar comienzo.

Raimundo se deslizaba por todos los salones con cierta seguridad de favorito. Hablaba con los conocidos, sonriendo á todo el mundo con su especial modestia, que le hacía más extraño que simpático en una so-

ciedad donde los modales fríos y levemente desdeñosos son signo de elevación y grandeza. Vivía el joven entomólogo, desde hacía tiempo, en un delicioso aturdimiento, una especie de sueño de oro, como algunas veces suelen tenerlos las personas de condición más humilde. Su atavío de paje de los Reyes Católicos le sentaba muy bien. Más de una linda joven volvió la cabeza para contemplarle. De vez en cuando se acercaba al sitio donde Clementina se hallaba cumpliendo sus deberes, y sin dirigirle la palabra cambiaban algunas miradas y sonrisas amorosas. Una de las veces, al tiempo que lo hacían, se aproximó á la dama Pepe Castro, disfrazado de caballero de la corte de Carlos I.

—¿Qué es eso?—le dijo al oído.—¿No te has cansado aún de tu *bambino*?

Cuando se encontraban solos, Pepe se autorizaba el tutearla y Clementina lo admitía.

—Yo no me canso de lo bueno—repuso ella sonriendo.

—Muchas gracias—replicó él irónicamente.

—No hay de qué. ¿Por qué me buscas la lengua?

—Porque me gusta. Ya lo sabes.

La dama alzó los hombros, hizo un mohín de desdén, y pugnando por no reir se dirigió á la condesa de Cotorraso que en aquel instante pasaba cerca.

Raimundo los había contemplado mientras hablaron. El tono confidencial en que lo hicieron le hirió. Permaneció un instante inmóvil. Por delante de él pasó, sin que lo advirtiera, la niña de Calderón, que acudía por vez primera á un baile. Traía un lindísimo traje de joven veneciana color carmesí, y escote bajo. Su madre otro riquísimo de dama holandesa; saya de color noguerado recamada de oro y plata, voluminosa gorguera con puntas de encaje y doble collar de diamantes y

perlas. ¡Cuánta hiel habían hecho tragar aquellos vestidos al bueno de Calderón! Al principio, cuando se habló del baile de trajes, pensó que con cualquier disfraz de mala muerte cumpliría y no tuvo inconveniente en otorgar su permiso. Cuando vió los trajes y la cuenta de la modista, quedó estupefacto: estuvo por gritar ¡ladrones! Maldijo de su colega Salabert, de la hora en que se le había ocurrido dar aquel baile y de todas las damas venecianas y holandesas que habían existido. Lo que más hondamente trabajaba su espíritu abatido era la consideración de que aquellos trajes costosos no servirían más que para una noche. Cuatro mil pesetas tiradas á la calle, como él dijo más de cien veces aquellos días.

Esperancita dirigió una mirada á Alcázar buscando su saludo; pero viéndole distraído volvió los ojos al grupo de Clementina y se hizo cargo inmediatamente de lo que ocurría. También por su frente pasó una nube de tristeza como por la de Raimundo. Mas, repentinamente, se iluminó; sus ojos brillaron; todo su rostro, que era asaz insignificante, se transfiguró adquiriendo cierto encanto indefinible. Era que Pepe Castro se acercaba á saludarla.

—¡Preciosa, preciosa!—dijo el adonis en tono distraído, inclinándose con afectación.

La niña se puso fuertemente colorada.

—¿Quiere usted bailar el primer vals conmigo?

Justamente en aquel instante se acercó á ellos un grupo de pollastres de los que revoloteaban en torno de los millones de Calderón, felicitando calurosamente á la niña. Entre ellos estaba Cobo Ramírez. Todos se apresuraron á pedirle bailes, apuntando en el primoroso librito de Esperanza la inicial de su preclaro nombre. Ramoncito Maldonado, que se hallaba á unas cuantas va-

ras de distancia, no se acercó al grupo, fiel á la consigna de no prodigarse, de hacerse desear, que hacía más de un año le había dado su amigo y mentor Pepe Castro. Hasta estonces de poco ó nada le había servido aquella táctica. Esperancita permanecía insensible á sus asiduos y rendidos obsequios. Pero esto no lo atribuía él á deficiencia del método, sino á su falta de valor para seguirlo rigurosamente sin desmayos ni contemplaciones. En cuanto la niña le ponía los ojos dulces, le dirigía alguna palabra afectuosa, ¡adiós, plan estratégico! Ahora echaba miradas torvas al grupo contestando distraídamente al conde de Cotorraso, que desde hacía algún tiempo le mostraba una terrorífica predilección cogiéndole por la solapa donde quiera que le hallaba para explicarle su nuevo método de destilación del aceite. Con su lujosa casaca y peluca blanca de caballero del siglo pasado, el joven concejal no había ganado en dignidad. Parecía un lacayo.

Hubo gran agitación, de pronto, en los salones. Llegaban las personas reales. La muchedumbre se agolpó en las inmediaciones de la puerta. El duque, la duquesa, Clementina y Osorio bajaron la escalinata del jardín para recibirlas. La orquesta tocó la Marcha Real. Los soberanos pasaron lentamente, sonriendo, por entre las apretadas filas de los invitados, deteniéndose cuando veían alguna persona de su conocimiento para dirigirle una palabra afectuosa. Ésta se inclinaba profundamente y les besaba la mano con emoción, que se traslucía en la cara. Particularmente las señoras se humillaban con un deleite que no eran poderosas á disimular, con un sentimiento de ternura y adoración que las ponía rojas. Organizóse poco después el rigodón de honor. Clementina abandonó su puesto para tomar parte en él. El monarca bailó con la duquesa, que hizo un esfuerzo por

contentar á su marido. Una triple fila de curiosos formaban círculo viéndoles bailar.

Salabert triunfaba. El granuja del mercadal de Valencia traia los reyes á su casa. Sus ojos saltones, mortecinos, de hombre vicioso, brillaban con el fuego del triunfo. La explosión de la vanidad hacía volar en pedazos las inquietudes sórdidas que aquel baile le había causado, la lucha á muerte que había sostenido con su avaricia. Mañana tal vez estos pedazos se volverían á juntar para darle tormento. Pero ahora, ebrio de orgullo, aspiraba á grandes bocanadas el aire de grandeza y de fuerza que sus millones le daban. Tenia las mejillas encendidas, congestionadas por la vanidad satisfecha.

—Mirad qué cara resplandeciente tiene Salabert en este momento—decía Rafael Alcántara á León Guzmán y á otros íntimos que formaban grupo.—¡Qué felicidad respira por todos los poros! Gran ocasión para pedirle diez mil duros prestados...

—¿Los daría?—preguntó uno.

—Sí, al siete por ciento con buena hipoteca—replicó el perdis.—Mirad, mirad, ahí viene Lola Madariaga..., la mujer más graciosa y más remonísima que ha pisado el salón hasta ahora—añadió elevando un poco la voz para que lo oyese la interesada.

Lola le envió una sonrisa de gratitud. Su marido, el mejicano de las vacas, que también oyó el piropo, saludó al grupo con afabilidad. Aquélla estaba realmente muy linda disfrazada de dama de Luis XIV; vestido rojo recamado de oro, y manto amarillo, también bordado; el cabello empolvado, y al cuello una cinta de terciopelo negro con brincos de plata.

Terminado el rigodón de honor, los jóvenes comenzaron á bailar. Pepe Castro vino á recoger á Esperan-

cita, que paseaba con su íntima la última de Alcudia. Ambas asistían por vez primera á un baile de importancia. Estaban alegrísimas contemplando con viva emoción el mundo bajo su aspecto más risueño, gorjeándose discretamente al oído sus dulces y recónditas impresiones. Paseó un instante con ellas, hasta que un pollo vino á invitar á Paz, y ambas parejas se lanzaron á la vez en la corriente del baile El mundo desapareció para Esperancita. Un delicioso y vago sentimiento de dicha y libertad, como el que tendría un pájaro al volar si estuviese dotado de alma, penetró en su corazón y lo inundó de alegría. Era también la primera vez que Pepe Castro le apretaba la cintura. Sentíase arrebatada por él en medio del torbellino de parejas y se creía sola. ¡Ella y él!, y la música acariciando los oídos y el corazón, interpretando dulcemente las inefables impresiones que palpitaban en el fondo de su alma. Al descansar unos instantes, su rostro expresaba de tal modo intenso este divino sentimiento del primer amor, que su tía Clementina, al cruzar del brazo del presidente del Congreso, no pudo menos de sonreir dirigiéndole una mirada mitad cariñosa, mitad burlona que la hizo enrojecer. Pepe Castro se esforzaba por sacarle las palabras del cuerpo. Aquella noche, el exceso de la emoción la tenía semimuda. La dicha que embargaba su alma se traducía, como casi siempre acontece, en un sentimiento de benevolencia hacia todo el mundo. El baile le parecía encantador. Todos los hombres eran chistosos. Todas las mujeres estaban admirablemente vestidas. Hasta Ramoncito, que acertó á pasar por delante, pudo recibir algunas gotas de este rocío bienhechor.

—¿No baila usted, Ramón?—le preguntó con una sonrisa tan amable, que el ilustre concejal se sintió desfallecer de felicidad.

—Me ha entretenido el conde de Cotorraso hasta ahora.

—Pues á buscar pareja... Mire usted: allí está Rosa Pallarés que no baila.

El futuro estadista se apresuró á invitarla, pensando con su penetración característica que Esperancita le daba esa pareja porque era bastante fea. Mecido en este grato y dulcísimo pensamiento pasó un rato feliz bailando con la hija del general Pallarés, «uno de nuestros más bellos bacalaos», al decir de Cobo Ramírez. Creía estar cumpliendo con un mandato de su adorada, dándole un testimonio irrecusable de que sus celos, si los sentía, eran infundados.

Cuando terminó el vals, vino, como un caballero de la Edad media que sale del torneo, á recibir el galardón de las manos de su dama. Pero como no hay dicha completa en este mundo, al mismo tiempo que él se acercó á la niña Cobo Ramírez. Ambos se sentaron á su lado y la atosigaron á requiebros y atenciones. El uno le pedía el abanico, el otro el pañuelo. Los dos procuraban atraer su atención sacando conversaciones divertidas, lisonjeando su orgullo por todos los medios que podían. En honor de la verdad hay que confesar que, aunque Ramoncito era mucho más profundo y político, la conversación de Cobo era más amena. Sin embargo, por uno de esos caprichos inexplicables de las jóvenes, Esperancita mostrábase más afectuosa y deferente con Maldonado, contra su costumbre. Y los tres ofrecían un espectáculo curioso y divertido.

Los criados circulaban con bandejas llenas de sorbetes, jarabes, confites y frutas heladas. Ramón llamó á uno para ofrecer á Esperanza ciertas yemas á las cuales sabía que era aficionada. Al mismo tiempo invitó con empeño á su antagonista á que tomase un helado.

Cobo lo rehusó. Le apremió con tal afán, que el conde de Agreda, Alcántara y otros varios que estaban cerca lo notaron.

—Mirad á Ramón qué empeño tiene en que Cobo tome un helado—dijo uno.

—¡Claro! Le ve sudando y quiere matarlo. Es lógico—repuso León.

Pepe Castro, cuando vió acercarse á Cobo y Ramoncito, se había retirado discretamente. En el camino tropezó con Clementina, que parecía multiplicarse. Acudía á todos los sitios donde hacía falta, volviendo á cada instante junto á los soberanos, que se habían retirado con la duquesa, el duque y las personas de su servidumbre á una sala donde nadie osó entrar.

—Ya te he visto bailando con mi sobrinita—le dijo. —¿Por qué no le haces el amor?

—¿Para qué?

—Para casarte.

—¡Horror! Pero chica, ¿qué te he hecho yo para que me aborrezcas tanto?

—Vamos, ven aquí. Has de ser formal—dijo ella poniéndose grave, adoptando un aire maternal.—Esperanza no es hermosa, pero tampoco desagradable. Tiene la frescura de la juventud y está enamorada de ti... me consta...

—Sí; lo mismo que tú—manifestó el gallardo salvaje, sonriendo con un poco de amargura.

Ella lo advirtió y quiso dejarle satisfecho.

—Lo mismo que yo... si te hubiese conocido á los diez y seis años. Te digo que te quiere, y mucho. Nosotras las mujeres cogemos al vuelo estas cosas. Cásate, no seas tonto... Calderón es muy rico...

Cuando Pepe quiso contestar, la dama ya se había alejado con pie rápido. Quedó unos instantes inmóvil y

pensativo. Luego, á paso lento, balanceándose, comenzó á dar la vuelta á los salones, deteniéndose ante las mujeres hermosas, examinándolas con mirada impertinente, como un bajá en el mercado de esclavas.

Lola Madariaga se habia apoderado de Raimundo. Le tenia á su lado allá en un ángulo de la gran sala de conversación, y desplegaba uno tras otro, con arte infinito, todos los recursos de su coquetería para conquistarle. Esta era la manía de la graciosa morena. No podía cualquiera de sus amigas tener un galán sin que al momento no se le antojase arrancárselo. Importaba poco que fuese guapo ó feo, airoso ó encogido. Para ella, lo interesante era satisfacer la violenta necesidad que siempre habia sentido de ser idolatrada, de triunfar de todas las demás. Tenía unos ojos de mirar suave, inocente, que engañaban. Nadie creyera que detrás de aquella mirada se ocultaba una voluntad tan firme y tan astuta. Alcázar la encontraba linda y su conversación placentera; pero influía mucho en esta simpatía la consideración de ser amiga íntima de Clementina y la de versar la plática casi siempre acerca de ésta. No pudiendo bailar con su adorada ni hablar á solas, tanto por prudencia como por las muchas obligaciones que aquella noche pesaban sobre ella, se consolaba oyendo á Lola relatar pormenores referentes á su amiga. Todo le interesaba al mancebo; el vestido que había llevado al baile de la embajada francesa; los menudos accidentes que le habían ocurrido en la cacería de Cotorraso; las escenas que allí había tenido con su marido, etc. La linda morena seguía el plan de atraer primero su atención, captarse su simpatía á fin de ponerle blando.

Clementina llegó á la sala cuando más enfrascados estaban en la charla. Quedóse un instante á la puerta mirándoles sorprendida é irritada. Hacía tiempo que

Lola cayera de su gracia. Aunque Pepe Castro ya no le interesaba, cuando su amiguita trató de birlárselo, se produjo cierto enfriamiento en sus relaciones. Luego observó que Lola miraba á Raimundo con buenos ojos y bromeaba con él en cuanto se le presentaba ocasión. Esto despertó en su pecho un odio, que le costaba trabajo disimular.

Les clavó una mirada intensa y colérica: avanzó hasta el medio de la estancia y dijo con voz un poco alterada:

—Alcázar, le necesitamos para bailar. ¿Está usted muy cansado?

—¡Oh, no!—se apresuró á decir el joven levantándose.—¿Con quién quiere usted que baile?

No respondió. Lola la había enviado una sonrisita sarcástica que acabó de exasperarla. Se dirigió á la puerta.

—Siento mucho haberle molestado á usted—le dijo friamente cuando estuvieron lejos.

Raimundo la miró sorprendido. Cuando nadie los oía acostumbraba á tutearle.

—¿Molestia? Ninguna.

—Sí; porque, al parecer, estaba usted muy á gusto al lado de esa señora...

Y no pudiendo refrenar sus ímpetus más tiempo, le dijo sordamente:

—Ven conmigo.

Le llevó al comedor donde las mesas estaban ya esperando á los invitados. Allí, en el hueco de un balcón, desahogó su ira. Le llenó de insultos y dió por definitivamente rotas sus relaciones. Llegó á sacudirle violentamente por el brazo. Alcázar quedó tan estupefacto, tan aterrado, que no supo contestar. Esto le salvó. Al ver su rostro descompuesto donde se pintaban

el dólor y la sorpresa, Clementina no pudo menos de comprender que la ira la engañaba. En Raimundo no había existido intención de coquetear. Sosegándose un poco, admitió las disculpas que aquél le dió al fin.

—Si precisamente, para hablar de ti es para lo que yo me acerco á ella.

—¡Ah! ¿Para hablar de mí?... Pues mira, de aquí en adelante no hables de mí. Basta con que me quieras.

Los criados, que por allí andaban, los miraban con el rabillo del ojo y se hacían guiños maliciosos. Al salir tropezaron con Pepa Frías. La frescachona viuda estaba muy bien ataviada: había oído infinitos requiebros. Vestía de princesa extranjera del tiempo de Carlos III, de lama plata con recamos de oro, y manto de terciopelo azul. Un escote cuadrado dejaba ver con harta claridad lo que Pepa debía de considerar mas interesante en su persona, á juzgar por la predilección con que lo mostraba.

—¡Chica, tengo un hambre de lobo!—entró diciendo.—¿Cuándo acabáis de abrir el *buffet*? ¡Ah! ¿Conque os vais por los rincones? ¡Prudencia, Clementina, prudencia!... Hija, yo no puedo aguardar más: dame algo de comer, ó me caigo.

Clementina la llevó riendo á un rincón y la hizo servir algunas viandas. Alcázar se volvió á los salones muy alegre, pero tembloroso aún por la violenta emoción que su querida le había hecho experimentar. Nunca la había visto tan furiosa.

La amistad de ella con Pepa se había remachado desde la escena que hemos descrito más atrás. La viuda se había persuadido de que la salvación de su fortuna se fundaba en este cariño y procuraba fomentarlo. Gracias á él había rescatado ya, poco á poco, una gran parte de ella. El resto no le apuraba. Sabía que D.ª Car-

men tenía hecho testamento á favor de su hijastra, y aunque esta señora había mejorado un poco, era segura su muerte en plazo breve. Los médicos habían descubierto en ella un tumor. No se atrevían á operarla á causa de su extremada debilidad.

Á Clementina le hacía muchísima gracia el desenfado, mejor aún, el cinismo de Pepa. Ambas se entendían admirablemente. Ambas eran chulapas, dos manolas nacidas demasiado tarde y en condición social poco acomodada á su naturaleza. Por supuesto, Pepa lo era mucho más legítima que Clementina, quien no lo llevaba en la masa de la sangre: veníale de afición.

—Mira, Clemen, que te estás desacreditando—le decía aquélla, mientras engullía vorazmente un pedazo de pavo en galantina.—Deja ese niño que no vale un perro chico... Para capricho ya ha sido bastante.

—¿Qué sabes tú lo que vale?—replicaba riendo Clementina.

—Por las trazas, hija... Parece hecho en la *Dulce Alianza*. Lleva más de un año en relaciones contigo, y todavía se pone colorado como un pavo cuando le miras.

—Pues eso es precisamente lo que á mí me gusta.

Pepa alzó los hombros con indiferencia.

—¿De veras? Para mí sería una calamidad, hija.

—Y Arbós, ¿qué tal se porta?

—Ese es un tonto de capirote, ¿sabes?—dijo con la boca llena;—pero al menos tiene fachada. En diciéndole que es un gran hombre se tira de cabeza al agua por ti... Tú no sabes... Me ha colocado en el Ministerio más de dos docenas de parientes... Luego da gusto tener cierta influencia en la política y que los diputados la mimen á una. Ayer, precisamente, tuve la visita de Mauricio Sala, que quiere á todo trance ser subsecretario... Al

parecer, está seguro de que, siéndolo, Urreta le dará su hija.

—Yo detesto la política... ¿Sabes que Irenita está monísima con su traje de cazadora?...

—¡Ps! vistosilla...

—No, no, monísima. ¿Dónde anda su marido, que no le he visto más que al entrar?

—¿Su marido? ¡Valiente tuno está su marido! — exclamó levantando furiosa la cabeza. — ¡Ay qué disgustos, querida, qué disgustos tan grandes tengo sobre mí! — añadió con la boca llena.

—¿María Huerta? — preguntó Clementina en tono confidencial.

—La misma — dijo entre dientes la viuda, mirando fijamente al pavo. Luego encrespándose de pronto: — Es un bribón ¿sabes? un sin vergüenza, que no sabe si quiera guardar el decoro de su mujer. La mayor parte de los días la espera á la salida de San Pascual y la acompaña á pie hasta su casa. En el teatro no le quita los gemelos de encima. ¡Una porquería! Aunque sea un mal marido, que tenga dignidad. Y la pánfila de mi hija, loca, perdida por él. ¡Has visto qué imbécil! No hace más que llorar y pedirle celos... ¡Qué más quiere ese monigotillo que verla humillada!... Si yo estuviera en su caso ¡ya le diría!... Le ponía en seguidita un armatoste en la cabeza que no cabía por esa puerta.

La exaltación de su espíritu no le impedía engullir lindamente.

—Dios te lo pague, hija — concluyó por decir levantándose. — Á ver si este corazón se está quieto un rato.

Pepa pretendía padecer de cierto mal de corazón que sólo se le calmaba comiendo.

Poco minutos después de salir ambas amigas del comedor, Clementina dió las órdenes oportunas y el *buffet*

se abrió solemnemente. Las personas reales entraron primero acompañadas de su servidumbre y de los amos de la casa. Salabert había echado el resto en la cena. El gran comedor de techo artesonado parecía un ascua de oro. Las flores de vívidos colores, las frutas exóticas, la vajilla de plata, la cristalería, bajo las poderosas lámparas de gas titilaban como el cielo estrellado, producían un fuerte deslumbramiento. Los criados con casaca y peluca blanca, aguardaban inmóviles, pegados á la pared, tiesos y solemnes. En las dos cabeceras del salón ardían enormes troncos de encina dentro de sendas chimeneas con retablos de roble tallado, cuyos adornos casi llegaban al techo. Todos los manjares que estaban sobre la mesa habían venido de París acompañados de una comitiva de criados y marmitones. Se exceptuaba el pescado, que procedía del Cantábrico, y un *pudding* llegado por la tarde de Londres. Eran fiambres en su mayoría. No obstante, había *consommé* caliente para el que lo pedía.

Las personas reales estuvieron muy cortos momentos en el comedor. Así que salieron precipitóse en él la ola de la muchedumbre con harto poca ceremonia. Los salones quedaron silenciosos en poder de los criados, que con la regularidad y precisión de soldados cambiaron las bujías próximas á extinguirse por otras nuevas, mientras el comedor resonaba con el campanilleo de los platos y las copas, la charla y las carcajadas de los convidados.

Cobo Ramírez abandonó por un rato á Esperancita dejándola en poder de su rival, para sentarse en un rincón delante de una mesita volante y devorar algunos trozos de *bœuf d'Hambourg* y jamón. Naturalmente, Ramoncito aprovechó este desahogo para poner de manifiesto el contraste entre su parquedad poética y la

glotonería prosaica de Cobo; hasta que Esperancita le paró los pies diciendo con mal humor á su amiguita Paz, que estaba del otro lado:

—Pues á mí me gustan los hombres que comen mucho.

—Á mí también—repuso Pacita.—Al menos indica que no tienen enfermo el estómago.

—Yo no lo tengo tampoco—se apresuró á decir el concejal, sofocado y molesto por la actitud hostil en que las dos amiguitas se habían colocado.

Paz se contentó con sonreir desdeñosamente.

El general Patiño, fatigado de enviar mortíferos proyectiles á la esposa de Calderón sin que la plaza se diese siquiera por enterada, había levantado el cerco para sitiar á la marquesa de Ujo, que á las primeras granadas había capitulado abriendo las puertas al enemigo. Sin embargo, el general, como estratégico consumado, no perdía de vista á Mariana, esperando cualquier incidente favorable para caer de nuevo sobre ella. Se decía en los periódicos que iba á ser nombrado ministro de la Guerra. Este cargo, sin duda, le daría más prestigio y autoridad para entrar á rebato en cualquier parte. La marquesa de Ujo vestía de turca y le sentaba tan bien, que, según Alcántara, apetecía soltarle un tiro. Su languidez era tanta aquella noche, que apenas tenía fuerzas para articular las palabras. Á cada paso el ilustre general se veía en la necesidad de ayudarla en tan ímproba tarea. Mientras roía con sus dientes desvencijados algunas pastas, pues no admitía otra cosa su estómago, también un poquito averiado, disertaba, mejor dicho, exhalaba una serie de exclamaciones acerca de cierta novela recién publicada en Francia.

—¡Qué escena!... ¡Ah! ¡pero qué cosa tan linda!... Cuando ella le dice: «Entrad en el cuarto si queréis:

podréis manchar mi cuerpo, pero no mi alma...» ¡Ah! ¡Y cuando va al lugar del duelo y recibe la bala que iba dirigida á su marido!... ¡Qué cosa más linda!...

Pepe Castro caracoleaba (perdón por el símil) en torno de Lola Madariaga. Ésta le contaba con risa maligna lo acaecido hacía un rato, cuando Clementina se presentó de improviso donde ella estaba con Alcázar. Hablaba como si le hubiese arrancado el galán á su amiga, con acento protector y desdeñoso que hubiera hecho dar un salto á la orgullosa hija de Salabert si por ventura la hubiese oído.

—¡Pobre Clemen! Se está haciendo vieja, ¿verdad? ¡Qué figura tiene todavía! Claro que es á fuerza de apretarse, y esto tarde ó temprano le va á hacer daño; pero de todos modos... La cara no corresponde á la figura, ¿no cree usted? Sobre todo ahora que se le está empañando el cutis de un modo horroroso. Siempre ha tenido la fisonomía muy dura.

Y al mismo tiempo sus ojos claros y suaves miraban á Castro con tal dulzura, que realmente era para empacharse. Le habían dicho siempre (y era cierto) que tenía el semblante muy dulce. Por dar más realce á esta cualidad ponía cara de idiota.

Castro asentía á todo, tanto por lisonjearla como por la mala voluntad que tenía á Clementina. No sentía interés por Lola, pero á raíz de su ruptura con aquélla se había consolado un poco festejándola: aunque en ello había tenido no poca parte el deseo de no aparecer derrotado á los ojos del mundo.

—¿Y usted cree que está enamorada realmente de ese niño que parece una colegiala del Sagrado Corazón?

—¡Vaya usted á saber! Clementina presume mucho de original. Esta última aventura la acredita de ello. .

Mire usted qué miraditas tiernas le está echando el bebé desde lejos.

Raimundo, en pie, allá en el extremo de una de las mesas, no quitaba ojo á su amada, que iba y venía de un sitio á otro previniendo los deseos de aquellos invitados á quienes más deseaba complacer. De vez en cuando le enviaba una imperceptible sonrisa de inteligencia que transportaba al joven al séptimo cielo.

Pepa Frías, si no comía porque estaba ahita, pellizcaba en las frutas y confites, teniendo detrás de su silla á Calderón, Pinedo, Fuentes y otros tres ó cuatro caballeros maleantes que gozaban en tirarle de la lengua. No se la mordía, en verdad, la fresca viuda. Se defendía admirablemente de todos ellos parando y contestando los golpes con maestría.

—¿Dónde dice usted que tiene gota, Pepa?

— En los pies, Pinedo, en los pies... donde tiene usted el talento.

—Aunque usted me insulte, quisiera que me traspasase esa gota... ¡por tener siquiera una gota de usted!

—¡Pocas gracias! Sería una gota de esencia aromática —dijo un consejero de Estado harto dulzón.

—¿Y usted qué sabe, hombre, si no ha metido la nariz más que en el coro de ambos sexos?

El consejero se puso colorado. Todos rieron de la alusión.

—¡Pero qué cruel es usted, Pepa!—exclamó Fuentes riendo todavía.—Los que aquí estamos no sabemos nada... (digo, señores, yo hablo por mí), del olor, del color, ni del sabor de usted; pero no nos quitará el derecho de figurarnos que es usted una cosa apetitosa y tierna.

—¿Tierna?... Está usted en un error lamentable.

—Yo lo digo por lo que veo... —dijo acercando el rostro al exuberante seno de la viuda...—Y á propósito:

¿qué lleva usted en ese alfiler? ¿es un retrato de familia?

El alfiler representaba un mono.

—No, Fuentes—replicó furiosa,—es un espejo.

De todo el grupo salió una carcajada espontánea que hizo volver la cabeza á los que estaban cerca.

Fuentes quedó acortado un instante; pero como hombre de ingenio que era supo reponerse.

—Yo seré mono, Pepa, pero usted es monísima.

—¡Bravo, Fuentes, bravo!—exclamó Calderón, á quien, como hombre exclusivamente de *debe y haber*, causaba asombro cualquier frase oportuna.

El tiroteo siguió aun después de haber salido la mayor parte de la gente á los salones. El grupo se había reforzado con algunos pollastres. Ésta fué la razón de que Pepa se levantase bruscamente al cabo, diciendo:

—Me voy. Por mi causa están ustedes escandalizando á estos seres tiernos y candorosos.

Los pollos protestaron con algazara.

Poco después de poblarse nuevamente los salones de baile se retiraron las personas reales. Hubo para despedirlas el mismo ceremonial, esto es, las filas apretadas á la puerta de la antesala, la Marcha Real por la orquesta y la despedida de los dueños hasta la escalinata.

Clementina respiró con libertad. Á paso lento, gozando el placer del que ha terminado una tarea difícil, atravesó los salones dirigiendo sus ojos risueños á todas partes, dejando fluir de sus labios palabritas amables á los amigos con quien tropezaba. Aquel baile espléndido, quizá el más suntuoso que hubiese dado jamás un particular en España, era obra suya casi exclusivamente. Su padre había suministrado el dinero; pero ella la actividad, el gusto, el artificio. Escuchaba las enhorabuenas que todos al paso la murmuraban, mecida en una embriagadora satisfacción del amor propio. La fe-

licidad le hizo pensar en el amor, su complemento indispensable. Acometióle un deseo penetrante de cambiar con Raimundo, á solas, algunas tiernas palabras de cariño, algunas caricias fugitivas. Y buscóle con los ojos entre la muchedumbre.

Raimundo había vagado toda la noche por los salones casi siempre solo. Había esperado el baile con deseo pueril, prometiéndose vivos é ignorados placeres. Jamás había asistido á una de estas fiestas brillantes de la sociedad aristocrática. La realidad no correspondió á su esperanza, como siempre acontece. Toda aquella vana ostentación, el lujo escandaloso desplegado ante su vista, en vez de acariciar su orgullo lo hirió cruelmente. Nunca se sintió tan forastero en aquel mundo que hacía tiempo frecuentaba. Sus pensamientos, encaminados hacia la melancolía, representáronle su pobre hogar, donde por su culpa iba á faltar muy pronto lo necesario, la modestia de su santa madre, que no vacilaba en desempeñar las tareas más humildes de la casa, y la de su inocente hermana, que con ella había aprendido á ser económica y trabajadora. Un remordimiento feroz le mordió el corazón. Observaba, además, que en los jóvenes salvajes que le rodeaban existía contra él cierta hostilidad latente. Tenía á muchos por amigos, le recibían agradablemente, jugaba con ellos, les acompañaba en algunas excursiones de placer: pero había llegado á comprender que para ellos no tenía otra personalidad que la que le daba el ser amante de Clementina. En casi todos los que trataba, percibía, ó su exagerada susceptibilidad le nacía percibir, un dejo desdeñoso que le humillaba horriblemente. El amor frenético que profesaba á Clementina le compensaba bien de esta tortura y hasta se la hacía olvidar muchas veces. Pero aquella noche su dueño adorado, aunque no le olvidase, andaba

lejos. Y le pasaba lo que á los místicos cuando Dios no les tiende la mano: acometíale una gran sequedad, un tedio abrumador. Bailó por compromiso dos ó tres veces; conversó un poco. Harto al fin de dar vueltas se retiró al más oscuro rincón de una de las salas, y sentándose en un diván quedó sumido en tristeza profunda.

Clementina le buscó en vano durante algunos minutos, hasta impacientarse. Cuando entró en la sala de juego le vió al fin venir hacia ella con la faz radiante. Toda su tristeza se había disipado al verla y al observar que le buscaba.

—Si quieres que hablemos un momentito, vente al despacho de papá. Saliendo al corredor lo hallarás á mano derecha—le dijo rápidamente y con acento cariñoso.

Y se fué. Raimundo, por disimular, se acercó á una de las mesas de juego: estuvo algunos instantes mirando.

Clementina se deslizó disimuladamente por los salones, salió al corredor y se dirigió al despacho del duque, una pieza regia que sólo tenia de respeto, pues siempre trabajaba arrriba. Estaba profusamente iluminada, como todas las estancias del piso principal. Al poner el pie en él creyó percibir un sollozo ahogado, que la llenó de sorpresa y temor. Derramó la vista por todo el ámbito y percibió, allá en el fondo, á una señora tumbada en el sofá, ocultando el rostro con el pañuelo, en actitud de llorar. Acercóse, y por el traje la conoció en seguida. Era Irenita.

—¡Irenita! Hija mía, ¿qué tienes?—exclamó inclinándose sobre ella con solicitud.

—Ay, perdón, Clementina... Me he metido aquí sin saber lo que hacía... ¡Soy tan desgraciada!

Y las lágrimas brotaron con abundancia de sus ojos.

—Pero, ¿qué te ha pasado, criatura?

—¡Nada, nada!—replicó la niña sollozando.

Hubo unos segundos de silencio. Clementina la contemplaba con lástima.

—Vamos—dijo acercando la boca á su oído.—Emilio te ha dado algún disgusto esta noche.

Irenita no contestó.

—No te aflijas, tonta. Con eso no adelantas nada. Procura, aunque sea haciendo un gran esfuerzo, aparecer indiferente. Ese es el medio mejor de que no te desprecie... Digo... el medio mejor es otro... pero no te lo aconsejo, porque no está bien aconsejar ciertas cosas... Si estás enamorada de él no des tu brazo á torcer, por Dios... Que no sepa estas penas tuyas, porque eres perdida... Déjale que satisfaga su capricho, que él volverá á ti.

Irenita levantó su rostro bañado de lágrimas.

—¿Pero ha visto usted lo que ha hecho hoy? ¡Es horrible!

En aquel momento Clementina oyó pasos en el corredor. Sospechando de quien eran fué rápidamente á la puerta, diciendo:

—Espera un poco: déjame cerrar.

Fué bien á tiempo. En aquel instante llegaba Raimundo. La dama puso el dedo en los labios haciéndole seña de que se alejase. Irenita no advirtió nada. Cuando Clementina volvió á su lado le dió cuenta, entre lágrimas y suspiros, de los agravios que su marido le había inferido aquella noche. En primer lugar, Emilio se vistió de húngaro para venir al baile. Irene había observado en cuanto entró, que María Huerta vestía también de húngara. Debían de estar convenidos, lo cual era una afrenta, que más de una persona había notado. Luego bailaron un vals y un rigodón Mientras duró éste, Emi-

lio no había cesado de hablarle al oído. Toda la noche la había estado sirviendo lo mismo que un criado, presentándole él mismo las fuentes de confites y frutas heladas. Una vez, al darle una de éstas, le había apretado los dedos; bien lo había visto. ¡Esto era una indecencia! Irenita quería suicidarse. Prefería morir mil veces á padecer semejantes tormentos. Clementina la consoló como pudo. Emilio la quería muchísimo: le constaba. Sólo que los hombres tienen á lo mejor estos sofocos, lo que llaman los toreros, *extraños*. Como el corazón no está interesado, dejándoles sueltos un momento se hastían y vuelven á lo que verdaderamente aman.

Para arreglarse un poco y lavar los ojos no quiso llevarla al tocador del baile: subióla al de la duquesa. Al cabo de unos minutos bajaron ambas. Irenita prometió no dar á conocer su pena. En cuanto Clementina enteró á Pepa de lo que había pasado, se sulfuró de tal modo que tuvo necesidad de contenerla para que no fuese á arañar á su yerno.

—Bien, si no le araño ahora, le arañaré después— dijo alzando los hombros con indiferencia. Tan resuelta estaba á ello.—Suceda lo que suceda, yo no puedo consentir que ese *tití* mate á mi hija, ¿sabes?... Y en cuanto á esa pendona desorejada, no he de parar hasta que la escupa en la cara... y al cabronazo de su marido, lo mismo... ¡Pues estamos aviados!

—¿No será mejor que procures desembarazarte de ellos? Huerta está en el Ministerio. Mira á ver si le mandas de gobernador á cualquier parte...

—¡Pues es verdad! Ahora mismo voy á hablar á Arbós... ¡Pero lo que es á mi señor yerno no le perdono!... Esta noche me las ha de pagar, ó no me llamo Pepa.

El duque, rodeado siempre de un grupo de fieles, se

dejaba atufar á golpes de incensario, soltando á largos intervalos algún gruñido espiritual que los electrizaba, les hacía prorrumpir en exclamaciones de alegría. Las señoras eran las que más se distinguían por su estusiasmo. El genio especulador de Salabert les infundía vértigos de asombro, como si se pusiesen á calcular cuántos vestidos podrían comprarse con sus millones. Y él, tan flexible generalmente, que había llegado al puesto que ocupaba, según propia confesión, á fuerza de puntapiés en el trasero, al hallarse entre sus adoradores los maltrataba sin piedad. Sus chistes brutales, lo mismo caían sobre los hombres que sobre las señoras. Gozaba en la ostentación bárbara de su fuerza. Si aquellos sus devotos admiradores se dejaban humillar tan pacientemente no dándoles nada, ¿qué no sucedería si repartiese entre ellos sus millones, si el becerro de oro comenzase á vomitar monedas?

En la sala de juego, adonde se fué después de haber despedido á los soberanos, le tenían materialmente bloqueado una porción de especuladores de segunda y tercera fila.

—¿Cómo van las acciones de Riosa, duque?—se atrevió á preguntarle uno.

—No me hable usted de eso—gruñó el prócer poniendo los ojos torvos.

El plan de Llera se estaba desenvolviendo puntualmente: esto es, el duque, después de haber tomado un número crecido de acciones, se ocupaba en producir el pánico entre los accionistas. Hacía ya algunos meses que por medio de agentes secretos compraba acciones para venderlas al instante con pérdida. Gracias á estas operaciones, el papel había bajado considerablemente. Ahora preparaba el golpe definitivo, comprando mayor cantidad para lanzarlo repentinamente al mercado,

aprovechar la baja que esto produciría y adquirir la mitad más una de las acciones.

—No todos los negocios han de salir bien—replicó el otro sonriendo con mal disimulada satisfacción.—Usted ha sido siempre afortunado...

—No es á la fortuna á quien debe sus éxitos el duque. Á su genio, á su habilidad inconcebible es á quien los debe—manifestó un tercero arreándole una tufarada de incienso.

—Sin duda, sin duda—se apresuró á decir el otro tratando á su vez de apoderarse del incensario.—El duque es el primer genio financiero que ha salido en nuestro país. Yo no comprendo cómo no se le entrega la Hacienda española. Si él no la arregla, no hay que esperar salvación para nosotros...

—Pues si acierto á salvarla como he acertado en el negocio de Riosa, aviados quedan los españoles—profirió estoposamente el duque con acento de mal humor.

—¿Pero ha salido tan malo el negocio?

—¡F... ! para el Gobierno, no; pero para mí, que he tomado á la par las acciones, me parece que no ha sido bueno.

El duque echaba la culpa de haberse metido en él al animal de su administrador, á Llera, que se lo había metido por la cabeza contra todos sus presentimientos.

—Los hombres como usted no deben fiarse de nadie más que de su instinto—le decían.—Cuando se tiene el genio de los negocios...

Y la palabra *genio* venía á cada instante á los labios de los fieles idólatras del becerro.

Súbito apareció en la puerta de la sala Clementina seguida de Osorio, de Mariana y de Calderón. Los cua-

tro traían el semblante inquieto y asustado. Sus ojos se clavaron á la vez en Salabert, hacia el cual avanzaron precipitadamente.

—Papá, escucha una palabra—le dijo Clementina.

Salabert se destacó del grupo y fué á reunirse con los otros en el opuesto rincón.

—¡Esa mujer está ahí!...—dijo aquélla con voz alterada, los ojos relampagueantes de ira.

—¡Es un escándalo!—manifestó Osorio.

—Algunas personas ya se han ido, y en cuanto se enteren, se irán todas—apuntó con más sosiego Calderón.

—¿Qué mujer está ahí?—preguntó el duque abriendo mucho sus ojos saltones.

—¡Esa mujer!... esa Amparo la malagueña—replicó su hija buscando el tono más despreciativo.

—¡Cómo!—exclamó el duque con profundo estupor. —¿Se ha atrevido esa z.... á presentarse en el baile? ¿Quién la ha dejado pasar? Mañana mismo despido al portero.

—No; á quien hay que despedir ahora mismo es á ella... ¡en seguidita!—dijo Clementina atropellándose por la cólera.

—¡Sí, sí... ahora mismo! ¿Cómo es eso? ¡Atreverse esa desvergonzada á poner los pies en esta casa y en un día semejante! ¿Ya no hay pudor? ¿Ya no hay vergüenza? ¿En qué país estamos? ¿Pero cómo ha podido pasar? ¡Una fiesta que había comenzado tan bien!

—Traía invitación, al parecer.

—Pues la ha robado ó estará falsificada.

—Bien, bien; concluyamos pronto—dijo Clementina con voz irritada.—Está en los salones. Es necesario que vayas á allá y la notifiques que haga el favor de salir, del modo que mejor te parezca... ¡Pero pronto!

antes que lo perciba la gente... y sobre todo, mamá...

—No, chica; yo no voy... Me conozco bien y sé que no podría contener mi indignación. No nos conviene llamar la atención en este momento... Ve tú, ve tú... y que se largue pronto...

Clementina, sin pronunciar otra palabra, se alejó con paso rápido, el rostro pálido y contraído, los labios trémulos. Lanzóse en el torbellino de los salones y buscó ansiosamente á la intrusa. No tardó muchos minutos en hallarla ¡oh vergüenza! del brazo del marqués de Dávalos.

Estaba espléndidamente hermosa la ex florista con su traje de María Estuardo. Llevaba un sobretodo acuchillado de mangas abiertas, color carmesí recamado de oro; un elegante prendido de encaje y menudas florecillas de esmalte y perlas. Su incomparable belleza irritó aún más la ira de Clementina.

La hermosa odalisca de Salabert, aunque de inteligencia limitadísima, había tenido tiempo á reflexionar que su presencia en el baile podría acarrear un conflicto. Pero su antojo era tan vivo y desordenado, que de ningún modo quiso dejar de satisfacerlo, de lucir su costoso vestido de reina de Escocia. Pensó que podría sortear aquella difícil situación yendo á última hora, dando un par de vueltas por los salones y retirándose en seguida. Hízose acompañar de una amiga vieja de aspecto venerable. Amargo desengaño debió de experimentar cuando al penetrar en los salones y tropezar con una porción de distinguidos salvajes á quienes trataba con intimidad, Pepe Castro, el conde de Agreda, Maldonado y otros, observó que todos le volvían la espalda y se apresuraban á alejarse. Tan sólo el fiel Manolo, el loco marqués de Dávalos, la reconoció y consintió en la mengua de ofrecerla el brazo.

Pocos minutos pudo disfrutar de su apoyo la malagueña. Cuando una sonrisa de triunfo plegaba ya sus labios y á paso lento y majestuoso iba dando su apetecida vuelta por los salones, se encontró repentinamente frente á Clementina. Sin previo saludo ni la más leve inclinación de cabeza, ni hacer caso alguno de su acompañante, ésta le puso la mano en el hombro, diciéndola:

—Tenga usted la bondad de escuchar una palabra.

María Estuardo empalideció, titubeó unos instantes, y por fin dijo con firmeza y ademán orgulloso:

—Nada tengo que hablar con usted. Á quien deseo ver es al dueño de la casa, al duque de Requena.

Margarita de Austria le clavó una mirada iracunda, que la otra sostuvo sin pestañear. Luego, acercando la boca á su oído, le dijo con rabioso acento:

—Si usted no me sigue ahora mismo, llamo á dos criados para que la saquen del salón á viva fuerza.

La reina de Escocia se estremeció; pero tuvo aún ánimos para contestar:

—Deseo ver al señor duque.

—El señor duque no está visible para usted... ¡Sígame, ó llamo!

Y al mismo tiempo echó una mirada en torno como en ademán de cumplir su promesa.

La Estuardo empalideció aún más. Desprendiéndose del brazo de Dávalos la siguió al fin.

Esta escena había sido observada por varias personas; pero nadie osó seguirlas si no es el demente Manolo, que lo hizo de lejos. La esposa de Felipe III se dirigió á la antesala y allí dijo á un lacayo:

—El abrigo de esta señora.

No se habló otra palabra. El lacayo entregó el abrigo. María Estuardo se lo puso sin ayuda de nadie, con

mano temblorosa. Luego avanzó unos cuantos pasos, y volviéndose de pronto, dirigió una mirada de odio mortal á D.ª Margarita de Austria, que se la devolvió acompañada de una sonrisa de desprecio.

Estaba de Dios que la desgraciada reina de Escocia había de ser humillada siempre. Primero lo fué por su tía Isabel de Inglaterra. Ahora la reina Margarita la ponía sin miramientos de patitas en la calle. Donde encontró á su venerable amiga dentro ya del coche. Al ver el comienzo de la escena pasada se había escabullido prudentemente. Antes que partiesen, el marqués de Dávalos se juntó á ellas. No sabemos lo que los salones de Requena ganaron en su aspecto moral con la marcha de María Estuardo; pero sí podemos afirmar que perdieron mucho en el estético. Porque, á la verdad, estaba lindísima.

El baile tocaba á su fin. Comenzaron los preparativos para el gran cotillón. La muchedumbre se había aclarado un poco. Algunos se fueron antes de terminar el baile, viejos en su mayoría á quienes hacía daño el trasnochar. Entre las damiselas hubo la agitación y el movimiento que precede siempre al cotillón. En esta última etapa el baile adquiere un aspecto de recreo familiar muy grato. El arte y la imaginación intervienen para arrancarle sensualidad y hacerle un pasatiempo inocente, al estilo de las hermosas fiestas que en el siglo XIV se celebraban en los palacios de Inglaterra y Francia. Para las niñas casaderas suele ser también el momento en que termina el primer acto de la comedia amorosa que han empezado á representar.

Pepe Castro había recibido el consejo de su ex querida Clementina referente á la conveniencia de festejar á la niña de Calderón, con risa como ya hemos visto. Sin embargo, no le cayó en saco roto. Mientras bailaba

y bromeaba con otras jóvenes, no dejó de acordarse más de una vez. Al llegar el cotillón se acercó á Esperancita preguntándola si quería ser su pareja, á sabiendas de que esto no podía ser, pues todos los pollastres se apresuran á pedir tal merced á las damas así que entran en el baile. Pero le convenía para el plan que comenzaba á desenvolverse en su cerebro, fecundo en abstracciones. La niña lo tenía, en efecto, comprometido con el conde de Agreda; mas al oir la demanda de Castro, sintió tales deseos de acceder á ella, que con sorprendente audacia respondió que sí.

La duquesa designó como dama directora á la condesa de Cotorraso, á la cual se unió Cobo Ramírez. Este se imponía en todos los bailes como habilísimo director de cotillones. Tan era así, que muchos días antes del baile ya había celebrado largas conferencias con Clementina acerca de este punto esencialísimo.

Formóse el corro de sillas. Pepe Castro fué á sacar á Esperanza, que tomó su brazo de buen grado. Mas antes de dar un paso llegó el conde de Agreda.

—¡Cómo, Esperancita! ¿No me había usted concedido el cotillón?—preguntó sorprendido.

La audacia no abandonó á la niña, la audacia de la mujer enamorada.

—¡Ay, perdóneme usted, León! Cuando se lo concedí á usted no me acordaba que ya lo tenía comprometido con Pepe—respondió en un tono que podía envidiar la más consumada actriz.

El conde se retiró diciendo algunas palabras de cortesía, que no pudieron ocultar su mal humor. Cuando quedaron solos, Esperancita, asustada de aquel testimonio de interés que había dado á Castro, se apresuró á disculparse ruborizada.

—La verdad es que no me acordaba de que lo tenía

comprometido con León... Y como ya había tomado el brazo de usted... y además el conde baila de un modo que me fatiga mucho...

Pepe Castro no abusó de su triunfo; se manifestó modesto y sumiso. En vez de galantearla descaradamente, adoptó un temperamento más insinuante, colmándola de atenciones delicadas, estableciendo mayor confianza entre ellos, mostrándola, en una palabra, mucho cariño, pero sin hablarla de amor. La niña rebosaba de dicha. Empezaba á sentirse adorada. Creía que la simpatía y el afecto con que siempre se habían tratado Pepe y ella se transformaban al fin en amor. Su corazón empezó á saltar alegremente dentro del pecho.

También Ramoncito estaba satisfecho con aquel trueque. El conde de Agreda le era de poco tiempo atrás muy antipático, casi tan antipático como Cobo Ramírez, porque empezó á sentir de él los mismos celos que del otro. En cambio, á Pepe Castro considerábalo como su mismo yo; otro concejal más esbelto. Las atenciones que Esperancita le guardase, las tomaría como dirigidas á su propia persona. Así que, al verlos del brazo se conmovió profundamente, y al acercarse á ellos para decirles algunas palabras insignificantes no pudo menos de ruborizarse. Pepe le hizo un guiño malicioso como diciendo: «Has triunfado en toda la línea». El joven concejal sintió que se acercaba á pasos de gigante el logro de sus esperanzas y el apogeo de su dicha.

El cotillón fué digno remate de aquel baile brillantísimo. La fantasía de Cobo Ramírez, apretada por la gravedad del caso, fascinó á los invitados con peregrinas trazas y artificios delicados: los tuvo enajenados cerca de una hora. Llamó la atención, y le valió unánimes aplausos, un juego de sortija que se organizó en el me-

dio del salón. Cobo dividió á los caballeros en dos cuadrillas, que tiraron alternativamente fiechas con unos primorosos arcos dorados á la sortija suspendida por una cinta del techo. Los vencedores tenían derecho á bailar con las damas de los vencidos, mientras éstos los habían de seguir dándoles aire con el abanico. Organizóse después otro juego de cintas para las damas. La vencedora salió un momento del salón y apareció en seguida en un magnífico carro tirado por cuatro lacayos vestidos de esclavos negros: dió así una vuelta rodeada de todas las demás, al compás de una marcha triunfal. Estas y otras invenciones no menos famosas, dejaron para siempre sentada sobre bases sólidas la fama del hijo de los marqueses de Casa-Ramírez.

Terminado el cotillón, comenzó el desfile de la gente. Fué una retirada estrepitosa. Toda aquella muchedumbre se agolpó en el vestíbulo y en la escalinata, charlando en voz alta, riendo, gritando alguna vez en demanda del coche. El vasto jardín, iluminado por algunos focos de luz eléctrica, ofrecía un aspecto fantástico, inverosímil, como los paisajes de los cosmoramas de feria. Aquellas luces blancas, intensas, hacían aún más negro y profundo el follaje, borraban los linderos del parque extendiéndolo desmesuradamente. La noche era despejada. En el oriente azuleaba ya la aurora. Hacía un frío intenso. Envueltos en sus gabanes de pieles, los jóvenes salvajes quemaban los últimos cartuchos de su ingenio en honor de las hermosas damas que tenían cerca. Los costosos y pintorescos abrigos de éstas chillaban debajo de las bombillas eléctricas. Los caballos piafaban, los lacayos gritaban, y los coches, al acercarse lentamente á la escalinata, hacían crujir la arena de los caminos. Sonaban golpes de portezuelas, ruido de besos, voces de despedida. La rueda de los coches, al

pasar por delante de la gran escalinata, iba arrebatando poco á poco á los que allí estaban para dispersarlos por todo Madrid en busca de reposo.

Pepe Castro se había colocado al lado de Esperancita y la hablaba dulcemente al oído. La niña, embozada hasta los ojos, sonreía sin mirarle. Cuando su coche llegó al fin, se estrecharon las manos largamente.

—Supongo que no nos tendrá tanto tiempo olvidados como hasta ahora; que irá por casa más á menudo—dijo ella teniendo aún su mano entre las del gallardo salvaje.

—¿Usted quiere de verdad que vaya á menudo por su casa? — dijo mirándola fijamente como un magnetizador.

—¡Ya lo creo que quiero!

Al decir esto se ruborizó fuertemente debajo del embozo, y desprendiendo bruscamente su mano, siguió á su mamá que entraba en el carruaje.

Pepa Frías había dicho á su hija:

—Mira, chica, cuando nos vayamos, deseo que Emilio me acompañe. Estoy nerviosa y no podría dormir si no le ajustase antes las cuentas. No quiero más escándalos, ¿sabes? Le voy á dirigir el *ultimatum*. Si persiste, tú te vienes conmigo y él que se vaya al infierno.

Estaba furiosa. Su hija, aunque quisiera poner reparos á esto de la separación, pues adoraba á su infiel marido, no se atrevió. Bajó sumisa la cabeza. Cuando llegó el momento de marchar, Pepa se dirigió á su yerno:

—Emilio, haz el favor de acompañarme. Deseo hablar contigo.

«¡Malo!» dijo para sí el joven.

—¿É Irene?

—Que vaya sola. No se la comerán los lobos — respondió ásperamente.

«¡Malísimo!» tornó á decirse Emilio.

En efecto, Irenita dirigiendo ojeadas de temor y ansiedad á su mamá y su marido, se metió sola en su berlina, mientras ellos subían á la de la primera.

Cuando el carruaje comenzó á rodar, Emilio, para desarmar á su suegra, quiso, como un chiquillo que era, desviar el rayo sacando una conversación que pudiese entretenerla.

—¿Ha visto usted qué audacia la de Amparo? La creía capaz de muchos desatinos, pero no de uno semejante.

Y habló de la Amparo con gran verbosidad sin conseguir que su suegra desplegase los labios. Lo mismo sucedió cuando principió á hacer comentarios acerca de la fortuna de Salabert, de los gastos del baile, del extraordinario honor que había merecido de los soberanos aquella noche, etc., etc. Pepa, reclinada en su rincón, guardaba un silencio feroz que no anunciaba nada bueno. Pero Emilio, sin desanimarse, tocó con habilidad la tecla que responde en todas las mujeres.

—¿Sabe usted, Pepa (así la seguía llamando, lo mismo que cuando era novio de su hija), que en un grupo donde estaba el presidente del Consejo, oí, sin querer, grandes elogios de usted? Elogiaban mucho el traje: pero más aún la figura. Decían que no había ninguna niña en el baile que pudiera competir con la frescura de usted; que tenía usted un cutis como raso, cada día más terso y brillante.

— ¡Jesús, qué tontería! Esas son payasadas, Emilio. En otro tiempo, no digo...

— No, Pepa, no; el cutis de usted es proverbial en Madrid. Ya daría Irene algo por tenerlo como usted.

—¿Es mejor que el de María Huerta?—preguntó con tonillo irónico, donde no se adivinaba, sin embargo, gran irritación.

Pepa había cambiado de plan: pensó que sería mucho mejor adoptar la vía diplomática. Á un chiquillo como Emilio, que no había sido indócil hasta entonces, era fácil atraerlo con el cariño. Aquél, en la oscuridad del coche, se había puesto colorado.

—El de María Huerta no vale nada.

—Por eso te gusta. Todos los hombres sois lo mismo en eso de cambiar las orejas por el rabo. Mira, Emilito—añadió cogiéndole una mano,—yo tenía que reñirte mucho, hablarte muy seriamente, decirte cosas muy amargas... pero no puedo. Tengo un corazón tan estúpido que para todas las ofensas encuentra disculpas. Hoy has hecho una barrabasada de marca, lo bastante para que Irene se separase de ti; pero á mí se me antoja que no es tan grande como parece, porque eres un chiquillo aturdido. Estoy segura de que tú mismo no te explicas la gravedad de ella...

Pepa continuó su sermón en tono dulce y persuasivo. Emilio, que esperaba una rociada de injurias, quedó gratamente sorprendido. Escuchólo con sumisión, y después, con voz conmovida, empezó á disculparse. Verdad que había coqueteado un poco con María Huerta, pero juraba que no estaba interesado por ella. Era una cuestión de amor propio. Cuando él se había casado con Irene, esta María había dicho en casa de Osorio que no comprendía cómo Irene aceptaba por marido un chico tan feo y tan insustancial. Entonces juró que se tragaría aquellas palabras: ya estaba conseguido. Por lo demás ¡qué amor ni qué calabazas! Nunca había estado enamorado de María Huerta ni pensaba estarlo.

—Yo no podía creer que estuvieses enamorado, porque siempre has tenido buen gusto... Porque en resumen, esa mujer no es más que un paquete de trapos... Si vistes el palo de la escoba como ella, puede muy

bien hacer sus veces... Pero ya ves, Irene lo cree y tienes la obligación de evitarla esos disgustos. Si yo estuviese en su caso no me los darías, monigote—añadió cogiéndole cariñosamente de la oreja.—Ya sabría yo tenerte bien amarradito á mis faldas.

—Lo creo — repuso el joven dirigiéndola una larga mirada que nada tenía de filial. — Usted tiene más recursos que Irene.

—¿Pues? — preguntó ella con otra mirada poco maternal.

—Porque usted es una mujer más complicada; que necesita más estudio. Por lo mismo, no me dejaría tiempo á aburrirme seguramente.

—¿Qué sabes tú de eso, mamarrachillo? Hablas de mí como si me supieses de memoria.

—¡Qué más quisiera yo!

—¡Vaya, Emilio, no seas payaso! Mira que me estás faltando al respeto.

La conversación siguió en este tono alegre y cariñoso mientras el carruaje rodaba por las calles sombrías. En aquel rincón oscuro, sacudidos por el vaivén de los resortes y aturdidos por el estrépito de las ruedas al saltar sobre el pavimento, el cuchicheo se hizo cada vez más íntimo, más insinuante, animado á cada momento por risas ahogadas y palabritas dulces. De ambos se había apoderado un suave enternecimiento; de Pepa por haber hallado á su yerno tan dócil; éste por ver á su suegra tan cariñosa y transigente, creyendo encontrarla hecha una furia. Animado con su éxito, acariciado por aquella dulce confianza que repentinamente se estableció entre ellos, no cesaba de piropearla. Pepa se enfadaba ó fingía enfadarse, le daba pellizcos feroces, le llamaba hipócrita, coquetón, desvergonzado. Concluyó por decir:

—Todo eso que me dices es una farsa tuya. Si fuese

verdad me alegraría, porque así tendría cierta influencia contigo para hacerte un buen marido.

Al salir del coche, con el rostro encendido, más hermosa que nunca, le dijo:

—Sube un momento: tengo que darte el reloj de Irene, que se le ha olvidado ayer.

Emilio la subió del brazo y entró con ella en su gabinete.

Mientras tanto, Irenita llegaba á casa en un estado de agitación fácil de comprender en una niña tan sensible y enamorada de su marido. La conducta de Emilio aquella noche la había trastornado, la había puesto excesivamente nerviosa. Y para fin de fiesta, la escena violenta que preveía entre su madre y su marido, de la cual tal vez saldría su ruptura definitiva con éste, la llenaba de espanto. Así que, apenas saltó en tierra delante de la puerta, acometida súbito de un vivo é irresistible anhelo, volvió á montar apresuradamente, diciendo al cochero:

—Á casa de mamá.

Le abrió el sereno la puerta exterior: la del piso el criado que había estado velando y que aguardaba la salida del señorito para irse á acostar.

—¿Dónde está mamá?

—En las habitaciones de adelante con el señorito Emilio.

Irenita se dirigió con precipitación á la sala. No estaban allí. Pasó luego al *boudoir*. Tampoco, ni se oía el más leve ruido. Entró en el gabinete. Nada. Entonces, sobrecogida de terror, de duda, de ansiedad, lanzóse hacia la alcoba oculta por cortinas de brocatel donde creyó percibir algún rumor. En aquel momento se alzaron las cortinas y apareció su marido agitado y descompuesto, contemplándola con ojos de espanto. Irenita dió un grito y se desplomó sobre el pavimento.

XII

Matinée religiosa.

ocos días después, á las once de la mañana de un viernes de Cuaresma, el salvaje más elegante de Madrid salía de un sueño tranquilo y profundo con el firme propósito de casarse con la hija de Calderón. Abrió los ojos, los paseó por los adornos hípicos que colgaban de las paredes de su cuarto, se desperezó con elegancia, bebió un vaso de limón que tenía sobre la mesa de noche y se preparó á levantarse. No afirmaremos que el mencionado propósito viniese á su espíritu durante el sueño; pero es innegable que debió de operarse en él una misteriosa labor que lo favoreció sensiblemente. Porque en el momento de acostarse, Castro sólo pensaba vagamente en esta unión provechosa. Al abrir los ojos, su decisión de lograr la mano de Esperancita por cuantos medios estuviesen á su alcance era ya irrevocable. Felicitemos, pues, de todo corazón á la afortunada niña y sigamos atentamente al noble salvaje en la tarea de perfeccionar

la obra primorosa que la Naturaleza había llevado á cabo al crearle.

El criado tenía ya el baño dispuesto. Después de dar un vistazo al espejo para observar el semblante del día, esto es, el suyo, cogió unas bolas de hierro é hizo con ellas algunos movimientos. Tomó un florete y se tiró á fondo unas cuantas veces. En seguida aplicó unas docenas de puñetazos rectos sobre la almohadilla de un dinamómetro. Hecho lo cual creyó llegado el instante de meterse en el agua. Dentro de ella se hallaba aún cuando apareció en la habitación, sin previo anuncio, Manolo Dávalos.

—Pepe, tengo que hablarte de una cosa muy seria,— dijo el lunático marqués, con aparato de misterio, los ojos más extraviados que nunca.

—Aguarda un poco: déjame salir del baño.

—Sal pronto, que corre prisa.

El marquesito se levantó de la silla donde se había sentado y comenzó á dar vueltas por la estancia con cierta agitación estrambótica, á la cual ya estaban acostumbrados sus amigos. No podía estarse quieto cinco minutos. Si cualquiera hiciese al cabo del día la mitad de movimientos que él, caería rendido antes de llegar la noche. Castro seguía sus movimientos con ojos burlones y desdeñosos. Pero estos ojos se tornaron serios é inquietos al ver que su amigo se acercaba á la mesa de noche y se ponía á jugar con un precioso revólver que allí tenía.

—Mira que está cargado, Manolo.

—Ya lo veo, ya — respondió éste sonriendo; y volviéndose de pronto:

—¿Qué dirían en Madrid, si yo te matase ahora de un tiro?

Pepe Castro sintió cierto hormigueo en la espalda,

que no era producido solamente por el agua, y rió de un modo extraño.

—Y que, hoy por hoy, lo podría hacer impunemente — siguió muy risueño el marqués. — Porque como todos dicen que estoy loco...

—¡Je, je!

El tenorio volvió á reir como el conejo. No era cobarde: al contrario, tenía fama de quisquilloso y espadachin: pero, como casi todos los valientes, necesitaba público. La perspectiva de una muerte oscura á manos de un loco, no le hizo maldita la gracia. Los ejemplos de Séneca, Marat y otros hombres notables que murieron violentamente en el baño, no lograron darla ninguna amenidad, quizá porque no tuviese noticia de ellos. El marqués avanzó con el revólver amartillado, diciéndole:

—¿Qué dirían en Madrid? ¿eh? ¿qué dirían?

Castro se sintió penetrado de frío como si estuviese metido entre hielo y no en agua tibia. Pero tuvo aún serenidad para gritarle:

—¡Deja ese revólver, Manolo! Si no lo dejas no vuelves á ver en tu vida á Amparo.

—¿Por qué? — preguntó aquél bajando el arma con el desconsuelo pintado en los ojos.

—Porque yo no quiero; porque la aconsejaré que no te deje entrar más en su casa...

— Bueno, hombre, no te incomodes. . Ha sido una broma — replicó apresurándose á colocar el revólver en su sitio.

Castro salió al instante del baño. Lo primero que hizo, cuando estuvo envuelto en el capuchón turco con que se secaba, fué coger el revólver y guardarlo bajo llave. Tranquilo ya, pero irritado por el susto que su majadero amigo le había dado, comenzó á hablarle

en tono malhumorado y despreciativo, mientras delante del espejo prodigaba á su bella figura, con el respeto debido, todos los cuidados á que era acreedora.

—Vamos á ver, hombre, desembucha ese secreto... Será una gansada de las que tú acostumbras... Desengáñate, Manolo, que tú ya no estás para salir á la calle. Debes ponerte en cura — decía mientras se frotaba los brazos con una pomada olorosa que había tomado de la batería de tarros y frascos de todos tamaños que tenía delante.

El marqués echó mano al bolsillo, y sacando la cartera y de ella un billetito de mujer, dijo con no poca solemnidad:

—Amparo me acaba de escribir esta carta. Deseo que te enteres de ella.

Pepe no volvió siquiera los ojos para mirar el documento que su amigo le exhibía. Absorto en la tarea de atusarse el bigote con un cepillito de barba, repuso en tono distraído:

—¿Y qué dice la Amparo?

El marqués le miró sorprendido de la poca importancia que daba á aquella preciosa misiva.

—¿Quieres que te la lea?

—Si no es muy larga ..

Manolo la desdobló con el mismo cuidado y respeto que si fuese un autógrafo de Santa Teresa de Jesús y leyó con voz conmovida:

«Mi queridísimo Manolo: Hazme el favor de mandarme por el dador dos mil pesetas que necesito con urgencia. Si ahora no las tienes, no dejes de traérmelas esta tarde á casa. Tuya de corazón siempre:

»AMPARO.»

—¡Sopla! ¡Qué voracidad la de esa chica! ¿No tiene bastante con el bolsillo de Salabert? Supongo que no se las habrás mandado.

—No.

—Has hecho bien.

—Es que no las tenía. Precisamente para ver si tú puedes facilitármelas es para lo que he venido.

Castro se volvió hacia él y le contempló unos momentos entre irritado y sorprendido. Tornando luego la vista al espejo, dijo con calma despreciativa:

—Querido Manolo; eres un melón de gran tamaño. Estoy seguro de que si heredases ahora á tu tía, entregarías la herencia á la Amparito para que la engullese como ha hecho con la de tus papás.

Manolo se enfureció al oir esto. Defendió con energía á su ex querida. No era ella, no, quien le había arruinado, sino los tunos de los mayordomos. Amparo era una chica de excelentes condiciones para ama de casa, un portento de arreglo doméstico: al mismo tiempo generosa, capaz de acomodarse á cualquier vida por el cariño, etc., etc.

El maníaco marqués se expresó con calor y elocuencia haciendo el panegírico de su adorada.

—¿Sabes dónde está el mal de todo? — dijo sordamente después de larga pausa. — En que mi familia me privó, sin razón, de casarme con ella. ¡Qué obstinación tan estúpida! Se empeñaban en que yo estaba perdidamente enamorado de esa mujer. ¡Qué había de estar enamorado!... Lo que yo quería era dar una madre á mis hijos, ¿sabes? Nada más que eso. Ellos hubieran sido felices y yo también.

Pepe Castro se volvió estupefacto. Por las pálidas mejillas del marqués rodaban algunas lágrimas de enternecimiento. Hizo un mohín de lástima y siguió arre-

glándose los bigotes. Al cabo de unos momentos de silencio, dijo:

—Dispensa, chico. No tengo esas dos mil pesetas; pero aunque las tuviera puedes estar seguro de que me guardaría de dártelas si las ibas á emplear como dices.

El marqués permaneció silencioso y comenzó á pasear de través por el espacioso dormitorio.

—¿Á quién me aconsejas que se las pida? — dijo parándose de pronto.

—Á Salabert — respondió Castro sonriendo burlonamente al espejo.

Manolito se encrespó terriblemente al oirlo; sus ojos llamearon siniestramente; se dirigió frenético, agitando los puños, hacia Pepe, que se volvió hacia él y dió un paso atrás preparándose á rechazarle.

—¡Eso que me has dicho es una porquería! ¡Es una infamia que merece una estocada ó un tiro! Es una cobardía porque estás en tu casa...

Y se puso á crujir los dientes y á rodar los ojos que daba espanto verle; pero no llegó á agredir á su amigo. Haciendo un esfuerzo supremo por contenerse, desahogó su furor arrojando contra el suelo el sombrero, de tal modo que lo destrozó. Castro quedó aturdido, hecho una estatua. Mil veces había bromeado con él diciéndole cosas mucho más fuertes, verdaderas insolencias sin que jamás se le hubiese ocurrido enfadarse. Y ahora, por una chanza sencillísima, montaba en cólera de aquel modo extraño. Procuró calmarle con algunas palabras de disculpa: pero Manolito no le escuchaba. Aunque desistió de la primera idea de arrojarse sobre él, comenzó á pasear como una fiera enjaulada, murmurando amenazas, moviendo los brazos y gesticulando vivamente. No tardó en enternecerse, sin embargo.

—Nunca lo creyera de ti, Pepe—concluyó por decir

con voz alterada.—Nunca pensé que el mayor amigo que tengo me había de insultar, me había de clavar el puñal hasta el pomo...

—¡Pero, hombre de Dios!...

—No me hables, Pepe... Me has matado con una palabra... Déjame tranquilo... Dios te perdone como yo te perdono... Yo soy como un conejo á quien hiere el cazador y corre á morir á su madriguera... No me hurgues más... Déjame morir en paz.

Este símil del conejo le hizo tal impresión después de haberlo proferido, que se dejó caer sollozando en una butaca. Al mismo tiempo le acometió un fuerte golpe de tos, en el cual soltó por la boca una cantidad prodigiosa de rails: pero la locomotora que tenía atravesada en la garganta, por más esfuerzos que hizo, en manera alguna pudo arrojarla. Castro le hizo beber una taza de tila con azahar.

Cuando el insensato marqués se fué al cabo, estaba aquél terminando el aderezo de su persona. La cual salió á la calle correcta y severamente vestida en traje de ceremonia diurna. Almorzó en Lhardy, dió una vuelta por *Los Salvajes*, y á las tres de la tarde, poco más ó menos, se dirigió á casa de su tía la marquesa de Alcudia, sita en la calle de San Mateo. Esta severísima señora era muy celosa de la religión como ya sabemos. Lo mismo de su alcurnia, por no decir más. Castro era sobrino segundo de ella, y aunque con su vida de calavera la había disgustado bastante, siempre le había tratado con mucho afecto procurando atraerle al buen camino. Para la marquesa, los timbres nobiliarios imprimían carácter como el sacramento del orden. Por más vilezas que un hombre hiciese, siempre era un noble, como un sacerdote es siempre un sacerdote. En esta devota señora pensó Castro para que le secundase en

su empresa. Su instinto (que era mucho más admirable que su inteligencia) le dijo que si la marquesa se encargase de casarle con la niña de Calderón lo conseguiría seguramente. Era grande el prestigio que tenía en la sociedad aristocrática: mayor aún entre los que estaban agregados á ella por razón del dinero, como Calderón.

El palacio de Alcudia era una fábrica sombría levantada á principios del siglo pasado. Un piso bajo con grandes ventanas enrejadas, otro piso alto, y nada más: pero la casa ocupaba un perímetro inmenso y detrás tenía un vasto jardín bastante descuidado. El portal era chato y poco decoroso: la escalera de piedra toscamente labrada y gastada por el uso. El difunto marqués estaba pensando en una reforma cuando lo arrebató la muerte. Su viuda abandonó este proyecto, no tanto por avaricia, como por el horror que le inspiraban toda clase de reformas aunque fuesen de cal y canto. Por dentro, la mansión era suntuosa: los muebles antiguos y riquísimos. Tapices de gran valor vestían las paredes, cuadros de los mejores pintores antiguos adornaban las de algunas piezas, como el despacho y el oratorio. Éste era una maravilla de lujo. Ocupaba un rincón de la planta baja, pero su techo era el del principal: tan elevado por consiguiente como el de una iglesia. Tenía grandes ventanas con cristales de colores como las catedrales góticas: estaba alfombrado como un salón de baile; había una pequeña tribuna con su órgano: el altar era primoroso, de gusto francés, y en medio se veía un magnífico *Ecce-Homo* de Morales. Era, en fin, una estancia agradable y elegante, calentada por una gran estufa subterránea.

En el salón de familia estaban solas las chicas con la labor entre las manos. La marquesa, según le dijeron,

estaba en el despacho ocupada en escribir cartas. Se dirigió allá después de bromear un instante con las primas.

—¿Se puede, tía?

—Adelante... ¡Ah! ¿eres tú, Pepe? — dijo la marquesa alzando los ojos y mirándole por encima de las gafas que se había puesto para escribir.

—Si la interrumpo me voy. Quería celebrar con usted una conferencia — dijo el galán sonriendo.

—Siéntate un instante. Estoy terminando una carta.

Acomodóse en un sillón, y mientras la tía Eugenia hacía crujir la pluma con su mano seca y nerviosa, empezó á coordinar el exordio del discurso que pensaba dirigirla. Aquélla dió á los pocos minutos un gran plumazo estridente que debió corresponder á su rúbrica, y arrancándose vivamente las gafas, dijo:

—Ya soy tuya, Pepe.

Este bajó los ojos al suelo en demanda, sin duda, de inspiración, se atusó el bigote, tosió ligeramente y al fin dijo con acento solemne:

—Tía, no sé si es que Dios me ha tocado en el corazón ó es que me voy cansando de la vida que llevo; pero es lo cierto que de poco tiempo á esta parte me acuerdo mucho de los consejos que me ha dado muchas veces, que ando con deseos de formalizar, de romper con estos hábitos poco dignos que la falta de un padre y, sobre todo, de una madre como usted me han hecho adquirir. Friso ya en los treinta y me parece hora de acordarse del nombre que llevo. Debo cumplir con él, y también con mi cualidad de cristiano... Porque en medio de mis excesos yo no me he olvidado jamás de que pertenezco á una familia católica y que hoy en España nuestra clase es la encargada de velar por la reli-

gión, dando buen ejemplo como usted hace... El medio mejor para favorecer este cambio que siento en mi corazón es casarme...

No pudo el gallardo joven escoger mejor sus palabras para catequizar á la tía Eugenia. Tan buena impresión la hicieron, que levantándose del sillón vino á ponerle la mano sobre el hombro, exclamando:

—¡Cuánto me alegro, Pepito! ¡No sabes el placer que me has dado! ¡Y dices que no sabes si Dios te ha tocado en el corazón! ¿Cómo había de realizarse este cambio repentino en tu ser si Dios no lo moviese? Dios ha sido, hijo mío, Dios ha sido, y un poco también la buena sangre que tienes en las venas... ¿Tienes escogida ya esposa?

El joven sonrió haciendo un signo afirmativo.

—¿Quién es?

—He pensado en Esperancita Calderón. ¿Qué le parece?

—Perfectamente. Es una niña muy bien educada, muy simpática: además yo la quiero como una hija. Ya ves; ha sido siempre la amiga íntima de mi Paz... Has tenido una elección feliz...

Castro volvió á sonreir maliciosamente y repuso:

—Mire usted, tía, yo bien quisiera casarme con una mujer de nuestra clase... Pero usted bien sabe que estoy completamente arruinado... Las jóvenes de la nobleza, por desgracia, no suelen tener en el día fortuna. Las que la tienen, no me querrán á mí que no puedo ofrecerles más que lo que ellas poseen ya, esto es, un nombre. Por eso me he fijado en una que carezca de él y tenga dinero.

—Está bien pensado. Aunque sea transigiendo un poco, debemos salvar nuestros nombres de la ignominia... Pero Esperanza es una niña excelente. Se ha edu-

cado ya entre nosotros. Será una dama cumplida que te honrará.

El bizarro joven no abandonaba aquella sonrisa de ironía maliciosa. Guardó silencio un instante, y dijo al cabo:

—¿Sabe usted, tía, qué nombre damos entre nosotros al casarse de este modo?

—¿Cómo?

—Tomar estiércol.

La marquesa sonrió con el borde de los labios; pero poniéndose grave en seguida, replicó:

—No; aquí no se puede decir eso, Pepe. Te repito que esa niña merece un partido brillante. El que va ganando en este asunto eres tú... ¿Sois novios ya? Hasta ahora no tengo noticia...

—No le he dicho nada aún... Sé que no le soy antipático. Nos miramos con buenos ojos; pero de relaciones, nada. Antes de pedírselas he querido consultar con usted, la persona más caracterizada que hoy tengo dentro de la familia en Madrid.

—Muy bien hecho. Has procedido dignamente. Cuando se trata de contraer matrimonio, que al fin y al cabo es un sacramento de la Iglesia, hay que guardar circunspección y formalidad. En otros tiempos mejores que éstos, no se realizaba una boda entre nosotros sin escuchar antes la opinión de los mayores. Te agradezco mucho la confianza que haces de mí, y desde luego puedes contar con mi aprobación.

—¿Y con su ayuda puedo contar? Mire usted que temo que surjan algunas dificultades por parte de su padre... Es un hombre metalizado... Francamente, no quisiera sufrir un desaire...

La marquesa quedó pensativa algunos instantes.

—Déjalo de mi cuenta. Haré lo posible por arreglar-

lo... Pero es necesario que me prometas no dar un paso sin consultarme. Es un negocio diplomático que hay que llevar con prudencia y habilidad.

—Prometido, tía.

—Sobre todo, con la niña mucho cuidado... No me la alarmes.

—Haré lo que usted me mande.

Pocos momentos después salían ambos del despacho y entraron en el salón, donde ya había algunas personas de fuera. Durante la Cuaresma la marquesa de Alcudia recibía á sus amigos en las tardes de los viernes, dedicándose con ellos á la oración y á las prácticas religiosas. Estaban allí ya la marquesa de Ujo y su hija, siempre con las sayas á media pierna, el general Patiño, Lola Madariaga y su marido, Clementina Salabert con su dama de compañía Pascuala y otras varias personas, entre ellas el padre Ortega. Como en realidad á él le correspondían los honores de la tarde y era el director de la fiesta, todos le rodeaban formando grupo en medio del salón. Pero todos hablaban en voz más alta que él. La palabra del ilustrado escolapio era siempre suave, apagada, como si jamás saliese de la sala de un enfermo. Cuando él hablaba, sin embargo, estableciase el silencio en el grupo, se le escuchaba con placer y veneración. La marquesa, al acercarse, le besó la mano rendidamente y le preguntó con interés por el catarro que hacía días padecía.

—¿Pero está usted acatarrado, padre? — preguntaron á la vez muchas señoras.

—Un poquito nada más — respondió el sacerdote sonriendo dulcemente.

—Un poquito, no; bastante. Ayer no cesaba usted de toser en San José — dijo la marquesa.

Y se puso á dar cuenta de la dolencia del padre con

solicitud y minuciosidad, no omitiendo ningún pormenor que pudiese contribuir á esclarecer tan importante punto. El clérigo sonreía, con los ojos en el suelo, diciendo en voz baja:

—No la hagan ustedes caso. La señora marquesa es muy aprensiva. Verán ustedes cómo resulto en último grado de tisis.

—Padre, hay que cuidarse... hay que cuidarse... Usted trabaja demasiado... Por el bien mismo de la religión debe usted cuidarse.

Todos se apresuraban á aconsejarle con afectuoso interés. Una señorita de treinta y siete años, muy correosa y espiritada, que se confesaba con él, llegó á decir entre burlas y veras:

—Padre, ¡qué sería de mí si usted se muriese!

Lo cual hizo reir á los circunstantes y pareció molestar un poco al correcto sacerdote. La marquesa quiso prohibirle que pronunciase aquella tarde la plática de costumbre; pero él se negó rotundamente á ello.

En esto fueron entrando otras muchas personas en el salón. Llegaron **Mariana Calderón y su hija Esperanza,** los condes de Cotorraso, Pepa Frías y su hija Irene. Esta última traía el semblante pálido y ojeroso: como que salía de la cama donde había estado algunos días retenida por una afección nerviosa. Ya que estuvo poblado, la marquesa les invitó á pasar al oratorio y así lo hicieron. Las señoras se colocaron cerca del altar, donde todas tenían preparados sendos y lujosos reclinatorios: los caballeros permanecieron detrás y sólo tenían un almohadón de terciopelo para arrodillarse. Comenzó la sesión rezando todos el Rosario detrás del padre Ortega. Las señoras lo hicieron con una compostura y un recogimiento que edificaba: las ebúrneas manos, donde los diamantes y esmeraldas lanzaban des-

tellos, cruzadas humildemente; la hermosa cabeza hundida en el pecho. Estaban irresistibles. Aunque no fuese más que por galantería, el Supremo Hacedor estaba obligado á concederles lo que pedían. No era la menos humilde, la menos bella y edificante, Pepa Frías. La mantilla negra iba admirablemente á sus cabellos rubios y á su tez blanca y sonrosada. Lo mismo decimos de Clementina Salabert, que era más esbelta, más delicada de facciones y que no le cedía nada en la tersura y brillo de la tez. Aquellas actitudes lánguidas y artísticas que las damas adoptaban, debían de estar destinadas á mover la Voluntad Divina. Pero como un fin enteramente secundario también tenían por objeto la edificación de los fieles salvajes que las contemplaban. Y si por casualidad hubiese entre ellos algún librepensador ¡qué confusión y vergüenza se apoderarían de su ánimo al ver que el Señor tenía de su lado á lo más distinguido y elegante de la *high life* madrileña!

Terminado el Rosario, dos de las más espirituales tertulianas subieron á la pequeña tribuna acompañadas de un salvaje barítono y de otro que tecleaba el piano y cantaron uno de los más preciosos números del *Stabat Mater* de Rossini. Al escucharlos todas aquellas almas místicas sintieron la nostalgia del teatro Real, de la Tosti y de Gayarre. Se confesaron con dolor que si en el Paraíso celeste había tantos inteligentes como en el de la plaza de Isabel II, la *pita* que en aquel instante estaban dando á sus amiguitos debía de ser monumental. A seguida del canto vino la plática ó conferencia del padre Ortega. Acomodóse el sabio escolapio en un rico sillón de ébano y marfil en el centro de la capilla. Rodeáronle las señoras sentadas en sillitas y cojines; acercáronse los caballeros formando en segunda fila.

Después de meditar unos minutos para recoger las ideas, comenzó á exponer con voz suave y palabra lenta y solemne algunas consideraciones acerca de la familia cristiana. Ya sabemos que el padre Ortega era un sacerdote á la altura de la civilización contemporánea. Al hablar de la familia estuvo profundo y elocuente. Para el padre Ortega lo que constituía la familia era el respeto y el amor á la tradición, el respeto y el amor á los antepasados. «La familia es una tradición; tradición de glorias, de nombres, de honores, de virtudes y de recuerdos; y todo esto significa una misma cosa; amor, estimación y respeto á los mayores, es decir, á lo más generoso y conservador que hay en la familia». Con este motivo el conferenciante tronó contra la revolución, contra ese viento que sopla del infierno para destruir todo lo antiguo y glorificar lo nuevo, contra ese desprecio bárbaro de las costumbres, de las leyes, de las instituciones, de las glorias de nuestros antepasados. «La revolución lleva escrito en su bandera: *desprecio á los mayores*. ¿Cómo no, si las creencias antiguas, las costumbres antiguas, las instituciones antiguas, las aristocracias antiguas, á pesar de lo que en ellas, como en todo lo humano, puede echarse de menos, representan el trabajo de nuestros antepasados, la inteligencia, la gloria, el alma, la vida y el corazón de nuestros padres? Y siendo así, ¿cómo la ciencia revolucionaria que lanza sobre todas las cosas antiguas sus estúpidos desdenes, no había de lanzar también sobre los antepasados sus groseros desprecios?» Un principio de disolución de la familia es al ataque que se dirige por las escuelas revolucionarias á la propiedad. Esta agresión no sólo es un atentado directo contra la sociedad, sino que es un atentado todavía más directo contra la familia. «La propiedad, la herencia y el patrimonio, ¿qué son

sino el culto de los antepasados y el amor á los hijos? La propiedad es el presente, el pasado y el porvenir de la familia; es el lugar donde crece y se dilata en el tiempo; es el suelo que aseguraron los abuelos que se van, puesto hoy bajo las plantas de la posteridad que se eleva bendiciéndolos.»

Cerca de una hora estuvo el sabio escolapio asentando sobre sólidas bases la existencia de la familia cristiana. Estas bases no eran otras que la religión, la propiedad y la tradición. Hablaba con autoridad, en un todo sencillo y persuasivo, con palabra atildada y correcta. El auditorio le escuchaba atento, sumiso, convencido de que era el Espíritu Santo quien por boca del venerable sacerdote les ordenaba tener mucho cuidado con la tradición, con la religión, y sobre todo con la propiedad. Este sublime pensamiento los edificaba de tal modo, que el conde de Cotorraso y algunos otros grandes propietarios que allí había, se sentían unidos eternamente al Ser Supremo por el vínculo sagrado de la propiedad territorial y se prometían combatir por ella heroicamente y oponerse en el Senado á toda ley que directa ó indirectamente atentara á su integridad.

Al terminar el escolapio se le cumplimentó con sonrisas y reprimidas exclamaciones de entusiasmo. Todos hablaban en voz de falsete respetando el sagrado del recinto. La señorita correosa que había preguntado antes qué sería de ella si el padre Ortega le faltase, corrió á tomarle la mano y se la besó repetidas veces con arrebato que hizo cambiar algunas miradas de burla á los circunstantes. El padre se la retiró bruscamente con visible desagrado. Y otra vez subieron á la tribuna varias damas y caballeros, y *ejecutaron*, en toda la extensión de la palabra, algunas melodías religiosas de Gounod.

Al fin salieron del oratorio todas aquellas almas beatas y se dirigieron al salón.

La marquesa de Alcudia, cuya voluntad no podía estar jamás en reposo, se dispuso á cumplir lo que había prometido á su sobrino. Éste la vió llamar aparte á Mariana y salir con ella. Al cabo de un rato ambas volvieron. Castro comprendió que se había hablado de él, en la mirada tímida y afectuosa que la esposa de Calderón le dirigió al entrar. Luego observó que la marquesa se retiraba hacia un rincón con el padre Ortega y hablaban reservadamente. Sospechó que también él estaba sobre el tapete. El sacerdote le dirigió dos ó tres miradas con sus ojos vagos de miope. No se había acercado á Esperancita en todo el tiempo, pero de lejos se miraban y se sonreían. La niña parecía sorprendida de aquella actitud reservada. Pepe la había festejado bastante en los últimos días. Comenzó á inquietarse. Al fin, ella misma vino hacia él.

—No ha estado usted anoche en el Real. ¿Guarda usted la Cuaresma?

—¡Oh, no!—dijo riendo el joven.—Es que me dolía un poco la cabeza y me acosté temprano.

—¡Claro! ¿qué había de suceder? Por la tarde montaba usted un caballo que no cesaba de saltar. Hubo un momento en que pensé que le tiraba.

Castro sonrió lleno de condescendencia. La niña se apresuró á decir:

—Ya sé que es usted un gran jinete; pero de todos modos, siempre puede suceder una desgracia.

—¿Qué hubiera usted hecho si me hubiese tirado?—preguntó él mirándola á los ojos fijamente.

—¡Qué sé yo!—exclamó la niña alzando los hombros y ruborizándose.

—¿Daría usted un grito?—insistió sin dejar de mirarla.

—¡Vaya unas preguntas extrañas que usted hace!—dijo Esperancita más ruborizada cada vez.—Lo daría quizá... ó no lo daría...

En aquel momento se acercó la marquesa de Alcudia llamándola.

—Esperanza, tengo que decirte una cosa...

Y al pasar junto á su sobrino, murmuró muy bajo:

—¡Prudencia, Pepe! Esos apartes no están en el programa.

Al verlas alejarse y salir de la estancia, otro hombre menos superior sentiría alguna inquietud, cierto anhelo por saber lo que iba á pasar en aquella conferencia memorable. Pero nuestro joven estaba tan por encima del vulgo en estas y otras materias, que se puso á bromear con las damas con la misma tranquilidad que si Esperancita y la marquesa se hubiesen ido á hablar de modas. Cuando al cabo de un rato tornaron á entrar, la niña de Calderón tenía la carita encendida, los ojos brillantes, con una expresión sumisa y dichosa á la vez, que si no temiéramos cometer una profanación en viernes de Cuaresma, compararíamos á la de la Virgen María cuando el ángel Gabriel le anunció que concebiría del Espíritu Santo.

Continuó la reunión con un carácter semirreligioso. Aquellos espíritus ascéticos no podían olvidarse de que era un día consagrado por las penitencias de Jesús en el desierto. En su consecuencia, las niñas que se acercaron al piano abstuviéronse de cantar el vals de *La Bujía Elegante*. Sus gargantas piadosas no modularon más que el *Ave María* de Schubert, la de Gounod y otras piezas donde se exhala el amor divino. Se hablaba y se reía con discreción, bajando el tono. Si algún pollo se desmandaba un poco de palabra, las damas le llamaban al orden recordándole que en viernes de Cua-

resma no se debe aludir á ciertas cosillas prohibidas. El espíritu de Dios estaba en la asamblea, á juzgar por la gran conformidad, por la dulce serenidad con que todos se resignaban á vivir en este valle de lágrimas. Una sonrisa feliz vagaba por los labios de ellas y ellos. Entre cánticos melodiosos, entre amenas pláticas y bromas delicadas se pasó la tarde. Los revisteros podían decir, sin faltar á la verdad al día siguiente, que los «viernes del Supremo Hacedor» eran deliciosos, y que la marquesa de Alcudia hacía los honores en su nombre con exquisita amabilidad.

Al cabo, la piadosa reunión se dispersó. Todas aquellas almas bienaventuradas y temerosas de Dios salieron del palacio de Alcudia y se dirigieron á sus moradas, donde les aguardaba la sopa de tortuga humeante, el salmón con salsa mayonesa, las ricas ensaladas de col de Bruselas y las apetitosas *bouchées de crevettes.* La oración de quietud, aquellas horas de unión contemplativa con la Divinidad, les había abierto de par en par el apetito. No hay nada que vigorice el estómago como la convicción de tener de su parte al Omnipotente y la esperanza fundada de que más allá de esta vida, si hay fuego y tormentos eternos para los pelagatos y descamisados que se atreven á discutirle, para las familias cristianas, esto es, para las que tienen religión y propiedad y antepasados, no puede haber más que bienandanza, una eternidad de salmón con mayonesa y de *crevettes à la parisienne.*

XIII

Viaje á Riosa.

El duque de Requena había dado la última sacudida al árbol. La naranja cayó en sus manos dorada y apetitosa. En un momento dado sus agentes de París, Londres y Madrid adquirieron más de la mitad de las acciones de Riosa. La gerencia vino pues á sus manos, ó, lo que es igual, la mina. Algunos habían sospechado ya el juego; se resistían á vender, sobre todo en Madrid, donde el carácter del banquero era conocido. Á no apresurarse á dar el golpe decisivo, seguramente las acciones hubieran subido. Llera olfateó el peligro y dió la señal de avance. ¡Qué día más feliz para el asturiano aquel en que se recibieron los telegramas de París y Londres! Su cara angulosa resplandecía como la de un general que acaba de ganar una batalla. Sus largas, descomunales extremidades se movían como las aspas de un molino, al dar cuenta del suceso á los hombres de negocios que habían acudido á casa del duque en demanda de noticias.

Fluían sonoras, homéricas carcajadas de su pecho levantado de esternón como el de un pollo: abrazaba á los amigos hasta asfixiarlos, y cuando el duque le dirigía alguna pregunta respondíale con cierto desdén desde la altura de su gloria. Y sin embargo, en aquel colosal negocio, él no llevaba ni un medio por ciento. Ni una sola peseta de tantos millones de ellas como iban á salir por la boca de la mina, vendría á caer en sus manos. ¡Pero qué importa! Sus cálculos se realizaban, aquella intriga seguida con sigilo, con perseverancia, con maravillosa actividad y talento llegó al desenlace apetecido. Su alegría era la del artista que triunfa, comparados con la cual todos los goces sórdidos de la tierra no valen un comino.

Los del duque no fueron todos de esta especie. También su vanidad se sintió halagada por aquel ruidoso triunfo. Pensaba sinceramente que había llevado á cabo una empresa maravillosa digna de ser esculpida en mármoles y cantada por los poetas. Lo que en pura verdad no pasaba de una estafa consentida por las leyes, por una extraña aberración del sentido moral se transformaba en gloriosa manifestación de la inteligencia, no sólo á sus propios ojos sino á los de la sociedad. Para festejar el éxito y también para enterarse por sí mismo de las reformas que debían llevarse á cabo á fin de que la mina produjese lo que tenía pensado, proyectó una excursión con los ingenieros y algunas personas de su intimidad. Al principio no pensó en llevar consigo más de ocho ó diez. Poco á poco se fué ampliando el número, de suerte que al llegar el día de la marcha pasaban de cincuenta los convidados. Este aumento era debido principalmente á la iniciativa de Clementina, á quien sedujo la idea de aquel viaje. Lo que en el pensamiento del duque había sido una excur-

sioncita modesta, familiar, en el de su encopetada hija adquirió el carácter de un acontecimiento público, un viaje resonante y ostentoso que preocupó algunos días á la sociedad elegante.

Salabert hizo poner un tren especial para sus convidados. Unos días antes había mandado los criados y las provisiones. Todo debía estar preparado para recibirlos dignamente. Corría el mes de Mayo. Empezaba á sentirse el calor. Á las nueve de la mañana se veía en las inmediaciones de la estación de las Delicias una multitud de carruajes de lujo, de los cuales salieron las damas y los caballeros ataviados según las circunstancias; ellas con vistosos trajes de fantasía para las excursiones campestres, ligeros y claros; ellos de americana y hongo, pero imprimiendo en este sencillísimo traje el sello de su capricho, procurando, como es justo, apartarse de los hongos y americanas conocidos hasta el día. Quién llevaba un terno de franela blanca como el ampo de la nieve con guantes y sombrero negros; quién lo lucía de color de lagarto con un sombrerito azul de alas microscópicas; quién, por fin, había creído oportuno vestirse de *tricot* negro con guantes, botines y sombrero blancos. Muchos llevaban colgados de los hombros por correas charoladas magníficos gemelos para que no se les escapasen los mínimos detalles del paisaje. Y abundaban asimismo los bastones alpestres como si marchasen á alguna expedición peligrosa al través de las montañas.

El tren especial constaba de dos coches-salón, un *sleeping-car* y un furgón. Con la algazara que el caso requería se fué acomodando en los primeros aquella crema delicada de la salvajería madrileña. Predominaban los hombres. Las damas se habían retraído por no hallar suficiente grata la perspectiva de visitar una mina.

Pero aun había bastantes para amenizar la excursión, y entorpecerla un poco también. Estaban allí las que de algún modo por sus padres ó maridos se relacionaban con el negocio, como la esposa y la hija de Calderón, la chica de Urreta, la señora de Biggs, Clementina Salabert y otras. Al lado de éstas algunas que por amistad íntima con ellas se habían decidido á acompañarlas, como Pacita y Mercedes Alcudia, cuya amistad con Esperancita era notoria. Estaban también aquellas que no podían faltar donde quiera que hubiese holgorio, verbigracia: Pepa Frías, Lola Madariaga, etc. Había hombres de negocios, personajes políticos, títulos rancios y nuevos. Al montar en el tren podía observarse la solicitud servil de los empleados de la estación, la extrema turbación que en aquel recinto producían los poderosos de la tierra.

Al fin, el más poderoso de todos, el egregio duque de Requena sacó el pañuelo y lo agitó en la ventanilla. Sonó un pito, respondió la máquina con prolongado y fragoroso ronquido, y resoplando y bufando, el tren comenzó á mover sus anillos metálicos y á arrastrarse lentamente alejándose de la estación. Los convidados, desde las ventanillas, saludaban con los pañuelos á los que habían ido á despedirlos. Gran agitación y algazara en los coches, apenas se encontraron corriendo por los campos yermos de la provincia de Madrid. Todo el mundo hablaba en voz alta y reía: esto y el ruido del tren hacía que apenas se entendieran. Poco á poco se fué operando, sin embargo, en aquella asamblea el fenómeno químico de la afinidad electiva. El duque se vió rodeado, en una berlina ó mirador que había en la trasera del coche, de varios personajes de la banca y la política. Clementina, Pepa Frías, Lola Madariaga y otras damas formaban grupo conversando con los aficionados

á la charla desenvuelta y picante, Pinedo, Fuentes, Calderón. Las niñas y los pollastres se decían mil frases espirituales que los regocijaba hasta un grado indecible. Una de las cosas que más alegría les causó fué la aparición de Cobo Ramírez en la ventanilla con la gorra galoneada de un empleado exigiéndoles el billete. Cobo estaba en el otro salón y había venido por el estribo, arriesgándose un poco, pues el tren llevaba extraordinaria velocidad. Se le acogió con ap'ausos. Las chicas enviaron recaditos á sus vecinas las del otro coche. Los pollos escribieron cartas de declaración. De todo se encargó el primogénito de Casa-Ramírez, quien iba y venía de un coche á otro con gran firmeza á pesar de su obesidad. Esto les divirtió un rato. Los billetes amorosos escritos con lápiz se leían en voz alta y provocaban los aplausos y la risa.

Raimundo charlaba con el mejicano de las vacas y con Osorio. Éste había llegado á mirarle con cierta benevolencia. De los amantes de su mujer era el que había hallado más simpático y más inocente. Aunque niño en la apariencia, observaba que era inteligente, instruído, cualidades que hasta entre salvajes concede cierto prestigio á la persona. Nuestro joven había concluído por adaptarse bastante bien al medio en que hacía tiempo vivía. No sólo en su traje podían observarse los refinamientos de la moda secundada por la propia fantasía, sino que en su trato y en sus modales se iba operando un cambio visible. En sus relaciones con Clementina continuaba siendo el niño tímido, el mismo esclavo sumiso que vivía pendiente de un gesto ó una mirada de su dueño. El amor echaba en su corazón cada vez más hondas raíces. Pero en el comercio social se había ido atemperando á lo que en torno suyo veía. Hizo lo posible por reprimir los ímpetus de su natura-

leza expansiva y afectuosa: adoptó un continente grave, impasible, ligeramente desdeñoso: procuró burlarse de cuanto se decía en su presencia, como no tocase á los usos y fueros de la salvajería: adquirió un cierto tonillo irónico, semejante al de sus compañeros de club. Y sobre todo se guardó muy bien de emitir ninguna idea científica ó filosófica, pues por experiencia sabía que esto era lo que no se perdonaba en aquella sociedad. Hasta procuró refrenarse cuando alguno de aquellos jóvenes le inspiraba más simpatía y afecto que los otros. El cariño es en sí ridículo y precisa guardarlo en el fondo del corazón. De otra suerte se exponía á que el mismo objeto de sus expansiones cariñosas le respondiese con alguna cuchufleta como le sucedió más de una vez. Gracias á estas diligencias y á tal aprendizaje que fué para él rudo, logró que se le respetase algo más, que se le mirase como hombre *chic*, suprema felicidad á que no es fácil llegar en esta mísera existencia planetaria.

Cuando Cobo hubo realizado varios de aquellos viajes de un coche á otro, que no dejaban de ser peligrosos por la velocidad del tren, Lola Madariaga, fijando una mirada burlona, primero en Clementina, luego en Alcázar, dijo á éste:

—Alcázar, ¿se atreve usted á ir á pedir á la condesa de Cotorraso su frasco de sales? Me siento un poco mareada.

Raimundo era, como ya sabemos, un chico débil, que no había tenido la educación gimnástica de los jóvenes aristócratas, sus amigos. Aquel viajecito por el estribo, con la marcha rapidísima del tren, que para ellos era cosa baladí, para él, que sentía vértigos al atravesar un puente ó subir á una torre, era realmente peligrosísimo. Así lo comprendió y vaciló un instante, pero la honrilla le hizo responder:

—Voy al momento, señora.

Y se dispuso á dar cumplimiento al encargo. Pero Clementina, que había fruncido el entrecejo al oir la exigencia de su amiga, le detuvo exclamando con energía:

—¡No vaya usted, Alcázar! Ya se lo encargaremos á Cobo cuando vuelva.

El joven vaciló todavía con la mano en la portezuela; pero Clementina repitió aún con más fuerza, y ruborizándose:

—No vaya usted. No vaya usted.

Raimundo manifestó sonriendo á Lola:

—Perdone usted, señora. Hoy no puedo ser lacayo sino de Clementina. Otro día tendré el honor de serlo de usted.

Ni la carcajada de Lola, ni la sonrisa burlona de las otras damas consiguieron extinguir la emoción gratísima que el vivo interés de su amada le hizo experimentar.

Ramoncito Maldonado se hallaba en el otro coche acompañando á Esperancita, á su madre y á otras damas y damiselas á quienes tenía el decidido propósito de encantar con su plática. Les contaba, esforzándose en dar á su palabra un giro parlamentario, ciertos curiosos incidentes de las últimas sesiones del Ayuntamiento. Manejaba ya perfectamente todos los lugares comunes de la oratoria municipal y conocía hasta lo más profundo el tecnicismo reglamentario. Hablaba de *orden del día*, *votos de confianza*, *particulares*, *nominales*, *secretos*, *proposiciones incidentales*, *previas*, *y de no ha lugar á deliberar*, *interpelaciones*, *preguntas*, etc., etc., como si fuese el inventor de este aparato maravilloso del ingenio humano. Conocía ya las Ordenanzas municipales como si las hubiese parido. Trataba las cues-

tiones de aforos, rasantes, alcantarillado, decomisos, etc., etc., que daba gloria oirlo. Finalmente, como hombre desmedidamente ambicioso que era, se había metido en una conjuración contra el alcalde, de la cual pensaba sacar su nombramiento de individuo de la comisión de paseos públicos. Hacía ya tiempo que sostenía una lucha sorda, pero terrible, con Pérez, otro concejal no menos ambicioso, para obtener este puesto, en el cual sus grandes dotes de innovador podrían brillar espléndidamente. El Retiro, Recoletos, la Castellana, el Campo del Moro esperaban un redentor que les diese nueva y deslumbrante vida, y este redentor no podía ser otro que Maldonado. En el fondo de su cerebro, entre otros mil proyectos portentosos, había uno audacísimo que no se atrevía á comunicar á nadie, pero que incubaba con particular cariño, resuelto á luchar por él hasta el fin de sus días. Este proyecto era nada menos que el de trasladar la fuente de Apolo del Prado al centro de la Puerta del Sol. ¡Y que un mercachifle indigno como Pérez, de criterio estrecho, sin gusto y sin estética, se atreviese á disputarle el puesto!

Cuando más embebido estaba, dando cuenta de la habilísima intriga que habían urdido para dar un voto de censura al alcalde, Cobo ¡su eterno estripacuentos! acercóse al grupo, y después de escuchar un momento, le atajó diciendo:

—Vaya, Ramón, no te des tono. Ya sabemos que en el Ayuntamiento no representas nada. González te lleva por las narices adonde le da la gana.

Fué aquél un golge rudo para Maldonado. Considérese que estaba delante de Esperancita y de otra porción de señoras y señoritas. Tan rudo fué que le aturdió como si le hubiesen dado en la frente con una maza. Se puso lívido, sus labios temblaron antes de poder

articular una palabra. Por fin, dijo con voz alterada:

—¿Á mí González?... ¿Por las narices? ¡Estás loco!... Á mí no me lleva nadie por las narices... y mucho menos González.

Pronunció las últimas palabras con afectado desprecio. Negó á González por la misma razón que San Pedro negó á su Maestro, por el pícaro orgullo. La conciencia le decía que faltaba á la verdad, aunque no cantase el gallo. González era el *leader* de la minoría municipal, y Ramoncito le tenía en el fondo del alma una gran veneración.

—¡Anda, anda! ¡si querrás negarme que González te maneja como un maniquí! ¡Estaríais buenos los disidentes si no fuese por él!

Ramoncito recobró súbito el uso de la palabra, y tan plenamente que pronunció más de mil en pocos minutos, con ímpetu feroz, soltando espumarajos de cólera. Rechazó como debía aquella absurda especie del maniquí y explicó cumplidamente la significación que González tenía dentro del municipio y la posición que él mismo ocupaba. Pero lo hizo con tal exaltación y ademanes tan descompuestos que las damas le contemplaban sorprendidas y risueñas.

—¡Pero este Ramoncito qué genio tiene!... ¡Quién lo diría!... Vamos, Cobo, no le maree usted más, que puede ponerse malo.

La compasión de las señoras le llegó al alma al enfurecido concejal. Callóse de pronto, y crujiendo los dientes de un modo lamentable, se encerró lo menos por una hora en un silencio digno y temeroso.

En una estación secundaria, en medio de campos yermos y dilatados que formaban, como el mar, horizonte, se detuvo el tren para que los viajeros pudiesen almorzar. Los criados del duque, enviados delante, lo

tenían todo preparado á este fin. Ramoncito se convirtió en caballero *servant* de Esperancita. Esta se dejaba obsequiar con semblante benévolo, lo cual le tenía medio loco de alegría. La razón de esta condescendencia era que Pepe Castro no había venido por mandato expreso de su tía la marquesa de Alcudia. Las negociaciones matrimoniales, llevadas con gran sigilo, exigían cada vez más prudencia. Como Maldonado era tan íntimo amigo del dueño de su corazón, Esperancita sentía cierto deleite teniéndole á su lado. Al mismo tiempo evitaba que le fuesen llevando cuentos sobre si hablaba con el conde de Agreda ó con Cobo. ¡Pobre Ramón! ¡Cuán ajeno estaba de estas complicadas psicologías!

Montaron de nuevo en el tren. Siguieron caminando al través de llanuras interminables, amarillentas, sin que á ninguno se le ocurriese enderezar hacia el paisaje los magníficos gemelos ingleses. Y llegaron á Riosa poco antes del oscurecer. Las minas de Riosa están situadas en el centro de dos cumbres poco elevadas, estribaciones de una famosa sierra. Rodéanlas por todas partes terrenos ásperos, lomas y colinas de escasa elevación, donde abundan, no obstante, las quebraduras y asperezas que le dan aspecto triste y siniestro. Entre aquellas dos cumbres hay una villa edificada desde la más remota antigüedad. Nuestros viajeros no llegaron á ella. Detuviéronse dos kilómetros más atrás, en un burgo denominado Villalegre, donde los ingenieros y empleados habian situado su domicilio para sustraerse á las emanaciones mercuriales y sulfurosas que envenenan lentamente, no sólo á los mineros, sino á los vecinos de Riosa. Se hallaba separado de ésta por una colina y ofrece, con la villa de las minas, notable contraste. Riega sus terrenos un riachuelo y lo fecunda y lo convierte en ameno jardín, donde crecen en abun-

dancia los lirios silvestres, el jazmín y el heliotropo y sobre todo las rosas de Alejandría, que han tomado allí carta de naturaleza como en ninguna otra región de España. Los aromas penetrantes del tomillo y del hinojo embalsaman y purifican el ambiente. Lo mejor y más florido de estos terrenos pertenecía á la Compañía. Separada de la aldea como unos trescientos pasos y en el centro de un parque se levanta soberbia fábrica de piedra. Es la habitación del director y el centro administrativo de las minas. No lejos, diseminados á uno y otro lado, hay unos cuantos pabelloncitos con su jardín enverjado. Moran allí algunos empleados de la administración y algunos facultativos, aunque los más de éstos tienen su domicilio en Riosa.

Villalegre no tiene estación. El tren se detuvo cerca de la carretera que va á la capital de la provincia. Allí les esperaban algunos coches que los condujeron en diez minutos al palacio de la Dirección. Á la puerta del parque y en las inmediaciones había una muchedumbre que saludó á la comitiva con vivas apagados. Eran los obreros, los que no estaban de tarea, á quienes el director había hecho venir desde Riosa con tal objeto. Todos ellos tenían la tez pálida, terrosa, los ojos mortecinos: en sus movimientos podía observarse, aun sin aproximarse mucho, cierta indecisión que de cerca se convertía en temblor. La brillante comitiva llegó á tocar aquella legión de fantasmas (porque tales parecían á la luz moribunda de la tarde). Los ojos de las hermosas y de los elegantes se encontraron con los de los mineros, y si hemos de ser verídicos, diremos que de aquel choque no brotó una chispa de simpatía. Detrás de la sonrisa forzada y triste de los trabajadores, un hombre observador podía leer bien claro la hostilidad. El cortejo de Salabert atravesó en silencio por medio de ellos, con

visible malestar, los rostros serios, y con cierta expresión de temor. Las damas se apretaron instintivamente contra los caballeros. Al entrar en el parque murmuraron algunas: «¡Dios mío, qué caras!» Ellos respiraron con satisfacción al verse libres de aquellas miradas profundas y misteriosas. Sólo Rafael Alcántara se atrevió á responder con una chanzoneta:

—Verdad. El pueblo soberano no anda por aquí muy bien de fisonomía.

El director presentó á Salabert los empleados. Los facultativos eran casi todos extranjeros, tipos rubios y sonrosados que nada ofrecían de particular. Menos aún los administrativos. El único que llamaba un poco la atención entre ellos era un joven delgado y pálido, con fino bigote negro, cuyos ojos negros y duros se fijaban con tal decisión en los convidados que rayaba en insolencia. Sin saber por qué, los que cambiaban con él una mirada se sentían molestos y separaban prontamente la vista. El director lo presentó como el médico de las minas.

Los invitados tenían sus habitaciones preparadas, unos en el edificio de la dirección (los de más cuenta, por lo que pudo verse), otros en los pabelloncitos adyacentes. Cuando hubieron reposado un instante, todos se trasladaron al gran salón del director, y desde allí, en procesión solemne, las damas cogidas del brazo de los caballeros, á la vasta sala de oficinas que se había habilitado para comedor. Fué una comida espléndida la que el duque les ofreció. No se echó menos ninguno de los refinamientos de los comedores aristocráticos, ni en el lujo de la vajilla, ni en el aderezo de los platos, ni en la corrección del servicio. Mientras comían, el vasto parque se iluminó á la veneciana. Al levantarse de la mesa todos corrieron á admirar desde los balcones el

golpe de vista, que era magnífico, deslumbrador. Una orquesta, oculta en uno de los grandes cenadores, tocaba con brío aires nacionales. Lo mismo damas que caballeros, empujados por el calor que era sofocante, atraídos también por la belleza del espectáculo, salieron de casa y se diseminaron por los jardines Los pollos consiguieron llevar á algunas muchachas hasta las inmediaciones del cenador, donde estaba la orquesta, y se pusieron á bailar. Cobo Ramírez, acercándose al grupo, les gritó:

—¿Sabéis lo que parecéis, chicos? Viajantes de comercio en el soto de *Migascalientes*.

Este parecido debió de llegarles á lo más vivo del alma. El baile perdió su encanto para aquellos jóvenes ilustres, y no tardó en extinguirse. Pero como la inspiración de Terpsícore ardía en sus corazones, tomaron el acuerdo de trasladarse al salón y allí continuaron rindiéndole culto, libre la conciencia de aquel horrible peso que Cobo les había echado.

La fiesta nocturna no dejó de ser grata. Hubo muy lindos fuegos de artificio traídos de Madrid. Las damas y los caballeros discurrían por los caminos enarenados aspirando con delicia el fresco de la noche, embalsamado por los aromas de las flores. Sólo había un punto negro en aquella deliciosa velada. Al aproximarse á la verja vislumbraban á la muchedumbre de obreros, mujeres y niños que habían acudido de Riosa al ruido de la fiesta. Eran los mismos rostros pálidos, los ojos tristes, sombríos, que les habían saeteado al entrar. Así que, procuraban no llegar hasta las lindes, mantenerse en los caminos y glorietas del centro. Sólo Lola Madariaga, que se enorgullecía de ser muy caritativa y era presidenta, secretaria y tesorera de tres sociedades de beneficencia respectivamente, fué la única que se aven-

turó á hablar con ellos y aun esparció algunas monedas de plata. Pero de la oscuridad partieron al cabo frases obscenas, algunos insultos que la obligaron á retirarse. El conde de Cotorraso montó en cólera al saberlo:

—¡Y piden libertades y derechos para estos beduínos! Que los hagan honrados, agradecidos, decentes... y luego hablaremos.

Por la misma ley de afinidad electiva de que hemos hablado más arriba, Raimundo se encontró paseando con un personaje que se despegaba un poco del resto de aquella sociedad. Era un caballero de cincuenta á sesenta años, bajo, delgado, con bigote y perilla canosos, ojos saltones y distraídos, resguardados por gafas. Llamábase D. Juan Peñalver. Era catedrático de Filosofía en la Universidad y había sido ministro. Gozaba fama de sabio, con justicia, y de una respetabilidad que pocos habían alcanzado en España. Por esta razón los jóvenes salvajes le miraban con hostilidad y afectaban tratarle con cierta familiaridad desdeñosa. Es evidente que no hay nada que moleste tanto á los salvajes como la Filosofía. Luego la superioridad intelectual, la gloria que rodeaba á Peñalver hería su orgullo. El no advertía este desdén. Tenía un carácter jovial, afectuoso, y sobre todo muy distraído. Era incapaz de fijarse en los diversos matices del trato social, que apenas cultivaba desde que se había retirado de la política para consagrarse exclusivamente á la ciencia. Había formado parte de aquella excursión por complacer á su cuñado Escosura, que poseía un número considerable de acciones en la mina. Últimamente se había consagrado con ardor al estudio de las ciencias naturales, de donde partían los tiros más certeros contra la metafísica idealista á que él había consagrado su vida. Al tropezarse ca-

sualmente con un joven tan entendido en ellas como Raimundo, sintió un verdadero placer. Aquella sociedad le aburría espantosamente. Tomóle del brazo, y sin reparar en si le molestaba ó no, se puso á charlar animadamente de Fisiología.

Raimundo se hallaba en un momento de tristeza y desmayo. Hacía tiempo que observaba que Escosura tenía proyectos amorosos respecto á Clementina. La festejaba con todo descaro donde quiera que la veía, afectando desconocer sus relaciones, sin reparar siquiera en él. Este Escosura era física y moralmente lo contrario de su cuñado Peñalver. Alto y corpulento, de pecho levantado y facciones pronunciadas, rico, hombre de cuenta en la política, orador fogoso, de una voz tan sonora y descomunal que, según sus enemigos, á ella debía la mayor parte de sus éxitos parlamentarios. Tendría unos cuarenta años. No había sido aún ministro, pero se contaba que lo fuese en plazo muy breve. Clementina había rechazado repetidas veces sus instancias. Raimundo lo sabía y estaba orgulloso de este triunfo. Sin embargo, no podía arrancar de sí cierta inquietud cada vez que le veía hablando con ella como en este momento. Estaban sentados en una de las glorietas con otras varias personas y charlaban animadamente y aparte. Cada vez que pasaba por delante de ellos con Peñalver, su corazón se encogía: apenas entendía ni escuchaba siquiera las sabias disquisiciones que su ilustre compañero le iba vertiendo en el oído. Clementina comprendió por sus miradas angustiosas lo que estaba sufriendo, y después de aguardar malignamente un rato (que en esto todas son iguales), se levantó al cabo y vino hacia ellos sonriente:

—¿Qué conspiran los sabios?

—Hágamelo usted bueno —respondió con sonrisa mo-

desta el joven.—Aquí no hay más sabio que el señor.

—Pues el señor se va á poner cátedra á la condesa de Cotorraso, que desea hablar con él, y usted se viene conmigo á ver una catedral gótica que el pirotécnico va á quemar ahora mismo—dijo colgándose con desenfado del brazo de su amante.

Alcázar se sintió feliz. No quiso informarla de la pena que había sentido hacía un momento, porque otras veces que lo hizo padeció doblemente: Clementina le respondía en un tono ligero y burlón que le hería en lo vivo del pecho. Contemplaron la maravillosa catedral de fuego hasta que se extinguió. La dulce presión del brazo de la hermosa, aquel suave perfume, siempre el mismo, que exhalaba de su gentil persona, enajenaban al joven entómologo, ya predispuesto á enternecerse por la prueba de cariño que su amada acababa de darle. Ésta, que le conocía perfectamente, al sentir que le oprimía con más fuerza el brazo, le miró á la cara con fijeza, segura de encontrar lágrimas en sus ojos. En efecto, Raimundo lloraba silenciosamente. Al verse sorprendido sonrió avergonzado.

—¡Siempre tan chiquillo!—exclamó ella riendo y dándole un cariñoso tironcito.—Razón tiene Pepa en decir que pareces una colegiala del Sagrado Corazón. Vamos á pasear, que pueden fijarse en ti.

Dieron una vuelta por las calles más solitarias del jardín. Desde uno de los rincones se veía un trozo de paisaje bastante singular. La luna iluminaba de lleno la crestería de la colina más próxima, la que separaba á Villalegre de Riosa y la hacía aparecer como las ruinas de un castillo. Clementina quiso cerciorarse de la verdad. Salieron por una de las puertas de atrás, despejadas de gente, y se aproximaron lentamente á la colina. Ésta en la cumbre se hallaba desnuda de vegetación,

erizada en cambio de pedruscos de formas caprichosas que le daban aspecto de un montón de ruinas. Necesitábase estar muy cerca de ella para no equivocarse. Cuando la dama hubo satisfecho su capricho, dieron la vuelta al parque para entrar por la puerta contraria. Por aquella parte ya se veían algunos grupos de personas. Antes de llegar á la verja, en un rincón del camino oscurecido por la sombra de algunos árboles, los pies de Clementina tropezaron con un objeto que por poco la hace caer. Dió un grito: se le figuró que el obstáculo era el de un cuerpo humano. Raimundo sacó un fósforo, y en efecto, reconocieron que era un chico de diez á doce años el que allí estaba tirado. Pusiéronle en pie. El muchacho abrió los ojos y los miró con espanto. Luego, como por súbita inspiración, se apoderó del bastón que Alcázar traía en la mano y comenzó á moverlo cadenciosamente á un lado y á otro como si desempeñase una tarea difícil. Clementina y su amante le contemplaban llenos de asombro sin poder darse cuenta de lo que aquello significaba. Algunos obreros se acercaron. Uno soltó la carcajada exclamando:

—¡Si es uno de los chicos de la bomba! ¡Dale, dale, niño, que está duro!

Los otros también soltaron á reir brutalmente y comenzaron á animar al pobrecito sonámbulo.

—¡Duro, duro!... ¡Anda con ello!... ¡Más fuerte, chico, que no sube el agua!

El desdichado niño, con las voces, redoblaba sus esfuerzos imaginarios moviéndose cada vez con mayor velocidad. Era una criatura enteca, de rostro pálido: con el sueño estaba desencajado. Sus cabellos negros revueltos, erizados, le daban aspecto de aparecido. La alegría salvaje de los obreros ante aquel cuadro lastimoso produjo penosa impresión en Raimundo. Cogió

al niño entre los brazos, lo sacudió un poco hasta que logró hacerle despertar, le besó en la frente con afecto, y sacando un duro del bolsillo se lo entregó, alejándose después con Clementina. Cesó la algazara de los obreros. Uno dijo con tonillo de envidia:

—¡Anda, que hoy poco trabajo te ha costado ganarte el jornal!

Á la una de la noche los convidados de Salabert se retiraron á descansar. Estaba en el programa que á las nueve de la mañana se reuniesen todos en el salón para ir desde allí á visitar los trabajos y la mina. Y se cumplió, no estrictamente, porque en España esto no puede suceder, pero sí con una hora de diferencia. Á las diez salió la comitiva, bastante mermada por supuesto, en coche para Riosa. Apeáronse á la entrada de la villa y la atravesaron por el medio, produciendo, como es consiguiente, no poca turbación en ella. Las mujeres salían á las puertas y ventanas contemplando con ansia y curiosidad aquel brillante cortejo de damas y caballeros ataviados con trajes que no habían visto en su vida. Lo mismo que sus esposos, hijos y hermanos, el color de aquellas mujeres era pálido, enfermizo, sus facciones menudas, su mirada lánguida, sus manos y sus pies pequeños. Al pasar vieron también algunos hombres atacados de fuerte temblor.

—¿Qué es eso? ¿Por qué tiemblan así esos hombres?— preguntó asustada Esperancita.

—Son *modorros* — le respondió un empleado.

—¿Y qué son modorros?

—Los que enferman por trabajar en la mina.

—¿Y enferman muchos?

—Todos — dijo el médico que había oído la pregunta. — El temblor mercurial ataca á cuantos bajan á la mina.

—¿Y por qué bajan?—preguntó cándidamente la niña.

—Por manía — repuso el médico sonriendo. — Yo creo que vale mucho más respirar el aire fresco, que no el de allá abajo.

—¡Claro! Yo sería cualquier cosa antes que minero.

Desembocaron al fin en una plaza ó plazoleta, en el centro de la cual trabajaban algunos obreros levantando un artístico pedestal de mármol.

—Es el pedestal para la estatua del señor duque — dijo el director de las minas en voz alta.

—¡Ah! ¿Conque van á colocar ahí su estatua, duque? — exclamaron unos cuantos rodeando al prócer.

Éste se encogió de hombros haciendo un gesto de desprecío.

—No sé. Es una payasada que se le ha ocurrido al casino de los mineros.

—¡Oh, no, señor duque! — exclamó el director, á quien realmente correspondía la iniciativa, aunque por encargo de Llera sugestionado á su vez por el duque. — ¡Oh, no! El pueblo de Riosa quiere dar una prueba de respeto y gratitud á su decidido protector, al que en circunstancias críticas no ha vacilado en exponer un enorme capital comprando este desacreditado establecimiento y salvándolo de la ruina.

—¡Qué hermoso es hacer bien! — exclamó Lola Madariaga con voz conmovida, posando en Salabert con admiración sus dulcísimos ojos.

Todos le felicitaron, aunque muchos de ellos sabían á qué atenerse respecto á aquel admirable desprendimiento. Examinaron un momento las obras y siguieron después su marcha hacia el establecimiento minero.

Este se halla situado á la salida misma de la villa. Al exterior ofrecía el aspecto de una pequeña fabricación con algunas chimeneas que despedían humo negro.

No daba idea de su importancia colosal. La comitiva entró y recorrió los cercos donde se ejecutan los trabajos auxiliares de la minería, donde se hallan además la mayor parte de las dependencias, carpintería, cerrajería, sala y gabinete de los ingenieros, etc. Lo que les llamó vivamente la atención fué el aspecto triste, enfermizo, de los operarios. Todos estaban marcados con un sello de decrepitud, que obligó á la condesa de Cotorraso á decir de pronto:

—Aquí, al parecer, no trabajan más que los viejos.

El director sonrió.

—Parecen viejos; pero no lo son, señora.

—¡Pero si todos tienen la piel arrugada, los ojos hundidos y apagados!...

—No importa; ninguno de ellos llega á cuarenta años. Los que trabajan aquí son mineros que ya no pueden bajar. Los empleamos en el exterior, aunque con menos sueldo.

—¿Y se necesita estar mucho tiempo en la mina para ponerse así?—preguntó Ramoncito.

—Poco, poco—murmuró el director; y añadió después: —Ahí donde ustedes les ven, todavía se me escapan al menor descuido á la mina... ¡El jornal de fuera es tan pequeño!

—¿Cuánto ganan?

—Una peseta... El máximum una cincuenta.

Penetraron en seguida en el cerco de destilación. El duque iba delante con los ingenieros ingleses encargados de proponerle las reformas necesarias para dar impulso al establecimiento. En este cerco se encuentran los hornos y grandes depósitos de cinabrio. Visitaron los almacenes de azogue y el sitio donde se pesa. Todos los operarios temblaban más ó menos y ofrecían las mismas señales de decrepitud.

El director les propuso ir á ver el hospital. Algunos mostraron repugnancia; pero Lola Madariaga, que no perdía ocasión de exhibir sus sentimientos benéficos, rompió la marcha y la siguieron la mayor parte de las señoras y algunos caballeros. Otros se quedaron. El duque prescindió por un rato de sus convidados, escuchando atentamente á los ingenieros, que le iban apuntando lo que pensaban acerca del negocio.

El hospital de mineros estaba fuera de los cercos, muy próximo al cementerio, sin duda para que los enfermos se fuesen acostumbrando á la idea de la muerte y también para que si no fuesen poderosos á matarles los vapores mercuriales, les secundasen en la tarea las dulces emanaciones cadavéricas. Era un caserón viejo, agrietado, húmedo y sombrío. Las damas no retrocedieron, al poner las delicadas plantas en él, de vergüenza. El médico, que se había encargado de mostrarlo, las introdujo en las salas, y puso ante su vista el cuadro espantoso de la miseria humana. La mayor parte de los infelices enfermos estaban vestidos y sentados, unos sobre las camas, otros en sillas. Sus rostros cadavéricos, desencajados, daban miedo: su cuerpo se estremecía con incesante temblor, cual si estuviesen acometidos de terror pánico. En los semblantes de las damas, sonrosados y frescos, se dibujó el miedo y la angustia. El médico sonrió de aquel modo extraño que lo hacía, mirándolas con sus grandes ojos negros, insolentes.

—No es un cuadro muy agradable, ¿verdad?—les dijo.

—¡Pobrecillos! — exclamaron varias. — ¿Son todos mineros?

—Sí, señoras; la atmósfera viciada por vapores mercuriales, la insuficiencia del aire respirable engendra

fatalmente no sólo los temblores, el hidrargirismo crónico ó agudo, que es lo que más les llamará á ustedes la atención, sino también los catarros pulmonares crónicos, la disentería, la tuberculosis, la estomatitis mercurial y otra porción de enfermedades que concluyen con la existencia del obrero ó le dejan inútil para el trabajo á los pocas años de bajar á la mina.

—¡Pobrecillos! ¡pobrecillos!—repetían las damas pasando revista con sus ojos aterrados á aquellas fisonomías tristes y demacradas que se volvían hacia ellas sin expresión alguna, ni siquiera de curiosidad.

—¿Y no habría medio de remediar estos efectos tan desastrosos?—preguntó Clementina con arranque.

—De remediarlos en absoluto, no; pero de aliviarlos bastante, sí—repuso el joven clavando en ella su mirada penetrante.—Si los mineros trabajasen tan sólo dos ó tres días á la semana y ésos pocas horas; si se les hiciese vivir alejados del establecimiento minero, en Villalegre por ejemplo; si se prohibiesen estos trabajos á los niños menores de diez y seis años; si se cambiasen la ropa inmediatamente que salen de la mina; y sobre todo si se alimentasen bien, pienso que los estragos del mercurio disminuirían notablemente. Hoy, para alimentarse malamente, necesitán bajar á la mina todos los días y permanecer allí un número considerable de horas. Á los cuatro ó seis años se inutilizan. Hay que sacarlos al exterior, y entonces el jornal es tan exiguo que ni patatas con agua y sal pueden comer: de modo que en vez de curar empeoran. El único medio para mejorar la condición del minero es disminuir las horas de trabajo y elevar el jornal... Pero entonces—añadió bajando un poco la voz y sonriendo frente á Clementina,—la mina de Riosa no sería un negocio para su señor padre.

Á Clementina le hirió aquella sonrisa como una bofetada.

—Ni para usted tampoco—repuso procurando sonreir.—¿No es usted el médico de las minas?

—Sí, señora. Mi negocio consiste en dos mil quinientas pesetas al año y en una mijita de temblor que he logrado en los tres años que aquí llevo.

En efecto, las manos del joven tenían un ligero estremecimiento que se hacía visible cuando se atusaba su fino bigote negro. El grupo de convidados le contempló unos instantes con atención no exenta de hostilidad. Adivinaban en él un enemigo. La seguridad familiar que tenía para hablarles les molestaba. Pagóles él con otra mirada de impenetrable expresión y siguió diciendo sin embarazo alguno:

—En otro tiempo los jornales eran un poco mayores; la alimentación era, por lo tanto, más sana y más abundante. Pero desde que los azogues han comenzado á bajar... no sé por qué causa *(aquí bajó la voz y tosió)*, el salario, como es natural, sufrió igualmente una baja considerable. Han llegado al *mínimum*. Con lo que hoy ganan los mineros no se mueren materialmente de hambre en un día ó en un mes; pero al cabo de cuatro ó cinco años, sí. La mayor parte de los que aquí sucumben son víctimas, en realidad, del hambre. Bien alimentados podrían resistir el hidrargirismo. Además, como los salarios son tan insuficientes, se ven precisados á dedicar á sus hijos, cuando apenas tienen ocho ó diez años, á estos trabajos peligrosos (porque todos lo son cuando se anda sobre mercurio). Los niños, por su menor resistencia orgánica, son los que primero se intoxican. Perecen muchos, y los que consiguen salvar, á los veinte años son viejos...

Las damas y los pocos caballeros que con ellas ha-

bían venido, le escuchaban con atención y con pena. Jamás habían visto un cuadro tan espantoso. El trabajo, que es por sí un castigo, aquí se complicaba con el envenenamiento. Y con el corazón enternecido, llenas de buen deseo, proponían medios para aliviar á aquellos desgraciados. Unas pretendían que debía fundarse un buen hospital; otras hablaban de una tienda-asilo donde los obreros encontrasen los alimentos más baratos; otras aspiraban á que se prohibiese trabajar á los niños; otras á que los operarios trabajasen una horita al día nada más.

El médico sacudía la cabeza sonriendo.

—Está muy bien eso: yo lo creo así también... Pero vuelvo á decirles á ustedes que entonces no sería un negocio.

Distribuyeron algunas monedas entre los enfermos, visitaron la capilla, donde dejaron también algún dinero para hacer un traje nuevo al niño Jesús. Al fin abandonaron aquel recinto lóbrego. Al respirar el aire fresco sintieron una alegría que no procuraron disimular. Hablando y riendo fueron á juntarse con el resto de la comitiva.

Los ingenieros explicaban á Salabert un nuevo método de destilación que podía introducirse, con el cual no sólo se elevaría enormemente la producción, sino que podría utilizarse el *vacisco*, ó sea la parte menuda del mineral. Se trataba de unos condensadores formados de cámaras de ladrillos, de paredes delgadas en el primer trozo de recorrido de los humos y de cámaras de madera y cristal en lo restante hasta la chimenea. El horno con ellos podía estar encendido y en marcha constantemente. Escuchábales el duque con atención, tomaba notas, hacía objeciones, procurando ponerse al corriente de aquel negocio, en el cual su fina nariz olfa-

teaba cuantiosas ganancias. Al llegar las damas quiso ser galante; suspendió la plática.

—¿Cómo van mis enfermos, señoras? No han tenido hoy poca suerte—les dijo.

—Mal, duque, mal... El hospital deja mucho que desear...

Y aquellas damas se pusieron todas á lamentarse de las deficiencias que ofrecía el asilo, á pintarlo con negros colores, á proponer reformas en él para dejarlo confortable.

El duque las escuchaba con risueña indiferencia, con la atención un poco burlona que se presta á un niño mimoso.

—Bien, bien; ya arreglaremos eso; pero antes déjenme ustedes poner el negocio en marcha, ¿verdad Regnault?

El ingeniero asintió con la cabeza, sonriendo también con galantería.

Además es necesario, duque, que los operarios trabajen menos horas—dijo la condesa de la Cebal.

—Y que se les aumenten los jornales— manifestó Lola Madariaga.

—Y que se hagan casas para ellos en Villalegre — añadió la marquesa de Fonfría.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! — exclamó el duque soltando una sonora y bárbara carcajada como las de los héroes de la Ilíada. — ¿Y por qué no les hemos de traer á Gayarre y á la Tosti para recrearles por las noches? Deben ser muy aburridas aquí las noches.

Las damas sonrieron avergonzadas.

—Vamos, duque, no bromee usted, que la cosa es seria — dijo la condesa de la Cebal.

—¡Y tan seria, condesa! ¡Como que me ha costado ya quince millones de pesetas! ¿Le parecen á usted poco serios estos millones?

Las señoras le contemplaron con admiración, fascinadas por el caudal enorme que aquel hombre manejaba.

—¿Pero á esos millones no piensa usted sacarles un rédito? — dijo Lola que presumía de entender algo de negocios.

El duque volvió á soltar otra carcajada.

—No, señora, no, ¡qué rédito! Pienso dejarlos aquí para el primero que pase.

Y poniéndose grave de pronto:

—¿Quién diablos les ha metido por la cabeza esas ideas? Crean ustedes, señoras, que lo que hace aquí falta ¡pero mucha falta! es moralidad. Moralicen ustedes al obrero y todos estos estragos que ustedes han visto desaparecerán. Que no beban, que no jueguen, que no malgasten el jornal, y esos efectos del mercurio no serán para ellos funestos... Pero, claro está — añadió volviéndose hacia los caballeros que se habían acercado: — ¿cómo ha de resistir en la mina un cuerpo que en vez de alimento, sea el que sea, tiene dentro un jarro de aguardiente amílico? Estoy convencido de que la mayor parte de las enfermedades que aquí hay son borracheras crónicas. Sepan ustedes, señores, que en Riosa se desconoce por completo el ahorro... ¡el ahorro! sin el cual «no es posible el bienestar ni la prosperidad de un país...»

Esta frase la había oído el duque muchas veces en el Senado. La repitió con énfasis y convencimiento.

—Pero duque, ¿cómo quiere usted que ahorren con una ó dos pesetas de jornal? — se atrevió á apuntar la condesa de la Cebal.

—Perfectamente, condesa. El ahorro es ante todo una idea (*esto lo había oído á un economista amigo suyo*), la idea de separar algo del goce de hoy para evitarse el

dolor de mañana. Dos pesetas para un obrero son lo mismo que dos mil para usted. ¿No puede usted separar algo de las dos mil? Pues ellos pueden de igual modo separar algo de las dos. Considere usted que se trata de quince céntimos, de diez... aunque sean cinco céntimos. La cuestión es ahorrar. algo. El que ahorra algo está salvado.

—¡Oh Dios mío! — exclamó por lo bajo la condesa dando un suspiro. — Lo que yo no comprendo es cómo se puede vivir con dos pesetas, cuanto más ahorrar.

Los ingenieros les invitaron á visitar su sala de estudio y laboratorio. En éste había un magnífico microscopio, que fué lo que les llamó la atención. El médico era quien más lo manejaba por dedicarse con mucha afición á los trabajos de histología. El director le invitó á que mostrase á aquellos señores algunas de sus preparaciones. Vieron una porción de diatomeas: las señoras se entusiasmaron con sus caprichosísimas formas. También vieron el gusano que había concluído con el célebre puente de Milán. No se cansaban de admirarse de que un bicho tan pequeñísimo pudiese demoler una fábrica tan inmensa.

—Calculen ustedes los millones de estos seres que habrán tenido que trabajar en la demolición—dijo un ingeniero.

Quiroga (que así se llamaba el médico) concluyó mostrándoles una gota de agua. Uno por uno todos fueron contemplando el mundo invisible que dentro de ella existe.

—Veo un animal mayor que los otros —manifestó el duque, aplicando con afán uno de sus grandes ojos saltones al agujerito del aparato.

—Observará usted que delante de él todos los demás huyen— dijo el médico.

—Es cierto.

—Ese animal se llama el *rotífero*. Es el tiburón de la gota de agua.

—Aguarde usted un poco... Me parece que ahora se oculta detrás de una cosa así como algas...

—Algas se pueden llamar en efecto. Quizá se ponga ahí para acechar una presa.

—¡Sí, sí! ¡Ahora se arroja sobre otro bicho más pequeño! .. El bicho desapareció; sin duda se lo ha comido.

El duque levantó su rostro, radiante de satisfacción, por haber tenido ocasión de observar aquella tragedia curiosa.

Quiroga fijó en él sus ojos atrevidos, y dijo con su eterna sonrisa irónica:

—Es la historia de siempre. En la gota de agua, como en el mar, como en todas partes, el pez grande se traga al chico.

La sonrisa del duque se apagó. Dirigió una mirada oblicua al médico, que no apartó la suya fija y misteriosa, y dijo bruscamente:

—Creo, señoras, que deben ustedes ir aburridas de ciencia. Es hora de almorzar.

El gran atractivo de la excursión, el que la había arrancado á casi toda aquella gente de sus palacios para trasladarla á región tan áspera y triste, era un proyectado almuerzo en el fondo de la mina. Cuando Clementina lo anunció á los tertulios en uno de sus tresillos, hubo una verdadera explosión de entusiasmo.—«¡Qué cosa tan original!... ¡Qué extraño!... ¡Qué hermoso!» Las damas, sobre todo, mostraban deseo tan vivo, que bien parecía antojo. Á una indicación del duque, todas se proveyeron de magníficos impermeables y botinas altas, pues la mina destilaba agua por muchos

sitios y formaba charcos. Sin embargo, la noche anterior, ante la proximidad del suceso, muchas, atemorizadas, habían desistido. El duque se vió precisado á dar órdenes para que se sirviese almuerzo en la dirección y en la mina. Las valientes que persistían en bajar, no pasaban de ocho ó diez.

Toda la comitiva se dirigió á una de las bocas de la mina llamada «Pozo de San Jenaro.» Cerca de este pozo hay un edificio destinado á la inspección y al peso, donde las damas y los caballeros cambiaron de calzado y se pusieron los impermeables. Al verlos de aquel modo ataviados, un estremecimiento de anhelo y de entusiasmo corrió por el resto de los excursionistas. Acometidas súbito de una ráfaga de valor, casi todas las damas declararon que estaban dispuestas á bajar con sus compañeras. Fué necesario enviar inmediatamente á Villalegre por los impermeables.

La jaula, movida por vapor, estaba preparada para recibir á los ilustres expedicionarios. Constaba de dos pisos, en cada uno de los cuales cabían ocho personas en pie. Se la había tapizado con franela y se le habían añadido algunas argollas de bronce para sujetarse. Acomodáronse en ella el director, el duque y las damas valientes que no habían vacilado nunca, para bajar los primeros. Dióse orden al maquinista para que el descenso fuese lento. La jaula se estremeció subiendo y bajando algunos centímetros con rapidez. De pronto se sumergió de golpe en el agujero. Las señoras ahogaron un grito y quedaron mudas y pálidas. Las paredes del agujero eran sombrías, desiguales y destilaban agua. En cada departamento de la jaula un minero sujetaba, con su mano trémula de modorro, una lámpara. Todos, menos el director y los mineros avezados á subir y bajar, sentían cierta ansiedad en el estómago.

Un vago terror les imposibilitaba de hablar y les crispaba las manos con que se agarraban á las argollas.

—El primer piso—dijo el director al pasar por delante de una abertura negra.

Nadie hizo observación alguna. Aquella suspensión en el abismo, en lo desconocido, paralizaba su lengua y hasta su pensamiento.

—El segundo piso—volvió á decir el director al cruzar rápidamente otro agujero negro.

Y así fué dando cuenta de todos hasta llegar al noveno. Allí percibieron ruido de voces y vieron iluminada la abertura.

—Aquí es donde vamos á almorzar. Antes visitaremos el onceno para ver los trabajos.

Después de pasar el décimo, gritó con toda su fuerza:

—¿Están echados los taquetes?

Se oyó una voz lejana en el fondo que decía:

—No.

—¡Echarlos ahora mismo!—gritó el director agitado.

—¡No puede ser!—respondieron de abajo.

—¡Cómo! ¡Cómo!... ¡Esos taquetes! ¡Echar esos taquetes!

Y con las mejillas inflamadas, agitado, convulso, gritaba como un energúmeno mientras la jaula descendía lentamente.

Un frio glacial penetró en el corazón de todos. En el compartimiento de arriba algunas damas lanzaban chillidos penetrantes. Las de abajo gritaban también y se cogían con fuerza al brazo de los caballeros. Algunas se desmayaron. Fué un momento de angustia indescriptible. Creían llegado el fin de su vida.

Y el director no cesaba de gritar;

—¡Esos taquetes! ¡Esos taquetes!

Y las voces de abajo se oían cada vez menos distantes:

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

Cuando ya se creían rodando por el abismo, la jaula se detuvo tranquilamente. Oyeron unas frescas carcajadas y sus ojos espantados miraron, á la trémula luz de los candiles, un grupo de mineros cuyos rostros risueños cambiaron repentinamente de expresión reflejando el temor y el asombro.

—¿Qué es eso? ¿Qué broma es ésta?—exclamó el director saltando furioso de la jaula y dirigiéndose á ellos.

Los obreros se despojaron del sombrero respetuosamente. Uno de ellos, sonriendo avergonzado, balbució:

—Perdone usted, señor director... Creímos que eran compañeros y queríamos darles un susto...

—¿No sabíais que bajábamos ahora nosotros?—volvió á decir con irritación.

—Señor director, nosotros pensábamos que se detenían en el noveno, donde han hecho preparativos estos días...

—¡Creíais, creíais!... Pues tened cuidado con creer estupideces.

El duque recobró el uso de la palabra.

—¡Sabéis, hijos míos, que gastáis unas bromas ligeras con vuestros compañeros!... ¡Ponerles la muerte delante de los ojos!

—¡La muerte!—exclamó el minero que había hablado.

—No, señor duque—dijo el director.—Si no echan los taquetes nos hubiéramos bañado hasta la cintura.

—¿Nada más?

—¿Le parece á usted poco meternos en agua sucia?

—Hombre, no era plato de gusto; pero al verle á usted tan agitado y furioso, todos creímos en un peligro de muerte, ¿verdad, señoras?

Las damas se deshacían en exclamaciones, llorando unas, riendo otras. Se prodigaron cuidados á dos que se habían desmayado, refrescándoles las sienes con agua y haciéndoles aspirar el frasco de sales de la condesa de Cotorraso. Volvieron por fin al sentido. Las demás se fueron calmando felicitándose con alegría de haber escapado de aquel espantoso peligro, pues no se resignaban á no haberlo pasado. Todas se proponían conmover á sus amigas de Madrid con el relato de tan horrible aventura. Creíanse ya heroínas de una novela de Julio Verne.

El espectáculo que se ofreció á su vista cuando tuvieron ojos para contemplarlo era grandioso y fantástico. Inmensas galerías embovedadas cruzándose en todas direcciones é iluminadas solamente por la pálida luz de algunos candiles colgados á largos trechos. Y por aquellas galerías discurriendo con tráfago incesante una muchedumbre de obreros, cuyas gigantescas siluetas allá á lo lejos temblaban á la vacilante y tenue luz que reinaba. Oíanse sus gritos unidos al chirrido de las carretillas: parecían presa de un vértigo, como si tuvieran que cumplir su labor misteriosa en plazo brevísimo. Las paredes de algunas galerías, tapizadas con los cristales del mercurio, que en muchos puntos se presenta nativo, brillaban cual si fuesen de plata. Escuchábanse detrás de aquellas paredes golpes sordos, acompasados. Por ciertas aberturas que de trecho en trecho tenían, caminando algunos pasos en la oscuridad, veíase al fin una cueva iluminada, donde cuatro ó seis hombres desgreñados y pálidos agujereaban el mineral con barrenos. Á poco que se reposasen, observábase en sus miembros el temblor característico del mercurio.

Creíase uno transportado al hogar mismo de los

gnomos, al centro de sus trabajos profundos y misteriosos. El hombre roía aquella tierra con esfuerzo incesante como un topo, llenándola de agujeros. Pero al morderla se envenenaba. Sin ayuda de gato, los dioses se desembarazaban perfectamente del ratón humano.

Lola Madariaga dió un grito penetrante que hizo volver la cabeza á todos. Luego soltó una carcajada. Un hilito de agua que caia del techo se le había introducido por el cuello. Hizo reir el suceso, pero sin espontaneidad. En el fondo, todos experimentaban un vago temor, cierta ansiedad que trataban de ocultarse. La jaula trajo de la superficie otro montón de gente. La tercera vez llegó casi vacía. El resto de la comitiva había optado por quedarse en el noveno piso: el trabajo de los mineros no les interesaba. Los que habían descendido hasta allí también sentían vivos deseos de encontrarse en paraje más cómodo. Preguntaban á cada instante al director si aquello estaba seguro; si no había casos de hundimientos.

—¡Oh, no!—decía el director sonriendo.—Los hundimientos son de las minas particulares. Esta perteneció al Estado, y todo se hace con lujo de seguridad.

—En ciertas minas donde yo he estado—apuntó un ingeniero,—tenía que ir una cuadrilla detrás de los mineros para desenterrarlos.

—¡Qué horror!—exclamaron á una voz todas las damas.

Acomodáronse al fin de nuevo en la jaula, y subieron al noveno piso. Aquí la decoración era distinta. En este piso no se trabajaba hacía tiempo. Habíase tomado en la galería más ancha un trozo; se había cerrado, tillado y luego alfombrado. De suerte que parecía el salón de un palacio. El techo y las paredes estaban tapizados con tela impermeable, adornados con trofeos de

minería. Veíase una mesa espléndida en medio de él para cincuenta ó más cubiertos. Estaba profusamente iluminado por medio de grandes arañas con centenares de bujías. Se habían prodigado, en suma, todos los refinamientos del lujo y la elegancia en aquel recinto. De tal modo, que una vez dentro de él costaba trabajo representarse que se estaba en el fondo de una mina, á trescientos metros de la superficie.

Los convidados se sentaron en medio de una agitación entre placentera y angustiosa, que se revelaba en sus caras risueñas y pálidas á la vez. Los criados, correctamente vestidos, ocupaban sus puestos, como si se hallasen en el palacio de Requena. Al empezar el servicio del primer plato, la orquesta, que estaba oculta en una de las galerías contiguas, empezó á tocar un precioso vals, cuyos sones, amortiguados por la distancia, llegaban dulces y halagüeños. Las damas, con las manos trémulas, los ojos brillantes, murmuraban á cada instante:—«Qué original es todo esto!... ¡Cuánto me alegro de haber venido!... Ha sido un capricho magnífico el de Clementina». Y todas procuraban encontrar el equilibrio de espíritu charlando de cosas indiferentes. Mas no lo lograban. La idea de tener encima tanta tierra pesaba sobre su pensamiento y lo turbaba. Con algunos hombres pasaba lo mismo. Otros estaban perfectamente serenos. Entre éstos, el que menos pensaba en su situación corporal era, sin duda, Raimundo, absorto por completo en la que ocupaba moralmente. Clementina, á despecho de su amor y de sus promesas, no dejaba de coquetear con Escosura. Estaban sentados en dos sillas contiguas, frente al asiento que él ocupaba. Veíalos charlar animadamente, reir á cada momento: veíale á él rendido, obsequioso, prodigándola mil atenciones galantes; á ella complacida, risueña,

aceptando con gratitud sus finezas. Y aunque de vez en cuando le clavaba una larga mirada amorosa para indemnizarle, Raimundo la consideraba como una limosna, el mendrugo que se arroja á un pobre para que no se muera de hambre. ¡Qué le importaba á él en aquel instante hallarse en la superficie ó en el centro de la tierra, ni aun que ésta se hundiese y le aplastase como un insecto!

Otro que tampoco se preocupaba poco ni mucho con la situación geográfica era Ramoncito, aunque por contrario modo. Esperancita estaba con él amabilísima, tal vez porque creyera con ello guardar mejor la ausencia á su prometido Pepe Castro. El concejal, ebrio, loco de alegría, no se apartaba de ella ni un milímetro más de lo que exige la decencia. *Pio, feliz, triunfador*, dirígía de vez en cuando al concurso vagas miradas de piedad y condescendencia. Y cuando sus ojos tropezaban con la faz rentística de Calderón, se enternecía visiblemente y le costaba ya trabajo no llamarle papá.

Á medida que el almuerzo avanzaba, la tierra pesaba menos sobre ellos. Los ricos vinos enardecían su sangre, la charla los animaba. Todo el mundo se olvidaba de la mina, creyéndose, como otras veces, en algún comedor aristocrático. Rafael Alcántara se divertía en emborrachar á Peñalver. Animado por la risa de sus compañeros, que le contemplaban, hacía lo posible por burlarse del filósofo, tuteándole en voz alta, guiñando el ojo á sus amigos cada vez que profería una cuchufleta, abusando, en fin, groseramente del carácter benévolo y la inocencia del insigne pensador. Era el encargado de vengar á todos aquellos ilustres *culoteadores* de pipas, de las altas dotes intelectuales que toda España reconocía en Peñalver.

Al llegar los postres levantóse á brindar Escosura. Á

éste le respetaban algo más los salvajes por su corpulencia, por su carácter fogoso y sobre todo por su dinero. Presumía de orador tribunicio. Con voz potente y campanuda hizo el panegírico del duque, á quien llamó «genio financiero» unas cuantas veces. Habló del trabajo, del capital, de la producción, pasando en seguida á la política, que era su fuerte. Escosura no vivía hacia tiempo más que para la política. Desde el fondo de aquella galería subterránea dirigió terribles dardos contra el presidente del Consejo de ministros, que no le había dado una cartera en la última crisis. Salabert contestó con palabra estropajosa dando las gracias, echándose por los suelos. Para llegar al puesto que ocupaba no tenía otros méritos que el trabajo y la honradez. (*Murmullos de aprobación.*) La nación, el soberano, al ennoblecerle á él había ennoblecido á un hijo del trabajo. Luchando toda su vida contra infinitos obstáculos había logrado reunir un puñado de oro. Este oro le servía ahora para alimentar á algunos miles de obreros. Era su mayor satisfacción. (*Aplausos.*) Brindaba por las hermosas damas que con tal valentía habían llegado hasta aquel agujero, dejando en él un perfume de caridad y alegría que no se borraría jamás del corazón de los mineros.

En aquel instante, al destaparse algunas botellas de *champagne*, se oyeron en la mina algunas detonaciones estruendosas que hicieron empalidecer á los comensales.

—No hay que asustarse—dijo el director.—Son los barrenos. Ha llegado la hora de darlos.

Momento grandioso é imponente á la verdad. El estrépito de cada uno, centuplicado por los mil ecos y resonancias que las galerías producían, no podía menos de infundir alguna chispa de pavor hasta en el corazón

de los más bravos. Todos guardaron silencio. Por algunos segundos escucharon con recogimiento y ansiedad aquellos ecos formidables que hacían retemblar la tierra. La mesa se estremecía y el cristal de la vajilla y el de las arañas cantaban con agudo repiqueteo.

En tal momento se alzó de su silla el médico de las minas, y después de pasear su negra mirada agresiva por los comensales, alzó una copa y dijo:

—El egregio duque de Requena nos acaba de decir, con una modestia que le honra, que el secreto de su fortuna estaba simplemente en el trabajo y la honradez. Permitidme que lo dude. El señor duque de Requena representa algo más que estas cualidades vulgares; representa la fuerza ¡la fuerza!, único sostén del Universo. Esta fuerza está repartida desigualmente entre los organismos. A unos les ha tocado una parte mayor, á otros menor. Y en esta batalla incesante que sostienen los unos contra los otros perecen los más débiles; se salvan los más aptos y los más fuertes. Adoremos, pues, en nuestro ilustre anfitrión, á la fuerza. Merced á esta fuerza de que la Naturaleza le ha dotado, ha podido someter y aprovechar el esfuerzo particular de millares de hombres que inconscientemente sirven á sus planes. Merced á esta fuerza ha podido reunir su inmenso capital. Al tender la vista por esta distinguida asamblea, observo con júbilo que todos los que la componen han sido dotados también de una buena parte de esta fuerza nativa ó acumulada por la herencia. Por ello les felicito con toda mi alma. Lo esencial en este mundo que habitamos es nacer aptos para la lucha. Para no ser aplastados es menester aplastar. Y yo me felicito, repito, de encontrarme entre los elegidos de los dioses, aquellos que su providencia ha marcado con el sello de la felicidad...

—Oye, chica—dijo Pepa Frías acercando su boca al

oído de Clementina:—esto parece el brindis de Mefistófeles.

Clementina sonrió ligeramente.

En efecto, en el rostro pálido y fino del médico, en sus cabellos negros y revueltos, y sobre todo en sus ojos que, aunque pretendían aparecer inocentes, estaban cargados de ironía, había algo de mefistofélico.

—En todos los tiempos ha existido en una ú otra forma la esclavitud. Ha habido hombres destinados á vivir en el refinamiento de los goces espirituales, en el cultivo de las artes, en el lujo y la elegancia, en los placeres que proporciona el comercio entre personas inteligentes y cultas, y otros hombres también dedicados á proporcionarles los medios necesarios para vivir de tal modo con un trabajo rudo y doloroso. Los parias trabajaban para los bramanes, los ilotas para los espartanos, los esclavos para los romanos, los siervos para los señores feudales. ¿Y hoy no sucede lo mismo? ¿Qué importa que en las leyes esté abolida la esclavitud? Los que trabajan en el fondo de esta mina y absorben el veneno que les mata, si no son esclavos por la ley lo son por el hambre. El resultado es idéntico. Es ley de la naturaleza, y por lo tanto santa y respetable, que para que unos gocen padezcan otros... Vosotras, hermosas señoras, sois las herederas de aquellas ilustres damas romanas que enviaban á estas minas sus esclavos á arrancar el bermellón para embellecer su rostro, y de aquellas otras árabes que lo hacían traer para decorar sus minaretes en los alcázares de Córdoba y Sevilla. Por vosotras brindo, pues, embargada el alma de admiración y respeto, como representantes en la tierra de lo que hay en ella más sublime, el amor, la belleza, la alegría.

El brindis, aunque galante, pareció estrambótico.

Algunos de los más avisados murmuraron. Creció la hostilidad que contra el joven médico existía. Hubo quien dijo por lo bajo que aquel quídam había querido «quedarse con ellos».

Rafael Alcántara tuvo conatos de decirle alguna frase provocativa; pero advirtió en sus ojos que no la soltaría sin proporcionarse un serio disgusto y prefirió quedarse con ella en el cuerpo. Las damas le miraron con más benevolencia. Le encontraban muy original.

De todos modos el brindis produjo cierta penosa impresión que no logró desvanecer Fuentes, aunque soltó el chorro de sus paradojas más graciosas.

—Señoras, yo no brindo—decía á las que tenía cerca,—porque no soy orador. Espero que pronto será esto una distinción honorífica en España; que no tardará en decirse con respeto al pasar un individuo por la calle: «Ese no es orador», como ya se dice: «Ese no tiene la gran cruz de Isabel la Católica...»

Las damas reían y celebraban los chistes. Pero en el fondo, sea por el discurso del médico ó porque la mina volviera á inspirarles temor, sentíase un vago malestar. Todos los ojos brillaron con alegría cuando se anunció que la jaula les esperaba. Los últimos que ascendieron oyeron poco después de comenzar la ascensión un canto lejano que rápidamente se fué aproximando, sonó muy cerca de ellos como si cantaran á su lado y rápidamente también se alejó perdiéndose allá en el fondo sin que hubiesen visto á nadie. Fué de un efecto fantástico. Lo que oyeron era una playera andaluza cuya letra decía:

Río arriba, río arriba,
nunca el agua subirá;
que en el mundo, río abajo,
río abajo todo va.

Un ingeniero manifestó con indiferencia:

—Es una cuadrilla de mineros que baja en la jaula que sirve de contrapeso á ésta.

—¡Lo ve usted, condesa!—exclamó Salabert en tono triunfal dirigiéndose á la condesa de la Cebal.—Cuando tienen humor para cantar, no serán tan desgraciados como usted supone.

La condesa calló un instante, y dijo al cabo sonriendo tristemente:

—La copla no es muy alegre, duque.

Esto se hablaba en el compartimiento superior. En el inferior, Escosura decía con tono desdeñoso al director de las minas:

—¿Sabe usted que ese jovencito médico ha estado bastante imprudente al emitir sus ideas materialistas?

—Materialista no sé si es. Lo que hace gala de ser, y por eso le adoran los operarios, es socialista.

—¡Peor que peor!

—La verdad es—dijo Peñalver dando un suspiro—que del fondo de una mina se sale siempre un poco socialista.

Á las nueve de la noche, después de comer en Villaalegre, partió el tren especial que debía conducirlos á Madrid. Todos volvían muy contentos de la excursión. Esperaban extasiar á sus amigos con el relato del banquete subterráneo. El único que padecía entre ellos era Raimundo. Las alternativas de alegría y dolor por que Clementina le hacía pasar con su coquetería le tenían destrozado el corazón.

Últimamente, viéndole tan triste, tan fatigado, la hermosa había tenido piedad, le había hecho sentar á su lado en el coche, y sin escándalo del concurso (porque estaban curados de espantos) había charlado casi toda

la noche con él y al fin se había dormido dejando caer la cabeza sobre su hombro.

Aunque el tren arrastraba un *sleeping-car*, pocos habían hecho uso de él. La mayor parte prefirió quedarse en los salones de tertulia. Sólo al amanecer, el sueño los fué rindiendo á todos y se quedaron transpuestos en su asiento adoptando posturas caprichosas, algunas de ellas poco estéticas.

Ramoncito Maldonado estaba en el pináculo de su gloria y fortuna. Esperancita, á juzgar por todas las apariencias, le amaba. Encontrábase despegado, por decirlo así, de la tierra, no sólo á causa de la elevación natural de su alma, sino por la voluptuosidad del triunfo. Su faz municipal resplandecía como la de un dios. ¡Atrás para siempre todas las luchas, todos los obstáculos que amargaran su preciosa existencia hasta entonces! Exento para siempre de la servidumbre del dolor, como los inmortales, gozaba sereno, majestuoso, de su apoteosis.

También se había sentado al lado de la amada de su heroico corazón, y la habló durante algunas horas, con dulce sosiego, de las jacas inglesas y de las grandes batallas que á la sazón se libraban en el seno de la corporación municipal, en las cuales él tomaba una parte tan activa. Hasta que, mecida por aquella plática suave, insinuante, la cándida niña quedó dulcemente dormida con la cabeza reclinada en el almohadón.

Ramoncito Maldonado velaba. Velaba y meditaba en su suerte feliz. La aurora divina, escalando las alturas de la sierra lejana, cruzando con vuelo raudo la llanura, levantaba con sus rosados dedos las cortinillas del carruaje y esparcía una tenue y discreta claridad, sin que él hubiese dejado de pensar en su dicha.

Esperancita abrió los ojos y le dirigió una tierna

sonrisa de amor, que hizo vibrar hasta las últimas cuerdas de su alma poética.

La alondra cantó en aquel instante. Entonces, en Ramoncito, el dios se fué separando cada vez más del hombre. Ebrio de amor y felicidad también, cantó en el oído de la niña, con voz temblorosa, una porción de frases incoherentes, hijas de su locura divina. La niña cerró los ojos para escuchar mejor aquella música armoniosa...

Cuando hubo agotado los superlativos del diccionario para pintar su amor, el sublime concejal quiso terminar su obra de seducción desplegando ante la hermosa todas las grandezas que podía proporcionarle, como hizo Satanás con Jesús. «Era hijo único: sus padres tenían ciento diez mil reales de renta: en las próximas elecciones á diputados á Cortes se presentaría candidato por Navalperal, donde tenía familia y hacienda, y saldría con poco que el Gobierno le ayudase: como el partido conservador estaba necesitado de jóvenes de valer, creía que en breve plazo podría ser subsecretario: y ¡quién sabe! acaso más tarde, en una combinación, podría obtener siquiera la cartera de Ultramar...»

La niña escuchaba siempre con los ojos cerrados. Ramoncito, cada vez más inflamado, al terminar esta brillante enumeración se inclinó hacia su adorada y le preguntó en voz baja y conmovida:

—¿Me quieres, preciosa, me quieres?

La niña no contestó.

—¿Me quieres? ¿me quieres?—volvió á preguntar.

Esperancita, sin abrir los ojos, respondió al fin secamente:

—No.

XIV

Una que se va.

Algunas semanas después, la enfermedad de D.ª Carmen se agravó extremadamente. Ya no cabía duda á los médicos de que su fin estaba muy próximo. La postración era absoluta. No le quedaba en el rostro más que la piel y sus grandes ojos tristes y benévolos que se fijaban con extraña intensidad en cuantos se acercaban á ella, cual si tratase de leer en las fisonomías el terrible secreto de su muerte. Con tal motivo asomaban la cabeza mil pasiones sórdidas en el alma de los que más debieran tenerla atribulada. Salabert pensaba con disgusto en la herencia que revertía á su hija. Hizo nuevos esfuerzos para que su esposa revocase el testamento, pero inútilmente. Por primera vez en su vida D.ª Carmen daba señales de gran firmeza de carácter. Aunque incapaz de vengarse había tal vez en su empeño cierto deseo de terminar la existencia con un acto de justicia. Una vida de completa sumisión, sin oponer el más mínimo obs-

táculo á la voluntad de su marido, á sus planes económicos, ni á sus pasiones ilícitas, bien merecía que á la hora de la muerte reivindicase su libertad para satisfacer los impulsos del corazón. Osorio espiaba silenciosamente, con disimulada ansiedad, los progresos de la enfermedad, cuyo desenlace arrastraría consigo á la vez el término de sus apuros. D.ª Carmen se desprendería de su envoltura carnal y él de sus acreedores. La misma Clementina, objeto predilecto de la ternura de la angelical señora, no podía menos de gozar con la perspectiva de tanto millón como iba á caer en sus manos. Procuraba sofocar sus deseos, apagar la impaciencia; mas á despecho suyo un diablo tentador hacía brincar su corazón de gozo cada vez que tal pensamiento le acudía al cerebro.

Con astucia infernal, Salabert hacía lo posible por introducir la desconfianza en el ánimo de su esposa. Unas veces de un modo solapado, otras cínico y brutal, vertía en su alma el veneno de la sospecha. Clementina y Osorio esperaban su muerte como agua de Mayo. ¡Qué desahogados quedarían cuando pagasen todas sus trampas! Y hasta otra: ¡á vivir, á gozar con el dinero de la infeliz señora! Esta permanecía muda, indignada ante las malévolas insinuaciones de su marido. Pero en su alma entristecida y debilitada por la enfermedad, la punta de aquella acerada flecha se revolvía causando vivos dolores que procuraba ocultar. Cada vez que Clementina venía á visitarla, y últimamente lo hacía dos veces cada día, los ojos de su madrastra se fijaban en ella con muda interrogación, procurando leer en los suyos las ideas que le pasaban por el cerebro. Esta atención anhelante embarazaba á la esposa de Osorio, le hacía experimentar una turbación que, aunque leve, no dejaba algunas veces de ser visible.

Á medida que la enfermedad avanzaba, este afán de D.ª Carmen fué aumentando hasta convertirse en manía. Clementina representaba en la soledad moral en que vivía el único lazo de amor que la unía á la tierra. Por lo mismo que su hijastra había sido siempre fría y altanera con todos, menos con ella, jamás había dudado de la sinceridad de su cariño. Estaba con él satisfecha y orgullosa. Le bastaba para compensarle de la indiferencia despreciativa que observaba en cuantos se acercaban á ella. La horrible sospecha que á viva fuerza había penetrado en su corazón lo llenaba de amargura. Un espíritu bondadoso y amante como el suyo necesitaba creer en la bondad y en el amor. Al arrancarle esta última creencia sangraba de dolor.

Una tarde se hallaban juntas y solas. La duquesa, inmóvil en la butaca, con la cabeza echada hacia atrás, escuchaba á su hijastra leer una historia devota, la aparición de la Virgen de la Saleta. Su pensamiento no estaba en el asunto: teníalo agitado, como siempre, por aquella duda fatal que acibaraba aún más que la dolencia corporal sus míseros días. Con la mirada fija y zahorí del que se acerca á la tumba, atravesaba la hermosa frente de Clementina inclinada sobre el libro y deletreaba confusamente allá dentro sin lograr adquirir la certidumbre que ansiaba. Más de una vez, al levantar aquélla la cabeza, se había encontrado con esta mirada opaca y desconsolada: había bajado prontamente la suya, acometida de súbito malestar. En el alma de la enferma había nacido un deseo, un capricho más bien, vivo y abrasador como los que sienten los moribundos. Quería que su hijastra le refrescase con alguna palabra dulce la horrible quemadura que su duda le causaba. Varias veces temblaron sus labios para formular la pregunta. Una vergüenza invencible la detenía.

—Deja el libro, hija mía: estarás fatigada—dijo al cabo. Y su voz salió de la garganta temblorosa como si hubiese pronunciado alguna frase grave.

—Lo estará usted de oir. Yo no: á Dios gracias, tengo sana la garganta.

—Dios te la conserve, hija mía, Dios te la conserve—repuso la señora con acento de ternura mirándola fijamente.

Hubo unos instantes de silencio.

—¿Sabes lo que me han dicho?—se atrevió á pronunciar después. Y su voz salió tan apagada que las últimas sílabas casi no se oyeron.

Clementina, que se disponía á continuar la lectura, levantó la cabeza. Las pocas gotas de sangre que doña Carmen tenía ya en su arruinado cuerpo le subieron de golpe al rostro y lo tiñeron levemente de rojo.

—Me han dicho... que estabas deseando mi muerte.

Á su vez la rica sangre de Clementina acudió atropelladamente á sus mejillas y las encendió con vivos colores. Ambas se miraron un instante confusas. La joven exclamó con energía al fin frunciendo la tersa frente:

—Ya sé quién se lo ha dicho á usted.

Y su sangre, al proferir estas palabras, huyó del rostro nuevamente como una marea de reflujo instantáneo. La de su madrastra también se concentró en su lastimado corazón. Inclinó la blanca y fatigada cabeza, diciendo:

—Si lo sabes, no pronuncies su nombre.

—¿Y por qué no?—exclamó la hijastra enfurecida.—Cuando un padre, sin motivo alguno, sólo por unos miserables ochavos injuria á su hija y martiriza á su mujer, no tiene derecho á que se le quiera ni á que se respete... Lo diré con todas sus letras... ¡Eso es una in-

famia!... Papá es un hombre que no tiene más Dios ni más amor que el dinero. Sabía que el testamento de usted me había enajenado su cariño... (si es que me lo ha tenido alguna vez...)

—¡Oh!

—Sí; lo sabia muy bien. Pero nunca creyera que llegaría á cometer semejante vileza, á calumniarme de ese modo... Á usted le consta que la he querido siempre más que á él... ¡sí, sí, más que á él! no tengo ningún reparo en decirlo... Diré más: yo no he querido de veras á nadie más que á usted y á mis hijos... Si ese testamento es la causa de que usted dude de mi cariño, rómpalo usted... Rómpalo, sí: su tranquilidad y su afecto me importan mucho más que su dinero...

La voz de la dama vibraba de indignación al pronunciar estas palabras. Sus ojos se clavaban en el vacío con dureza, cual si quisieran ver levantarse delante de ella la figura de su padre para pulverizarlo. En aquel momento hablaba con sinceridad.

Los ojos opacos de D.ª Carmen, á medida que hablaba, iban brillando con alegría. Al fin se nublaron de lágrimas, y exclamó:

—¡Te creo, hija mía, te creo!... ¡Ah, no sabes el bien que me haces!

Al mismo tiempo se apoderó de sus manos y las besó con efusión. Clementina dió un grito de vergüenza.

—¡Oh, no, no, mamá!... yo soy quien debo...

Y le echó los brazos al cuello con ternura. Quedaron largo rato abrazadas, llorando silenciosamente. Fué una de las pocas veces en que Clementina lloró de enternecimiento y no de despecho.

Pero en los días siguientes, aunque subsistió vivo en ambas el recuerdo de esta escena tierna, también quedó el del motivo que la había producido. Clementina sen-

tíase avergonzada al presentarse delante de su madrastra. Sus atenciones, sus frases de cariño, eran exageradas unas veces: quería borrar con ellas el pensamiento que claramente leía en los ojos de aquélla. Otras veces, imaginando que podrían servir para que sospechase de su sinceridad, las atajaba de golpe y tomaba una actitud indiferente y fría. De todos modos existía entre ambas una corriente de inquietud que las hacía padecer, por diverso modo, los ratos en que estaban juntas.

D.ª Carmen cayó al fin en la cama para no levantarse. Clementina pasaba allí todo el día. El terrible momento se acercaba. Al fin una madrugada, entre dos y tres, llamaron con alarma en el hotel de Osorio dos criados del duque. La señora agonizaba. Preguntaba por su hija con insistencia. Ésta se levantó del lecho apresuradamente, y á todo el escape de sus caballos voló al palacio de Requena. Osorio la acompañaba. Al entrar en la habitación de la enferma tropezaron con el duque, que les miró con semblante hosco.

—¡Llegáis á tiempo! ¡llegáis á tiempo!—gruñó sordamente. Y se alejó sin decir más.

Clementina creyó notar en estas palabras una intención malévola y se mordió los labios de ira. La tristísima escena que se ofreció á su vista, apenas se aproximó al lecho de D.ª Carmen, consiguió apagar su odio breve instante. La infeliz señora presentaba ya en su rostro los signos de la muerte, la palidez cadavérica, el afilamiento de la nariz, los ojos vidriosos y en torno de ellos un círculo oscuro, amoratado. Á su lado y en pie estaba el sacerdote que la exhortaba á arrepentirse. (¿De qué?) Á los pies del lecho, Marcela, su antigua doncella, lloraba ocultando el rostro con el pañuelo. Otras dos criadas contemplaban de más lejos con rostros asustados, más que doloridos, aquel cuadro las-

timoso. Allá en un rincón el médico de cabecera escribía una receta.

Al divisar á su hija, la duquesa volvió los ojos hacia ella con expresión de ansiedad y extendió una mano para llamarla.

—Acércate, hija mia—dijo con voz bastante clara. Y luego que se acercó tomándole una mano entre las dos suyas amarillas, descarnadas, exclamó mirándola con fijeza terrible á los ojos:

—¡Me muero, hija, me muero! ¿No es verdad que lo sientes?... ¿por lo menos que no te alegras?

—¡Oh, mamá!

—Dí que no te alegras—insistió con ansiedad sin apartar su mirada de los ojos de la joven.

—¡Mamá, por Dios!—exclamó ésta aturdida y aterrada á la vez.

—¡Dí que no te alegras!—repitió con más energía aún levantando á costa de grandes esfuerzos la cabeza, mirándola con dureza.

—¡No, mamá del alma, no! Si pudiera conservar su vida á costa de la mía, le juro á usted que lo haría.

Los grandes ojos opacos de la moribunda se dulcificaron. Volvió á dejar caer la cabeza sobre la almohada, y después de breve silencio dijo con voz apagada y vacilante:

—Serías muy ingrata... sí, muy ingrata... ¡Tu pobre mamá te ha querido tanto!... Dame un beso... No llores... No siento dejar el mundo... Lo que me dolería es que tú, hija de mi corazón... que tú... ¡Qué pensamiento tan terrible! ¡Cuánto me ha hecho sufrir!

El sacerdote se interpuso en aquel momento invitándola á dejar los pensamientos mundanos. La enferma le escuchó con humildad, repitió devotamente las oraciones que le leía en alta voz. El médico y el duque se

acercaron para ponerle un revulsivo; pero observando que comenzaba el estertor, el médico hizo un gesto y cogió por el brazo al duque para sacarlo fuera de la estancia.

D.ª Carmen paseó una mirada extraviada, vidriosa, por todos ellos, y deteniéndola en Clementina le hizo seña otra vez de que se aproximase.

—Adiós, hija mía—dijo sin mirarla, con los ojos fijos en el techo.—Haces bien en alegrarte de mi muerte...

—¡Qué dice, mamá!—exclamó aquélla con un grito de espanto.

—Yo también me alegro... Me alegro de que mi muerte te sirva de algo... Si hubiera podido darte en vida lo que me pertenece... todo te lo hubiera dado... Es triste ¿verdad?... Tener que morir para hacerte feliz... ¡Hubiera gozado tanto viéndote feliz!... Adiós, hija mía, adiós... acuérdate alguna vez de tu pobre mamá...

—¡Madre de mi alma!—gritó la dama cayendo de rodillas deshecha en sollozos.—¡Yo no quiero que muera, no!... He sido muy mala... pero siempre la he querido... y la he respetado...

—No seas tonta—dijo la moribunda haciendo un esfuerzo para sonreir y acariciándole la cabeza con su mano de esqueleto.— Ya no me duele que te alegres... ¡Qué importa!... Muero satisfecha sabiendo que vas á deberme un poco de felicidad... Te recomiendo á las ancianitas del asilo... Protégelas, hija mía... y á esta buena Marcela, también... Adiós, adiós todos... Perdonadme el mal que os haya hecho...

El estertor crecía, sonaba más estridente y más lúgubre por momentos. Los sollozos de Clementina y Marcela cortaban por intervalos las notas de aquel ronquido fatal. El duque, trémulo, alterado, se dejó al fin arrastrar de la habitación.

D.ª Carmen no volvió á hablar. Tenía los ojos cerrados, la boca entreabierta, el cuerpo tranquilo. De vez en cuando levantaba un poco los párpados y dirigía una mirada afectuosa á su hijastra arrodillada. El sacerdote leía con voz nasal, quejumbrosa, las oraciones de su libro.

Así murió la duquesa de Requena. ¡Dejadla, dejadla partir!

Algunos días después, Clementina y su marido, á pesar del odio inextinguible que se profesaban, celebraban largas y frecuentes conferencias. La magna cuestión de la herencia los unía momentáneamente. Clementina visitaba mañana y tarde á su padre. Osorio también iba con frecuencia al palacio de Requena. Uno y otro prodigaban al viejo mil atenciones, compadecían su soledad, le mimaban. Había en su comportamiento cierta familiaridad afectuosa que cuadraba muy bien á unos hijos que van á proteger la venerable ancianidad de un padre. El duque se dejaba venerar observándolos con mirada más socarrona que enternecida. Cuando volvían la espalda para irse, seguíalos con los ojos, bajaba los párpados lentamente, revolvía entre los labios la breva americana y se iba bosquejando en su rostro una sonrisa burlona que duraba todavía algunos segundos después de perderlos de vista.

Las cosas siguieron en el estado de antes. Á pesar de que el testamento de la duquesa era terminante, Salabert no se dignó hablarles una palabra de intereses. Continuó disponiendo en jefe de su caudal, entregado á los negocios con absoluta tranquilidad. Su hija y su yerno la perdieron al ver esta actitud. Comenzaron á vivir agitados, á comunicarse á cada instante con violencia sus impresiones, á formar planes para provocar una explicación. Clementina pretendía que Osorio le hablase.

Éste creía que era ella quien debía pedirle cariñosamente una explicación antes de formular ninguna queja. Después de algunos días de vacilación, al fin se decidió la esposa á dirigir algunas palabras á su padre, si bien con cierta indecisión y embarazo, pues conocía bien el carácter de éste y mejor aún el suyo propio.

—Vamos á ver, papá—le dijo, hallándole solo en el despacho, con afectada jovialidad.—¿Cuándo me hablas de dinero?

—¿De dinero?... ¿Para qué?—respondió el duque con sorpresa, mirándola con rostro tan inocente que daba ganas de darle una bofetada.

—¿Para qué ha de ser? para enterarme de lo que me concierne. ¿No soy la única y universal heredera de mamá?—replicó sin abandonar el tono jovial, pero con cierta alteración en la voz bien perceptible.

—¡Ah, sí!—exclamó el duque haciendo con la mano un ademán de indiferencia.—De eso hablaremos más adelante... ¡mucho más adelante!

Clementina se puso pálida. La ira hizo dar un salto á toda su sangre. Sus labios temblaron y estuvo á punto de decir un disparate.

—Sería bueno, sin embargo, que nos entendiésemos...—murmuró con voz débil.

—Nada, nada; no hablemos ahora. Cuando tenga humor y tiempo ya me ocuparé de esas cosas.

Hablaba con tal seguridad é indiferencia no exenta de desdén, que su hija tenía que optar entre dar rienda suelta á la lengua, romper con su padre de un modo violento, ó marcharse. Decidióse, después de un instante de vacilación, por esto. Giró sobre los talones, y sin una palabra de adiós salió de la estancia y se metió en el coche, en un estado de excitación que hacía temblar todo su cuerpo.

Cuando llegó á casa corrió á encerrarse en su habitación y dió salida al furor que la embargaba. Lloró. pateó, desgarró sus vestidos, rompió una porción de cachivaches. Osorio también montó en cólera y dijo que iba á hacer y acontecer. De todo ello no resultó, sin embargo, más que una carta en que aquél, con bastante respeto, invitaba á su suegro á que le manifestase el estado de su hacienda, á fin de dar comienzo á las primeras operaciones del inventario. Salabert no contestó á esta carta. Se escribió otra. Tampoco. Dejaron de visitarle. Clementina no quería ir «por no armar un escándalo». Osorio no se consideraba con fuerza moral suficiente, dado el estado de sus relaciones matrimoniales, para reclamar con energía el caudal de su mujer. En tal aprieto hablaron con algunas personas de respeto amigas del duque, y se las enviaron como medianeras. Cumplieron éstas su cometido: hablaron con el viejo, y después de varias entrevistas se resolvieron á provocar una reunión amistosa á fin de que el asunto no fuese á los tribunales. Efectuóse ésta, después de alguna resistencia por parte de Clementina, en el palacio de su padre. Asistieron á ella, á más de las partes interesadas, el padre Ortega, el conde de Cotorraso, Calderón y Jiménez Arbós. Este último (que había dejado de ser ministro y estaba en la oposición) dió comienzo á la sesión espetándoles un discurso «de tonos conciliadores», excitándoles á la concordia para que no diesen al público el espectáculo de una disputa entre padre é hija por cuestiones de dinero, espectáculo que, dada su altísima posición en el mundo, no podía menos de ser repugnante. Siguióle en el uso de la palabra el padre Ortega, que con el acento persuasivo y untuoso que le caracterizaba, después de darles, lo mismo al duque que á sus hijos un buen jabón de elogios dispa-

ratados para ponerlos suaves, apeló á sus sentimientos cristianos, les hizo presente el mal ejemplo que darían, les pintó las dulzuras del cariño y del sacrificio mutuo y concluyó prometiéndoles la gloria eterna.

Clementina respondió la primera, que ella no tenía otro deseo que continuar manteniendo con su padre las mismas relaciones de cariño y respeto que hasta entonces, y que para conseguirlo estaba dispuesta á hacer todo lo que fuera posible. El acento seco y duro con que pronunció estas palabras y el gesto ceñudo con que las acompañó no daban testimonio muy claro de su sinceridad. Sin embargo, el duque se manifestó muy conmovido.

—¡Arbós! ¡padre! ¡vosotros, hijos míos! Todos conocen perfectamente mi carácter... Para mí, fuera de la familia no hay felicidad posible... Después del golpe terrible que acabo de sufrir, lo único que me queda en el mundo es mi hija... En ella tengo concentrado todo mi cariño, mis esperanzas y mi orgullo... Para ella he trabajado, he luchado sin descanso, he reunido el capital que poseo... Puedo decir que nunca he sentido la necesidad del dinero más que por mi mujer (que en gloria esté) y por mi hija;... por verlas á ellas felices rodeadas de bienestar y de lujo... Á mí me han bastado siempre cuatro cuartos para vivir, bien lo sabéis. Hoy que soy viejo, con mayor razón... ¿Para qué quiero ya los millones? Dentro de poco me veré obligado á tomar el tren para el otro barrio, ¿verdad, Julián? Y tú lo mismo. Por consiguiente, ¿á quién puede ocurrírsele que voy á reñir por cuestión de ochavos con la hija de mi corazón?... Aquí no ha habido más que una equivocación. Yo necesitaba tiempo para poner en claro mis asuntos... Eso es todo... Pero si es que has podido suponer otra cosa, hija mía, sólo puedo decirte esto... Lo

que hay en esta casa es tuyo y siempre lo ha sido. Tómalo cuando se te antoje... Tómalo, hija, tómalo... Á mí me basta con nada...

Al pronunciar estas últimas palabras visiblemente enternecido, quisieron arrasársele los ojos de lágrimas. Todos dieron muestras igualmente de enternecimiento y prorrumpieron en frases de conciliación. El padre Ortega empujó suavemente á Clementina hacia los brazos de su padre, y aunque ella era la menos conmovida, al fin se dejó abrazar por él, que la tuvo un buen rato apretada. Cuando la soltó se llevó el pañuelo á los ojos y se dejó caer en una butaca, vencido por el peso de tanta emoción.

Después de esta escena conmovedora nadie osó acordarse de intereses. La reunión se disolvió apretándose todos la mano cordialmente y felicitándose con calor por el éxito lisonjero de sus gestiones. Pero Osorio y Clementina se metieron en su coche serios, cejijuntos, y no se hablaron en todo el camino una palabra. Sólo al llegar á casa murmuró la esposa con acento colérico:

—¡Ya veremos en qué para la comedia!

Osorio se encogió de hombros y respondió:

—Yo lo doy por visto.

Ni uno ni otro se equivocaron.

El duque ni les dió una peseta ni volvió á hablarles para nada de la herencia. Estaba muy cariñoso con ellos: les hacía comer muchos días en su casa, quejándose de su soledad; hasta les hablaba algunas veces de los negocios que tenía pendientes; pero nada de liquidar la parte que les correspondía.

Clementina llegó á irritarse tanto que dejó bruscamente de ir á su casa. Volvieron á mediar cartas. No pudieron sacar nada más que respuestas ambiguas, vagas esperanzas. Al fin se decidieron á entablar la de-

manda, y comenzó un pleito que hizo estremecer de gozo á la curia.

Cesó para Clementina toda felicidad. Desde entonces vivió en un estado de perpetua irritación, siguiendo con afanoso interés los incidentes del litigio, apurando al procurador, á los abogados, buscando influencias que contrarrestasen las poderosas del duque. Éste conducía el asunto con mucha más calma, lo enredaba con habilidad desesperante, aprovechándose de la violencia que ella mostraba para hacerla aparecer á los ojos de la sociedad como ambiciosa y desnaturalizada. Esto no obstaba para que entre sus íntimos soltase de vez en cuando alguna de sus frases burlonas y cínicas, que al llegar á oídos de ella la hacían estallar de furor. La lucha se fué haciendo cada día más encarnizada. Por otra parte, los acreedores de Osorio, defraudados en sus esperanzas, empezaban á revolverse contra él y amenazaban dejarle arruinado. Es fácil representarse la agitación, la violencia, el malestar que reinarían en el hotel de la calle de Don Ramón de la Cruz.

De este malestar, y aun puede decirse desdicha, participaba el hasta entonces afortunado Raimundo. El espíritu y el cuerpo de Clementina, alterados por el tumulto de otras pasiones, no podían reposarse en las dulzuras del amor. Los momentos que aquélla le concedía eran cada vez más cortos y sin sosiego. Se extinguieron las pláticas alegres, bulliciosas, que en otro tiempo mantenían. La hermosa dama ya no gustaba de embromar á su juvenil amante. No se acordaba siquiera de aquellas gozosas y pueriles escenas en que se deleitaban, ora haciendo ella de reina que recibe en corte á sus ministros, ya jugando besos á los naipes ó en otras mil niñerías que la tornaban á la adolescencia. Ahora apenas sabía hablar de otra cosa más que de su

pleito. Tenía los nervios tan excitados, que con la palabra más insignificante se le disparaban y montaba en furiosa cólera. Además, por el interés vehementísimo de triunfar de su padre, crecían sus coqueterías con Escosura, recién nombrado ministro. Esto era, como debe suponerse, lo que más desgraciado hacía al joven entomólogo.

Un día, en que estaba más cariñosa que de costumbre, teniéndole sentado á sus pies y acariciándole los cabellos con sus hermosos, delicados dedos cargados de sortijas, le dijo con acento meloso:

—Tú sigues con tus celos de Escosura, ¿verdad, Mundo?... Pues haces muy mal... No me gusta poco ni mucho ese hombre...

—Sí: eso me has dicho muchas veces... pero...

—No hay pero que valga, niño díscolo—repuso alegremente tirándole de la oreja.—Ni he querido, ni puedo querer á nadie más que á ti. Todos los hombres me parecen feos, tontos y presuntuosos á tu lado... Pero (¡aquí viene mi pero!) desgraciadamente tú no eres ministro, aunque lo mereces más que todos los que conozco... Bien sabes que mi fortuna está hoy en manos de la justicia, que de la noche á la mañana puedo quedar sin una peseta. Acostumbrada como estoy á las comodidades y al lujo, ya comprenderás que no sería un plato de gusto. Mi amor propio también padecería mucho: tengo infinitos envidiosos, gente que me odia sin saber por qué... En fin, que sería el hazme reir de ellos, ¿entiendes? Y yo no quiero que eso suceda. Mi padre cuenta con muchos amigos... se esperan de él favores (aunque sea incapaz de hacer uno solo), se le tiene miedo... Yo, aunque trato á casi todos los políticos de Madrid, carezco de un verdadero amigo que se interese por mi asunto como si fuese propio, que se atreva á ponerse

frente á mi padre... Y como no lo tengo necesito buscarlo, ¿sabes?... Figúrate ahora que ese amigo es Escosura, quien por su posición política y por su dinero es independiente por completo... Figúrate que estoy en relaciones con él... Figúrate que es mi amante á los ojos del mundo... Y figúrate también que rompo contigo en apariencia, aunque sigas secretamente siendo mi verdadero amor, el único querido de mi corazón... ¿Qué te parece del arreglo? ¿Lo encuentras aceptable?

Raimundo se puso encendido ante aquella singular y humillante proposición. Tardó unos instantes en contestar y al fin dijo entre colérico y desdeñoso:

—Me parece sencillamente una infamia y una asquerosidad.

La arruga, aquella arruga fatal que cruzaba la frente de Clementina cada vez que la cólera agitaba su alma turbulenta, apareció honda y siniestra. Levantóse bruscamente, y después de mirarle con fijeza, entre airada y desdeñosa, le dijo con acento glacial:

—Tienes razón. Ese arreglo no puede convenirte... Mejor será que cortemos de una vez nuestras relaciones.

Y se dispuso á marchar. Raimundo quedó anonadado.

—¡Clementina!—gritó con desconsuelo cuando se hallaba ya cerca de la puerta.

—¿Qué¿hay?—dijo ella, con la misma frialdad, volviendo la cabeza.

—Escucha, por Dios, un momento... Te he dicho eso arrebatado por los celos, pero sin intención de herirte... ¿Cómo he de ofenderte yo á ti cuando te quiero, te adoro como á un ser sobrenatural?...

Á éstas siguieron otras muchas palabras fogosas empapadas de cariño, mejor aún, de devoción. Clementina

las escuchó en la misma actitud altanera. No se dejó ablandar hasta que le contempló bien humillado, pidiéndole de rodillas, como precioso favor, aquel mismo arreglo que hacía un instante había calificado de infamia y asquerosidad.

Por aquellos días la dama experimentó una rabieta tan viva que estuvo á punto de enfermar. Y no le faltó motivo. El duque, su padre, cuyas relaciones con la Amparo eran cada día más públicas y descaradas, llevó su cinismo ó su servidumbre humillante hasta traerla á su palacio y hacer vida marital con ella. No se hablaba de otra cosa en la alta sociedad madrileña. Todo el mundo consideraba que Salabert tenía perturbado el cerebro, por no decir, como en otro tiempo, que estaba hechizado por su querida. Ésta, con su estupidez inveterada, en vez de disimular su poder y hacerse perdonar del mundo aquella inaudita usurpación, la pregonaba á son de trompeta en los teatros y paseos, donde se presentaba colgada del brazo del duque. Poco después comenzó á circular por Madrid la noticia de que se casaban. El asombro y la indignación que produjo fueron vivísimos.

Un acontecimiento imprevisto vino á deshacer ó por lo menos á aplazar aquella boda. En cierta reunión de accionistas de las minas de Riosa, á Salabert, como presidente, le tocó dar cuenta de su gestión y proponer las modificaciones necesarias en la marcha de la sociedad. Ordinariamente lo hacia con mucha concisión y claridad. Era, ante todo, hombre de negocios y no gustaba de andarse por las ramas ó decir más palabras de las indispensables. Mas con sorpresa de la asamblea, donde se hallaban muchos banqueros y algunos personajes políticos, comenzó á pronunciarles un discurso por todo lo alto. Abandonando el asunto por completo,

entró dándoles amplias explicaciones de su conducta como hombre público; trazó una verdadera biografía de su persona, deteniéndose en pormenores del todo impertinentes; cantó con la mayor impudencia sus propias alabanzas, ofreciéndose como el prototipo de la consecuencia política, del desinterés, y la abnegación; pregonó sus servicios al país, por haber prestado dinero al Gobierno en momentos de apuro, y á la causa de la humanidad coadyuvando poderosamente á la erección de hospitales, escuelas y asilos. Hasta tuvo la desvergüenza de decir que el asilo de ancianas de los Cuatro Caminos era obra suya.

Los circunstantes se miraban unos á otros con estupor y se murmuraban al oído juicios poco lisonjeros sobre el estado intelectual del orador. Cuando apuró la lista de sus méritos y se proclamó *urbi et orbi* el primer hombre de la nación, principió á desatarse contra sus enemigos. Presentóse como víctima de una persecución tenaz, insidiosa, de mil intrigas urdidas para desacreditarle y en las que intervenían una porción de personajes de la banca y la política. En confirmación de este aserto leyó con voz campanuda y fogosa entonación ciertos artículos insertos en un periódico de provincia (la provincia en que estaban las minas de Riosa), en que según él se le atacaba «de un modo indigno y asqueroso». Lo que venía á decir, en resumen, el articulista, era que Salabert no era acreedor á que se le erigiese una estatua.

Los circunstantes, cada vez más cansados y aburridos, se decían ya en voz baja:

¡Esto es ridículo! ¡Este hombre está loco!

Á medida que leía se iba enardeciendo. Su rostro, ordinariamente un poco amoratado, se oscureció de tal modo que parecía el de un estrangulado. Al fin, sin ter-

minar la lectura, cayó en el sillón presa de un ataque que le privó del sentido. Y por entrambas vías su naturaleza pletórica comenzó al instante á desahogarse de tan formidable manera, que sólo un médico que asistía á la reunión en calidad de socio osó acercarse á él.

XV

Genio que se apaga

Después de aquel ataque, las facultades mentales del duque experimentaron una merma considerable, al decir de cuantos á él se acercaban. Padecía extrañas distracciones. Su palabra era perezosa y más confusa que antes. Tenía caprichos fantásticos. Se contaba que había entregado ya á la Amparo sumas enormes ó las había puesto á su nombre en el Banco; que se enfurecía por livianos motivos y gritaba y gesticulaba como un demente, llegando sus arrebatos hasta maltratar de obra á los criados ó dependientes; que comía vorazmente y sin medida, y que decía de su hija horrores inconcebibles, imposibles de repetir entre personas decentes. Su genio socarrón y maligno se había trocado en adusto y violento.

Sin embargo, en los negocios no dió señales de faltarle la cordura. La rueda de la avaricia no se había gastado aún en su organismo. Verdad que la mayor parte de ellos marchaban por sí mismos. Además tenía

consigo á Llera, cuyas dotes de especulador astuto y audaz habían llegado al apogeo. Donde se mostraba en realidad la perturbación, ó por mejor decir, la flaqueza de su inteligencia, era en el seno de la vida doméstica. No se contentó con hacer reina y señora de la casa á su querida, pero admitió en ella también á la madre y los hermanos de ésta, gente ordinaria y soez que la tomó por asalto, dándose harturas de esclavos en saturnal, viviendo en perpetua orgia. El dominio de la Amparo se hizo absoluto. Ella fué quien comenzó á ordenar, ó por mejor decir, á desordenar los gastos ostentando un lujo escandaloso en sus vestidos, joyas y trenes. Y como no faltan en Madrid hambrones de levita y de frac, al instante tuvo una corte de parásitos que cantaron sus alabanzas. Dió tes y comidas; se jugó al tresillo. Se hizo, en suma, lo que en todas las casas opulentas, menos bailar. Y aunque el personal por dentro dejaba mucho que desear, por fuera parecía tan pomposo y brillante como el de los demás palacios. Hasta había títulos de Castilla que honraban la tertulia con su presencia, entre ellos el Marqués de Dávalos, tan loco y enamorado como siempre. La Amparo, á quien lisonjeaba este amor frenético conocido de todo Madrid, lo desdeñaba en público y lo alimentaba en secreto. Por donde flaqueaban más los saraos de aquélla era por el lado femenino, si bien no faltaban tampoco algunas señoras de la clase media que, á trueque de pisar regios salones y verse servidas por lacayos de calzón corto, consentían en alternar con la querida de Salabert. Verdad que acallaban sus escrúpulos diciéndose que Amparo muy pronto sería la duquesa de Requena, en cuanto terminase el luto de la anterior esposa.

Seguía el pleito entre el duque y su hija, más empe-

ñado cada día y encendido. La Amparo se declaraba parte en él entre sus amigos; gozaba soltando contra Clementina el odio mortal que la profesaba en palabras tabernarias. Salían á relucir en su tertulia todos los devaneos de la dama, corregidos y aumentados por los parásitos; se contaban anécdotas que harían ruborizar á un guardia civil; se atacaban hasta sus prendas corporales, diciendo que los dientes eran postizos, que tenía una cadera torcida y otras calumnias por el estilo. Cierta noche tuvo éxito prodigioso un muchachuelo al manifestar que Clementina, según datos irrecusables, gastaba pantalones de franela á raíz de la carne.

Algunos de estos dichos llegaban á oídos de la interesada y la hacían empalidecer de ira, amargaban extremadamente su agitada existencia. El pleito era ya para ella una lucha personal con la Amparo. Lo que más temía, y Osorio también, era que se realizase el anunciado matrimonio de su padre. Si esto sucedía no había más remedio que ver á la ex florista ostentando la corona ducal, tratando de potencia á potencia con ellos. Aunque al principio la sociedad la rechazase, como con el tiempo todo se olvida, quizá aquella vil mujer llegaría á ser una verdadera duquesa. Afortunadamente para ellos, aunque Salabert estaba sometido en todo á su voluntad, les constaba que se oponía tenazmente á casarse, que la Amparo hacía inútiles esfuerzos para decidirle, que había habido escenas violentas entre ellos. La ex florista, al principio, lo había tomado por la tremenda. Se contaba que en un arrebato había herido al duque con unas tijeras, que los criados escuchaban frecuentemente gritos descompasados de la bella injuriando al viejo, llenándole de denuestos. Uno juraba que la había oído gritar:

—¿Por qué no te casas? ¡dí, canalla!... ¿Crees que te

deshonras con eso? ¿No sabes que por ahí todo el mundo dice que eres un ladrón? ¿que tus iniciales significan *¡á ese!...*? Seré una p...; pero una p... ¿no vale tanto como un ladrón?

Ciertos ó no estos horrores, lo que constaba de un modo indudable era la resistencia de él y el afán de ella. Alguien la hizo entender que no era éste el mejor sistema y que corría riesgo, por quererlo todo, de perderlo todo. Cambió de táctica. Se dedicó á sacar de su querido todo el dinero que pudo y á empujarle suavemente, pero con tenacidad, al matrimonio. Mas aunque por lo que se refiere á esto último sus asaltos continuaban siendo infructuosos, Clementina y Osorio estaban con el alma en un hilo. Decíase que el duque se hallaba realmente enfermo, que sufria una parálisis progresiva. En vista de ello se determinaron, después de escuchar el parecer de algunos célebres abogados, á pedir ante los tribunales su inhabilitación ó la incapacidad para administrar sus bienes.

Por estos días se dijo que aquél había experimentado un nuevo ataque y que de resultas había quedado casi enteramente imbécil. Confirmaba este rumor el que no salía de casa y el que sus amigos íntimos no conseguían verle cuando iban á visitarle.

En tales circunstancias, bien por un arranque de su temperamento impetuoso ó porque no faltara entre sus íntimos quien se lo aconsejara, Clementina se resolvió á dar un golpe decisivo que de una vez zanjase el litigio y todos los problemas á él anejos. «Mi padre está secuestrado—dijo.—Yo voy allá y arrojo á esa mujer de casa.» Osorio trató de disuadirla, pero inútilmente.

Una mañana se hizo trasladar en su coche al palacio de Requena. Pasmo del portero al abrir la verja y

encontrarse con la señorita Clementina, y visible alegría también. Porque, aunque no era tan llana como la ex florista ni tan pródiga, el sentimiento de justicia obligaba á los criados del duque á despreciar á ésta y respetar á aquélla. La orgullosa dama se contentó con decir, sin mirarle: «Hola, Rafael», y se dirigió rápidamente á la escalinata.

—¿Cómo está papá?—preguntó al criado que halló en el recibimiento.

Tan aturdido quedó que no pudo responderle inmediatamente.

—¡Vamos, hombre!—repitió con impaciencia.—¿Qué tal papá? ¿Está en las oficinas ó en sus habitaciones?

—Dispense V. E.... el señor duque está bueno... Me parece que aún está en su gabinete...

En aquel momento una doncella, que desde el fondo del corredor la vió y escuchó sus preguntas, corrió toda azorada á avisar á la señora. Clementina también subió con pie rápido la escalera del piso principal. Antes de llegar á la puerta del gabinete de su padre, la Amparo se interpuso delante de ella, pálida, mirándola fijamente, con ojos agresivos.

—¿Dónde va usted? — preguntó con voz ligeramente ronca por la emoción.

—¿Quién es usted? — respondió la dama alzando la cabeza con soberano desdén y mirándola de arriba abajo.

—Yo soy la señora de esta casa — repuso la malagueña poniéndose aún más pálida

—Querrá usted decir la secuestradora. No tengo noticia de que aquí haya señora alguna.

—¡Ah! Viene usted á insultarme á mi misma casa — exclamó la ex florista poniéndose en jarras como en la plazuela.

—No; vengo á arrojarte de ella antes que llegue la policía á hacerlo.

—¡No me tutee usted ó me pierdo! — gritó la Amparo arrebatada de furor, presta á arrojarse sobre su orgullosa enemiga.

—Repito que vengo á echarte de esta casa y del puesto que usurpas—repuso ésta con tranquilidad amenazadora, desafiándola con la mirada.

La Amparo hizo un movimiento de arrojarse sobre ella, pero deteniéndose súbito se puso á gritar con voces descompasadas:

—¡Pepe, Gregorio, Anselmo! Á ver, que vengan todos. ¡Pepe, Gregorio! ¡Echadme esta tía de casa, que me está insultando!

Á los gritos acudieron algunos criados, que se detuvieron confusos, atónitos, contemplando aquella escena extraña. También se abrió la puerta del gabinete y apareció en ella la figura del duque, de bata y gorro. En poco tiempo había envejecido de un modo sorprendente. Tenía los ojos apagados, el color caído, las mejillas pendientes y flácidas.

—¿Qué es eso? ¿qué pasa aquí? – preguntó con torpe lengua. Y al ver á su hija dió un paso atrás y todo su cuerpo se estremeció.

—Esta mujer, que después de pedir que te declaren loco viene á insultarme — gritó la Amparo con voz chillona de rabanera colérica.

—Papá, no hagas caso — dijo Clementina yendo hacia él.

Pero el duque retrocedió, y extendiendo al mismo tiempo sus manos convulsas, exclamó:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡No te acerques!

—¡Escucha, papá!

—¡No te acerques, ingrata, perversa! — repitió el

duque con voz temblorosa y tono melodramático.

—Fuera de aquí, sin vergüenza. ¿Tiene usted valor para presentarse después de lo que ha hecho con su padre? — chilló la malagueña animada por la actitud del viejo.

Clementina quedó petrificada, lívida, mirándoles con ojos donde se pintaba más el espanto que la cólera. Hubo un instante en que estuvo á punto de perder el sentido, en que todo comenzó á dar vueltas en torno suyo. Pero su orgullo hizo un esfuerzo supremo y permaneció clavada al suelo, inmóvil como una estatua de yeso, y tan blanca. Luego giró lentamente sobre los talones por miedo á caerse y dió algunos pasos hacia la escalera, que comenzó á bajar con pie vacilante. Su padre, excitado por los gritos de la Amparo, avanzó hasta la barandilla y siguió repitiendo, cada vez más colérico, extendiendo su mano trémula como un barba de teatro:

—¡Fuera! ¡Fuera de mi casa!

Mientras, su querida vomitaba una sarta de injurias acompañadas de movimientos de caderas, risas sarcásticas y tal cual interjección del repertorio antiguo.

Cuando llegó á poner el pie en el jardín, las mejillas de Clementina comenzaron á echar fuego. Se apoyó un instante en la columna de uno de los faroles, y en seguida se dió á correr como una loca hacia su coche. Montó en él de un salto y cayó en un ataque de nervios. La sacaron en malísimo estado y la subieron á su cuarto entre dos criadas. Cuando Osorio se presentó no pudo enterarles más que con palabras sueltas é incoherentes de lo que había acaecido. Ocho ó diez días estuvo postrada en la cama. Al fin salió de ella con un deseo tal de vengarse, que algunos pensaron que se había vuelto loca.

El pleito, con el hálito de venganza que ella sopló sobre él, encendióse de un modo imponente. Llegó á ser en Madrid un acontecimiento público. Acerca de la locura del duque hubo pareceres encontrados de los médicos más insignes, españoles y extranjeros. Los unos le ponían de idiota, degenerado y embrutecido que no había por dónde cogerlo. Los otros declaraban que su inteligencia brillaba cada día más clara, que era un portento de penetración y buen sentido. Pero todos coincidían en exigir, por sus dictámenes, disparatados honorarios. La prensa intervino en favor de una ú otra de las partes. Clementina subvencionaba algunos periódicos. La Amparo (porque el duque, en realidad, ya no se hallaba en estado de dirigir el asunto) tenía comprados otros. Y desde las columnas de ellos se decían, más ó menos veladas, mil insolencias; se sacaban á relucir en cuentos alegóricos muchas historias escandalosas.

En esta guerra la hija llevaba la peor parte: no podía ser tan liberal como la querida. Amparo distribuía los billetes de Banco á manos llenas. En cambio, á Clementina la ayudaban los acreedores de su marido, sus amigas Pepa Frías, que no cesaba un momento de ir y venir visitando á los médicos, á los magistrados, á los periodistas, la condesa de Cotorraso, la marquesa de Alcudia, su cuñado Calderón, sus amigos el general Patiño y Jiménez Arbós, y más que todos ellos, como quien más obligación tenía, su amante Escosura. Éste, por el alto puesto que ocupaba, ejercía considerable influencia en la marcha del litigio.

¡Qué agitación! ¡qué vida afanosa y miserable! Clementina no comía, no dormía: siempre en conferencias con el abogado, con el procurador; siempre escribiendo cartas. Hasta en sus tertulias ó comidas no sabía ha-

blar de otra cosa. De suerte que algunos, los indiferentes, murmuraban é iban desertando de su casa. Pero á otros logró comunicarles su fuego: eran sus parciales apasionados y traían y llevaban cuentos y daban consejos y prorrumpían en exclamaciones de indignación cada vez que en cualquier parte oían nombrar á la Amparo. Aunque Clementina, en general, no era simpática á la sociedad madrileña por su carácter altanero, como al fin representaba el derecho y la moral, su causa era la popular. Contribuyó á hacerla más la estupidez de su enemiga, que se presentaba en todas partes queriendo deslumbrar con su lujo, llevando á su lado aquel viejo imbécil y degradado.

Porque el duque de Requena se desmoronaba á ojos vistas. Después del período de exaltación y violencia en que parecía un loco furioso, vino el aplanamiento de los nervios. Poco á poco se acercaba al completo idiotismo. Perdió la vivacidad del espíritu y hasta la facultad de comprender los negocios. Quedaron en manos de Llera. Esto no era malo; pero sí que la Amparo se ingiriese en ellos con autoridad, porque no hacía más que disparates. Se daba, sin embargo, bastante maña para ocultar la locura de su querido. Los días en que le veía sobrexcitado ó incoherente en sus palabras teníalo encerrado. Sólo cuando estaba más tranquilo y racional se aventuraba á salir con él en coche y procurando que no hablase con nadie.

Mas á la postre tales precauciones resultaron inútiles. Salabert se escapó de casa en distintas ocasiones y dió públicas señales de su enajenación. Una vez se le halló á las cuatro de la mañana cerca de Carabanchel. Otra vez entró en una joyería, y después de ajustar algunas alhajas sustrajo otras creyendo que no le veían. El joyero lo advirtió perfectamente, pero no le dijo nada

porque le conocía. Lo que hizo fué enviar la cuenta de las alhajas robadas á la Amparo. Esta se apresuró á pagarlas y vino en persona á rogarle que no divulgase el hecho.

Pronto se persuadió el público de que, á pesar de los pareceres encontrados de los médicos, la locura del duque era evidente. Comenzó á susurrarse que el fallo del tribunal así lo declararía. Dos días antes de que se publicase, la Amparo abandonó el palacio de Requena después de haberlo puesto á saco. Se llevó multitud de objetos de gran valor. Su hacienda ascendía ya á una porción de millones. En previsión de lo que podía suceder la había sacado del Banco de España y la tenía en valores extranjeros. Pocos días después se marchó á Francia. Algunos meses más tarde circuló por Madrid la noticia de que se casaba con el marqués de Dávalos.

La misma tarde del día en que la Amparo huyó (porque huída se puede llamar) de la casa de Requena, entró Clementina con su marido y se posesionó de ella. Halló á su padre en un estado tristísimo, completamente idiota. Hablaba como si la hubiera visto el día anterior y no hubiera pasado nada; le preguntaba con mucho interés por la Amparo y hasta algunas veces la confundía con ella. El corazón de la hija, hay que confesarlo, no padeció gran cosa. Aquella desgracia no apagaba por entero el rencor que despertaba en su alma el recuerdo de los amarguísimos días que acababa de pasar. Su venganza no estaba satisfecha porque veía á la Amparo rica y feliz. Quería á todo trance perseguirla criminalmente, mientras su marido, satisfecho con la fortuna colosal que caía en sus manos, no se preocupaba poco ni mucho de semejante cosa.

El duque de Requena, el célebre banquero que tuvo atentos y admirados durante veinte años á los nego-

ciantes españoles y extranjeros, el hombre que tanto había dado que decir al público y á la prensa, pasó muy pronto á ser en el palacio de Osorio un trasto inútil y despreciable. Por no dar que murmurar, ó por asegurarse mejor de su persona, ó quizá por un vago temor de que pudiera curarse, los esposos Osorio no le enviaron á un manicomio: tuviéronle guardado en casa. Salabert se había convertido en niño. No se preocupaba ya de otra cosa que del alimento. Hablaba poco. Pasaba horas y horas mirándose las uñas ó frotándose una mano con la otra, dejando escapar de vez en cuando gritos extraños, inarticulados. Tenía cerca un criado que, cuando se mostraba desobediente y se enfurecía, le castigaba. Pero á quien más respeto tenía, y aun puede decirse verdadero temor, era á su hija. Bastaba que Clementina le mirase ceñuda y le dirigiese una seca reprensión para que el loco se sometiese repentinamente. En cambio, no hacía caso alguno de su yerno.

Cuando el criado que le cuidaba, viéndole tranquilo iba á recrearse un poco con sus compañeros, el loco acostumbraba á vagar por las habitaciones del palacio mirándose con atención á los espejos. Su manía principal era la de recoger los pedacitos de pan que hallaba y amontonarlos en un rincón de su cuarto hasta que allí se pudrían. Cuando el montón era ya demasiado grande, los criados venían á recogerlo en cestos y lo tiraban al carro de la basura. Al entrar en su habitación y echarlo de menos se enfurecía. Necesitaba su guardián hacer uso de algún medio violento para volverle el sosiego.

Cierta tarde, poco después de almorzar los señores (el loco almorzaba en su cuarto), se hallaban reunidos tres ó cuatro criados en el gran comedor del palacio

limpiando la vajilla y colocándola en los aparadores. Estaban de buen humor y retozaban cambiando latigazos con los paños que tenían en la mano, corriendo en torno de la mesa y soltando sonoras carcajadas. La señora no podía escucharlos porque estaba arriba. En esto apareció el loco en la puerta con una bandeja en la mano, la bandeja en que acostumbraba á transportar los mendrugos, como preciosa mercancía, á su habitación. Vestía una bata grasienta ya y traía la cabeza descubierta. Pero aquella cabeza, á pesar de sus blancos cabellos, no era venerable. Las mejillas pálidas, terrosas, los labios amoratados y caídos, la mirada opaca sin expresión alguna, no reflejaban la ancianidad que tiene su hermosura, sino la decrepitud del vicio siempre repugnante y la señal de la idiotez, aterradora siempre.

Permaneció un instante indeciso al ver tanta gente. Al fin se resolvió á entrar; fué derecho á los cajones de los aparadores y comenzó con afán á registrarlos sacando todos los mendrugos que había y colocándolos en su bandeja. Los criados le contemplaban sonrientes con mirada burlona.

—Busca, busca—dijo uno.—¿Cuándo nos convidas á gazpacho, tío lipendi?

El viejo no hizo caso: siguió afanoso en su tarea.

—Gazpacho, no—dijo otro.—Mejor será que nos convides á un billete de cien pesetas.

—Á ti no te convido. Á Anselmo, sí—dijo el duque tartamudeando mucho y mirándole airado.

—¡Toma! ya sé por qué convidas á Anselmo; porque te anda con el bulto. Descuida, que si es por eso ya me convidarás.

Los otros soltaron la carcajada. El más joven de ellos, un chico de diez y seis años, al verle con la ban-

deja colmada y dispuesto á marcharse, se fué por detrás, y dándole un manotazo hizo saltar todos los mendrugos, que cayeron esparcidos por el suelo. El duque se enfureció terriblemente, y lanzando gritos de cólera, y echándoles miradas de fiera acosada, se tiró al suelo y se puso á recoger de nuevo los mendrugos, mientras los criados celebraban con algazara la gracia de su compañero. Cuando ya los tenía todos en la bandeja y corría hacia la puerta para librarse de sus burlas, el mismo rapaz se fué tras él y otra vez se los tiró. El furor del loco no tuvo límites. Convulso, rechinando los dientes, con los ojos encendidos, se arrojó sobre el burlador; pero los demás le sujetaron. El pobre demente comenzó entonces á lanzar bramidos que nada tenían de humanos.

En aquel instante se oyó en el corredor la voz irritada de Clementina.

—¿Qué es eso? ¿Qué hacen ustedes á papá?

Los criados soltaron al loco y se dieron á correr desapareciendo del comedor.

XVI

Amor que se extingue.

Los amores de Raimundo estaban presos por un hilo. En los últimos tiempos, Clementina, enteramente embargada por su anhelo de triunfo y venganza, apenas hacía caso de él. Veíanse á menudo, porque el joven no dejaba de frecuentar la casa; pero sus citas amorosas eran cada día más raras. Cuando aquél se quejaba tímidamente de su abandono, la dama se disculpaba con los celos de Escosura. Por más que hacía no lograba convencer á éste de que se hallaban rotas sus antiguas relaciones; la vigilaba con disimulo, espiaba sus pasos; el día menos pensado averiguaría la verdad. «Ya ves, el engaño sería muy feo: tendría razón para ponerse furioso».

El pobre Raimundo estaba tan perdido que aceptaba como buenas estas razones ó aparentaba aceptarlas. En medio de aquella abyección vivía feliz forjándose la ilusión de que su ídolo le prefería, le amaba en el fondo del alma; que sólo mantenía relaciones con el ministro

por interés del pleito. Contribuía á conservarle en ella el que de vez en cuando Clementina, por arrancarse quizá momentáneamente á sus afanes y enojos, le escribía una cartita diciéndole: «Hoy á las cuatro», ó bien: «Vé por la tarde á la Casa de Campo». Y en estas entrevistas, acometida de súbito capricho, recordando las primeras y gozosas etapas de su amor, se mostraba tierna y cariñosa, le juraba eterna fidelidad. ¡Oh, Dios! ¡qué infinita, qué celestial felicidad experimentaba el joven entomólogo oyendo tales juramentos de aquellos labios adorados!

Pero toda felicidad es breve en este mundo. La de él, brevísima. Al día siguiente de aquel deliquio amoroso, encontraba á su dueño frío como el mármol, displicente, y, lo que es peor, en largas y reservadas pláticas con Escosura allá por los rincones del salón. Creía inocentemente que al terminar el pleito cambiaría su suerte, que Clementina, no necesitando ya al ministro, volvería de nuevo á ser enteramente suya, sin aquel odioso reparto que le entristecía aún más que le avergonzaba. Sus esperanzas se desvanecieron como el humo. Terminóse el pleito del modo más feliz para ella; y no obstante, lejos de despedir á su amante oficial, cada día se mostraba hacia él más respetuosa y enamorada.

Cierta mañana, dos meses después de haberse fallado el litigio, recibió un billetito que decía: «Voy esta tarde á las dos». Le dió un salto el corazón. Hacía más de quince días que su adorada no parecía por el entresuelito del Caballero de Gracia. Á la una ya estaba aguardándola. Y en cuanto la columbró de lejos, corrió á abrirla con la misma emoción que si fuese una reina y con mucha mayor ternura. Mostróse ella reconocida, afectuosa; recibió con agrado sus vivas y apasionadas caricias.

Al cabo de una hora, hallándose los dos sentados en el pequeño sofá donde tantos coloquios amorosos habían pasado, ella le dirigió una larga mirada compasiva y le dijo con sonrisa triste:

—¿Sabes una cosa, Mundo?... Que hoy es el último día que nos vemos así solos y juntos.

El joven la miró con estupor, sin comprender, ó sin querer comprender.

—Sí;... no puedo continuar manteniendo estas relaciones secretas contigo... Escosura ya está advertido y se ha ofendido mucho con razón... Además, me parece feo el tener dos amantes... Eso queda para Lola Madariaga. Hasta ahora he pasado por ello porque comprendo que me has querido y que me quieres mucho... Yo también te he demostrado siempre amor verdadero. No puedes quejarte. Si á algún hombre he querido de corazón es á ti... La prueba de ello es lo que han durado nuestras relaciones... Pero nada es eterno en el mundo... Puesto que ya nuestros amores están desde hace tiempo medio deshechos (porque el amor es exclusivo y no admite repartos), lo mejor es que los rompamos por completo... Así como así me voy haciendo vieja, Mundo... Tú eres un muchacho. Si yo no diese la voz de separación, tarde ó temprano la darías tú. Esta es la vida... Hoy, todavía me encontrarás bonita: son las últimas llamaradas. Necesito despedirme de las muchas locuras que hemos hecho... Pero siempre las recordaré con placer, te lo juro... Tú representarás en mi vida, tal vez la época más feliz... Seamos de aquí en adelante buenos amigos. Tendría un placer inmenso en poder serte útil, en que me debieses algún favor de importancia, ya que te debo yo tantos momentos de dicha...

El joven escuchó todas estas infamias inmóvil, ató-

nito. Una densa palidez iba cubriendo sus facciones.

—¿Pero hablas de veras?—concluyó por preguntar con voz temblorosa.

—Sí, querido, sí; hablo de veras—respondió la dama con la misma sonrisa triste y protectora.

—¡Eso no puede ser!... ¡no puede ser!—profirió él con energía, levantándose del asiento y mirándola colérico y espantado al mismo tiempo.

Aquella mirada bastó para remover la soberbia de Clementina.

—¡Vaya si puede ser!—replicó en tonillo irónico que resultaba en aquella ocasión de una crueldad feroz.

Quedó helado. Permaneció en pie unos instantes mirándola con indefinible expresión de angustia y terror: por fin se dejó caer á sus pies exclamando con las manos cruzadas:

—¡Oh, por Dios, no me mates! ¡no me mates!

El semblante de Clementina se dulcificó y la voz también.

—Vamos, no seas niño, Mundo... Levántate... Tenía que suceder... Tú hallarás mujeres que valgan mucho más que yo...

Pero el joven se había abrazado á sus rodillas con fuerza y se las besaba con transportes frenéticos, y lo mismo los pies, sacudido su cuerpo por los sollozos.

—¡Esto es horrible! ¡es horrible!—repetía.—¿Qué te hice para que así me mates?

—Vamos, Mundo, vamos... Arriba... Seamos formales—decía ella dulcemente, acariciándole los cabellos.—¿No comprendes que es ridículo?

—¡Qué me importa el ridículo!—replicaba el desgraciado entre sollozos, con el rostro pegado á la seda de su vestido.—Por ti me pondría en ridículo delante del mundo entero.

Clementina hacía esfuerzos por calmarle, pero sin apiadarse. No hay fiera más cruel que una mujer hastiada. Le dejó desahogarse un rato, y cuando le vió más sosegado, se levantó del sofá.

—Te agradezco muchísimo ese sentimiento, Mundo... Yo también he tenido que luchar bastante tiempo con mi corazón para resolverme ó separarme de ti...

—¡Mientes!—dijo él, de rodillas aún, con los codos apoyados sobre el sofá.—Si me hubieses querido no serías tan cruel, ¡tan infame!

La dama permaneció un instante silenciosa mirándole por la espalda con ojos irritados. Al fin, venciendo la compasión, dijo:

—Te perdono esas groserías por el estado de exaltación en que te hallas. Por mucho que me injuries no lograrás que deje de recordarte siempre con cariño... Algún día, cuando tú ya me hayas olvidado por completo, todavía tu imagen y los dichosos momentos que hemos pasado juntos estarán grabados en mi corazón... Pero ahora conviene formalizarse—añadió cambiando de tono. — Concluyamos de un modo digno, Raimundo... Me vas á hacer el favor de tomar un coche, ir á tu casa y traer todas las cartas que te he dirigido para que las quememos. Yo no conservo ninguna tuya. Ya sabes que las rompo en cuanto las recibo.

Raimundo no se movió. Después de esperar unos momentos, Clementina se acercó á él por detrás, se inclinó silenciosamente y le puso las dos manos en las mejillas, diciéndole con acento dulce:

—¡Retonto! ¿no hay más mujeres que yo en el mundo?

Raimundo se estremeció al contacto de aquellas manos delicadas. Volvióse bruscamente y apoderándose ellas las besó repetidas veces con frenesí, las llevó á corazón, las puso sobre su frente.

—No, Clementina, nò; no hay más mujeres que tú... ó si las hay, yo no lo sé, ni quiero saberlo... Pero ¿es cierto eso que me has dicho?... ¿Es verdad que ya no me quieres?

Y su mirada húmeda se alzaba con tal expresión de angustia, que ella, sonriendo confusa, se vió obligada á mentir.

—Yo no te he dicho que no te quería... sino que conviene que cortemos nuestras relaciones.

—¡Es igual!

—¡No, chiquillo, no! no es igual... Puedo quererte, y sin embargo, por circunstancias especiales, no convenir que tenga contigo entrevistas secretas... No todo lo que uno quiere se puede hacer en el mundo...

Y se perdió en un laberinto de razones especiosas, de cuya falsedad ella misma se daba cuenta turbándose un poco al decirlas. Daba vueltas á unas mismas ideas, vulgarísimas todas, supliendo la fuerza y el peso de que carecían con lo vivo y exagerado de los ademanes.

Raimundo no la escuchaba. Al cabo de unos momentos se levantó bruscamente, se enjugó las lágrimas y salió de la estancia sin decir palabra. Clementina le miró alejarse con sorpresa.

—Te aguardo—le gritó cuando ya estaba en el pasillo.

Veinte minutos después se presentó de nuevo con un paquete entre las manos.

—Aquí tienes las cartas– dijo con aparente tranquilidad.

Su voz estaba alterada. Una palidez densa cubría su semblante. Clementina le dirigió una penetrante mirada de curiosidad donde se pintaba asimismo la inquietud. Pero dominándose le dijo con naturalidad:

—Muchas gracias, Mundo. Ahora las quemaremos si te parece... Iremos á la cocina ..

El joven no replicó. Se dirigieron á esta pieza del cuarto fría y desmantelada, porque nadie la usaba, y Clementina colocó por su mano el paquete sobre el fogón. Mas de repente, cuando ya tenía entre los dedos el fósforo encendido que el joven le había dado, se detuvo. Quedó suspensa un instante y dijo sonriendo:

—¡Sabes que esto es muy prosaico! ¡Quemar mis cartas de amor en un fogón! ¡Uf!... Me parece que debemos concluir con ellas de un modo más poético... ¿Quieres que nos vayamos á quemarlas al campo?... De este modo daremos juntos un último paseo; nos despediremos dignamente.

—Como gustes—articuló el joven en voz apenas perceptible.

—Bueno, ve á buscar un coche.

—Lo tengo abajo.

—Salgamos entonces.

Volvió á coger el paquete Raimundo. Ambos dejaron aquel cuartito donde nunca más habían de reunirse. Montaron en coche y éste les condujo camino de las Ventas del Espíritu Santo. Era una tarde de primavera, nublada y fresca. Clementina había echado los cierres de las ventanillas para no ser vista de algún conocido; pero en cuanto salieron de la Puerta de Alcalá pidió Raimundo que los bajase; por cierto con tan poca oportunidad, que en aquel momento cruzó á su lado una carretela abierta donde iban Pepe Castro y Esperancita Calderón, recién casados. No tuvo tiempo más que para echarse hacia atrás y llevar una mano á la cara. Quedóle la duda de si la habían reconocido.

Raimundo, á costa de grandes esfuerzos, había conseguido dominarse, pero sólo á medias. Clementina ha-

cía lo posible por distraerle. Le hablaba, como una buena amiga, de asuntos indiferentes, de sus conocidos, dando por supuesto que seguiría frecuentando su casa. Cuando pasaron Castro y su mujer, emprendió una conversación animada acerca de ellos.

—Ya ves, Mundo; sucedió lo que yo decía. No hace tres meses que se han casado y ya andan á la greña Pepe y su suegro por cuestión de la dote... Nadie conoce á Calderón mejor que yo... Si no lo entierran pronto, los pobres se han de ver muy apurados, porque lo que es dinero han de tardar en sacárselo...

Raimundo respondía á sus observaciones, afectando serenidad; pero su voz tenía un timbre especial que la dama no dejaba de advertir. Parecía que llegaba húmeda, como si hubiese atravesado una región de lágrimas.

Al fin, en un paraje que vieron más solitario, hicieron parar el coche y se bajaron.

—Aguárdenos usted aquí. Vamos á dar un paseo— dijo Raimundo al cochero.

Mas creyendo observar cierta inquietud en los ojos del auriga, se volvió á los pocos pasos, sacó un billete de cinco duros y se lo entregó diciendo:

—Ya me dará usted la vuelta. Hasta luego.

Abandonaron la carretera y se pusieron á caminar por los campos áridos y tristes del Este de Madrid. El terreno ofrecía leves ondulaciones y se extendía rojizo y desierto, cortando á lo lejos el horizonte con una raya bien pura. Ni un árbol, ni una casa. Los finos zapatos de Clementina se hundían en la tierra y quedaban manchados. Caminaban silenciosos. Raimundo ya no tenía fuerzas para hablar. Ella también se sintió dominada por la tristeza de la situación, á la cual ayudaba la del paisaje, y tuvo la delicadeza de no desplegar los labios. De vez en cuando volvía la cabeza para

cerciorarse de si podían ser vistos desde la carretera. Cuando se convenció de que estaban bastante lejos se detuvo.

—¿Para qué andar más?... ¿No te parece buen sitio?

Raimundo se detuvo también y no respondió. Dejó caer el paquete al suelo y dirigió la vista á lo lejos, á los confines del horizonte. Clementina deshizo el paquete. Después de echar una ojeada de curiosidad á sus cartas, esmeradamente conservadas en los sobres, hizo con ellas un montoncito. Aguardó un instante á que Raimundo volviese la cabeza, y viendo que no lo hacía, le dijo:

—Dame un fósforo.

El joven sacó el fósforo y se lo entregó encendido, con el mismo silencio. Volvió de nuevo la cabeza y siguió mirando fijamente el horizonte, mientras Clementina pegaba fuego al montón de cartas y las veía arder poco á poco. Tardaron algunos momentos en consumirse: necesitaba arreglar con sus manos enguantadas el montoncito para que el fuego no se apagase. De vez en cuando dirigía una mirada entre inquieta y compasiva á su amante, que se mantenía inmóvil y atento como un marino que contempla el cariz de la mar.

Cuando no quedaron más que las cenizas negras, Clementina, que estaba en cuclillas, se alzó. Estuvo un momento indecisa sin atreverse á turbar la profunda distracción de Raimundo. Al fin, pasando por su hermoso rostro una ráfaga de ternura, después de mirar rápidamente á todos lados, se acercó á él, le pasó un brazo por la espalda y le dijo con acento cariñoso:

—Y ahora que estamos solos por última vez y que nadie nos ve, ¿no nos despediremos de un modo más efusivo?

—¿Cómo quieres que nos despidamos?—respondió

él mirándola y haciendo un esfuerzo supremo para sonreir.

—¡Así!—replicó la dama vivamente.

Y al mismo tiempo le echó los brazos al cuello y le cubrió el rostro de fuertes y apasionados besos.

Raimundo se estremeció. Dejóse besar por algunos instantes como un cuerpo inerte. Al fin, doblándosele las piernas, exclamó con acento desgarrador:

—¡Oh, Clementina, me estás matando!

Y cayó al suelo privado de sentido. El susto de ella fué grande. No había nadie que la auxiliase. No había siquiera agua. Alzó la cabeza del joven, la puso sobre su regazo, le dió aire con su sombrero y le hizo oler un pomito con perfume que traía. Al cabo de pocos minutos abrió los ojos: no tardó en ponerse en pie. Estaba avergonzado de su flaqueza. Clementina se mostraba con él afectuosa y compasiva. Cuando vió que estaba ya sereno y en disposición de marchar, se cogió á su brazo y le dijo:

—Vamos.

Y procuró distraerle, mientras caminaban, hablándole de una *sauterie* que proyectaba y á la cual le pedía con insistencia que no dejase de asistir.

—Y lo mismo los sábados ¿verdad? Cuidado con abandonarme. Uno es uno y otro es otro... Tú serás en mi casa el amigo de siempre, y en mi corazón ocuparás, mientras viva, un lugar de preferencia.

Raimundo se contentaba con sonreir forzadamente.

Así llegaron otra vez al sitio donde estaba el coche. Dentro, la dama siguió locuaz. Él, á medida que se acercaban á Madrid, se iba poniendo más pálido. Ya no sonreía.

Viéndole de tal modo, con la desesperación impresa en el semblante, Clementina dejó al cabo de hablarle en

aquel tono. Movida de piedad comenzó de nuevo á besarle cariñosamente. Pero él rechazó sus caricias; la apartó con suavidad diciéndo:

—¡Déjame! ¡déjame!... Así me haces más daño.

Dos lágrimas asomaron á sus pupilas y entuvieron largo rato allí detenidas. Al fin se volvieron otra vez, sin caer, al sitio misterioso de donde brotan.

El coche llegó á la Puerta de Alcalá. Clementina lo hizo detener delante de la calle de Serrano.

—Conviene que te bajes aquí. Estás cerca de tu casa.

Raimundo, sin decir palabra, abrió la portezuela.

—Hasta el sábado, Mundo... No dejes de ir... Ya sabes que te espero.

Al mismo tiempo le apretó la mano con fuerza.

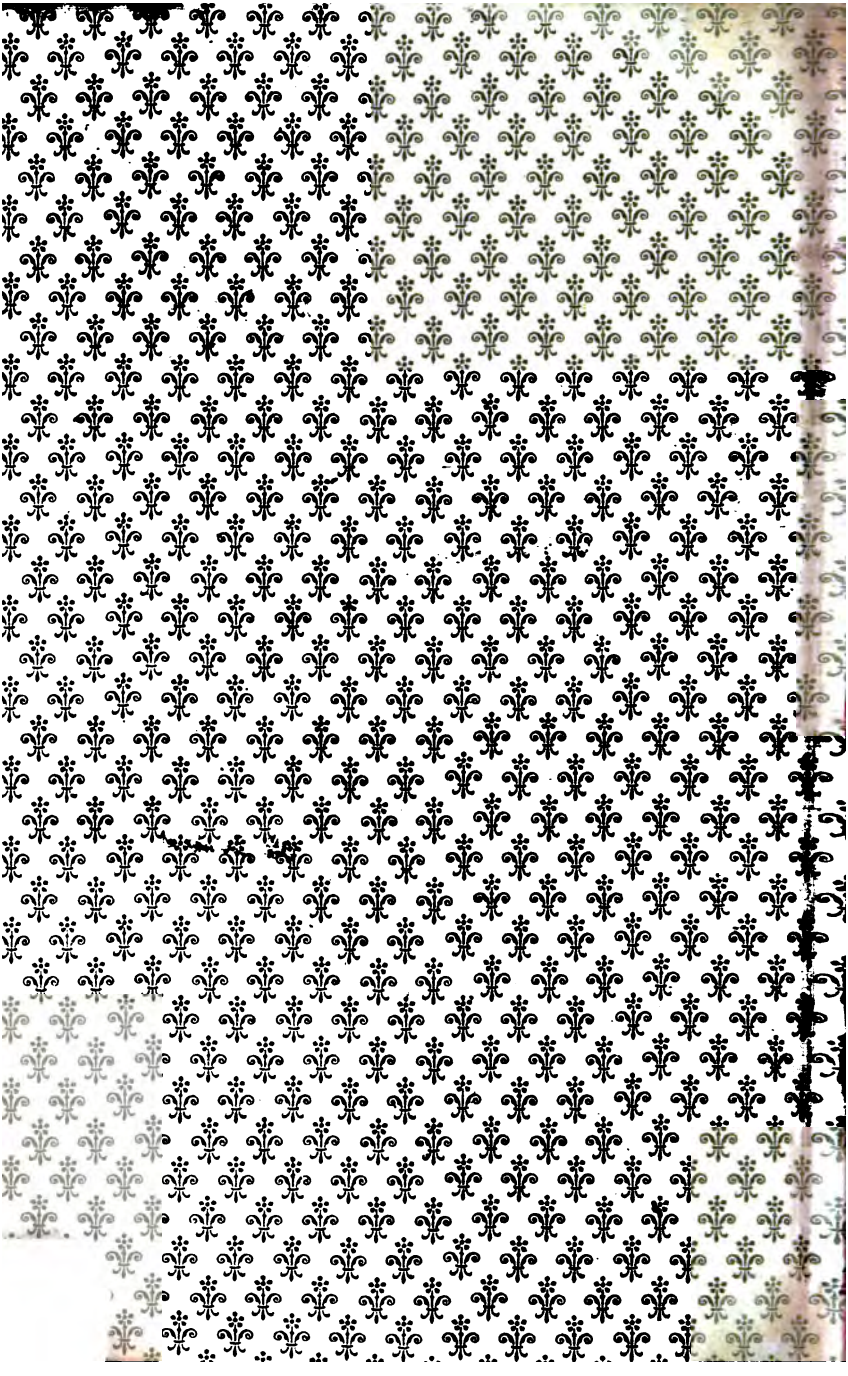
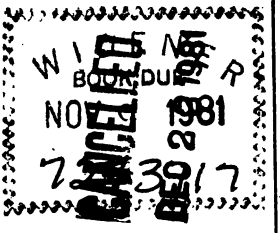
Raimundo, sin mirarla, murmuró secamente:

—Adiós.

Se bajó de un salto, y la dama le vió alejarse con paso vacilante de beodo sin volver la vista atrás.

ÍNDICE

	Páginas.
I.—Presentación de la farándula	1
II.—Más personajes	29
III.—La hija de Salabert	57
IV.—Cómo alentaba á la virtud el señor duque de Requena	98
V.—Precipitación	133
VI.—Desde el Club de los Salvajes á casa de Calderón	156
VII.—Comida y tresillo en casa de Osorio	196
VIII.—Cena en Fornos	240
IX.—Los amores de Raimundo	261
X.—Un poco de Derecho civil	284
XI.—Baile en el palacio de Requena	303
XII.—Matinée religiosa	354
XIII.—Viaje á Riosa	373
XIV.—Una que se va	415
XV.—Genio que se apaga	434
XVI.—Amor que se extingue	447



THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.